

CR - 83 - 2021

TÍTULO

TIEMPOS NUEVOS

AUTOR

SIXTO SANZ CABRERA

PROTAGONISTAS

CRISTINA

FERNANDO

ANGELINES

MARIANO

CATALINA

CRISTÓBAL

FELISA

MATEO

Me encontraba tumbado en la pradera, cerca del río; en donde el croar de las ranas y el sonido del agua al saltar los guijarros en su trayecto, me hacían la vida agradable: Allí, a donde nadie había a cien metros a la redonda, allí a donde todo era paz y sosiego; por encontrarme mirando a las Estrellas en el Firmamento.

Aquella noche se veía un Cielo claro y estrellado, queriendo observar dónde se encontraba la Osa Mayor. Y por más que yo quería encontrarla entre aquella maraña de estrella, no era capaz de divisarla; hasta que desviando la vista, un poco más hacia el centro de aquel bello Universo, conseguí ver el carro que formaba la Osa Mayor, en aquel perfecto enramado de estrellas y luceros: Con unas perfectas fuerzas del Universo.

Consideré en aquel momento lo pequeña que es la persona humana y lo orgullosa que es a la vez; en cuanto se debía considerar humilde y callada; prudente en sus palabras, no criticando a nadie: Ya que tal vez el primer criticado fuese esa persona que habla de otra.

En caso de catástrofe nacional, cada uno aporta un granito de arena con aquello que la persona tiene y al final se ve que no tiene mucho o casi nada; ya que se agota su presentación en pocos segundos. . .¿Y ahora qué?.

Así pensaba en aquellos momentos de gozo y de relax para mi pobre entendimiento y para exaltación de mi Espíritu, viendo la grandeza que hay en el firmamento; con esas fuerzas tan perfectas que existen en él.

Como yo había presentado, aquella noche, lo poco que tenía para exponerlas a la vista de todas las personas; me levanté por la mañana temprano, queriendo irme a casa, a mi casa; en donde descansaría mejor mi cuerpo, al tomarme un buen vaso de leche fresca.

El vaso si me lo tomé: Me tomé un vaso de leche fresca en aquella mañana estival, en donde no bajaba el termómetro menos de los doce grados, en donde la alondra cantaba a pleno ritmo el reclamo de sus polluelos, aturcidos por el calor bochornoso que estaba haciendo a primera hora del crepúsculo matinal.

No había hecho más que amanecer y en pocas horas ya estábamos a dieciocho grados de temperatura en aquel terreno de pizarras y de cardos borriqueros en el majuelo.

No sabía qué hacer en aquella mañana, por falta de riego en mi cerebro; ya que hasta me paralizaba, aquella temperatura, toda manera de pensar; no pudiendo discernir lo bueno de lo malo: Así que sin pensarlo, eché un cazo de agua fría sobre la cama; empapando las sábanas y hasta el colchón, para echarme boca arriba en aquel camastro, no pudiendo conciliar el sueño para nada: Y menos, cuando sonó la aldabilla de la

puerta, queriendo entrar alguien en mi casa y ese alguien era mi prima Catalina; anunciándome algo que yo había olvidado.

CATALINA -. Te veo muy decaído.

FERNÁNDO -. No es para menos: Ya ves la temperatura que tenemos.

CATALINA -. ¡Venga!, venga; que te estamos esperando todos en la plaza del pueblo.

Fernando se echó las manos a la cabeza en señal de acordarse de algo, así como que tenía una cita a las nueve de la mañana con los amigos en la plaza del pueblo, para tomarse un algo en una cafetería, allí cerca de su casa y así poder oír aquella pachanga tocar un pasodoble, anunciando la llegada de las fiestas al pueblo.

Fernando la hizo una señal con las manos, para que su prima Catalina se fuese con su marido Cristóbal a la plaza del pueblo y así poderse lavar la cara para despabilarse mejor y poder disfrutar de aquel encuentro entre todos los amigos.

Pues al parecer, ya le estaba esperando su mujer Cristina a Fernando, en el mismo salón de la casa; haciendo un gesto de desacuerdo, pegando con el pie en el suelo y puestos los brazos en jarra, como presentando desahogo de ánimos mal controlados.

FERNANDO -. ¡Ya!; ya sé que tenemos una reunión con los amigos.

CRISTINA -. Pues parece que lo has olvidado.

No, no lo había olvidado; así que salimos raudo hacia la plaza para estar con nuestros amigos y no hacerlos esperar mucho más que lo necesario. Así que al vernos llegar a la plaza a Cristina y a mí, éstos, se alegraron mucho; al saber que podíamos iniciar nuestro camino hacia la sierra, para tener una comida entre todos en el lugar de las huertas.

Así lo hicimos: Iniciando todos el camino deseado para poder llegar a tiempo y preparar una caldereta de lo más sabrosa posible, entre todos. Y entre todos hicimos esa comida, que estaba para chuparse los dedos; ya que al coñac añadido y la cerveza echada por alto, se aplicó un oloroso vino a sangüesa y fresas, que elevaba el Espíritu solamente olerlo; no digo yo así, como beberlo, que ya eso era otra cosa.

¡Qué día!; pero qué día pasamos todos en la sierra: Cantando y bailando los cantes populares de aquella famosa región. Una región de trabajadores, sálvese la diferencia con otras regiones, y de personas nobles y decentes.

Tal vez, entre la caldereta que estaba sabrosa y buena, entre el vinillo, que nos hacía elevarnos a las alturas, hacia ese Cielo, claro y azulado, por estar en los picachos de aquella sierra; no teniendo polución alguna en esas miasmas de polvo en suspensión.

Así nos encontrábamos, en esa situación; en la que la persona llama a Baco, en la hora de inhalación etílica: Debido al suntuoso sabor, en el paladar de las personas que degustaban ese vino hecho en casa por medio de los pies de dos forzudos hombres al pisar la uva cogida de la viña.

De esa manera, no vimos llegar, camino arriba, a nuestros chavales, por estar embriagados en ese vaho inmune de toda vista hacia las cosas de la Tierra.

Rápidamente, yo me eché un poco de agua en la cara, de una fuente que había allí cerca para poderme despabilar un poco y así me avivé del peso del zumo natural de aquella uva, que había en las inmediaciones de nuestro pueblo. . . (Se narra en tercera persona, de aquí en adelante).

CATALINA -. ¿Pero qué es eso?.

FERNANDO -. ¿A qué te refieres?, prima.

Se la veía hacer aspavientos con las manos y la cabeza, como si ella no estuviese conforme al ver cómo llegaban nuestros hijos a donde nosotros estábamos.

CATALINA -. ¡Te parece poco!: ¿Mira cómo vienen?.

Todos habíamos cazado la idea que nos había dado mi prima Catalina; ya que los chicos venían abrazados los unos a los otros: Fuesen, chicos y chicas.

FELISA -. ¡Qué desfachatez!. Venir de esa manera.

MATEO -. Qué quieres hija. Son otros tiempos, otra manera de vivir y de sentir. . .

FELISA -. Ya lo veo. Se sienten todos a su manera y a sus anchas.

Salió corriendo hacia su hija, Felisa, para quitar al chico de Fernando los brazos de encima los hombros de su hija; sentándole muy mal a Fernando ese gesto impropio de una persona moderna.

FERNANDO -. Felisa, hay que ser moderna y saber que la amistad de los chicos, no está reñida con un afecto temprano en ellos.

FELISA -. ¡Moderna!, ¿dices?. . . ¡Si eso es una indecencia!.

CRISTINA -. En otros tiempos, hija; que no en estos.

Se veía esa afán de decencia, en el pensamiento de Felisa; quedándose los demás componentes de amigos mirando a los chicos sin decir una sola palabra, para no romper ese hado de silencio que había, en

ese preciso momento, entre todos los componentes de aquella reunión. Hasta que por fin uno de los amigos abortó una idea primordial.

MARIANO -. Se conocen desde que nacieron, por así decir. Ten en cuenta, que tal vez se aprecien como hermanos todos ellos.

FELISA -. Tal vez: Pero no me gusta lo que he visto.

Si a Felisa no la gustaba lo que había visto en los chicos, menos le gustaba a Fernando lo que estaba viendo hacer a su hijo en aquel preciso momento; esperando una ocasión para decírselo a solas y a solas se lo dijo una vez que se separaron del grupo.

FERNANDO -. ¿Qué has hecho?.

ANTONIO -. ¡Yo!; nada.

FERNANDO -. ¿Cómo que nada?. Si has sacado los colores a una chica.

ANTONIO -. Ella había dicho algo de mí, que nadie sabía.

FERNANDO -. No, hijo: Eso no se hace con ninguna chica, y menos si es tu amiga; aunque no sea tu acompañante.

ANTONIO -. ¡Papá!.

FERNANDO -. Sí, hijo: Eso no se hace.

Desde luego, Antonio, no se había portado correctamente con aquella chica, que aparte; era una niña modosita y bien educada, como se podía ver en ella. Así que Fernando se fue derecho hacia Juana, la hija de Felisa y Mateo; para excusarse delante de ella en nombre de su hijo Antonio. Pero aquella chica apenas le escuchó a Fernando, yéndose a juntar con su grupo de amigos y al llegar a ellos ya la estaba esperando su amigo de la infancia Rafael, el hijo de Mariano y Angelines.

Fernando se quedó pensativo y como quién ve visiones; no llegando a comprender hasta qué grado de desinterés había habido en el trato de Juana con él; ya que apenas le había prestado interés alguno, para escucharle en sus excusas de su hijo Antonio con respecto a ella.

Fernando se dio media vuelta y volvió con su mujer, Cristina, que ya le estaba esperando, con el propósito de que su marido la dijese algo sobre la conversación con Juana.

Pero aunque Fernando daba vueltas y vueltas a la pregunta que le había hecho su mujer Cristina, Fernando tuvo que dar la versión de aquel desplante hecho por Juana.

FERNANDO -. Cosas de críos.

Fue lo único que se le ocurrió decir a Fernando a su mujer Cristina, cuando esta le preguntó por el desaire hecho por aquella niña a su marido.

Y aunque Fernando quería ocultar la posible culpabilidad de Juana, no podía hacerlo; por haberlo visto su mujer Cristina.

Pero Fernando observó que su mujer Cristina le quería hacer una pregunta más; ya que se la veía con las ganas de hacerlo, así que la preguntó por ello.

FERNANDO -. Estás muy pensativa: ¿Cuáles son las causas de ello?.

CRISTINA -. Me alegra que me hagas esta pregunta; pues no sé quién es el acompañante de Asunción, la hija de Catalina y Cristóbal.

FERNANDO -. Es muy sencillo: Es Rafael, el hijo de Angelines y Mariano.

Cristina se quedó haciendo una inclinación de cabeza, como aceptando que todos los chicos estuviesen relacionados entre sí; pero eso de que su hijo Antonio no tratase bien a la que era su acompañante, Juana, no lo aceptaba ella.

Así como a media tarde decidieron los padres de los chicos bajar de la sierra para irse al pueblo y así lo hicieron, yéndose a casa cada uno de ellos, para poder descansar en su morada sin ninguna clase de impedimento; pero como en este Mundo no se da, en su totalidad, eso; llegó la prima de Fernando, Catalina, sujetando al hijo de este para que no se cayera al suelo.

El hijo de Fernando llevaba un pañuelo atado a la rodilla, demostrando mucho dolor en ella. Y nada más entrar en casa se derrumbó en el sofá del salón, emitiendo ayes de dolor Antonio.

Pero al ver a su primo Fernando, Catalina, que ponía cara de sufrimiento y de no estar conforme con la llegada de su hijo Antonio de esa manera, le instó a que se calmase; por no haberle pasado gran cosa a su hijo Antonio, ya que podía haber sido peor la caída.

CATALINA -. Primo Fernando, reponte; que le ha pasado poca cosa para lo que le podía haber pasado a tu hijo Antonio.

FERNANDO -. ¡AH!, sí. ¡Peor!: ¿Si le estoy viendo arrastrarse por el suelo?.

CATALINA -. ¡Por Dios!, Fernando; que no ha sido para tanto.

Fernando se fue hacia su hijo, levantándole el pañuelo y al verle la herida que tenía en la rodilla, no lo pudo soportar, llamando a un sanitario para que le diese unos puntos en la rodilla.

No lo pudo remediar Fernando, preguntando a su hijo Antonio, ¿Que cómo se había caído?. Ya que su hijo Antonio había sido empujado por Juana. Fernando se levantó como ayudado por un resorte del vote que pegó, no pudiendo soportarlo; abriendo y cerrando las manos a la vez que daba alaridos de dolor al ver a su hijo con una buena brecha en la rodilla.

Así que cogiendo a su hijo Antonio, Fernando le montó en su coche llevándole a la consulta de la casa del médico del pueblo, para que este pudiese retenerle la sangre y curarle la herida.

Pronto se dio cuenta Fernando, que a su hijo Antonio no le había pasado gran cosa; al verle salir de la consulta del médico por su pie y cojeando a penas.

La prima Catalina, le señalaba a Fernando para la rodilla de su hijo Antonio, como diciéndole que se calmase; ya que no le había pasado gran cosa en su rodilla, aunque el doctor le hubiese tenido que dar tres puntos de sutura en ella.

No, no le convencía tan fácilmente a Fernando su prima Catalina; y mucho menos, cuando la madre de Antonio le miraba con cara de sufrimiento y de asombro, viendo el mucho dolor que tenía su hijo en aquella articulación.

Y como parecía que Fernando se calmaba un poco, Catalina decidió irse a su casa, no sin antes haberlos dicho a los padres de Antonio, “que si hacía falta la llamasen”.

Nada más que salió la prima Catalina de casa: Se levantó Fernando saliendo a la calle con idea de visitar a los padres de Juana y al verle llegar Felisa y Mateo sospecharon el recado que traía a su casa Fernando.

Fernando entró en aquella casa, haciendo ademanes con las manos de no gustarle nada, pero que nada el comportamiento de su hija Juana; ya que

la señalaba a la chica. Y sin haber pedido permiso para entrar, nada más que puso el pie en el umbral de la puerta se fue derecho al sofá del salón para sentarse en él.

FERNANDO-. No hay derecho, que vuestra hija haga tantas fechorías a mi hijo Antonio; y esto os lo digo yo, aunque esté presente vuestra hija Juana en este salón.

FELISA -. ¡Fechorías!: ¿Qué fechorías?, ni nada. ¡Habla caro!.

FERNANDO -. Vuestra hija Juana le ha empujado a mi hijo Antonio en la sierra mientras bajaba de ella.

La miró Mateo a su hija, para ver en ella un atisbo de perdón hacia Antonio; ya que estaban siempre juntos. Y al ver dicho gesto Juana de su padre Mateo, en vez de bajar la cabeza exclamó, levantándose del sitio donde estaba sentada.

JUANA -. Fue sin querer, papá.

MATEO -. ¿Tú me lo afirmas?.

JUANA -. Es la pura verdad.

Fernando estaba que no podía más y como a penas había hablado, este se levantó también de su sitio para apostillar una cosa.

FERNANDO -. El otro día llevó un brazo dolorido a casa mi hijo Antonio por tu culpa; pero es más, que hace un mes le curamos de una brecha en la cabeza a mi hijo Antonio, siendo tú, Juana, la causa de ambas heridas. . .

MATEO -. No será para tanto.

FERNANDO -. ¿Qué no?.

MATEO -. ¡Anda!; anda y esto me lo dices cuando seamos consuegros.

Al oír decir aquello al padre de Juana, pareció como si se calmase Fernando, admitiendo todo lo que le había pasado a su hijo Antonio.

Volvió a casa Fernando llamándole la atención Cristina, por el hecho de haber ido para casa de Juana a decírselo a sus padres. Por lo tanto, cuando llegó la cena la hicieron los tres, Fernando, Cristina y Antonio, sin articular palabra alguna; como si estuviesen pensando en algo que les incumbía a todos ellos. Pero al llegar los postres se excusa Fernando, sin apenas escucharle su mujer.

Al día siguiente se cruza Fernando con Mariano en plena calle, hablando este de la importancia de hacerse valer en la sociedad; cosa que no gusta a Fernando que le dijese Mariano eso. Llegando Catalina vitoreando a su primo; escuchándola Fernando muy atento, sin decir una sola palabra. Cuando expone sus motivos de animar a su primo, catalina se

marcha con Mariano; ya que ella había intuido de que a su primo Fernando no le había gustado nada lo que Mariano le había dicho.

En ese momento ve llegar Fernando a su hijo Antonio acompañado de Juana, en perfecto consenso, y abatido por el peso de tanto agobio, se hace a verlos juntos Fernando, diciéndolos -. Muy bien; me agrada veros juntos y con tan buena amistad -. Dándole las gracias su hijo Antonio y Juana.

Al marcharse su hijo, le vuelve una vez más al cerebro, la herida que tenía en la rodilla de Antonio; haciendo un gesto, con las manos y los brazos, de desenfado. Mostrando síntomas, de no estar en mutuo acuerdo por ver a su hijo Antonio acompañando a Juana; una chica problemática donde las haya.

Con la cabeza baja y como pensativo, se volvió a su casa para poder descansar en ella y desechar nervios a su manera.

A poco tiempo ve Catalina cogidos de la mano a Juana y a Antonio; diciéndole a Antonio que se separase por lo menos un poco, que así lo dice la norma de urbanidad.

ANTONIO -. ¿Qué norma?: Yo no he leído nada de eso.

Catalina cree que su sobrino segundo la ha insultado, encarándose con él en plena calle; ya que es persona mayor, creyendo puede indicar al chico lo que debe hacer o dejar de hacer.

CATALINA -. Soy mayor que tú y puedo decirte cuales son las formas de convivencia en sociedad: Las únicas que tenemos.

ANTONIO -. Eso esta ya atrasado, señora.

CATALINA -. ¡Tita!

ANTONIO -. ¿Qué me quiere decir?.

CATALINA -. Que me llames tía ó tita; como quieras.

Antonio se dio media vuelta llevándose a su chica con él a otra parte de la plaza, para no volver a oír a Catalina decirle nada sobre aquel asunto, tan escabroso para él; ya que como él creía, los tiempos había cambiando y las costumbres eran otras.

Muerta de celos, Catalina va hablar con Fernando sobre lo que la ha pasado con su hijo Antonio y al decírselo Catalina, exclamó algo Cristina, la madre de Antonio; diciendo algo así como, -. La vergüenza y la decencia no pueden cambiar; siempre serán estos tiempos -.

Al oírla hablar de esa manera, Fernando, la quiso aplacar los nervios; ya que la vio corta de ánimos en ese preciso momento, diciéndola, con

palabras gratas, lo mucho que las personas se querían, en completo respeto las unas con las otras.

CRISTINA -. Pues, claro que sí, Fernando.

Fernando se quedó más calmado al oír hablar así a su mujer, Cristina; sintiendo algo, dentro de sí, que no podía remediarlo. Y era que Fernando veía ese cambio en la sociedad de inmediato. Sabía que poco a poco se irían implantando esa manera de pensar y de hacer en la sociedad, quisieran ellos o no quisieran.

Otro escollo se los vino encima a los buenos de Cristina, Fernando y Catalina.

Sí; porque Catalina había cogido hablando muy amables a Angelines y a Mateo; sospechando sobre las relaciones que tenían entre ellos, ya que en aquellos años, a mediados del siglo veinte, todo era causa de sospechas; máxime, cuando de vez en cuando se hacían unos ejercicios espirituales entre todas las personas del pueblo.

Sin pensarlo, la sobró tiempo a Catalina para llegar a la casa de su primo Fernando, comunicándole lo que había visto; ya que si una mujer se paraba para hablar con un hombre, ya había incumplido la norma de moralidad en la sociedad o tenía algo que ver con aquel hombre.

Sentándola mal a Cristina esa intimidación que en la calle habían tenido lugar, entre Angelines y Mateo.

CRISTINA -. ¡Qué inmoralidad!.

No obstante, nadie respondió a su admiración; hecha de una manera supina, al decir que hablar con la persona opuesta al género femenino era una inmoralidad.

Se tardó un tiempo para que algunas de aquellas reunidas en completo devaneo de distinguir el bien y el mal, hablase sobre dicho caso. Y como Fernando vio que las dos señoras, Cristina y Catalina, le estaban mirando, fue el primero que habló sobre dicho caso. No dando crédito alguno a lo que había escuchado por boca de su prima Catalina.

FERNANDO -. Teníamos que averiguarlo.

CRISTINA -. ¿Cómo?.

FERNANDO -. Observándolos sin que ninguno de los dos sospechen.

Otro lapso de tiempo, que llegó sin que hablase ninguno de ellos; hasta que una cabeza pensante alumbró una idea.

CATALINA -. Para eso está el Sacerdote.

FERNANDO -. Y porque hayan hablado, ¿ya es causa de sospecha?.

Lo primero que hicieron fue hablar con el Párroco del pueblo, poniéndose este muy nervioso: Por lo tanto llegó a conocimiento de la autoridad competente, el caso de Angelines y Mateo.

El caso se llevó con el debido sigilo, como para que no se enterase nadie.

No obstante, ya que había habido presencia ocular por medio de una persona, hubo un apercibimiento por parte de la autoridad competente para que dicho caso no volviese a pasar de nuevo.

Visitan Angelines y Mateo a Fernando, llamando a Catalina para demostrarles que allí no hay otra cosa, más que amistad entre ellos; quedándose conformes los dos, Fernando y Catalina.

En estas circunstancias, cogen los chicos a unas personas adultas en plena faena en una calle casi oscura.

Al comentarlo con su padre Antonio, la familia de este llama a todos los amigos existiendo una charla entre todos ellos, dilucidando algo que estaba en entredicho: Si ese bloqueo que tiene la sociedad es peor que si se abre la mano para que haya otra clase de sociedad y de reuniones humanas.

Admitidos, una vez más en sociedad, Angelines y Mateo, este fue nombrado tesorero de un grupo religioso; ya que estaba adscrito a el hacía ya bastantes años.

Se ve a Mateo más suelto y como con algún mando en ese grupo religioso; hasta que vuelven a pillarle, en otra reunión aún más fuerte, con Angelines.

Se rebajó de tesorero en el grupo religioso a Mateo y al enterarse su mujer, Felisa le habla sobre la salida de este de tesorería del grupo religioso; alegando Mateo de que se ha cansado de tanta presión social siendo patente el rechazo de su mujer sobre dicho tema.

No quedó todo ahí; pues Juana habla con su padre Mateo sobre la renuncia que ha hecho de ser tesorero en el grupo religioso, diciendo esta -. Algo más habrá en ello -. Para cortarla el padre la conversación al pedirla que se callase con un -. ¡Niña!. Y para que su hija no respondiese la habló el padre sobre la presión que tenía en dichos menesteres.

La siguió diciendo que, no le dejaban en paz: Una persona quería una cosa y otra quería lo contrario y así sucesivamente. Pero como lo estaba oyendo su mujer Felisa, salió al quite de la conversación con unas palabras dichas a su marido Mateo.

FELISA -. Tú nunca has sido cobarde: ¿Por qué ahora?.

A Mateo se le sobrecogió el Alma y hasta se le estranguló la voz; pero el comenzó a sospechar de que su hija Juana estaba compinchada con

su madre Felisa, para decirle algo que su mujer no se atrevía o no podía preguntarle por esperar algo raro en la respuesta de Mateo.

Al verle así, como cohibido a Mateo, su hija Juana se atrevió a decirle una cosa, que le sirvió de ejemplo, -. La juventud somos mejores que los mayores -.

Al decir aquello Juana, se miraron fijamente Mateo y Felisa a la cara; como presintiendo que algo estaba fallando en aquellos tiempos.

Al quitar la vista de su mujer, Mateo se quedó mirando a su hija Juana con el fin de abrazarla: Esta rehusó que la abrazase su padre.

Al ver aquel desplante, hecho por su hija hacia su persona; este, Mateo, salió a la calle con un manajo de nervios, bien exaltados.

Mateo se cruza con Cristóbal en plena calle, diciéndole este -. Muchacho; ¿Dónde vas?, ¿es que no me has visto?.

Mateo no hace caso, perdiéndose al doblar la calle y respirando intensamente al saberse rechazado por su familia: Su mujer Felisa y su hija Juana.

Mateo no sabía dónde ir, ni a qué rincón arrimarse; hasta que cayó al suelo, debido a que una baldosa del pavimento del suelo de la calle estaba un poco levanta de su sitio; y como Mateo iba bastante rápido no pudo sostenerse de pie, haciéndose una brecha en la cabeza; llevándosele las personas que le recogieron del suelo, a la casa del médico.

A Mateo le dieron cinco puntos de sutura en la herida que se hizo en la cabeza. Y como dijo el médico del pueblo -. Menos mal que no se ha roto ningún hueso de la cabeza -.

Todos sospecharon lo que quiso decir el médico del pueblo; ya que entonces le tenían que haber llevado al hospital más cercano, que estaba a treinta y siete kilómetros de aquel pueblo, donde vivían todos ellos.

A casa de Mateo no llegaba nadie para preguntar por él; solamente la preguntaban a su mujer, Felisa, cuando la veían en un pequeño establecimiento de pan, carne, fruta y otros productos de servicios de limpieza. Sentándola muy mal a Felisa, que no llegase nadie a su casa para preguntar por su marido Mateo.

El pueblo se conmocionó al saber que a la hija de Catalina la ha dado una hemorragia en sus partes genitales; no sabiendo las causas de la misma: Diciéndose, de boca en boca, que Asunción había abortado.

No pudiéndolo consentir Catalina, y montando en cólera se va a la casa de dónde ha salido esa noticia. Comenzando a creer el pueblo que era una enfermedad, que tiene la chica, Asunción.

En aquel tiempo, de recogimiento y de fe; llegó un sacerdote de fuera para dar unas charlas, anunciando el párroco del pueblo, que quería ver en la Iglesia a todos los feligreses de su parroquia.

Tal fue la plática que dio aquel cura; que se los sobrecogió el corazón a todos los del pueblo: Sintiendo un agobio y una presión en su

Alma, que Mateo no pudo por menos, que salir a dar un paseo por los chopos cerca del río, una vez que terminó el acto en la Iglesia del pueblo.

Al llegar al río Mateo, se le fue la idea maligna que llevaba en la cabeza; al ver un hilito de agua correr por aquel río.

Entre mujeres que querían saber algo más sobre la hija de Catalina, Asunción, buscan a su novio Rafael, el hijo de Angelines; para saber más sobre la enfermedad de Asunción, pues si hubiese sido un aborto, era causa de excomunión. Y aunque le sonsacaban a Rafael, por aquella enfermedad de su novia, este no decía ni una sola palabra sobre el asunto que le estaban preguntando.

Rafael permanecía impasible; mirando para aquellas mujeres con ojos de incredibilidad y con ganas que aquellas preguntas terminasen cuanto antes. No podía correr para ninguna parte aquel chico, viendo las mujeres que le atosigaban a Rafael, un grado de agobio brutal en él.

Al salir invicto, Rafael, de aquel atolladero, se dirigió a casa de Catalina; con la sola idea de hablar con su novia Asunción.

Al verla a Asunción, Rafael, la informó de su encuentro con las buenas señoras de su entorno. Asunción se puso nerviosa; pues a la enfermedad que tuvo no la hacía nada bueno recibir esos impulsos de nerviosismo.

Asunción tuvo cervicitis, sangrado intermenstrual por cambios anatómicos benignos. Y también produciéndose por una bacteria. Sangrando un poco, parecido al embarazo.

Al oír que todo estaba bien, en la vida de su novia, Rafael se despidió de ella con sumo agrado y cariño.

Hacen un guateque los chicos en un local que celebraban bailes los sábados, ya que estaba cerrado. Viéndoselas a todas las madres de los chicos sentadas en unos bancos, sin respaldo, alrededor de la pista.

Como la vigilancia de las madres está siendo de riguroso extremo; los chicos deciden salir a pasear por las calles principales de aquel bonito pueblo.

En el paseo ven a un señor tumbado en la acera, asistiéndole todos los amigos; que aunque eran jóvenes, pensaron llevarle a la casa del médico.

El pueblo se opone en contra de la chavalería; ya que al parecer, ese hombre era drogadicto. . . Todo lo contrario que oyeron decir al médico del pueblo; ya que al hombre le daba una bajada de tensión inesperada a él; sí, quedándose que no podía hacerse consigo mismo; siendo gravísima esa patología que se daba en aquella persona.

No pudiéndose callar los chicos, enterando a todo el pueblo; que si en vez de rodear a ese hombre, cuando pasan cerca de él le ayudasen, sería mejor: Demostrando creencias y fe.

Fernando recibe, en su casa, a Mariano un día, con motivo que le aconsejase lo que él podía hacer con respecto a la amistad, tan estrecha, que tenía con Mateo su mujer Angelines.

Fernando no podía hacer mucho por Mariano; pero como lo estaba oyendo su mujer Cristina, interviene en la conversación. Abortó la idea, de que Angelines debía marcharse un tiempo con su madre, que vivía en otro pueblo; no sin antes pasar por la consulta del psiquiatra; para ver si la recetaba algo, para cortar aquel instinto de fraternidad con Mateo.

Así se hizo: Yendo Angelines al psiquiatra, recetándole unas ampollas que la alivió en poco tiempo. Lo peor fue también que se la desinfló ese gado de inflexión, que la persona tiene con respecto a otra, en cuanto al efecto y al cariño.

Cuando se volvieron a ver Mariano y Angelines; esta le saludó con completa indiferencia, quedándose Mariano un tanto preocupado. Diciendo a Fernando algo insólito.

MARIANO -. ¿Pues no decías, que el psiquiatra la ayudaría?.

Explicándole Fernando, que era causa de unas ampollas, que la había recetado el psiquiatra a Angelines. Que no se preocupase, que ese efecto pasaría en poco tiempo.

Se los ven muy exaltados a los hombres en el pueblo; ya que hay dos de ellos que saltan la tapia de un corral en forma de huerto para tener encuentros con una mujer de moral despistada.

En los café bares comentan todos entre ellos; dando valor a ese acto deshonesto que están cometiendo aquellos hombres.

Se da cuenta Fernando que Antonio, su hijo, no se separa de él; preguntándole por las causas.

Teniendo una charla entre los dos, de si eran mejores esos tiempos, o sería conveniente abrir la mano en otros tiempos. Pero por más que cada uno de ellos, explicase su manera de pensar: Terminan tirando cada uno para su tiempo; pero ya se le veía al padre, Fernando, más abatido. Creyendo cada vez más en un posible cambio entre la manera de ser y de pensar entre ellos.

Una charla de un religioso venido de otro pueblo, alega que aquello era una tendencia; mientras los hombres del pueblo coincidieron que era, una manera de pensar.

Ni unos, ni otros, se daban cuenta que ya la sociedad estaba cambiando: Tanto en la manera de pensar, como en sus actos.

CRISTÓBAL -. ¿Tú qué piensas?, Fernando.

FERNANDO -. Pienso que no se puede poner cadena a cada manera de ser y de pensar, en cada tiempo.

CRISTÓBAL -. ¡Hombre!; dicho así. . .

FERANDO -. Tú ya me has entendido.

Se empezaron a entender muy bien todos ellos, en el pueblo; ya que lo que venía no se podía sujetar. Se veía que llegaban otras ideas más acorde con otros sitios, con otras personas forasteras. Tanto era así, que un día había llegado al pueblo un “filósofo”, como las personas del pueblo decían; pero que en la realidad era un sociólogo. Dando una charla aquel señor, en el cine del pueblo, que conmocionó a casi todos los habitantes de aquel pueblo.

SOCIÓLOGO -. El ser tiene muchos caminos para elegir su ubicación de pensamiento y de manera de ser: Unos creen en algo divino y otros, aunque en sí lo creen, lo niegan; pero todos van a unísono con sus sentimientos, de saberse hechos por una mano experta en la modulación de su carne y de su cerebro.

En tiempo primitivo, era una manera de ejecutar y de pensar; en otro tiempo, se afanaban más en la agricultura y en la pesca y así sucesivamente: Hasta que han llegado los tiempos modernos, estos en los que estamos y en lo que vemos algunos cambios, pocos y como con recelos de que vengan.

No; no crean ustedes que cada época no hayan tenido algunos cambios, que sí los ha habido: No por ello, la persona humana ha dejado de ser digna en su ego, en su Alma y en su manera de ser; no nombrando al Espíritu, que eso ya pertenece a otra rama del pensamiento humano, no al que yo me estoy refiriendo. . .

TODOS -. ¡¡¡Bien!!!.

Se oyeron bastantes aplausos al pronunciar aquellas palabras al “filósofo”, respetando la moral y al dogma de la fe.

La fe, para aquel “filósofo”; ya era otra cosa, intocable para el y para el resto de la sociedad: Para ello, ya tenía quién la explicase con palabras sabias y con dogmas buenos.

Las buenas personas siguieron igual que siempre: Rezando en la Iglesia y hasta en casa; aunque no tuviesen la capilla de ningún Santo; porque el Santo y la Virgen, ya estaba en cada casa de aquellos creyentes.

Las beatas lo estaban pasando bastante mal, no eran igual que los hombres; pero algunas tiraban más por el motivo sexual, que por la conciencia moral, como siempre pasa.

Desde luego, estaba siendo un concepto de amalgama, dentro del pensamiento de las personas mal entendido; en donde había personas que aquello les parecía mal, a otras con un poco de recelos. No se sabía, muy bien, hasta dónde iba a llegar esa nueva apertura de formas y de ideas.

CRISTINA -. Pero que no llegue más de los límites que se tiene para portarse bien la persona con la sociedad.

CATALINA -. ¿Qué quieres decir, con eso?.

CRISTINA -. Que no se abra a un posible mal entendimiento.

CATALINA -. ¿Fuera de la moral?.

CRISTINA -. Por su puesto.

Es que no ha habido una apertura ideológica en la sociedad, como en la manera de mandar de las personas; existiendo algunas coplas cantadas por el pueblo. Donde se ve la manera de pensar entre el poder de las personas y el pensamiento más grato religioso; habiendo una fisura, entre sus hechos y su manera de pensar de cada uno.

Por lo que se veía, la apertura de llevar la sociedad se estaban viendo llegar poco a poco. Entre aquel choque de unos y otros, se imponía, por momento, el pensamiento humano; dentro de unas reglas en las relaciones de cada persona: Las unas con las otras.

Pero ese pensamiento era religioso, era bien venido; ya que la moral y la ética se imponían en todos los medios, entre todas las personas.

La fe, como se vio; no se suplantaba por otra forma primordial, como no fuese con fe y solamente con fe. La vida seguía entre todos ellos; yéndose de peregrinación a un santuario mariano.

Con fe muy devota, volvieron al pueblo todos los que fueron al santuario mariano; confesando sus pecados al día siguiente en la Iglesia del pueblo.

CATALINA -. Hay que ver, como es la fe.

CRISTINA -. Algunas personas dicen: ¡Que no me toquen a mi Virgen!

CATALINA -. A ella seguimos todos.

Seguían a su Virgen; pero lo que era seguir a las personas, ya eso era harina de otro costal: La mayoría lo hacen por intereses creados, algunos por convencimientos, los mínimos; no haciendo estos nada en sus proyecciones entre las personas.

Como la puerta de Fernando no se cerraba nunca, siempre estaba abierta para toda la persona que quisiera entrar, llamando: Un día se presentó una señora de edad, queriéndole vender unas alcachofas, que se veían iguales que los cardos borriqueros, pero que en realidad es una variedad de alcachofas; pues con todo y eso, la compró una docena de ellas a la señora que estaba en su umbral diciendo: -.Tengo un nieto pidiéndome un regalo para reyes y no tengo dinero para comprarle nada -.

FERNANDO -. Déme usted una docena de alcachofas tan exquisitas.

Al terminar de ponerle a Fernando una docena de aquellas alcachofas, le pidió la cuenta aquella señora y nuestro anfitrión la dio lo que la pedía, con un suplemento económico de demasía.

FERNANDO -. Tenga usted señora y, esto para que compre a su nieto un juguete en estas fechas tan señaladas.

Aquella señora la faltó poco para besarle a Fernando las manos; gracias que las separó a tiempo; porque si no, le da un beso de agradecimiento en ellas.

Todo estaba en orden: Hasta a Angelines se la veía más calmada; a quien no se le veía tan calmado era a Mateo, que de vez en cuando se encrespaba al cruzarse con aquella señora por la calle.

Los chicos y chicas se llevaban bastante bien, cumpliendo con las normas de sus mayores y de su religión: Paseando a medio metro, los unos de los otros, sin tocarse para nada.

Llegó la Semana Santa, yendo todo el pueblo a los oficios para más tarde acompañar a la Dolorosa detrás de ella en procesión.

En aquel tiempo se perdía toda actividad en el pueblo y por supuesto, también, en los bares.

Las mujeres se juntaban en unas casas para hacer toda clase de dulces: Bateo, arropo, rosquillas, canalones, estrellitas, con manga gitana , magdalenas, torrijas, etc. Así como infinidad de postres: Natillas, “puchas” (una especie de gachas), arroz con leche, leche frita, etc.

En una de tantas casas que se hacían esas “delicatessen”, fue en la casa de Catalina. Allí se entraron todos los amigos y los hijos de los mismos.

Como Asunción cantaba bien, la pidieron que cantase una saeta; haciéndola un gesto su novio Rafael, cantando la saeta.

Se van después de la merienda a la Iglesia para cumplir la hora Santa y por la tarde vuelven a participar en otra procesión.

Por la noche ven todos, en la televisión, una película dedicada a la vida de Cristo; viéndoselas caer sendas lágrimas de los ojos a las mujeres.

Se pasa la Semana Santa y vuelve al pueblo otra vez la vida cotidiana: esa vida que en los pueblos se tiene para comentar algo de alguien, criticando sus hechos.

Uno de esos hechos lo protagonizó Felisa al verla muy acalorada con un vecino. Ya que Felisa se subió a una escalera, para limpiar las rejas de la ventana, estándola viendo todos sus muslos, presentando armas aquel vecino, sin poder retener sus impulsos.

Todo quedó ahí, que Felisa presentaba y el vecino también; pero sin pasar a mayores. Hasta que los cogió Mateo, el marido de Felisa; entrando a su mujer en casa.

Ya, dentro de casa tienen una discusión entre ellos muy acalorada , por la manera que ha tenido Felisa de limpiar las rejas de la ventana. Diciendo Felisa que ella no era menos que él, su marido Mateo; y que si

Dios la ha dado esas formas, no está mal que las enseñe. Mateo la dice; Que está despechada.

En tres días no se hablaron Felisa y Mateo; ya que estaban enfadados ellos dos por la acalorada conversación que tuvieron hacía días. Se miraban cada uno al otro a la cara sin decirse una sola palabra; hasta que su hija Juana los cogió de las manos, juntándoselas las unas con las otras. Y aquí paz y aquí gloria.

Se reanudó la conversación entre el matrimonio, Felisa y Mateo; pero no así la confianza.

Juana hizo lo posible y lo imposible para que sus padres se llevaran bien y resaltando que se querían.

En una excursión que hicieron a un Santuario, Felisa se vio en peligro; pues se pudo caer por un precipicio que había allí cerca. Corriendo Mateo para sujetar a su mujer, besándola y abrazándola mucho.

Felisa, sin esperarlo, le dio un beso a Mateo para darle las gracias, mirándose fijamente el uno al otro, para volverse abrazar de nuevo.

Como aquel sitio estaba plegado de álamos, se perdieron Felisa y Mateo y al acercarse a los chopos, sintieron los deseos de amarse locamente, cogiéndolos allí los amigos en plena faena. Poniéndose una bien la bata y el otro los pantalones.

Una vez de vuelta a casa, en su pueblo; lo primero que hicieron, fue ir a dar un paseo por las orillas del río, en plena chopera, entre juncos y

valluncos, entre enea y hierba fresca. Pero no contento con ese paseo, se fueron a la alameda, allí cerca, para emular el día que se amaron; perdidos de amor y esperanza, se unieron en uno sólo.

Cuando llegaron a casa, los padres, su hija Juana movía la cabeza en señal de disconformidad; quitando las pajas adheridas a sus ropas que tenía sus padres.

Para celebrar aquella unión fraternal, el padre los llevó, por la noche, para cenar en un restaurante afamado.

El domingo fueron a misa los tres, Fernando, Cristina y Antonio, mejor dicho, los cuatro; pues los acompañó Juana, la novia de su hijo Antonio.

Antonio se sentó en el banco de la Iglesia cerca de Fernando y Juana, cerca de Cristina.

Al salir de misa tuvo una indiscreción Cristina al decir, -. ¡Qué pocos jóvenes! -. Queriendo decir, que no asistían en misa muchos jóvenes. Fernando solamente se limitó a mirarla sin decir nada al respecto a su mujer Cristina.

Cristina se encontraba un poco delicada, cuando llegó con su hijo Antonio a casa; preocupándose mucho este, Antonio, por la salud de su mamá.

CRISTINA -. No es nada, hijo: solamente cosas de las mujeres.

Sufre una decepción Antonio; porque el sábado que llegaba al día siguiente, tenía una merienda con sus amigos de juventud: Más bien una caldereta cerca la fuente de los huertos en la sierra: Cosa que no pudiera hacer, por presentarse a Juana una hemorragia.

Llevar al médico a Juana, llamando a sus padres, Felisa y Mateo. Teniendo un mal entendimiento el padre de Juana: Lo que el doctor dijo, no lo entendió bien Mateo. Así que se fue hablando mal de Antonio.

Se enfadó con Mateo, Fernando, que también había ido con ellos, pero reteniendo nervios; y con palabras, le quiso hacer ver la verdad del caso. Anunciando Fernando a Mateo la enfermedad de su hija Juana, que era Cervicitis.

De allí salió Mateo poco convencido, pero abierto de carácter con Fernando; ya que como él veía, su consuegro no le quería mal, solamente le quería hacer ver la enfermedad que tenía su hija Juana, sin ayuda de la mano del hombre.

No obstante, Mateo le iba echando, de vez en cuando, una mirada a Fernando, como desconfiando lo que este le había dicho momentos antes.

MATEO -. ¿Pero eso es verdad?.

FERNANDO -. Y tan verdad. La enfermedad puede brotar por causas ajenas a una intervención humana.

Cada vez se quedaba más convencido Mateo, de que fuese una enfermedad lo que tenía su hija Juana; andando con pasos más seguros de sí mismo.

Desde aquel día la amistad quedó más afianzada; hasta el matrimonio formado por Felisa y Mateo se reafirmó, todavía más. Ya que los signos de cariño, entre los cónyuge, se vieron realizados patentemente entre ellos delante de la sociedad: Pero eso sí, módicamente para no dar qué hablar a las personas del pueblo.

Al siguiente día se conmocionó todas las personas del pueblo, al saber que un hombre pudo matar a otro, con un azadón; por causas de las lindes de sus fincas; ya que la besana la había cambiado uno de ellos.

Se comentó aquel hecho, entre las personas del pueblo, que aquello debía cambiar; teniendo más cuidado la Ley en esos casos delictivos.

Eso se pedía al coincidir en la manera de abrirse la sociedad, en un giro más de pensar y de hacer; no en sí la manera de tener fe, ya que, como hemos dicho, quedó al margen de los cambios del pueblo: Pero seguía esa fe en el pueblo y el pueblo a la FE con mayúscula.

Al abrirse la sociedad a otra manera de ser, el pueblo llano creyó, que la Ley tenía que ser más contendiente con los que eluden a la Ley.

Montándose en ese tiempo un teatro, sobre la vida de Cristo. La vida montada en el teatro con signo nuevo, con mentalidad nueva.

No aceptándolo ningún creyente por no seguir sus reglas más fundamentales, en cuanto a la fe y al dogma cristiano.

Se formó un revuelo en toda la Nación, que por poco lo tuvieron que sofocar; de lo que molestó a las personas creyentes: Empezaba otros tiempos, otros hechos, otra manera de pensar.

Las personas del pueblo no salían de sobresaltos; ya que se vio una pareja, desnuda, delante de un señor que portaba una escopeta de caza. . . Y nada menos que era una doce: No tenían escapatoria.

Lo bueno, que la autoridad competente del pueblo no dejó a aquel señor seguir con su andanza hacia otra casa, hacia otra calle; dándole el alto y esposándole de inmediato; ofreciendo a la señora, el cabo segundo, su capote para que se tapase sus vergüenzas.

Pero desde aquel día tuvieron un cabo primero y un cabo segundo en el pueblo, así como tres guardias más de aquel glorioso cuerpo. Para decir verdad, hasta escribiente tenían.

Y si una contrariedad seguía a la otra; no era por menos, cuando por tanta calor comenzó arder el doblado de la posada, que era el único establecimiento que teníamos en el pueblo como alojamiento para los forasteros. Y si es que no ardió toda la casa, fue por una manguera que un vecino tenía en su casa, echando agua al núcleo principal de donde salían las llamas y a que habían tocado las campanas de la Iglesia a fuego. Siendo un toque característico muy seguido.

Llegó un circo a la plaza del pueblo, acudiendo todas las personas del pueblo.

Preguntó el cabo primero por un hombre del pueblo y al no verle entre las personas, se dirigió con dos guardias hacia el almacén de abonos y productos agrícolas; cogiéndole dentro del almacén desvalijando todo lo que podía.

Con todo y eso no le denunció el amo del almacén; visitando a Fernando el amo del almacén, para esperar en la casa de Fernando al ratero.

Llegó el hombre que había entrado en el almacén pidiendo perdón a Fernando.

Habló Francisco, el amo del almacén, a Fernando, una vez que se había marchado Anselmo, el ratero.

FRANCISCO -. Si quieres un favor, te lo hago; por haber mediado en la contienda, entre Anselmo y yo.

FERNANDO -. Lo que quiero, es que te vaya bien en la vida.

Despidiéndose de Fernando, se marchó Francisco.

Se abre una discoteca en el pueblo; pues hay más personal en el pueblo; al existir unas obras de la construcción del silo y la de un puente en el río.

No quedó solamente ahí eso; pues al puente, obras públicas inició

Una carretera, en un camino de tierra que salía del pueblo hacia el siguiente pueblo.

Los domingos por la tarde asisten al cine unos y los otros a la discoteca; pues hasta medio día del domingo se trabajaba.

Eran días que corría el dinero en el pueblo: Hasta llegó el primer televisor en negro y con el se alternaba con la radio; ya existente en algunas casas.

Entre el Nodo, la radio y la televisión; las personas comenzaron a estar informadas de todo lo que pasaba en la Nación. Aunque también se enteraban de algo, por otras radios fuera de la Nación.

Lo que les faltaban a algunos hombres de ese pueblo: Oír algo, que ellos querían oír; aunque fuesen sesgadas las noticias.

Llegó otro maestro al pueblo y con ese ya eran dos; teniendo una escuela de párvulos y así, poco a poco, se fue sacando del alfabetización a las personas del pueblo. Aunque las personas mayores eran más remisas para asistir a la escuela; enseñándoles a leer sus hijos y sus nietos.

Por fin llegó el primer tractor al pueblo; teniendo más jornales que nadie; ya que todos los agricultores. . . Bueno. . . Casi todos los agricultores le empleaban.

Y como si veo, yo quiero; se agenciaron otros agricultores de tractores, pero estos los menos. De esta manera se iba mecanizando el campo; Pues llegó el primer coche particular al pueblo y detrás de ese llegó

, claro está, llegó otro.

Era Moderna se podía decir, que estábamos entrando, de lleno, en ella. . .

TODAS -. ¿Y ahora qué tiene que ver esa capital?.

Así hablaban las personas del pueblo unas con otras; muertas de miedo por aquel revuelo que había provocado aquella capital de provincia en el medio norte de la Nación. Se sofocó el revuelo sin otro paliativo, que no fuese el dominio pasivo sobre una corrección económica y apartándoselos del cargo a los no conformes.

La Nación volvió a entrar en completa calma; una vez que su Jefe de Estado salió hablando a los súbditos en la televisión.

Poco duró lo de súbdito; pues el Jefe de Estado murió, habiendo años más tarde un sufragio, en donde los súbditos pasaron a ser ciudadanos.

Con recelos recibieron algunas personas ese cambio de jefatura de gobierno; pero todo quedó en lo mismo: Todo siguió igual que siempre, sin grandes cambios, como se creía.

Los únicos cambios que se dio, fue en las personas; que quería, pero no podían hacer grandes cosas: Desinflándose ese estado de exaltación global, que se dio en las personas a la llegada de pasar a denominarse, ciudadanos.

Un día se cruzó Fernando con Anselmo; haciendo Fernando como que no había visto a Anselmo; teniéndole que saludar este a Fernando.

ANSELMO -. Fernando, ¿cómo estás?.

FERNANDO -. ¡AH!: Perdona, no me había dado cuenta que me cruzaba contigo.

ANSELMO -. Te he preguntado: ¿Cómo estás?.

FERNANDO -. Yo bien, gracias. . . ?. . . Ya veo que te conservas bien.

Se quedó un poco pensativo Anselmo, por no saber, muy bien, lo que que quiso decir Fernando con eso de: “Te conservas bien”. Ya que era un juego de palabras hecho a la medida de sus convicciones.

Se veía, que los padres estaban envejeciendo y el que más y el que menos, ya estaba jubilado. Y el primero que se jubiló fue el señor Francisco, no teniendo descendencia alguna.

A los pocos días, se cruzó Anselmo con Antonio, el hijo de Fernando, parándole en la acera, para decirle alguna cosa que llevaba en su pensamiento.

ANSELMO -. Tu padre no se ha jubilado, todavía: ¿Verdad?.

ANTONIO -. No, Anselmo. . . ¿Por qué me dices eso?.

ANSELMO -. Le tuve yo que saludar el otro día; no se había fijado en mí.

No sé si se habría fijado en Anselmo; pero el caso era, que Anselmo contó, que ya era el amo del almacén de productos agrícolas.

Aquella revelación que hizo Anselmo, le hizo sobrecoger el corazón a Antonio; pero en realidad no había otro más. . . Para llevar aquel almacén; a parte que era el único almacén que había en el pueblo, agrícola y ganadero.

Se fue Antonio a la orilla del río, para recrearse con los juncos y valluncos, así como las eneas que había bordeando el río.

Mal hizo; porque en el tiempo que estuvo allí, pensó en tantas cosas. . . Sobretudo en la vuelta que iba a dar la sociedad: Tanto en la manera de pensar como de hacer las cosas.

No lo hubiese hecho, no: Ya que vio la verdadera vuelta que estaba dando las gentes del pueblo. Hombres sin escrúpulos y sin pensamiento, eran los que cuajaban para llevar el almacén agrícola del pueblo.

No se debía ser concienzudo, ni tener nada en la cabeza, no poder pensar por sí solo. .. Y sobretudo, ser un poco fuerte y alto: ¡Ese era el ídolo de las personas!: Ese ídolo, que nunca piensa y que nunca recapacita si una persona es familia suya, para ejecutar una obra, o un instinto concebido por el.

Mal hizo, con apartarse de las personas, para aislarse en una corriente de agua, pura y cristalina; que aunque invitaba a la reflexión y a la oración; Antonio se estaba derrumbando.

Inició el camino, saliendo de allí lo más rápido posible Antonio, viéndose agobiado por la presión que le hacía sentir el pensar en esas cosas, como en otras tantas iguales a las cosas primeras que pensó.

Menos mal, que al llegar a la primera calle del pueblo, se encontró allí con Juana, su novia. Y al verle esta de esa manera: Hecho un basilisco, le cogió del brazo, dijese lo que dijese las personas del pueblo, llevándose a casa para que nadie le viese tan serio.

Menos mal que no estaba el papá en casa, Fernando; pero sí estaba la mamá, Cristina, que al ver de esa manera a su hijo pensó en todo menos en Juana. La madre pensó en que alguien le había decaído la moral a su hijo, tanto como para parecer que tenía los ánimos por los suelos. Y como ya habían llegado los teléfonos fijos, Juana llamó a su casa comunicando que se quedaba para merendar en casa de Antonio; ya que se lo había pedido su madre Cristina.

Una vez que merendaron, Juana se encontraba un poco inquieta, viéndolo su novio Antonio.

ANTONIO -. ¿Qué te pasa?, Juana.

JUANA -. Quisiera ir contigo a la orilla del río.

ANTONIO -. ¡No!

JUANA -. ¡Sí!

Logrando llevárselo a Antonio su novia Juana a la orilla del río; queriendo demostrar ella, que nada pasaba en dicho lugar.

Pero cuando estaban llegando al río, a Antonio se le veía ya más tenso, con los nervios engarrotados y como con recelos por llegar a la orilla del río; cogiéndole de un brazo Juana para que se aproximase más a la orilla del río y allí poderle hablar mejor a él.

JUANA -. ¿Qué me quieres demostrar?, Antonio: En este lugar.

ANTONIO -. Que cada persona es lo que piensa: Si tú piensas ahora en mi cariño, no estás pensando en el peso que produce saber que una persona que no tiene la capacidad de pensar por sí misma, supera a todas las personas del pueblo.

JUANA -. ¿En qué piensas ahora?

ANTONIO -. En ti, solamente.

JUANA -. Lo ves, Antonio; como todo pasa por algo.

Queriéndole decir su novia Juana a Antonio, que aquel decaimiento de ánimo que tuvo aquella mañana en la orilla del río, fue por encontrarse

solo, sin nadie a su lado y, que si en esa ocasión se encuentra con más fuerzas de sobrellevar la vida, es porque ella está a su lado.

Antonio miraba a Juana con cara de satisfacción y agradecido a su compañía personal.

Era verdad, que los jóvenes veían a sus padres más viejos cada día; pero era causa a que eran ellos los que se estaban haciendo mayores.

Llegó la hora de decidir, si estudiaba una carrera o cogía un oficio; porque obtener una profesión, teniendo que pagar sus padres una pensión, no era factible para ellos. Siendo la capacidad adquisitiva de sus padres bastante reducida.

La matrícula se debía formalizar cuanto antes, pero como había un plazo para hacerlo, los quedaba algunos días y así pensarían en el pro y en el contra, para estudiar una carrera.

Por aquella fecha un hombre del pueblo puso su coche como servicio de punto; dando viajes todos los días; desde el pueblo a la capital de la provincia, para alternar el viaje en días pares a la Capital de la Nación.

Aquello jugó un papel a favor de Antonio; pues él no sabía manejarse en la Capital de la Nación a solas, llevándole aquel señor a la misma puerta de la pensión: Iba aquel señor de puerta en puerta, allí donde le llamaban.

Juana decidió estudiar para Maestra nacional, que era como se llamaba dicha carrera, teniendo la Normal, donde estudiaban los maestros

nacionales, muy cerca del pueblo; pudiendo venir todos los días al pueblo en el coche de línea. Hoy día llamado Autobús.

Antonio se veía como gallina en corral ajeno, en la Capital de la Nación: Una ciudad enorme y sin saber por dónde tenía que ir a la facultad.

Hasta que pasó el primer mes, Antonio no llegó a saber, bien, qué calles coger para llegar a la facultad y de ella a su pensión; pues si se desviaba un poco, era causa de tener que preguntar a los viandantes de las aceras, por dónde tenía que ir a su pensión.

Hasta que fue ayudado por una condiscípula, que llevaba el mismo camino. Y así, todos los días iba con aquella condiscípula suya a la facultad, volviendo con ella a la pensión.

Un día volvieron cogidos de las manos, sin saber cómo lo habían hecho; pero la verdad era, que llegaban alegres y muy amables hablando el uno con la otra.

La amistad con aquella chica iba creciendo por día; pues Antonio se atrevió a invitarla para que viesen un teatro, que se montaba en esos días de idas y venidas cogidos de las manos. Y aunque las gentes los miraban, ellos seguían su camino como si no fueran con ellos esas miradas; ya que todavía se veía mal, que una pareja de chicos fuesen cogidos de las manos por la calle.

El problema para llegar al pueblo, no lo tenía Antonio, ya que su padre iba a la casa del taxista, con motivo de que fuese al siguiente día para

buscar a su hijo, dándole las señas de la calle y número dónde estaba su hijo Antonio.

Así llegó, aquella Navidad, al pueblo Antonio, para celebrar que eran días de estar con la familia y no solo en la Capital de la Nación.

Cristina y Fernando, miraban a su hijo con deseos que preguntase este por Juana y, como no lo hacía le habló su madre: -. Si no se acordaba de Juana -; ya que no había preguntado Antonio por ella, ni había hecho afán de salir corriendo para visitarla en su casa. Así que comenzaron a ponerse nerviosos Cristina y Fernando por tal olvido de su hijo Antonio.

Al oír Antonio el nombre de Juana, se echó las manos a la cabeza; Como en señal de olvidadizo y de tener un gran pesar por haberla olvidado a su novia Juana.

Antonio salió corriendo hacia la casa de Juana; pero como esta le había visto llegar por las ventanas de su casa, salió a la puerta para saludarle. Antonio, al verla en la puerta, se le iba desinflando el cariño que la tenía; por verla una mujer afianzada en las costumbres de su pueblo: Con mandil y chanclas, con el pelo recogido y sin maquillaje alguno, en fin; siendo una mujer de su casa y buena cristiana.

Al aflojarsele el fuelle del cariño a Antonio disminuyó el paso tan rápido como llevaba, demostrando poco interés por ver a su novia Juana; sintiendo esta, un agobio en toda su Alma, como que se asfixiaba.

El recibimiento que hizo Antonio a Juana, fue dándole un beso en las mejillas, sin cogerla para atraerla hacia sí con todo el cariño del Mundo; ¡vamos!: Un saludo muy frío.

Juana se entró en casa llorando a mares; parecía que se quería caer al suelo, como sin ninguna fuerza; y es que era así, como se había quedado.

Se dejó caer sobre un sillón que había en el salón de la casa, sin fuerzas algunas; preguntando algo a Antonio.

JUANA -. Hijo, ¿En tan poco tiempo me has olvidado?.

Entrando Antonio de tras de Juana, con el corazón encogido, por no haber sido capaz de hacerla otro saludo con más afecto y cariño.

Al oír Felisa llorar a su hija Juana, salió al salón con la cara desenchajada, al ver que el recibimiento que había hecho Antonio a Juana era bastante pobre, como para saberse la chica querida por el chico.

Y antes de hablar con su hija, Felisa saludó muy cordialmente a Antonio, quedándose el chico con el corazón encogido, por lo bien que le trataban en esa casa.

FELISA -. ¿Qué te pasa?, hija.

JUANA -. Es la alegría que tengo por ver en casa a Antonio.

Felisa no dijo nada, para que no se molestase Antonio; pero bien sabía ella, que algo malo había pasado entre Antonio y su hija Juana.

Antonio se le caía la cara de vergüenza, al ver ese trato tan exquisito, como estaba recibiendo en esa casa; al igual que siempre: Con respeto a su persona y cariño hacía él mismo.

Antonio se sentó en una silla, en vez del sillón que él siempre se sentaba, y al verle sentado en la silla exclamó Felisa algo a Antonio.

FELISA -. Antonio, hijo; siéntate como siempre.

Comprendiendo Antonio lo que le quería decir la mamá de Juana.

Y señalándole al sillón le invitaba para que se sentase en el, como siempre lo había hecho.

FELISA -. Mira, Antonio; siéntate aquí como siempre lo has hecho. Ya verás, hija, como no ha pasado nada. Y ahora nos vais a perdonar; pero Mateo y yo vamos a ir para la casa de Matilde; ya que se está divorciando de su marido. Quedaros aquí hablando tranquilamente entre vosotros dos.

Era verdad, había llegado el divorcio a la Nación, no dando abasto alguno los abogados para atender a tantas demandas de divorcios como se estaban formalizando. Algunas eran efectivas y otras no.

Pues se reconoció un partido político que nunca tuvo relevancia en el marco político de la Nación; aunque algunas personas no les gustasen.

Se estaba configurando el marco político de la Nación, en aquellos tiempos; tiempos de cambios y de ocio, como ya se vio en toda la geografía de la patria.

Sí podía ser por menos, que se parase la actividad empresarial los domingos, con bendición del clero; ya que lo dice la Santa Biblia: El séptimo día, descansó.

Que alivio, ¡qué alegría!; no tener que ir al trabajo los domingos: Ya que el domingo se hizo para descansar y honrar a Dios sobre todas las cosas terrenales.

Una vez en la Capital de la Nación, siguió viendo, Antonio, a la chica que le acompañaba a la facultad y a la vuelta a la pensión. Notando aquella chica, que su amistad por ella se había enfriado un poco: Y no solamente lo notó la chica, que un compañero de facultad lo notó también.

Aquel compañero de la facultad era de la región; un hombre espabilado y amigo de sus amigos; parándose un día, cuando pasaba cerca del Antonio, en un descanso, de entre clase y clase, para decirle algo que se le sobrecogió el Alma, por el punto de vista que tenía este con el amor.

ENRIQUE -. Te veo triste, ojeroso y pensativo: No es para tanto.

ANTONIO -. Ni para menos.

ENRIQUE -. No; si haces frente a las dos: Ya que muchos se quedan sin ninguna de ellas, por no hacerlas caso.

ANTONIO - ¿Tú lo crees?.

ENRIQUE -. Te lo estoy diciendo.

No pudieron hablar más, pues sonó el timbre del pasillo, alertándolos para entrar en la siguiente clase; y así lo hicieron, unos detrás de otros, No diciendo ni una sola palabra al respecto.

A la salida de la facultad, quién estaba esperando a Antonio era una célula del partido recientemente reconocido, con idea de rescatarle a él; y menos mal que se vino Belinda al lado de Antonio, para oír lo que le decía aquel señor, tan comedido en palabras.

La amiga de Antonio se estaba poniendo morada y a la vez colorada, al ver aquel hombre cerca de la persona de su chico y sobre todo, hablándole de sus ideas; así que Belinda cogió de un brazo a Antonio, separándole de aquel señor. Diciéndole, con mucho respeto: Adiós, señor.

Desde luego, Antonio no entendía de esas cosas para nada, ni quería entender: Fuese de quién fuese. Él solamente se debía a sus estudios y nada más.

Aquel día fue cogida del brazo de Antonio Belinda, con un orgullo que se la veía en la cara, que estaba a punto de explotar. Antonio también la

llevaba con orgullo: Y máxime, cuando se acordó lo que le dijo su discípulo Enrique, -. Entra a por las dos -.

Pero la condición de Antonio no era esa: Le costaba mucho engañar a nadie y menos a una persona que le quiere, o por lo menos lo demuestra.

Tenía que ver, una vez más, a su discípulo Enrique; ya que el parecer de Antonio sabía más que él; así le pediría, de nuevo, su opinión con respecto a sus dos enamoradas.

Tardó ver a Enrique unos tres días; pero al cabo de los cuales, le saludó entrando en la facultad; imaginándose él a lo que iba Antonio.

ENRIQUE -. ¿Se te ha olvidado?.

ANTONIO -. ¿El qué?.

ENRIQUE -. Lo que dije el otro día.

ANTONIO -. ¿Pero así de normal todo?.

ENRIQUE -. Es muy sencillo. Tú haz caso a las dos, que tendrás mujer algún día.

Se quedó pensativo, acariciándose el mentón Antonio, como no creyendo que eso fuese todo. Tal vez ese plante estático fuese suficiente para que una mujer le quiera a uno.

ENRIQUE -. ¿Qué?: Todavía pensativo.

ANTONIO -. Y extrañado. Si hago eso; ninguna de las dos me creará.

ENRIQUE -. Aunque te duela: ¡Hazlo!.

Así de sencillo, como le había dicho su condiscípulo Enrique; así lo hizo y sobresaltado, pudo darse cuenta que aquellas dos damiselas le hacían caso: Siguiéndole a todas las partes sin abrir la boca.

Impresionado se quedó Antonio, por haber oído a los amigos; que las nacionales no eran de ese mismo parecer. Pero sí, ¡anda que sí!; sí eran del mismo parecer que le dijo su condiscípulo Enrique.

Comprobando, días más tarde, que ellas también lo hacían; pues había visto Antonio a una condiscípula muy encariñada con otro chico de la facultad, hablando muy melosa con un chico que a penas le conocía, por ser de otra facultad diferente a la suya.

¡Ay!, ¡caray!, ¡caray!, que al siguiente día la vio con su condiscípulo de la misma facultad, hablando con el muy cariñosamente; como si le estuviese diciendo a todo que sí.

Pero como a la juventud los han enseñado a ser nobles y a decir la verdad; al siguiente día le vio Antonio totalmente decaído al joven, pese a que se encontraba con su enamorada.

Ya había hablado la chica con el chico, sobre el conocido que tenía de otra facultad: No queriéndose separar de ella el chico, para ver si la conquistaba; pues era la chica que más quería en su vida.

Le dio un repulsivo a sus intereses malsanos, con las dos enamoradas de Antonio, que le inclinó a decírselo a Belinda lo que le pasaba con ella y con Juana.

Belinda se puso un poco nerviosa, pero con el semblante sereno, para no dar qué pensar de ella. Cada paso que daba, pensaba en alguna cosa, diferente a la realidad.

Lo tomó bastante bien para lo que podía haber pasado; pues Belinda siguió con Antonio dando el paseo cotidiano, no diciendo ni una sola palabra sobre el asunto.

El resto del día lo pasaron juntos como siempre; pero al llegar el siguiente día, ya no era igual; pues Belinda se mostraba más inquieta, más esquiva, sobretodo con lo que Antonio decía. le miraba hasta en los gestos, por si alguno de ellos la daba hincapié de achacarle algo sobre la indiscreción de Antonio en el amor que la tenía; en cuanto la había aceptado sin decirla una sola palabra sobre la novia del pueblo.

Aquel día pudo estudiar poco Antonio; saliendo a las afueras de la pensión para que le diese el aire y le aventase las ideas. Esas ideas que él tenía metida en la cabeza; maltrechas y malsanas, con respecto a que se había portado con poco tacto, referente a Belinda.

A la hora de merendar se fue Antonio a la pensión y así como a las cinco de la tarde volvió a salir del piso, para dar un paseo. No había salido del portal de la pensión; cuando vio que quería entrar en ella Belinda.

Era la hora de que Belinda llegaba a la pensión donde estaba alojado Antonio, para poder estudiar juntos en el comedor de la pensión; pues a esa hora se encontraba sin ninguna persona en el. Y como quiso volver sobre sus pasos, le alertó Belinda de algo.

BELINDA -. No; no vuelvas a la pensión. Veo que quieres dar un paseo y así lo vamos hacer.

ANTONIO -. Será mejor, para que se me aclaren las ideas.

BELINDA -. No hay más que decir, sobre nuestra cuestión.

De esta manera, dio Antonio un paseo por las calles de aquella grandiosa y bonita Ciudad, con Belinda. Paso a poso iba pensando Antonio y Belinda le iba mirando; para ver si se sentía mal, o por lo menos se iba inculcando por no haber sido noble con ella.

Belinda no quiso entrar en la pensión, marchándose a su casa muy pensativa: Y a la mañana siguiente, la vio hablando, Antonio, con un chico, a Belinda, muy amablemente; como si ella le estuviese dando el palmito a todo lo que el decía.

Antonio se retiró un poco de ellos; para que no vieses los dos, que los estaba escuchando: Eso, nunca lo hubiese querido hacer Antonio, y menos con su amiga Belinda.

¡Pensar!, pensó en una y mil cosas; hasta el punto de quedar extasiado en el tiempo, ya que hubo un conato de lágrimas en sus ojos: Reponiéndose enseguida, cuando vio que Belinda se acercaba a él.

Días difíciles estaba pasando Antonio; pues aunque Belinda le hacía caso, ya no era igual todo el trato que la chica le daba a él. Sus modales, eran otros, sus formas de actuar, eran otras y así sucesivamente era otra la amistad entre Antonio y Belinda.

Llegó el verano y con él las vacaciones estivales: Yéndose Antonio a su pueblo, para poder disfrutar de sus papás y de los amigos de la infancia; quedándose Belinda sola y como afligida.

Los días pasaban y las semanas también; hasta que estando Antonio en la plaza del pueblo vio llegar al autobús, bajándose de él, una chica guapa y esbelta, con gestos suaves y mirada dulce, con palabras inconfundibles y buen trato.

Sí, era Belinda, que nada más bajar del autobús se dirigió a donde se encontraba Antonio. Pero era más; pues Antonio estaba con Juana, su novia. Y al llegar Belinda a ellos, con una sonrisa en la cara, se la descompuso el rostro a Juana.

BELINDA -. ¡Buenos días a los dos!.

Como no contestó Antonio, Juana tampoco contestó al saludo que los había hecho Belinda; prosiguiendo su perorata dicha chica.

BELINDA -. Me imagino, que no hace falta decir quien es la señorita que te acompaña. Es Juana: ¿Verdad?.

ANTONIO -. Sí, es Juana.

Juana tenía su bolso en las manos, cayéndosele de inmediato; pues se imaginó lo que podía seguir diciendo la chica forastera, como llamaba el pueblo al que no era de allí. Y entre dime y diete, todo se aclaró para ellas dos, quedando Antonio como anonadado y presuroso.

Antonio se encontraba ligero de ideas; así que no podía articular palabra alguna: Siendo motivo de creer las dos damiselas, que admitía su culpa, exonerándose ellas de alguna culpa.

Las dos chicas se fueron juntas, bien sabían ellas a dónde; pero se quedó Antonio con un pesar en su Alma que le estaba haciendo polvo, al no saber cómo gestionar aquel encuentro malo, para él mismo; ya que la novia del pueblo se había enterado por la amiga de la Capitalina Ciudad, (Madrid), de que este chico tenía una amiga.

No sabía lo que hacer Antonio; acordándose de un lugar de cañaverales, cerca del río, y allí que se fue para desechar culpa de su cuerpo, de su cerebro y hasta de su pensamiento más propio de un ser

agobiado y deshecho en pena; por no haber sido correcto y noble con las chicas.

Juana se imaginó dónde podría estar Antonio, una vez que se lo preguntó Belinda; pero en vez de irse al cañaveral, se fue con la otra chica a la parte donde crecen los juncos y las eneas, no encontrando allí a Antonio: Hasta que por fin pensó en el cañaveral; unas de las pocas veces que había ido allí Antonio.

Desde luego, le encontraron en el cañaveral, pensativo, ojeroso, con el ánimo decaído y hasta con faltas de palabras: No sabía articular más de tres palabras seguidas; debido al mucho decaimiento que tenía en sí mismo, se encontraba como hecho una piltrafa humana.

¿Piltrafa humana?: ¡Ya!: Pues nada más que llegaron las chicas, le cogieron de sendos brazos, llevándole en medio de ellas, cada una a un lado, hasta la plaza del pueblo, donde se sentaron en un banco, para poder hablar entre ellos.

No sabía ninguna de ellas, quien comenzaba hablar; pero como era más decidida Belinda, fue esta chica la que comenzó hablando claro y conciso: Sin alzar la voz, ni molestar a nadie.

BELINDA -. Antonio, hijo: Como podrás suponer, hemos hablado Juana y yo. Y ninguna estamos dispuestas a perder tu cariño; que es tanto como perderte a ti.

JUANA -. Yo, nunca tiraré la toalla al cuadrilátero de boxeo para claudicar en tu amor más profundo de tu corazón.

Antonio se quedó que no sabía por dónde le había venido aquello; pero a la vez le estaba gustando mucho: El saberse querido por las dos chicas; aunque aquello no era legal. Así que decidió hablar él también.

ANTONIO -. No es de recibo, lo que os estoy haciendo; de modo, que os pido perdón, a las dos, con todo mi pesar y el dolor de mi corazón: Puesto, que si os pierdo, perderé la existencia de mi vida; no encontrándome nunca más, así mismo, en este Mundo de entuertos. . .

BELINDA -. ¡Para!, para; que no sabes lo que dices.

Antonio miró para Juana, ya que esta chica no decía nada; se limitaba a estar callada y a mirar a uno y a otro; como queriendo saber algo más de sus pensamientos.

Como vieron, Antonio y Belinda, que Juana permanecía callada, estos dos apostillaron algo más sobre el cariño de ellas hacia su chico.

BELINDA -. Juana no habla; por lo tanto, creo que dará por bueno lo que yo he dicho.

Juana quería hablar; se la veía que hacía fuerzas con la cara y hasta con el pensamiento, para articular palabra alguna: Hasta que por fin la salieron las palabras de la boca.

JUANA -. Me parece mentira, que yo aceda a compartirte, Antonio; pero el cariño es mucho y mi voluntad de amar es más. Ten bondad de mí que yo nunca te dejaré querer, por más que viva. Ya ves que imploro a tu piedad, para que recapacites en lo que te estoy diciendo.

El silencio más sepulcral hubo en aquel preciso momento; momento en el que las dos chicas habían hablado a Antonio.

Se las vio a las chicas, que sus palabras la salían de la mente, pero estaban apostilladas por el corazón de cada una de ellas.

Ni unos, ni otros querían hablar; para no cortar ese hado que había entre sus seres y su cerebro. Algo pululaba en el aire, que parecía incitarlos para que se callasen: Más bien con pensamiento, se rompía ese afán de quererse saber suya cada una de ellas.

Ese pensamiento; era la primera premisas que se daba en aquella hora para discernir, quien de las dos se quedaría con el cariño de Antonio.

Se enteraron, las dos chicas, que al papá de Antonio, a Fernando, le había estafado Anselmo en un importante cargamento de abono para el cultivo de sus tierras; buscando Juana y Belinda al señor Francisco, el que

fue amo del almacén de productos agrícolas. Querían las dos chicas, que aquel señor intercediese por Fernando delante de Anselmo y así lo hizo, dicho señor.

ANSELMO -. Tú no te metas donde no te llaman.

FRANCISCO -. Me da pena, que el almacén vaya así.

Anselmo se le quedó mirando fijamente a la cara, como en señal de desaprobación, por lo que había dicho el señor Francisco.

ANSELMO -. ¿Cómo va?.

FRANCISCO -. Hay que mirar, un poco más por los clientes del almacén.

ANSELMO -. Y yo, ¿no miro?.

FRANCISCO -. Demasiado.

Aquello le desacerbó a Anselmo; pues el señor Francisco lo dijo así, como con un poco de no estar muy seguro en el cumplimiento de Anselmo para los clientes del almacén. De modo, que Anselmo se calmó; no volviendo a contradecir al señor Francisco en sus explicaciones, sobre cómo tenía que obrar con sus clientes: No sin antes, haberle indicado Anselmo al señor Francisco, que se saliese del almacén.

Aquella súplica que hizo el señor Francisco al mismo dueño del almacén, se hizo palpable; pues a los pocos días Fernando tuvo su camión de abono donde él le había dicho a Anselmo que se lo dejase.

Como refunfuñando y con malos gestos, le dejó Anselmo el camión de abono donde había dicho el señor Fernando; ya que era una partida de dinero bastante considerable para él, para Anselmo.

En casa de Fernando hablaba su mujer con él, diciéndole; que al siguiente año buscarse otro proveedor de abono para sus tierras. No estando conforme Fernando con lo que le decía su mujer Cristina; ya que como él apuntó: Costaría más presupuesto, al tenerle que traer el camión de otra localidad y más movimientos de ir y venir a dicha localidad para contratar un camión de abono para sus tierras.

Las personas del pueblo se enteraron de la estrategia que había querido hacer Anselmo a Fernando y en pocos días se presentó en el pueblo una actividad agraria, con motivo de querer vender su abono a los habitantes del pueblo.

Como quien avalaba a dicha actividad era el señor Francisco, acudió todo el pueblo; para saber en qué condiciones vendía sus productos a los habitantes del pueblo, aquella actividad.

Ya, en el fragor de los estudios y estando en la Facultad, se presentó la novia de Antonio para pasar unos días con él en aquella gran Ciudad;

donde una persona se pierde a cada paso que daba, por ser enorme aquella Ciudad cosmopolita.

Pasaron tres días agradables, Antonio y Juana; ya que Belinda se había retirado, para que Juana estuviese más tiempo con Antonio y así ver si los dos se correspondían el uno al otro, en cuanto a su cariño.

¡Cómo son las cosas!; antes de marcharse Juana a su pueblo, se presentó en aquella grande y bonita Ciudad el señor Francisco, con idea de conocer mejor a Belinda; una chica moderna, donde las haya y una chica excelente.

El señor Francisco, cuando iba de traje no parecía de mal ver; pues tenía su presencia favorable. . . Un viudo agradable y afable como él solo. . . ¡Pero!, el señor Francisco era mucho mayor que Belinda; y además, no debía romper los estudios el señor Francisco a esa chica.

Se fueron a un teatro, que se montaba en un lugar renombrado en la gran Ciudad, encontrando en la entrada del teatro a unos condiscípulos de la facultad.

Aquellos condiscípulos de Antonio esperaron a que llegasen Belinda y su amiga; ya que Antonio los dijo a ellos, que llegaría con una amiga Belinda.

Al llegar las chicas, no sabían qué decir los condiscípulos; así que se sobrecogieron, al ver que se colocaban, Belinda con el señor Francisco y Antonio con la chica de pueblo; según dijeron ellos.

Arrimándose una condiscípula a Belinda preguntándola algo, que todos creían saber.

CONDISCÍPULA -. ¿Quién es el señor que te acompaña?, Belinda.

BELINDA -. Es un tío mío.

No dudó Belinda dar esa contestación a su condiscípula; pues al decir verdad, aquel señor, Francisco; bien podía ser su tío por la edad: Vamos, más bien su abuelo.

Como al siguiente día habían quedado con las chicas en un lugar conocido por todos los “gatos”; se estaban preparando el señor Francisco y Antonio, para ir al encuentro de las chicas; cuando este hombre le habló muy cerca de Antonio, como para que no lo oyera la patrona de la pensión y ningún huésped.

FRANCISCO -. Qué te parece, Antonio, que nos repartamos las chicas.

ANTONIO -. ¡AH!!: ¿Pero hay que repartir el cariño?. Si el cariño nace, no se reparte.

FRANCISCO -. Para ti Juana; pues no quiero saber nada con su padre, Mateo, y para mí Belinda.

ANTONIO -. ¿Le puedo hablar claro?; apartándome de la idea que tenga Belinda, que todavía no la se.

FRANCISCO -. Sí, dime.

No quería que el señor Francisco se molestase con sus palabras; pero era, que Antonio conocía muy bien a Belinda y lo que le podía decir esta se lo diría él en pocas palabras.

ANTONIO -. Mire usted, señor Francisco: Belinda es una chica joven, moderna y por consiguiente se merece otra planta de hombre. . . ?. . . ¿Me entiende?.

El señor Francisco, mostrando su planta de hombre y casi acariciándola le decía a Antonio.

FRANCISCO -. Qué más planta, que esta.

ANTONIO -. Aunque me ha comprendido, no quiere comprender usted, Francisco.

En ese momento, el señor Francisco, bajando la cara se dejó desplomar en la cama con gran pesadumbre, por lo que Antonio le había comentado.

Claro que había entendido muy bien el señor Francisco lo que Antonio le había dicho, con respecto a las relaciones entre él y Belinda: Nunca fructificaría esa relación, poco lógica entre él y la chica.

El señor Francisco levantó la cabeza mirando a Antonio, como pensando en algo que no le quería decir al joven, callándose esa opinión que había formado el señor Francisco de aquella chica.

Pero como Antonio se quedó esperando respuesta, el señor Francisco salió con palabras desconcertantes para lo que Antonio había visto en la persona de Belinda.

Se levantó el señor Francisco siguiéndose vistiéndose y cuando estuvieron los dos vestidos, salieron de la pensión, camino a dónde tenían la cita, llegando cinco minutos antes que ellas.

Cinco minutos, dando para mucho esos cinco minutos; pues iniciaron una conversación entre ellos, que le quedó helado a Antonio el corazón y hasta el cerebro. No sabiendo lo que decirle, ni contestarle al señor Francisco al oír tal respuesta por boca del señor Francisco.

FRANCISCO -. Deseo, que seáis los padrinos, Juana y tú, en nuestra boda, entre Belinda y yo.

Antonio se tuvo que agarrar a la base de una farola que había allí mismo para no caerse de espanto.

Antonio, no sabía cómo decírselo al señor Francisco para que lo comprendiera y para no ser intrometido en los asuntos de amores, este chico se calló; dejando llegar a las chicas, para saber si ese señor lo veía él claro de una vez.

Pero, no; no lo veía claro, ya que entró en el teatro acompañado de Belinda y hasta se sentó cerca de ella. Y así como a la media hora de estar representándose el teatro, vio Antonio al señor Francisco que quería coger una mano de Belinda, rehusándolo ella. No obstante, todo quedó en eso: En que Belinda no le había dejado cogerla la mano al señor Francisco.

Poco duró quieto, el señor Francisco; pues arrimándose a Belinda la decía algo a lo que ella negaba, poniéndola una mano en el muslo, más cercano a donde se encontraba el señor Francisco, con motivo de que le escuchara bien lo que él la decía, o por lo menos así creía él, empleando toda su buena fe.

No lo dudó; se levantó Belinda; dando un salto en la butaca, que parecía iba a llegar al techo del teatro.

Con gran afán y mucha excitación, se despidió Belinda de Juana; saliendo rápido del teatro, para que no la encontrase el señor Francisco; que quedándose petrificado en su asiento, al salir del teatro abordó la conversación de querer saber más sobre Belinda.

FRANCISO -. Parece que a Belinda la ha pasado algo: Yo quisiera saber cómo está Belinda.

JUANA -. Belinda está bien; no la pasa nada.

De momento contestó Juana, para que el señor Francisco dejase pensar en aquella hermosa chica, siendo para él como caída del Cielo.

Ni Juana, ni Antonio, le hacían pensar en otra cosa, que no fuese el bienestar de Belinda: ¿Cómo estaría?.

Se lo preguntaba, una y mil veces, el señor Francisco así mismo. No se arrodilló delante de Juana por vergüenza; pero se le veía caer, de los ojos, sendas lágrimas de dolor y misterio.

En un momento, que el señor Francisco se sentó en un banco en plena calle, Antonio se arrimó, un poco más, hacia Juana para poderla hablar a solas.

ANTONIO -. Ya ves cómo está este señor.

JUANA -. Ya lo veo; ¿pero qué me quieres decir?.

ANTONIO -. Que si no le llevamos ahora, para que vea a Belinda; este señor vuelve una vez más a esta bonita y gran Ciudad.

Juana se quedó pensando en lo que la había dicho Antonio y en un alarde de confianza, exclamó.

JUANA -. Ahí tienes una cabina telefónica; ves para alertarla a Belinda.

Así hizo Antonio; pues llegando a la cabina llamó a alguien, hablando con aquella persona unos minutos; volviendo otra vez donde se encontraban, Juana y el señor Francisco.

FRANCISCO -. ¿Qué has hecho?, Antonio.

ANTONIO -. Llamar a Belinda, para saber cómo se encuentra.

Diciéndole Antonio, que a Belinda no la pasaba nada; que todo había sido causas de la mujer; pero como el señor Francisco seguía queriendo volver a verla a esa chica, Antonio accedió a llevarle a la pensión para que viese a Belinda.

Como la pensión de Belinda se encontraba en una calle secundaria y no muy grata en vistas; al señor Francisco se le oyó decir algo en voz baja.

FRANCISCO -. Será momentáneamente, lo que viva aquí Belinda.

Como el señor Francisco no hacía más que mirar al letrero que ponía cómo se llamaba la pensión, así como a la puerta y a los balcones del

primer piso, que era dónde estaba constituida la pensión. Juana se arrimó a Antonio preguntándole -. ¿Qué? -. Comprendiendo este joven la pregunta; haciéndola con la mano algo para que se calmase ella.

Juana le comprendió muy bien a Antonio, al tiempo que se abría la puerta de entrada al bloque donde estaba la pensión; subiendo la escalera hasta el primer piso.

Allí, en la puerta de la pensión, se encontraba Belinda, con una bata de estar en casa y un pañuelo sujeto al cuello, que la hacia aún más bella.

Nos saludó Belinda con afecto; pero no así al señor Francisco, que dándole la mano se limitó hacerle un saludo frío y como distante.

No pasaron del hall de la pensión, donde se alojaba Belinda; saliendo de allí a los pocos minutos, para ya en la calle despedir al señor Francisco; ya que se iría en poco más de una hora al pueblo.

Al día siguiente, llegaron los papás de Belinda a la Capitalina Ciudad, para ver cómo se encontraba su bella hija; viéndola radiante de esplendor. Y como había un chico, compañero de estudios, que estaba prendado de Belinda, al saludar a los padres de Belinda los dijo algo.

ÁLVARO -. Hemos conocido al tío de su hija Belinda.

Aquello se lo estaba diciendo a la mamá de Belinda; esperando Álvaro, que esta buena señora dijese algo sobre el tío de su hija.

Pero como Álvaro la vio un poco indecisa a la mamá de Belinda, apostilló lo que la había comentado.

ÁLVARO -. Sí, el señor Francisco; el tío de su hija Belinda.

Siguió pensativa la mamá de Belinda, sin querer pronunciar palabra alguna, para no dañar la ecuanimidad del chico que la comentaba dicho encuentro, con el tío de su hija Belinda. Hasta que ya no pudo más, la mamá de Belinda, abriendo la boca para que el chico quedase enterado de todo lo que la rodeaba a su hija Belinda.

SOFÍA -. Los tíos de mi hija Belinda están muertos: Yo tuve un hermano y Mi marido, Ambrosio, tuvo hermana y hermano. Y por cierto: Yo me llamo Sofía.

Aquel chico no pudiendo controlar su estado de ánimo, cuando supo aquella noticia, se alejó de la señora Sofía para dar rienda suelta a su alegría por saber aquella noticia tan directa para él.

Por una parte estaba alegre de la noticia que se había enterado Álvaro; pero por otra parte le estaba haciendo bastante daño, al comprender que ese señor estaba prendado por su querida Belinda.

Sí, estaba alegre; porque comprendió, que Antonio la daba vara larga a Belinda para hacer y deshacer lo que quisiera; ya que él tenía otra chica más modosita y recogida del pueblo dónde él era.

Al comprender aquello, salió como una flecha para buscar a Belinda, encontrándola en un pasillo de la facultad: Hablándola de tantas cosas como él quería decirla al mismo tiempo. Y como vio Belinda que se aturrullaba Álvaro, le puso una mano en el hombro para que se calmara, diciéndoselo de palabra.

BELINDA -. Por favor, Álvaro, cálmate.

Álvaro dio media vuelta iniciando su camino hacia el aula de la facultad y así sentarse en su asiento, para poder escuchar al señor catedrático. Y como tardaría el señor catedrático cinco minutos, Álvaro se puso a repasar las materias que se irían a explicar en ese día, en cátedra.

No buscó más, en ese día, Álvaro a Belinda; entre otra cosa, porque esta chica se encontraba con Antonio estudiando en su pensión, con este chico. Ya que decían ellos; se estudia mejor acompañado, que solo: Así se sacan mejores notas.

Al dejar estudiar Belinda con Antonio, este salió aquella tarde para dar un paseo solo y poder evadirse de tantos estudios. Y mientras iba andando por la acera, vio llegar a lo lejos al señor Francisco; dándole un

vuelco el corazón a Antonio, al comprender que había llegado, de nuevo, a la Capital dicho señor.

FRANCISCO -. ¡Hola!, Antonio: ¿Cómo te encuentras?.

ANTONIO -. Yo, me encuentro perfectamente. No le voy a preguntar por su salud; ya que veo, se encuentra usted bien.

FRANCISCO - ¡Bien hecho!, Antonio. . . ¿Te preguntarás para qué vengo?.

ANTONIO -. No hace falta que me pregunte a qué viene usted a la Capital.

Aquel señor, se sobrecogió; ya que le vio a Antonio con cara destemplada; pues eso de llegar a los tres días a la Capitalísima, no era para dudar: Más bien, era para pensar.

FRANCISCO -. Voy al grano. Nos repartiremos las chicas. . .

ANTONIO -. ¡Oiga!: Que las chicas no son producto de trueque. Las chicas tienen su dignidad igual que los hombres, ¡lo mismo!.

Como aquello lo había dicho Antonio con un grado de fuerza mayor, se echó para atrás el señor Francisco; pero pronto se repuso.

Antonio veía que hacía algo con las manos: Abría y cerraba los dedos de las manos con mucha rapidez, como si se quisiera apoyar en aquellos gestos; que en vez de calmarle, le estaban sofocando.

Hubo un momento, que aquel señor no pensaba en nada; solamente en sus intereses particulares y nada más, que eran: Llevarse a Belinda con él al pueblo. Y como todos los hombres de esa condición son iguales: Se echó para adelante, en vez de acobardarse.

FRANCISCO -. No es repartirnos a las chicas; es que alguno se tiene que echar para atrás y dejar que el otro la enamore a la elegida por él.

Ya sí, que no pudo más Antonio; poniéndosele la cara como colorada a más poder; y hasta con la boca llena de saliva por el esfuerzo que estaba haciendo para contener los nervios. Pero no obstante le habló Antonio a aquel señor muy comedidamente.

ANTONIO -. Señor Francisco: Si una chica es elegida por un señor, se tiene que oír, primero, a la chica. Y si esa chica no es gustosa de que la ronde ese señor, hay que claudicar en el intento. ¿No le parece?.

FRANCISCO -. ¡Nada!; toda chica la gusta que la cortejan. . .

ANTONIO -. Que él mime y la de su espacio; ya que es persona, no siendo menos que un chico: No lo olvide usted.

Salió a la pata coja el señor Francisco, al decirle a Antonio que estaba de un borde insoportable esa misma tarde. Pero el señor Francisco había cogido bien las ideas que le había dado Antonio; siendo más joven que él, pero con un punto de vista más moderno.

Viéndose, desde luego; que las enseñanzas que estaban recibiendo los jóvenes, eran estupendas: A más y mejor cada una de ellas. Aquellas enseñanzas eran rectas, puras y firmes en un sentido primordial; dando a la persona su puesto y su trato, para respetarse entre ellas.

No se sabía muy bien, quién los había oído hablar entre el señor Francisco y Antonio; que al otro día lo sabían todos los condiscípulos de la facultad. Y como siempre hay quién intuye, intuyó Belinda, quien podía haber sido; pensando solamente en Álvaro.

Calmándose un poco esta chica, al pensar que todo estaba siendo problema de un mal pensamiento.

Antes de llegar a donde se encontraba Belinda, Antonio la vio hablar con Álvaro muy acaloradamente; como si en ello fuese su honra y su dignidad personal.

A Antonio se le acercaron unas siete chicas, diciéndole algo así como -. ¡Ole ahí tu gracia!: Así se hace, Antonio -. Quedándose este joven como quién ve visiones; ya que sin esperarlo, algunas de ellas le tenían echado los brazos sobre su cuello. Quedándose sentada la premisa primordial, de

que a las chicas hay que tratarlas por igual y sobre todo, respetarlas; demandado por ese mismo trato, que hemos dicho.

Nada más que se separó Antonio de sus condiscípulos, y ya en la postrimería de la facultad, le pararon los padres de Belinda; para darles las gracias, por lo bien que se portaba con su hija Belinda.

Pero como solamente hablaba la señora Sofía, madre de Belinda, Antonio no dejaba mirar a su padre, el señor Ambrosio; que no abría la boca, no diciendo nada en absoluto.

Tanto le miró Antonio al señor Ambrosio, que este se dispuso hablar algunas palabras; pues como se veía era parco en ellas.

AMBROSIO -. Antonio, me gusta tu manera de ser.

ANTONIO -. ¿Qué manera de ser tengo yo?.

AMBROSIO -. Pura, agradable y sencilla. No dando rodeos para decir la verdad; aunque vaya en contra tuya.

Hasta ahí llegó a decir aquel señor a Antonio; no sabiendo si eso que le dijo era un pensamiento o una manera de expresarse delante de aquel joven, que acompañaba a su hija Belinda.

Pero al mirar hacia una parte la madre de Belinda, le cogió de la mano a su marido llevándosele de allí lo antes posible, quedándose sin saber qué pensar, ni qué decir Antonio. Pero pronto comprendió este chico

la prisa que los había dado a los padres de Belinda; ya que sin saber por dónde había llegado esta chica, la tenía delante de él.

Comenzó Belinda a darle las gracias, demostrando que ya sabía la conversación, que había sostenido con el señor Francisco el anterior día. No dando, Antonio, prioridad ninguna a esas gracias.

ANTONIO -. La mujer, no es ni más ni menos que como el hombre.

Al oír aquello Belinda, se le echó sobre su cuello, no queriéndole soltar por nada del Mundo; hasta que recapacitó lo que estaba haciendo y en vez de avergonzarse y soltarse de él rápidamente, lo hizo concienzudamente, demostrando la confianza que tenía, aquella chica, con Antonio.

Verdaderamente, Antonio hizo ademán de besarla en un carrillo pero no lo llevó a la práctica; quedándose Belinda enterada de a quien había elegido Antonio; al no ser capaz este chico de darla un beso, por lo menos, en un carrillo.

Poco a poco inició el camino Belinda, yéndose mirando a los pies con cara seria y con semblante terso, dando pasos muy cortos; como si quisiera que aquel momento no terminase nunca.

Cuando vio Belinda que se cruzaba con Álvaro, le cogió de la mano, llevándosele detrás de sí; como diciéndole, que era su acompañante y

perdiendo Antonio la mejor amiga que había tenido para que le ayudase en los estudios.

Se quedó Antonio solo y como desvaído, sin ningún color en la cara, como apagado en su manera de ser y de expresarse; pero era así mejor, que no hacerla creer ilusiones, que nunca llegarían a buen puerto.

Al día siguiente miraban todos los condiscípulos a Antonio, unas veces, y otras a la pareja formada por Álvaro y Belinda; como queriendo pensar algo, que no les cogía en la cabeza. Pero pronto se acostumbraron todos a ese cambio de pareja inesperado.

Y eso sí; inesperada fue la visita que le hizo Anselmo, el dueño del almacén agrícola en el pueblo, hablándole de algo que Antonio no conocía muy bien, por expresarse muy mal, aquel señor.

ANSELMO -. ¿Me has entendido?, Antonio.

Desde luego que no le había entendido ni una sola palabra; pues al aturrullamiento que tenía, se sumaba el nerviosismo que fluía de su Alma.

Poco más o menos, le entendió Antonio: Que necesitaba hacerse agricultor, para entrar en esa clasificación y así pagar menos al fisco; pero como el fisco se las sabe todas, tal vez no le dejaría desdoblar en la clasificación que estaba: Ya que el almacén era diferente a la clasificación de los agricultores.

Le habló de tantas cosas, que Antonio no podía ponerlas en relación para poder hacerse con una buena explicación a todas ellas.

Pero eso sí: Le pidió que intercediera ante su padre, el señor Fernando, para que le vendiera unas tierras de labranzas que tenía cerca del pueblo.

Se le veía muy apurado, diciéndole a Antonio esas cosas, que él, Anselmo, necesitaba con suma urgencia.

Pero como él podía comprender, que Antonio no iba a decir nada a su padre sobre aquellas tierras de labranzas; ya que él era un chico de estudios y no tenía nada que ver con la agricultura. Y así se lo hizo saber al señor Anselmo; que por otra parte, aquella premura que tenía por hacerse con tierras de labranzas era por alguna causa y no muy buena.

Como las vacaciones llegó y con ella el descanso de los estudios; ya que estaban en pleno estío veraniego, quemando hasta los rayos del Sol, cuando daba a las personas en la piel. También llegó Antonio al pueblo, hablando con su padre de lo que le había sucedido con el señor Anselmo días antes de su llegada al pueblo; quedándose el padre de Antonio muy serio al escuchar decir eso a su hijo del señor Anselmo.

La madre de Antonio estaba escuchando la conversación que sostenía su hijo con su padre Fernando, entrando en la misma conversación de ellos dos.

CRISTINA -. Ahora quien rige, fiscalmente, en el almacén es la mujer de Anselmo.

FERNANDO -. Tiene lógica; pues al desembolso que tiene que hacer el señor Anselmo por el almacén, está equilibrado a la declaración de la renta de cómputo agrícola.

De esa manera, no pagaba nada el señor Anselmo al fisco; pues lo que daba por el almacén, se restaba con lo que le tenía que dar el fisco por ser agricultor.

Claro, que años más tarde, aquello se puso de otra forma; no perdiendo el fisco para nada.

Había rumores en el pueblo, que el señor Anselmo estaba arruinado; por alguna gestión mal hecha. Siendo esa gestión el impago de contratos con sus proveedores y el poco celo que tenía para la venta de sus productos.

A la mujer del señor Anselmo se la dejó ver una temporada en el pueblo; pues no salía a eventos ningunos, ni a la misma puerta de su casa.

Al preguntarle al señor Anselmo por su mujer, este decía que se encontraba un poco delicada: Pero como todo se sabe, se supo dónde pasó la mujer de el señor Anselmo esa temporada que no la vieron salir de su casa: Pues las facturas impagadas costaban de mucho dinero.

Tuvo que poner en recaudo el mismo almacén el señor Anselmo, no cubriendo gastos necesarios al gran fraude que había hecho dicho señor.

Así, sin almacén, ni ser agrícola, terminó el raterillo de antaño; haciéndose con todo el almacén: Que posiblemente hubiese sido legal aquella adquisición, pero las personas del pueblo lo dudaban.

Llegaron las fiestas del pueblo, habiendo cucañas, tiro al plato, Carreras de sacos, concurso de poesías y otras tantas diversiones más.

Para los mayores existían unas especies de mesas en la puerta del bar, llamándolas, “veladores”, a esas mesas. Y en ellas se veían sentados a la mayoría del pueblo; pues dichas personas eran asiduas en esas fiestas a sentarse en esos veladores.

Cuando estaban sentados los papás de Antonio en uno de esos veladores, pasó por allí el señor Anselmo, mirando con cara perversa al señor Fernando y tirándole un salivazo, que por poco llega al vaso de vino que estaba tomando este señor. Pues en aquellos tiempos, solamente se tomaba vino o cerveza.

Al día siguiente se hacía una especie de caldereta en el campo; llevándose cada familia toda clase de comida, para no quedar atrás de las otras familias; aunque casi toda la comida se la tuviese que llevar, otra vez, a casa.

Aprovechando el señor Anselmo, de que ya el señor Fernando estaba un poco cargado; ya que bebía mucho, del mosto de la uva que se vendía en las tabernas del pueblo.

El señor Anselmo se fue acercando, poco a poco, donde estaba el señor Fernando, mirándole todas las personas que estaban allí cerca; pues sabían las intenciones que llevaba el señor Anselmo con respecto al señor Fernando.

El señor Anselmo se retuvo un poco, antes de llegar donde se encontraba el señor Fernando, al ver que todas las personas le miraban.

No pasó nada al respecto; pues, tal vez, le dio reparo al señor Anselmo decirle nada al señor Fernando. Y aquí paz y gloria.

La merienda terminó, como se esperaba, bien y en gracia de Dios, dando la bendición el párroco del pueblo a todas las personas que habían asistido a dicha concentración de meriendas aderezadas a base de un buen aceite y un buen vinillo.

Tanto relax le quedó dentro de su cuerpo a Antonio, que llamando a su novia Juana, se fueron a la orilla del río; pero esta vez al cañaveral, en donde se veían surcar las aguas a unos pececillos, que para ensalada valían muy bien.

Estando solos Cristina con Fernando, a esta no la cabía en la cabeza que Anselmo no hubiese podido rebajar el cómputo de lo que había dicho el juez que debía; si lo tenía todo vendido.

FERNANDO -. Una cosa es tenerlo todo vendido y legalmente, no que lo tuviese todo fuera del almacén.

CRISTINA - ¿Qué quieres decir?, Fernando.

FERNANDO -. Que Anselmo había fiado su producto a cada uno de los agricultores, sin recibo alguno, para que le pagasen cuando cogiesen sus cosechas.

CRISTINA -. Y las cosechas no se han cogido todavía.

FERNANDO -. ¡Exactamente!.

Si la premisa primera era que pagasen los agricultores, sus abonos, cuando cogiesen sus cosechas; ya no era culpa de los agricultores, y eso que algunos le dieron el dinero pertinente de los kilos que le habían pedido a Anselmo. Pero cosa curiosa, que Anselmo se guardó ese dinero, no presentándolo al juez para nada; así que los otros agricultores esperaban que el juez les pidiese su parte proporcional: Pidiéndosela toda a Anselmo.

Terminando la conversación entre Cristina y Fernando una vez que llegó su hijo Antonio a casa; con esa satisfacción del que ha pasado un rato agradable, junto a su novia Juana en la orilla del río.

La tarde la pasaron oyendo a un cantautor buenísimo, según decían ellos, lo del pueblos; pues esas personas creen que si no es de ese pueblo, todo el que llega a el, es buenísimo. Y sí, pasaron una velada agradable a la luz de las estrellas, para más tarde alumbrarse con la luz de la Luna, al salir tan guapa y hermosa como siempre.

Pero como tenía que actuar un cantaor muy afamado; siendo verdad que eso sí era de recibo: Pues aquel cantaor no había llevado altavoces a dicho sitio donde se iba a montar la actuación.

Menos mal, que el representante artístico que llevaba era espabilado, buscando una bocina de un camión, para que sirviese como altavoz; y de esta manera pudieron oír, las personas del pueblo, ese conjunto de pájaros que tenía en su garganta el cantaor flamenco.

Salieron de ese local las personas del pueblo con un sabor de boca agradable; no yéndose a su casa de inmediato, para pasar por el real de la feria antes.

Poco duró la feria del pueblo; pues en cinco días celebraron todos los actos que se debían hacer a la vista de los habitantes de ese pueblo, tan vendito.

Una vez más se fueron, Antonio y Juana, a la orilla del río; cerca del cañaveral, ya que ese lugar los había gustado a los dos. Y como había pececillos en la corriente del río: La vista se iba detrás de ellos.

Cogiendo Juana a Antonio mirando hacia las cañas que crecían a la orilla del río, sin saber cual era su pensamiento.

JUANA -. ¿En qué piensas?, Antonio.

ANTONIO -. Si cogemos una caña de esas que están cerca de la orilla del río: ¿Tú crees que pescaríamos algún pez?.

JUANA -. Lo dudo.

Parecía que Juana había contestado sin haberlo pensado; pero como tenía a su padre, que sí le gustaba pescar; se la tenía que hacer caso a todo lo que ella dijese: Pues lo había oído, o lo había experimentado. Ya que su padre, Mateo, la había llevado con él al río; viéndolos muchas personas del pueblo juntos.

Estuvieron toda la tarde intentando pescar un pez de aquellos que surcaban las aguas de aquel río; pero como eran demasiados pequeños y el reclamo que tenían en el anzuelo era demasiado mayor, no podían picar al mismo. A parte, que ni la caña los acompañaba para que picasen algún pez.

Como eran peces pequeños, se quitó un calcetín, envolviéndolo en una caña en forma de arco, no pescando ningún pez en la corriente del río.

Antonio vio que aquellos peces, se servían en una ensalada en la mesa, ya que eran demasiados pequeños; queriendo llevar a su casa varios peces de ese río.

Tuvieron que desistir a altas horas de la tarde, sin haber pescado ningún pez y si se descuidan, sí pescan un resfriado; ya que estaba haciendo fresco en la orilla del río.

Como eran días de hacer la matrícula en la facultad, Antonio se marchó a la Capitalísima Ciudad para pagar personalmente las tasas exigidas, en el segundo curso de la carrera. Enterándose por la misma

persona que le estaba cobrando la tasa, que algunas personas se encargan de pagarlas por otras, siendo una agencia la que llevaba dicho trámite; dándole las señas y el teléfono para otra vez.

Era bueno saber, que había una manera de no venir a la gran Capital, siempre que se le mandase un dinero y una autorización para hacer tales pesquisas.

También se enteró, que la apertura del curso comenzaba dos días después; así que no pudo volver al pueblo, por más que él quería.

Además que se enteró de otra cosa; ya que la apertura del curso se hacía unas fechas antes, que comenzase el curso; pues la apertura era un acto del claustro de la facultad y el comienzo, era la fecha que comenzaba a impartirse las lecciones en las aulas de la facultad. No teniendo más opción que quedarse en la gran Capital.

Tres días inhábiles pasó en la gran Capital Antonio, repasando las nuevas lecciones que reseñaban los libros nuevos; acordándose mucho del pueblo, de sus papás y sobre todo, de su novia Juana.

Al segundo día no tuvo correspondencia Antonio: Presentándose en la pensión, donde estaba alojado dicho chico su novia Juana, con dos amigos más: Asunción y Rafael.

El motivo de la visita era, para que Juana viese a su novio y los otros dos amigos pudiesen disfrutar de las vistas de aquella gran Ciudad: La Capitalina Ciudad.

No solamente fueron al retiro, montando en las barcas; también hicieron excursiones a otro pueblo para ver las maravillas de aquellas sierras tan maravillosas, como existen cerca de Madrid.

ASUNCIÓN -. ¿A que no hay campo en esta Ciudad?.

JUANA -. Te confundes, Asunción.

Al siguiente día fueron a la Casa de Campo, en las cercanías del lago; en donde se podía merendar y expansionar la vista.

Desde luego, en ese sitio se expansionaba la vista en todo su contorno, siempre que subieses un monte que hay allí cerca; viéndose la construcción del Rascacielos de Madrid, como decían las personas que vivían en la bonita y gran Ciudad.

Por la tarde fueron a ver un montaje de teatro, cerca de una gran avenida y al salir del espectáculo, se fueron a dar paseos por las calles tan bellísimas, como había por aquellas fechas en la Capitalísima Ciudad.

Y cosa curiosa, en algunos escaparates estaban cambiando su iluminación por luces de neón; pero esos los menos. Ya que no eran gratos de poner tanto adelanto al tiempo en que se vivía: Las personas, se encontraban mejor viendo las luces que siempre habían existido y hasta los faroles con el gas a punto. Bonita figura el que encendía, con una vara larga el farol de la esquina, o el farol de la plaza; llamado farolero.

Y entre unas luces, algunas veces y otras con las luces de neón; se encontraron sin esperar, en la Puerta del Sol y desde allí se fueron por la calle Las Cruces, callejón de Cádiz, hasta la plaza Canalejas, degustando sus manjares de freidurías o las famosas tapas que daban por tomarse un vino o una cerveza. En aquellos tiempos a los aperitivos que acompañaba la bebida se las llamaban tapas, quedándose hasta nuestros días, la manera de designar un bocado de algo, dado por los barman de aquellos locales de bebidas tan graciosos como existían en todo el centro de la Capitalísima Ciudad.

Lo malo fue cuando tuvo que despedir, Antonio, a su novia Juana y a sus amigos de la infancia: Eso era palabras mayores; pues hasta una lágrima le salió a Antonio de un ojo, al ver alejarse, de él, a Juana. Solamente pudo despedirse moviendo una mano, cuando esta estaba retirada de Antonio; pues antes la había despedido con un beso dado en la mejilla.

Antonio, se quedó lánguido y serio, sin saber qué sería de su vida, en aquel segundo curso de carrera; pues ni acompañante tenía a su lado, para poder hablar algo con aquella persona que se prestase a dar algún que otro paseo con él, por las bonitas y graciosas calles de Madrid.

¡Bueno!: Eso que se lo creía él; pues al volver la cabeza vio allí mismo a Belinda, que le estaba esperando con mucho afán de saber algo de su vida; pues en todo el verano no había sabido nada de él.

Se dieron sendo besos en las mejillas y después de intercalar, entre ellos, el estado de bienestar en que se encontraban, iniciaron el camino hacia la pensión de Antonio.

Yendo Belinda pensando algo; pues cada paso que daba se miraba a los pies; como si quisiera preguntarle una cosa a Antonio; pero como este chico la vio titubear, se imaginó que guardaba una pregunta para el mejor tiempo posible que se ajustase a expresar esa idea.

Antonio tampoco se atrevía a decir una sola palabra al respecto; para no romper el hado de aquel momento, hasta que se atrevió a hablar.

ANTONIO -. ¿Cómo se encuentra Álvaro?.

BELINDA -. Muy bien; ya le verás.

Con aquello que le dijo Belinda, supo Antonio que esta chica estaba con Álvaro: O por lo menos eran bastante amigos.

Años modernos, en dónde nada era malo; todo se hacía sin un mal pensamiento: Porque antes de llegar a la pensión de Antonio, llegó donde se encontraban los dos condiscípulos, Álvaro; poniéndose Belinda, después de saludar a Álvaro, entre medio de Antonio y Álvaro, cogiéndolos del brazo a cada uno.

Y como eran tiempos modernos, sin ninguna clase de maldad:
Belinda despidió a Álvaro diciéndole -. Tengo ganas de estar a solas con

Antonio; pues en este verano no he sabido nada de él -.

Así se quedaron solos Belinda y Antonio, entrando en la pensión de este chico; ayudando la chica al chico a deshacer la maleta y poner bien los trajes y toda la ropa interior, ya que Antonio no había abierto la maleta todavía. Y al ver aquello Belinda, le llamó a Antonio para aconsejarle una cosa.

BELINDA -. Vete ahora mismo a decir a la señora patrona, que te ponga el agua caliente y te duchas, lo mejor posible.

Como Antonio salió enseguida de la ducha, le invitaba a que entrase, otra vez, en el cuarto de baño, Belinda a Antonio; y como la patrona había salido a la compra, entró Belinda con Antonio en el cuarto de baño, cogiendo una esponja y dándole friegas en la espalda y hasta en. . . , quedándose Antonio como quién ve visiones.

Antonio se quedó rezagado en el cuarto de baño, para poder desechar nervios tocándose él solo. Pues lo que a él le había pasado: Eso no se hace a un hombre fiero; debiendo tener Belinda menos confianzas en él, sobre todo en el sentido atractivo. Ya que no era, ni su mujer, ni su madre para lavarle en la ducha sus partes íntimas.

¿Qué esperaba esta?; era lo que pensaba Antonio de Belinda: Pero pasando el tiempo, vio que la chica no esperaba nada de él: solamente le

quería ayudar y nada más.

Pero como Belinda se encontraba en el comedor, viendo la televisión cuando entró la señora patrona, esta creyó que había estado allí todo el tiempo que había tardado Antonio en ducharse. Todo quedó en eso: En agua de borrajas.

Aquella tarde estuvieron juntos Antonio y Belinda, con la puerta abierta de la habitación del chico; para que no dudase la señora patrona de ellos, como otras tantas veces habían hecho: Calladitos y no dando qué hablar a los señores huéspedes.

Temprano, muy temprano se fue Antonio a la puerta de la facultad, ya que no había nadie esperando, para entrar en clase; solamente se encontraba este joven con los recuerdos del día anterior en el baño: Pues eso ya era bastante para él.

Empezaron a llegar los condiscípulos; y entre ellos llegaron Belinda y Álvaro, cogidos de las manos; como si de novios se tratase. Así lo vio Antonio, pues el cuadro que tenía delante lo expresaba por sí solo.

¡Pero bueno!; cuando llegó Belinda a la altura de Antonio, el saludo que le dio, fue un par de besos, cada uno en sendas mejillas. Con todo y eso, lo tomaron muy bien los demás condiscípulo; ya que como pudo darse cuenta, Antonio, ese mismo gesto lo había hecho algunas chicas con los más conocidos suyos.

El chico se dio cuenta que debía ir abandonando las ideas del pueblo;

no así las costumbres sanas y buenas, en donde se enseña hechos trascendentales para los suyos y su descendencia.

A nada de eso, se le daba valor alguno; siendo tan normal, que una chica bese a un chico, aunque tenga a su amigo delante.

¡Qué vergüenza!, Dios; le dio a Antonio cuando tuvo una misiva de Juana, escrita con el corazón más bien que con la mente; pues aquella carta le decía, con palabras llanas y concisa, lo mucho que le apreciaba y le quería a él. El caso que no se lo decía implícito; daba un rodeo, cuando quería expresar sus sentimientos, pero se entendían muy bien.

Antonio la escribió a vuelta de correos a Juana, con la misma prioridad que había hecho esta chica; con tanta o más dedicatoria de amor en la carta, que parecía una declaración en orden, ya que Antonio se puso nervioso, no sabiendo lo que hacer por no haber escrito a Juana, antes que esta chica le escribiese a él.

Pero al salir de casa, ya por la tarde, cuando Antonio se disponía para dar un paseo y así evadirse del peso tan específico que tenía en el cerebro; debido a pensar mucho en las dos chicas; Antonio se encontró, en pleno paseo, a los papás de Belinda.

Los saludos fueron recíprocos; Antonio besando a la señora Sofía y dando la mano al señor Ambrosio, y los papás de Belinda besando la madre a Antonio y saludando el padre, con la mano, al joven.

ANTONIO -. Estoy dando un paseo.

SOFÍA -. Igual vamos nosotros, , , Es muy cansado estar metido siempre en casa: ¿Verdad?.

ANTONIO -. ¡Y tanto!.

Como todavía hacía calor, llegaron a un lugar donde había unas sillas cerca de un bar, con su correspondientes mesas, para que los clientes de ese establecimiento pudiesen tomar un refresco. Sentándose los padres de Belinda en una mesa, invitando a Antonio para que tomase un refrigerio.

Pero antes que el camarero pudiese llegar a la mesa, donde se encontraban los padres de Belinda y Antonio, ya había llegado esta chica con suma amabilidad; besándolos a los tres en la cara.

Belinda se sentó cerca de Antonio; ya que al parecer había un hueco con una silla allí mismo: Comenzando una plática los padres de la chica, con Antonio algo subjetivo para él.

Sí, algo muy personal le estaban preguntando los padres de Belinda, delante de esta chica a Antonio; pues este joven contestó con suma amabilidad.

SOFÍA -. ¿Antonio, usted piensa estudiar toda la carrera?; vamos, quiero decir que si ¿piensa terminar la carrera?.

ANTONIO -. Desde luego, señora Sofía.

Aquello, ya no los gustó tanto a los padres de Belinda; pues hasta el padre de esta chica se movió mucho en su asiento, dando signo de no admitir aquella respuesta, por válida.

Antonio se quedó absorto y sin poder decir nada; máxime cuando vio a Belinda mirarle fijamente a la cara, como si quisiera saber más sobre las intenciones que tenía Antonio metidas en la cabeza.

Este chico no sabía si correr o despedirse como se debía, en aquella ocasión para irse a su pensión, pensando en lo hablado.

Se despidieron los padres de Belinda, quedándose solos, esta chica y Antonio; que no sabía decir ni una sola palabra, por no saber qué le había pasado en esa hora de encuentro.

Hasta que Belinda se atrevió a decir algo para que Antonio comenzase hablar y así expresar sus ideas; esas ideas que le habían quedado en el cerebro por tal encuentro.

BELINDA -. Antonio; ¿es que no vas a decir nada?.

ANTONIO -. ¿Qué quieres que te diga?.

Belinda le explicó a Antonio, que sus padres solamente le conocían a él; por no haber dado más nombre que el suyo en su tiempo, ya que Álvaro es una amistad más posterior a él.

Antonio la miraba con una cara de sorprendido a Belinda, sin saber lo que decir, ni lo que hacer en ese mismo momento, en el que la chica le estaba explicando la situación, tan estrecha, entre él y su persona.

Pero como Antonio seguía sin decir nada, Belinda siguió su plática como si nada pasase de malo entre ellos y esa explicación tan suscita; como era el reconocer la verdad de los hechos.

Le dijo, que sus padres tenían muchas tierras en su pueblo, que casi todo el pueblo era de su pertenencia; ya que las casas las había construido su padre, Ambrosio.

Y que ese era el motivo de haberle hablado de esa manera su mamá, Sofía; pues a ella no la hacía falta estudiar carrera alguna para poder subsistir en la vida; pues su vida la tenía resuelta, con una buena y saneada economía.

Al decirle eso Belinda a Antonio, le vino una idea a la cabeza. Diciéndola a Belinda que a cuanto estaban los jornales hacía dos años y a cuanto están en el día de la fecha; así que cuanto le habían pagado por su cosecha hacía dos años y cuanto le habían pagado en el día de la fecha. Quedándose Belinda muy pensativa, por lo que la había dicho Antonio.

BELINDA -. Entonces estoy haciendo lo correcto, según tú.

ANTONIO -. Y lo lógico, para el día de mañana.

No se sabía si se dieron cuenta que habían cogido varios autobuses los dos jóvenes, llegando a la Casa de Campo, no viendo a nadie a su alrededor y como estaban bastante cansados, se sentaron en un sitio, más bien descampado; así como sin matojos, ni hierba.

Poco duró Belinda en ese sitio; pues se levantó dando chillidos y limpiándose bien la bata y hasta las piernas: Tirándose al suelo de momento para poder quitarse tantas hormigas como se habían subido por sus piernas. Queriéndoselas quitar de momento, sin conseguirlo; ya que hasta la ropa interior la tenía en la mano.

Viéndola Antonio todas sus piernas, tan preciosa: Echándose para atrás, en señal de respeto.

Presentando Belinda unas carnes rosadas, como nunca las había visto Antonio; y hasta le presentaba sus partes más íntima, en aquella hora de agobio para ella.

ANTONIO -. ¿Te ayudo?.

BELINDA -. Es, que no lo debes ni dudar.

Antonio se agachó, viendo que Belinda le señalaba para una zona prohibida y reservada de sus partes púdicas, dudando si podía tocar en ellas; y a la insinuación de Belinda, Antonio no lo dudó: Pues esta chica le

indicaba, con mucha premura, que le quitase de allí las hormigas; ya que la estaba picando.

ANTONIO -. Belinda, tengo que separarte esto. . .

BELINDA-. Hazlo enseguida: No lo dudes.

Belinda quería que la separasen las vulvas o labios, pliegue de la piel, para poder sacudir de allí a las hormigas; presentando esta joven un cuadro maravilloso a la vista de Antonio.

Antonio presentaba toda su hombría de una vez; aunque con la vergüenza en la cara, por ser su mejor amiga: No queriendo sobrepasarse por nada, si ella no quería. La respetaba aquel joven a Belinda.

Pasado ese efecto en la persona de Belinda; la chica se levantó como si no hubiese pasado nada entre ellos. Y así había sido; pero tenía que demostrar la joven un sobrecogimiento en su Alma delante de Antonio: Cosa que no hizo, por tener tales confianzas para no mostrar vergüenza alguna en sus actos con el chico.

ANTONIO -. No has sentido ninguna clase de vergüenza: ¿Verdad?.

BELINDA -. Cuando una persona tiene tanta amistad con otra, nunca da vergüenza que la toque la otra persona.

Belinda movía las manos de arriba a bajo, como en señal de querer decir algo más; y ese algo más no la salía, sin saber Antonio por qué era.

Hasta que Antonio la ayudó para que lo dijese, con unas bonitas palabras y con gran sentimiento; hasta que ablandando el corazón de Belinda se atrevió a decir algo, que le llegó a lo más profundo de su ser a Antonio.

BELINDA -. Por respeto a Juana, no te he dicho que no solamente te tengo afecto; sino también. . .

ANTONIO -. ¡Vega!, dilo.

Parecía que la costaba sacar las palabras de la boca; como si tuviese la boca seca, pero por fin lo dijo, Belinda.

BELINDA -. Te. . . Te. . .

ANTONIO -. Sí, Belinda: ¡Di TE QUIERO!, con todas sus palabras.

La chica estaba como avergonzada, por tener que decir esas palabras tan bellas y agradables. La primera vez que vio Antonio a Belinda avergonzada.

Antonio la seguía haciendo con las manos señales para ayudarla a Belinda en su afirmación, para pronunciar aquellas bellas palabras; pero por fin las dijo, como corriendo mucho en su pronunciación.

BELINDA -. TE QUIEEROOO. . .

Antonio dio un paso hacia delante; como si quisiera besar a Belinda en los labios, pero se retuvo; muerto de vergüenza por el acto que hizo al pronunciar la chica aquellas sensibles palabras para él. Y con él, también, su persona.

Antonio abría y cerraba las manos, en señal de retenerse; viéndolo Belinda, que a la vez se retenía, también, para no abalanzarse a su cuello.

Cogidos de la mano, se fueron camino a una avenida, en donde pasaba el autobús que los llevaría al centro de la Capitalísima Ciudad, sin darse cuenta qué rodeaba a los dos.

De esta manera llegaron, sin decirse palabra alguna, a las cercanías de las primeras calles de la Ciudad; pues de vez en cuando, se miraban uno al otro, como preguntándose alguna cosa; sabiendo ya la respuesta.

Como Belinda llevaba una bata amplia, de verano, entrándosela entre las piernas y una blusa ajustada a su cuerpo; Antonio iba como haciéndose de miel y de caramelos, reteniendo impulsos para no perder la amistad de alguna chica, al querer a la otra.

Estaban en las primeras calles, cuando vieron llegar a un autobús, montándose en el, fuese a dónde fuese. Menos mal que conocían las calles por donde circulaba aquel autobús, ya al saber dónde se encontraba; supieron que habían cogido el autobús que iba con dirección contraria a su destino de ellos.

Se bajaron del autobús, viendo una entrada de metro: Y como todos llegan a Sol, allí que se metieron; para estar, en poco tiempo en su destino.

Antonio se fue a su pensión y Belinda a la suya, con recelos de no estar solos en las habitaciones de ninguno de ellos.

Antonio se entretuvo en abrir la carta que había llegado ese mismo día para leerla, congratulándose con lo que ponía en la carta Juana: Proyectos, muchos proyectos para el día de mañana.

Se echó sobre la cama Antonio, para pensar en esos proyectos que decía Juana en la carta, sobretodo en cuanto llegara el verano: Contando en la carta todo lo que quería hacer en ese periodo de estío.

Satisfecho y ufano, salió Antonio de la pensión ese día con solo un pensamiento: Dar un paseo por las calles de la famosa y bonita Ciudad Capitalina; pero se encontró a Belinda en el portal de su pensión, iniciando el paseo con esta chica.

Aquella noche durmió Antonio como nunca de bien, levantándose temprano para ir a la facultad, ya que tocaba prácticas y el instructor de las mismas era puntual en la apertura de dichas prácticas.

Así como a la hora de la merienda, sonó el teléfono de la pensión, siendo para Antonio dicha llamada.

Una noticia, que le sobrecogió todo el cuerpo, recibió Antonio en aquella llamada telefónica, dada recta y sin cortarse por su padre: un camión había pillado a Juana, causándola la muerte en el acto.

Así, de pura y llana, recibió aquella noticia Antonio, llamando en el acto a Belinda; presentándose con sus padres en pocos minutos, en la pensión de Antonio, con una sola idea: Ir al pueblo de Juana, para darla el último adiós, en la Iglesia.

Mientras circulaba el coche por la carretera, Antonio no podía pensar en nada. Y de vez en cuando echaba alguna que otra lágrima de dolor; estando recostada su cabeza en el hombro de Belinda, que iba a su lado para consolarle.

Al llegar al pueblo y ver a todas las personas, que le estaban mirando con cara de pena, Antonio se deshizo en llanto y en dolor.

Para Antonio no había consuelo alguno; ya que perdió a la persona que más quería en este Mundo, de misterio y acechanzas.

Ni se dio cuenta Antonio, que su madre le estaba calmando y llenándole de besos toda la cara, para que se tranquilizase; dándole palabras de valor y de esperanzas, al decirle algo que él comprendió muy bien.

CRISTINA -. Solamente te cave el honor de rezar por ella. Nosotros la diremos una misa durante nueve meses.

ANTONIO -. Sí, mamá; solamente puedo hacer rezar por su Espíritu; ese Espíritu bueno y bondadoso, que ha tenido, en cuando ha vivido en la Tierra.

Terminado el acto religioso, se le llevaron, otra vez, los padres de Belinda a la gran Ciudad; para que Antonio no cayera en un panteísmo de pesar y de agobio para su Alma.

Pero bien sabía Antonio que Dios es inmanente a todas las cosas; no dejándose influenciar por los hechos humanos y todo lo que pase en la Tierra: Teniendo al Altísimo como prioridad excelente.

Belinda estuvo con Antonio hasta horas avanzadas de la noche, quedándose solo el joven en su pensión; no pudiendo conciliar el sueño para nada, pues solo pensaba en Juana y en lo que podía haber sido si esta chica hubiese seguido viva.

Al entrar en la facultad al siguiente día, ya le estaba esperando en la puerta Álvaro, para darle sus condolencias y decirle alguna cosa, que él ya sospechaba.

ÁLVARO -. Antonio, te acompaño en tu sentimiento. Lo he sentido mucho; pero sobre todo, te tengo que decir una cosa.

ANTONIO -. Primero te doy las gracias por tu sentimiento; y después te diré, que te escucho lo que me quieras decir, con sumo interés.

ÁLVARO -. No es para menos lo que te tengo que decir: Ya tienes a Belinda contigo, me lo ha dicho esta misma mañana; nada más llegar del pueblo.

Antonio se despidió de Álvaro, con toda la corrección del Mundo, para alejarse de aquel sitio, donde él había recibido aquella noticia, tan fresca y apasionada: Que Belinda se quedaba con él.

Pues sí que se había dado prisa aquella chica, para buscar a Álvaro y darle la noticia: Así, sin dar rodeo ninguno.

En pocos minutos vio llegar hacia él a Belinda; totalmente decidida a seguir con su buena y grandiosa amistad.

Antonio se quedó como petrificado en la puerta de la facultad, sin saber qué decir, ni qué hacer; hasta que Belinda le cogió de una mano, entrando con él en el aula de la facultad: Cosa que nunca había hecho.

Todos los condiscípulos se los quedaron mirando y a la vez aceptando aquella buena amistad; pues la mayoría de ellos, ya esperaban algo parecido: Que se formalizase ese noviazgo.

No solamente quedó ahí todo, que a la salida de la clase; le volvió a coger de la mano Belinda a Antonio, como diciendo: Este es mi hombre.

Llevaba ya tres noches que no dormía, ni un solo minuto Antonio, reflejándosele en la cara el cansancio tan mayúsculo que tenía; solamente hacía llorar y llorar a solas: Pues para ello, se cubría con las sábanas y las mantas, echándose las por la cabeza, para que nadie le oyera llorar a mares.

Un poco frío le encontró Belinda en aquellos días a Antonio: No decía nada, no quería ir a ninguna parte, no expresaba su opinión para nada y ni la escuchaba. Antonio iba andando como un robot por la calle; cada paso que daba, parecía que lo pensaba. Y menos mal que ya habían cambiado la mayoría de los faroles de gas por luces, que si no se pega un buen batacazo con un poste de un farol.

Al llegar a la puerta de una Iglesia le cogió Belinda a Antonio de un brazo, entrándole en aquel templo; creyendo Antonio que le dirigía hacia el Altar, dándole media vuelta su chica, para decirle, delante de una imagen de la Virgen algo, que le llegó a lo más profundo de su ser.

BELINDA -. ¿Tú la ves?; ¡mírala!. Delante de esta Virgen, yo te digo, que no te abandonaré nunca y que te seré siempre fiel.

Antonio no respondió nada, se limitó a mirar los ojos de Belinda, para saber si esta chica decía la verdad. Y como la chica no pestañeaba, ni hacía ademán de quererse escabullirse de ese lugar cuanto antes, Antonio se dio cuenta, de que su chica estaba diciendo la verdad.

Y como estaban en la Iglesia, Antonio solamente se limitó a mover la cabeza dando su conformidad por lo que había dicho Belinda; dándose un golpe en el pecho, cerca del corazón, para extender el brazo y abriendo la mano, indicarla que él también la trataría con suma delicadeza.

Ni se abochornó Belinda, ni se avergonzó al decirle aquello, delante de la Virgen; de modo que lo vio claro: Le estaba diciendo la verdad.

Saliendo la chica, como si esperase a que Antonio la dijese alguna palabra, como de cariño y de consuelo para ella misma; ya que había puesto todo su interés al decirle aquellas bonitas palabras para su entendimiento.

Pero se veía que Antonio no podía articular palabra alguna, para por lo menos darla las gracias a Belinda.

Estaba en un completo dilema Antonio, o decía algo a Belinda, o lo expresaba con gestos; pero no, pues la miró de frente, abriendo la boca para decirle lo que él sentía por ella.

ANTONIO -. Yo también te seré fiel y te querré toda mi vida.

Al decir aquello Antonio, la cogió de la mano a Belinda, bajándola las escaleras de la iglesia, hasta llegar a la calle; para iniciar el camino hacía la pensión de la chica, no queriéndola dejar sola a Belinda por nada del Mundo.

Pero como Belinda era demasiado vivaz, le fue poniendo en situación a Antonio, al decirle, que poco a poco se le iría pasando de la cabeza la memoria de Juana; no queriéndole molestar para nada, ya que lo que quería haber dicho era: Que con el tiempo se calmaría el dolor que él tenía en su Alma metida.

Sentándola de maravillas a Belinda aquellas palabras tan excelsas y sublimes para ella; sobretodo, eso de que la iba a ser fiel y la querría toda su vida.

Aquella noche durmió mejor Antonio, al sentirse querido y al saber que no estaba abandonado del Mundo; pues había alguien que se preocupaba por él.

Como al siguiente día era sábado y en el barrio donde estaba alojada Belinda de huésped en un piso, se celebraban las fiestas de aquellas comunidades del barrio, quedaron en participar de las fiestas entre los dos amigos. Y a la hora prevista, estaba Antonio esperando a Belinda en el centro de la verbena; pero como la chica se estaba atrasando e iría a comenzar para tocar la orquesta contratada, Antonio se quitó del sitio donde se encontraba, en todo el centro del baile. Y al verla llegar, Antonio se fue hacia aquella calle, para que esta chica no llegase sola a la fiesta.

Así hicieron la entrada triunfar aquellos jóvenes, amantes de las ideas nuevas; pues se querían los dos con un amor entrañable.

Hicieron su propia entrada triunfar; porque lo que era, con respecto a las personas que asistían a la verbena, ni tan siquiera se dieron cuenta de que habían entrado en la fiesta, Belinda y Antonio.

Así, como a las once de la noche decidieron irse a sus respectivas pensiones; ya que era un poco tarde para sus intereses estudiantiles: No cansarse mucho con cosas banales, no acostarse tarde, no beber alcohol y así, una de tras de otras todo lo que les venían mal para sus estudios.

No habiendo quedado para la mañana siguiente, Antonio pensó que vería a Belinda en la Iglesia que había cerca de su pensión; así que se fue para oír Misa a la parroquia del barrio de Belinda.

Esperando un tiempo prudencial en la puerta de la Iglesia a Belinda y como esta chica no llegaba, se imaginó que estaba dentro del Templo.

Al entrar en la Iglesia, vio allí una cabellera que era conocida por él; acercándose al banco donde se encontraba su chica; pero al llegar cerca del banco, vio allí a los papás de Belinda: Arrodillados cerca de ella.

No lo pensó, pues arrodillándose y santiguándose, Antonio dio la vuelta al banco, por delante; no sin antes saludar a los papás de Belinda con una inclinación de cabeza, sentándose cerca de su chica.

Devotos como ningunos, eran los papás de Belinda; pues no hablaron ni una sola palabra, solamente se les veían mover los labios como rezando. Pero al salir de Misa, saludaron, como debía ser, los papás de Belinda a Antonio.

Antonio no sabía lo que hacer, si despedirse de ellos o seguirlos, sin ser invitado, a dónde ellos fuesen; pero como la mamá de Belinda se dio cuenta de la tesitura en que se encontraba el chico, le invitó a que los siguiese Antonio a ellos, mirando el joven al papá de su chica. Desde luego no tardó decir el papá de Belinda lo mismo que había dicho su señora, Sofía; agradándole mucho a Antonio esa actitud que habían tomado con él los papás de Belinda.

Se veía, que los papás de su chica le aceptaban de buena gana: Sintióse Antonio conforme dentro del seno de esa familia.

Aunque no sabía a dónde se dirigían los papás de Belinda, Antonio los seguía con toda la seguridad del mundo; pues sí veía él, que su chica le quería mucho y no iba a dejar que le hiciesen de menos los papás de esta joven.

Ir; ir, como ir se fue; ¡claro que se fue!: Se fue a un restaurante afamado, ya que era la hora de la merienda, pidiéndose allí toda clase de comidas; eligiéndose los mejores platos para degustarlos.

¡No!: No le estaba gustando nada aquel derroche de comida que estaban haciendo los papás de Belinda; y menos cuando él no lo había visto nunca hacerlo en su casa.

Si a ese malestar que sentía Antonio dentro de sí, se le suma lo que el papá empezó a decir, y eso que no era de muchas palabras, pero en esta ocasión se extendió de lleno con Antonio.

AMBROSIO -. ¿Sabes algo de agricultura y ganadería?.

ANTONIO -. Lo necesario.

No olvidando, que Antonio se sentía muy molesto con aquella jactancia que estaban haciendo los papás de Belinda delante de él; por lo tanto responde poco y como, entrecortado: Hasta que ya no pudo más, al hacerle una pequeña revisión, en forma de puntuaciones de sus tierras y su ganado, el señor Ambrosio.

Le nombró todas las tierras y el ganado que este señor tenía en su posesión, como todos los jornaleros que trabajaban en sus tierras.

AMBROSIO -. Tengo tres tierras; más bien un latifundio, como así seis mil cabeza de ganado lanar y doscientas cabeza de ganado vacuno. Tengo doscientos jornaleros a mi cargo, como así ciento cinco yunteros. . .

El señor Ambrosio fue cortado de inmediato por Antonio, no dejándole reseñar más opulencia al respecto; ya que él solamente tenía unos libros por estudiarlos y aprobar el curso.

ANTONIO -. ¿Pues sabe usted lo que le digo?.

AMBROSIO -. Sí, hijo: ¡Dilo!.

ANTONNIO -. Venda usted todo eso y quédese con una pequeña tierra, la más fértiles, para sembrar el día de mañana si quieren ustedes comer.

El papá de Belinda hizo afán por levantarse e irse a su casa; pero como vio a su hija muy seria y con los colores en la cara, mediando su madre Sofía en el mal entendido, como dijo ella: Ya que la madre de Belinda, muy modestamente y con muy buen tacto, le dijo a su marido, que ella había entendido muy bien a Antonio. Pues había querido decir que las tierras fértiles son mejores para obtener los productos para comer.

No se quedó a gusto el padre de Belinda, el señor Ambrosio; aunque su mujer Sofía descifró el enigma de lo que quiso decir Antonio, el acompañante de su hija.

Por lo tanto, el señor Ambrosio, acercándose, un poco más, a Antonio le hizo una pregunta; que si no llegan a estar listas Sofía y Belinda, lo hubiese complicado todo.

AMBROSIO -. Tú, ¿qué papeleta escoges?.

Menos mal, que Antonio no había entendido la pregunta; ya que sería la primera vez que cogería la papeleta dentro de dos años.

SOFÍA -. ¡Nada!, nada. Es una broma que te da mi marido, Ambrosio.

BELINDA -. ¡Papá!

AMBROSIO -. Sí, hija si. . .

La mamá de Belinda instó a su marido para que pagase la cuenta, pues tenía que ir a rezar el rosario en esa hora en casa.

SOFÍA -. Ambrosio, querido. Paga la cuenta, que es hora de rezar yo el rosario.

Así lo hizo el señor Ambrosio, no mirando ni para atrás cuando se iba del restaurante; quedándose solos los dos jóvenes enamorados. Aprovechando Belinda que estaba a solas con Antonio, para indicarle algo al respecto.

BELINDA -. Antonio, querido. En casa hemos sido así siempre.

ANTONIO -. Pues a ti no se te nota.

BELINDA -. Tengo otras ideas.

ANTONNIO -. ¿Más compaginadas con estos tiempos modernos?.

BELINDA -. Pues, sí.

Dándose cuenta Antonio que Belinda estaba en la onda, arrimándose a ella con idea de que le hablase alguna cosa, para saber qué pensaba ella; y Belinda sí pensaba, pensaba en que no le había debido hablar así a su papá.

Como esta chica hablaba poco, para lo mucho que suele hablar ella, Se despidieron, yéndose cada uno a su pensión.

Así, a la mañana temprano, Antonio no la veía llegar a la facultad; este comenzó a ponerse nervioso y al cabo de un buen tiempo, llegó Belinda; toda ella vestida de entretiempos, ya que para la época que era, estaba haciendo calor.

Se fueron, por la noche a una discoteca de las tantas buenas que tiene Madrid, en aquella época y como Belinda seguía vestida de entretiempos, se la hundía la bata entre las piernas; dándole más relevancia a su figura encantadora.

Sus andares. Aquella noche eran más señoriales y más atractivos, hasta se estaba fijando el joven en la figura de la chica, que estaba encantadora, aquella noche, en el baile.

Cuando salieron a bailar Belinda y Antonio, a este le pudo dar algo, por el olor a nardo que tenía la chica; aparte que lucía una bonita figura, cayéndola los pelos por la cintura. Y, ¡ay! madre; cuando la cogió Antonio y empezó a bailar Belinda: ¡Si era un Ángel!, la criatura.

Como la chica de Antonio tenía confianzas en este chico, de vez en cuando rozaba Belinda a Antonio; tanto por las piernas, al dar las vueltas,

como por el pecho. Así se puso el chico, que parecía irreconocible en aquella hora de baile.

A una hora prudencial, Antonio llevó a Belinda para su pensión, dándole un beso en las mejillas.

Al hacer aquello Antonio, le miró Belinda; parando la vista en su cara, para cogerle con fuerza y atraerle hacia sí misma, asestándole un beso como si ya fuesen matrimonio.

Se veía que esta chica no supo lo que había hecho; pues la salieron unos colores rosados en la cara, como avergonzada, por tal hecho.

Se le había olvidado, a Antonio, decirle algo a Belinda; ya que venían fechas propicias para evadirse de los estudios y del mucho ajetreo que tenía en la gran Ciudad, esperando al siguiente día para decírselo.

Como Belinda estaba en las puertas de la facultad a horas tempranas; nada más que llegó Antonio, se puso hablar con esta chica de los días que llegaban en aquellas fechas.

ANTONIO -. Son fechas propicias para evadirse de los estudios y del mucho ajetreo que tenemos en la gran Ciudad, al ir de un lugar a otro.

BELINDA -. ¡Vamos!: Qué me quieres decir, que quieres irte al pueblo: ¿Verdad?.

ANTONIO -. Lo has adivinado.

Se las propició Belinda para convencer a sus papás de que los llevasen al pueblo, a ella y Antonio; y sin más dilación al tema, una mañana temprano salieron los cuatro, los papás de Belinda, con los dos amigos inseparables de la facultad.

Así como a las doce de la mañana llegaron al pueblo de Antonio, los papás de Belinda y esta chica; acompañándolos Antonio.

Pero como Antonio no había dicho nada en su casa, ni tan siquiera le esperaban a él, contra más a los papás de Belinda y a esta chica; se formó un revuelo en casa de los papás de Antonio, una vez que terminaron los saludos; haciéndola a la sirvienta, que se pusiera la cofia y se vistiese bien.

En cuanto a la comida, salieron a las tiendas, para agenciarse los mejores manjares que existían en ellas.

Hizo además Antonio de salir a la calle, parándole Belinda para saber dónde iba su enamorado.

BELINDA -. ¿Dónde vas?, Antonio.

ANTONIO -. A saludar a los papás de Juana.

BELINDA -. Espera, que voy contigo: Los quiero saludar yo también.

Después de pedir permiso, a los mayores; Belinda y Antonio se ausentaron de su casa para irse derechos a la casa de los padres de Juana; y nada más se vieron estos, arrancaron a llorar como nunca lo habían hecho.

¡Cómo lloraba Antonio!: Si parecía que le iba a dar algo malo a él, por el mucho llanto que tenía en casa de los padres de Juana.

De vez encunado, Antonio miraba a Belinda; ya que no era capaz de sostener el llanto; como si tuviese la culpa él.

Se inculpaba de lo que la había pasado a Juana; cosa que eso no era verdad: Pues en aquella fecha Antonio no podía marcharse a su pueblo, como lo tenía previsto Juana; ya que se lo había dicho por carta. Antonio tenía un examen, primordial, en pocas fechas; no pudiéndose ausentar de la Capitalísima Ciudad, para asistir a clase y tomar nota de lo que decía el señor catedrático. Así se lo hizo saber a Juana; no conformándose esta, con aquella respuesta, e inconformista, salió aquel día que recibió la misiva, en forma de respuesta, a la calle sin llevar atención alguna.

El peso de esa inculpabilidad se le quitó, cuando Antonio supo que el conductor del camión estaba custodiado por la justicia, al dar el máximo de alcohol en la sangre.

BELINDA -. Lo ves, querido. La culpa no la has tenido tú: Ha sido el conductor del camión, por ir beodo perdido.

ANTONIO -. ¡Anda!, ¡mira!: Si te estoy diciendo la verdad. ¿Por qué no la crees?.

Antonio miró a Belinda, como testificando toda la veracidad de las palabras que decía la chica; dándose cuenta esta que su chico estaba, ya, como creyendo, que aquello que le estaba diciendo ella, era verdad.

Pero había un atisbo de culpabilidad en sus pensamientos, aseverando algo al no dar su brazo a torcer.

ANTONIO -. ¡No sé!, ¡no sé!.

Belinda, le hacía señales con las manos para que se calmase y así, poco a poco, Antonio fue aplacando los ánimos maltrechos, que tenía metidos en su Alma.

ANTONIO -. ¡Está bien!.

Ahora sí, se conformó Belinda; al decir su chico aquello: Que ya estaba bien, que creía lo que su chica le estaba diciendo, en esa hora ipso facto para él.

Antonio quiso ir al cementerio, para rezar delante de la tumba de su novia, Juana; accediendo Belinda, yendo con él a ese lugar sagrado. Y ya enfrente de la lapida que cubría la tumba de Juana, rezaron unos Padre Nuestro y unos Ave María; para salir de allí Antonio con los ojos rojizos, por las muchas lágrimas que había echado por ellos.

Para no olvidar por dónde anduvieron Antonio y Juana, este llevó a su chica a la orilla del río; visitando los juntos y las eneas, pero también visitaron el lugar donde crecían las cañas y los álamos.

A parte de ello, también la llevó a los oficios en la Iglesia del pueblo, asistiendo, por la tarde a una procesión con el Santo Sepulcro.

Para culminar con el escalafón de eventos, una procesión de madre e hijo; cuando se encontraron ellos. Yendo todo el pueblo para ver aquella procesión tan renombrada por todas las personas del pueblo.

Terminada la procesión, comenzaron hacer la maleta los padres de Belinda, a la vez que esta chica le ayudó hacérsela a Antonio; para terminar haciendo la suya.

La despedida de aquellas personas fue penosa: Ya que allí, no se encontraban solos los papás de Antonio; pues también estaban allí los papás de Juana. Siendo un sin vivir, por parte de todos ellos, no solamente por Antonio y los papás de Juana; sino por parte de los papás de Antonio y de Belinda, que sentían ese hecho como si fuesen ellos los dolientes de la finada.

Ya en la pensión, recibió Antonio una llamada telefónica del pueblo; extrañándole mucho de aquel suceso, ya que era directa: Anunciándole el papá de Antonio, Fernando, que había suprimido la centralita por una central mayor, siendo directas las llamadas que efectuaban desde el pueblo, al igual que se hacía en Madrid.

Poco a poco se fueron enlazándose los pueblos, unos con otros, por teléfono: No hacía falta, que se esperase una hora o . . . para la conferencia telefónica que se había pedido de un lugar a otro, de un pueblo a otro pueblo. Parecía, que todo se estaba modernizando, hasta los estudios; pues al siguiente año, estudiarían más materias.

¡Qué cosa tan graciosa!: En poco tiempo, habían desaparecido los faroles, en su totalidad y también las centralitas telefónicas que servían de conferencias entre dos localidades de la Nación. Estando a la expectativa las personas, para poder ver lo que desapareciese dentro de poco, en nuestro medio de vida.

Y sí; pues hasta las taxis en Madrid, llevaban otro distintivo, otra franja alrededor del coche; siendo los vehículos más nuevos, de otra marca más conocida por la juventud. Si hasta la bajada de bandera, había desaparecido del coche, existiendo un mecanismo eléctrico que contaba los kilómetros que hacían en su carrera; llamados hoy, servicios.

El Bombin, se sustituyó por boinas y estas, a la vez por llevar la cabeza al descubierto.

La manera de llevarnos a los habitantes del país, ya no era tan ruidoso; no sonaba tanto el metal como antes: Teniéndolo guardado en su funda. Poco a poco se fueron consolidando dos maneras de dirigirnos en la Carrera de San Jerónimo. Ya no había tantas divisiones jurídicas como

antes. Era más bien un poder jurídico, enmarcado en un solo plano, en forma de Ley.

A todo eso, se la hizo una canción, alegando cómo era la forma que dirigía a los de la nación; casi siempre, enlazados por el cariño de una mujer; para no poner, por delante, algo más que una idea de cariño a esa sutileza y esbelta señora.

Ya no se veían los coches tirados por los caballos y algunos coches de servicios para los habitantes de aquella Ciudad, que aunque siendo colectivos iban tirados por sendos corceles, con riendas. Y si era un solo caballo al que se le quería dominar, se la llamaba jáquima.

Los caballos los llevaban por dentro los coches; aunque había, todavía algunos que andaban por leña, con gas.

Todo; pero que todo se estaba modernizando: Parecía como si fuese una carrera de velocidad.

La aviación, el tanque y la imprenta; pero a este cambio: ¿Cómo hay que llamarlo?; si no es industrial. No solamente hay cambios en la industria, sino también en las personas, en la sociedad.

El curso terminó con buenas notas, Belinda y Antonio; yéndose para celebrarlo a París. . . OH; la la. Y allí fue el primer día que conoció mejor Antonio a Belinda: En un hotel de aquella Capital; en donde el amor fluye a borbotones; y así fluyó entre los dos.

En un avión, que se decía era la joya de la corona; se volvieron a Madrid, los dos jóvenes enamorados; y máxime, si ya habían probado el néctar agradable del placer y de la buena amistad entre los dos.

Antonio se estaba conformando con aquella vida, no olvidando a Juana; pero como se suele decir: “La vida sigue”. Y sigue para el que vive. Así, que se agarró fuerte a la vida y a los eventos que había en ella en esos días, de amor y placer.

Y para que no dijese los habitantes del pueblo de Antonio, que este no quería saber nada de ellos; se fueron los dos al pueblo del joven.

Lo primero que hicieron, fue ir a casa de los padres de Juana, para saludarlos, muy efusivamente; y más tarde buscar a los amigos de Antonio, para estar con ellos casi todo el día: Pues estos jóvenes estaban terminando, en la Normal, su carrera de Maestros de Escuela, como se decía antes.

Aunque no estaba en casa Rafael, se fueron a la plaza del pueblo y allí pudieron ver a los dos enamorados, Rafael y Asunción.

¡UF!; cuando se vieron todos juntos; lo que formaron los unos y los otros: Todo era un derroche de alegría y un sin vivir de simpatía entre todos ellos; al verse los unos cerca de los otros.

ANTONIO -. Rafael: ¿Quieres que vayamos esta tarde a pasear cerca del río?

RAFAEL -. Claro que quiero; por qué no voy a querer.

Así se expresaba el amigo Rafael, con el amigo Antonio; ahora debían decírselo a sus respectivas novias. Y estas, accedieron, con sumo agrado a las pretensiones que tenían sus enamorados: Ir para dar un paseo cerca del río.

Fue una tarde maravillosa para ellos, para el grupo de amigos que hacía tiempo no se veían. Hasta Belinda hizo buenas amistades con Asunción; ya que no dejaban hablar entre ellas.

ASUNCIÓN -. Me lo has contado muy bien, para excitarme el ánimo de pedir plaza en Madrid, una vez termine mi carrera.

BELINDA -. Pues allí estaremos. No olvides nuestra dirección.

Como Asunción veía, que los dos estaban en diferente pensión; no sabía dónde ir la primera vez para llamar a la puerta y ser atendida. Y al comunicárselo a Belinda; esta joven la dijo, que tal vez; cuando ella decidiese marcharse a Madrid, posiblemente estarían juntos, en una casa, ella y Antonio.

Como Catalina y Cristóbal los habían invitado a una caldereta, en una casa de campo que tenían en las afueras del pueblo; fuimos todos nosotros; pasando una mañana agradable con los abuelos, por así decir, por no decir carrozas.

Entre bromas y chascarrillos, entre chistes y algún que otro cantar de la tierra; fue amenizada la mañana entre nosotros. Hasta Belinda cantó una jota, que fue el delirio de la concurrencia; sobre todo, cuando vieron cómo se bailaba.

En un descuido, se montó, sobre un caballo emparejado, Belinda; sin saber nada, sobre dirigir a un animal ecuestre. El caballo comenzó a trotar mucho, al ser espoleado por Belinda y a lo lejos la indicaba Antonio, para que tirase de las riendas y así hacerle daño al caballo en el bocado para que se parase. De esa manera consiguió que el caballo dejase trotar; pues al simple parecer; el animal se estaba desbocando. Y entonces, correría sin parar.

Corrió, sin pensarlo, Antonio para ayudarla a bajar del caballo a Belinda; pues esta chica se quería tirar desde lo alto del caballo al suelo. Se hubiese hecho daño en alguna pierna la chica, si hubiese ejecutado lo que ella pensaba.

Antonio la bajó del caballo, presentándola el estribo; para que entrase el pie en el y elevase la pierna contraria por encima del lomo del caballo, teniendo cuidado con la silla de la montura; pues era muy prominente. Recibiéndola en sus brazos Antonio a Belinda; para dejarla con sumo cuidado en el suelo.

Hasta hubo aplausos, por parte de Asunción y Rafael; dos jóvenes, amigos de Antonio, que sintieron ese hecho como suyo. Arrimándose a Antonio para felicitarle.

RAFAEL -. Así se hace, Antonio.

ASUNCIÓN -. (Con los dedos hacia arriba). ¡Bien!, Antonio. ¡Hurra!.

Así como a las ocho de la tarde se fueron al pueblo, después de comer bien, beber mejor y tumbarse a la sombra durante la siesta. Y ya en el pueblo, vieron que venía una compañía un tanto afamada de teatro; yendo todos al teatro, aquella misma noche.

No era que estuviese, aquella compañía de teatro un tanto afamada; pues era, que estaba muy afamada en el ámbito nacional.

Demostraron todo su poderío el elenco de actores que montaron un teatro en el cine-teatro del pueblo. No sé qué verían aquellos grandes actores, que dieron la talla y algo más; todo lo que podían dar de sí, para quedar un buen sabor de boca, entre los habitantes del pueblo.

Días después, nos enteramos, que un chico del pueblo salía con la hija del actor principal y picando fuerte, deleitó el elenco a todos los espectadores.

Al día siguiente se presentó Mateo en casa de Fernando, preguntando por este; pero como Cristina era muy vivaz, se las sabía todas. Estuvo escuchando detrás de una cortina todo lo que hablaba Mateo.

Mateo se expresó con la mano en el corazón y con los pensamientos puestos en Fernando. Y como dijo Mateo, que no quería se enterase nadie de por qué le pedía prestada tal cantidad de dinero; no se dice nada, al respecto, sobre lo que Mateo expuso a Fernando.

Así, que Cristina no quiso salir de entre la cortina; para que Mateo no tuviese vergüenza de habérselo contado a todo el mundo, sin él saberlo.

No hubo promesa por parte de Fernando de que le daría esa cantidad de dinero; pero tampoco hubo negación alguna, marchándose Mateo, con la convicción de que su amigo Fernando le prestaría tal dinero.

Cuando se fue Mateo, salió Cristina detrás de las cortinas; quedándose Fernando como petrificado, al ver a su mujer como una perfecta fisgona.

A Fernando no le gustó nada, que su mujer Cristina hubiese espiado lo que decía Mateo: Y mucho menos, se hubiese enterado de lo que le pasaba a Mateo.

Pero cuando su mujer Cristina, comenzó diciéndole que tenía el deber de prestar ese dinero a Mateo, se alegró mucho Fernando, al verla con un corazón noble y bueno, a la vez.

CRISTINA -. Por la amistad que os profesáis, tienes que prestar el dinero a

Mateo: Hazme caso, hijo.

FERNANDO -. Lo tenía yo pensado.

Allí no se habló más, yéndose Fernando a su despacho para repasar bien las cuentas, encerrándose en su cuarto.

Saliendo a poco tiempo, con cara risueña y semblante alegre como nunca le había visto Cristina. Y al preguntarle, qué le pasaba; este respondió, que estaba alegre, porque había repasado las cuentas y tenía un remanente siempre fijo, para tales ocasiones: No habiéndolo tocado para nada.

Al día siguiente se fue Fernando a casa de Mateo, pasando por la casa de su prima Catalina, para ver cómo estaba su marido Cristóbal; viéndole muy recuperado de su neumonía, que había cogido a la orilla del río, una mañana temprano.

Tuvo un vuelco al corazón Fernando, que por poco termina con él, esa alegría con la que le recibieron en casa de Mateo; al anunciar Fernando, que le concedía ese préstamo que le había pedido a bajo interés; pues Fernando se había enterado a qué interés tenía que conceder el préstamo a Mateo; no siendo usurero con su amigo.

Salió de allí, como Alma que vuela al Cielo; sin saber si tocaba el suelo; o iba volando a su casa, de lo bien y a gusto que se encontraba en esa hora de amistad y relajación.

No había hecho más que llegar a su casa, cuando su prima Catalina llamaba al timbre de su puerta; abriéndola este, quedándose sorprendido, por lo pronto y rápida que se difundió la noticia: De que él sería el que prestase el dinero a Mateo; ya que se lo dijo su prima Catalina.

Y como su prima Catalina había llevado unos melocotones riquísimos; no sabían, Cristina y Fernando, qué darla en recompensa; así que la ofrecieron un queso buenísimo, que era lo único que podían regalar dicho matrimonio.

La sorpresa se la llevaron, cuando vieron que el marido de su prima Catalina quería entrar en su casa; pues Cristóbal se encontraba recuperándose de su enfermedad pulmonar.

Siendo cosa curiosa; pues Cristóbal llegaba con mascarilla en la cara, para no contagiar a nadie; sentándose a parte, así como a unos cinco metros del resto de los habitantes de la casa.

Pero como los primos se querían mucho, siendo primos hermanos; Fernando, una vez que consultó con su mujer, Cristina los invitó a merendar en su casa.

En las postrimerías de los postres, se comenzó hablando de todo; hasta se la preguntó a Belinda por sus padres; estando bien sus padres, según ella.

BELINDA -. Mis papás se encuentran bien de salud, gracias a Dios; pues queremos ir el sábado, Antonio y yo, para verlos y para estar unos días con ellos, antes de volver a este pueblo: Aquí con ustedes.

No se sabe si Belinda los informó todo lo que iban hacer, para que no la volviesen a preguntar por su situación personal entre ellos, o que los estaba preparando para volverlos a recibir en casa de Fernando.

CATALINA -. Ya sabes, que tienes tu habitación en mi casa, como ha pasado en este caso; pues el pueblo no ve con buenos ojos, que la novia duerma en la casa de su novio. Así harás compañía a mi hija Asunción.

Así pasó; pues el sábado se fueron, Belinda y Antonio, a la capitalísima, llevándoselos el padre de Belinda, el señor Ambrosio, a su finca: Un lugar privilegiado; donde había mucha hierba y mucho ganado vacuno.

Le enseñaba, a Antonio, las cabezas de ganado vacuno que tenía en su finca el señor Ambrosio, para más tarde ver un rebaño de ovejas

monumental, de varios miles de cabezas pastando por aquellos prados tan exuberantes en hierbas.

Al volver a la vaqueriza, vio un cobertizo como abandonado; preguntando las causas de ese abandono; y al decirle el señor Ambrosio, que era por otras disposiciones donde hacer uso de ellas, estaban cerradas sus dependencias. Sí, aquello se podía llamar dependencias, por lo enorme que era el cobertizo.

ANTONIO -. Ahí se guardarán las vacas paridas, para amamantar mejor a sus terneros; separándolas del resto de ganado.

No dudó decir aquello Antonio, sin ninguna clase de reparo; pues ya se veía como de la familia. Mientras tanto, el señor Ambrosio le miraba con cara de sorpresa; ya que había dado una buena idea, no ocurriéndosela a él.

Desde aquel día, le admitía, el señor Ambrosio, con sumo agrado en la familia y así se lo hizo saber a su hija Belinda: Poniéndose esta chica tan alegre como ninguna otra mujer al saber, que su papá le admitía como yerno en su casa.

Y para celebrarlo, se volvieron al siguiente día a Madrid, con la sola idea de ir a un restaurante afamado para merendar en el; ya que era gusto del señor Ambrosio agasajar a su posible yerno en todo lo que él pudiese, en esta vida.

La sorpresa la recibió Antonio, cuando llegó a la pensión en Madrid; pues estaban allí sus papás, junto con Felisa y Mateo; que había ido este último a una consulta de un doctor muy afamado.

Pero como la curiosidad es mucha, Antonio esperó a que su mamá estuviese sola, para preguntarla por Mateo.

ANTONIO -. ¿Qué enfermedad tiene el señor Mateo?.

La mamá dudaba decírselo; pues había sido una promesa de no decírselo a nadie; y para que el hijo se quedase tranquilo, le habló de los problemas que tienen las personas mayores.

CRISTINA -. Hijo: Las personas mayores tienen achaques por su edad; así que viene, el señor Mateo para que le haga una auscultación un doctor de esta grandiosa y bendita Ciudad.

ANTONIO -. ¡Mamá!; que si viene el señor Mateo a la Capitalina Ciudad, no es por cosa benigna; será por alguna preocupación más virúlica, no como para hacerse una analítica sencilla.

La mamá, se quedó mirando a su hijo, con deseos de decirle la verdad; pero cuando recordó, que había prometido, ella y su marido Fernando, no decir nada a nadie: Cerró la boca, para no incurrir en falta.

Viendo su hijo Antonio, que allí había algo más, que una sencilla revisión médica.

Pero para no molestar más a su mamá, se cayó; saliendo de la habitación donde estaban sus papás e irse al comedor de la pensión donde estaba Antonio de huésped.

Como era la hora de la merienda y la pensión servía la comida a esa hora, se sentaron todos a la mesa con idea de intercalar ideas, entre la conversación de ambos.

El papá de Antonio, no dejó que le pisasen la palabra, hablando antes que ninguno; una vez que se retiró la patrona de la pensión a la cocina, con idea de que no lo oyera esta señora.

FERNANDO -. Hijo, he pensado una cosa, para tu bienestar de vida.

ANTONIO -. Dime, papá.

FERNANDO -. Tenemos que consultar con Belinda; ya que vais a estar, un año más juntos.

ANTONIO -. Sí, papá; toda la vida.

El papá de Antonio, comenzó diciendo; que como van a estar toda la vida juntos, sería conveniente se comprasen un piso. El piso tendría que estar cerca de la facultad; para no sufrir tanto en los trayectos, en las grandes distancias como hay en Madrid.

Diciendo su hijo Antonio, que aquello era buena idea; que sería lo ideal para Belinda y para él: Pero de dónde iba él a sacar el dinero si no tenía nada. Haciéndole comprender a su padre, que hasta la pensión la pagaba él, Fernando. Y al oír aquello Fernando, se echó para atrás con la silla; como no dando creencias algunas a lo que él, el papá de Antonio le había propuesto a su hijo.

FERNANDO -. No hijo: El piso te lo compro yo. Ya he hablado con tu madre y está gustosa de que los dos estéis recogidos. . .?. . . Pues sí, en estas fechas no hace frío ninguno en Madrid.

El papá de Antonio cambió de conversación, cuando vio llegar a la señora de la pensión con el frutero en las manos. Lo malo era, que Antonio no disimulaba nada la alegría que tenía metida en su Alma, por haberle dicho aquello su papá Fernando.

Le miró la patrona a Antonio; y como le conocía bien, le preguntó por aquella sonrisa que él tenía en la cara en esa hora, en la que sus papás le acompañaban en la merienda. Alegando que se veía, era un hijo bueno, que quería mucho a sus papás. Quedando todo ahí, en que la señora de la pensión, había creído, que la sonrisa que presentaba en la cara Antonio, era causa de la felicidad, por ver junto a él a sus papás. Yéndose como alguien que ha obrado bien, a la cocina otra vez.

Una vez que se terminó la merienda, los papás de Antonio se fueron con los padres de Juana a la consulta del doctor; ya que tenían fecha y hora para que este galeno viese a Mateo.

Pero como seguía el cosquilleo de querer saber algo más Antonio, aquella tarde no salió para encontrarse con Belinda; llegando esta chica, a la caída del Sol a la pensión de Antonio; pues a Belinda no la hacía falta, que no fuese Antonio a su pensión, que ella iría a la pensión de su novio.

Se veía, que los lazos de unión que tenían estos dos jóvenes eran demasiados estrechos; como para que esa amistad se rompiese por cosa nimia. No había nada difuso entre ellos dos; todo era palpable, con luz y taquígrafo.

¡UF!: Cuando Antonio la explicó a Belinda el regalo que los quería hacer su papá a ellos. Aquello fue un saltar y bailar en la habitación de Antonio con todas sus fuerzas; pues hasta la patrona de la pensión, llamó a la puerta del cuarto de Antonio para ver qué era lo que pasaba allí.

Una vez conformada la patrona, de que allí no pasaba cosa alguna que no fuera la alegría de Belinda, por a ver visto a los papás de Antonio, aquella señora se retiró a sus dependencias particulares.

Cuando llegaron los papás de Antonio, acompañados de los padres de Juana; Belinda se quedó con cara triste y ojerosa: No dando testimonio alguno por lo que ella podría valer en esa hora, tan intensivas en sobresaltos y en querer saber algo más de esa llegada de ellos.

La cogió del brazo Antonio para separarla de las personas mayores, y en compañía de ella la indicó que Mateo estaba enfermo; pero que no sabía de qué enfermedad se trataba, quedándose más tranquila Belinda al saber por qué estaban allí los padres de la desdichada Juana. Y al saber aquello la chica de Antonio, se fue, con mucho sigilo, a la puerta de la habitación; donde estaban hablando los padres de Antonio con Felisa y Mateo: Oyendo a Mateo decir -. Tengo una sola cruz; pero es cáncer -. No sabiendo dónde tendría el cáncer aquel señor. Pero la palabra la habían oído claro, cáncer.

Por la tarde invitaron a los padres de Belinda, los papás de Antonio para presenciar un musical de aquellos que se daban antaño y al salir del teatro, vieron unos bares abiertos allí cerca, entrándose todos en aquellos locales, probando un vinillo agradable al paladar; para terminar yendo a la pensión muy alegres todos ellos.

Pero los que más se fueron alegres, fue el matrimonio formado por Ambrosio y Sofía; o sea, los padres de Belinda, ya que su hija se había enterado de las pretensiones que tenía su papá, respecto a sus vidas amorosas: La de Belinda y la de Antonio.

Tanto era así, que los únicos que se fueron al pueblo, fue el matrimonio formado por Felisa y Mateo; quedándose los padres de Antonio en Madrid, para buscar pisos de acomodados para aquellas pobres y maltrechas Almas de estudiantes. Y antes de marcharse al pueblo, le enseñó Fernando a su hijo Antonio, la factura de un adelanto para un piso.

Al decirle Fernando a su hijo dónde se encontraba el piso, este se quedó absorto; pues nada más ni menos, era en La Puerta de Hierro, en Madrid: Cerca de la ciudad universitaria.

Y como no había mucho trayecto desde donde tenían los chicos el piso, se compraron otro los papás de Belinda en Majadahonda, en la misma plaza rectangular que se había construido en el centro de dicha Ciudad; muy cerca de un supermercado.

Se los estaba poniendo a pedir de boca la vida, pues aunque los papás de Antonio no pudieron ir para que los chicos viesen, cómo estaba la construcción de aquel edificio, un bloque de viviendas, por haberse marchados Cristina y Fernando al pueblo; sí los llevaron los papás de Belinda, para ver la edificación de aquel edificio: Pareciéndoles a los chicos, que estaban construyendo un palacio en aquel sitio.

Como se acercó a ellos el jefe de obras, los estuvo hablando de los materiales, que se estaban empleando en el edificio: Pues un día, no muy lejanos, irían a vivir allí los dos jóvenes enamoraos.

El jefe de obras, se explayó al saber que uno de los propietarios era el papá de Antonio; contándoles los pormenores de aquella construcción.

Y aunque el edificio no estaba terminado, comenzó a correr el plazo para pagar la hipoteca creada por el papá de Antonio.

Refunfuñando mucho Fernando, una vez que volvieron al pueblo Belinda y Antonio, al siguiente mes.

Ni dos meses de plazo los habían dado para comenzar a pagar la hipoteca; viendo en él, en su papá su hijo Antonio un mal presentimiento.

ANTONIO -. Papá, si te viene mal pagar la hipoteca, cancelala.

FERNANDO -. No, hijo: Lo que me viene mal, es que no quieran más que dinero.

Quedó bien sentado y claro, que a Fernando no le quitaba el sueño la hipoteca; lo que más le preocupaba, era que le tomasen de primo en tales transacciones económicas que llevan algunas personas sin escrúpulo, ni corazón alguno.

Como faltaba unos días para dar comienzo el nuevo curso, Antonio estaba en el pueblo, disfrutando de su casa y de sus gentes y viendo el poco evolucionismo de pensamiento, que tenían aquellas personas de su lugar de nacimiento.

Eso sí; eran pueblerinos, pero muy honrados todos ellos; con la suficiente capacidad de pensar y discernir lo bueno de lo malo: Entendían todo a la perfección, (pero metiéndolas en el infundíbulo del cerebelo en un apartado especial, más bien en el hipotálamo, en la hipófisis, glándula que regula a veintisiete más); para no recordar nada todos ellos.

Eran rudos, pero nobles todas las personas de aquel pueblo; en donde todo era de todo, si se lo pedías algunas de aquellas personas.

Un día se cruzó Cristóbal con Fernando, pidiéndole el favor de que le prestase su tractor para poder arar una tierra que tenía cerca del pueblo; concediéndoselo Fernando: Pero de una forma sui géneris.

FERNANDO -. Como tú quieras; pero voy a ser yo el que te are las tierras, Cristóbal.

Así fueron aradas las tierras de su primo Cristóbal por Fernando; pues el dejar manejar el tractor a aquel hombre no era prudente, podía volcar con el, o hacerse daño: Ya que no eran llanas todas las tierras, había algunas pendientes en ellas.

Para celebrarlo, Cristóbal organizó una comida opípara, entre paella, chuletas, salpicón, huevos rellenos y un sin fin de viandas más: Todas ellas ricas al paladar.

CRISTINA -. ¡Por Dios!, Catalina: ¿Dónde vas con todo esto?.

CATALINA -. A mí no me digas; díselo, más bien, a mi marido Cristóbal.

Era previsible, que toda esa comida la hubiese mandado hacer Cristóbal; un hombre agradecido demasiado, si le hacías alguna cosa a su favor.

Hasta se añadieron el resto de los amigos de Cristóbal a dicha succulenta comida.

El papá de Antonio, Fernando, sacó una guitarra para tocar en ella algo y así animar la fiesta, para que no decayera en aquella hora de alegría y de bienestar para todos.

Como aquella sonanta comenzó a vibrar sus cuerdas, Catalina se arrancó con una jota, que causó sensación entre los invitados a esa gran merienda.

Bonitos pueblos aquellas urbes maravillosas y la que no era bonita, se hacía agradable al forastero que la visitaba por las personas que habitaban en ese pueblo, con tanto tacto y miramiento a esa persona foránea de aquella bonita y gran Tierra.

Cuando se enteró el papá de Antonio que el papá de Belinda los había llevado a la construcción, se puso un poco nervioso, diciendo a su hijo algo que él no olvidará nunca.

FERNANDO -. Ese señor, no os tiene que llevar para ver la construcción de vuestro piso; soy yo el que os tiene que llevar a la misma oficina de la empresa que construye el piso, que yo he comprado, ¿sabes?.

ANTONIO -. Como tú digas, papá.

FERNANDO -. Está bien.

De esta manera quedó enterado Antonio, por su padre Fernando, que era él el amo del piso; el que lo había comprado.

Nunca más se dejaría llevar por el señor Ambrosio, que aunque era un señor bueno; parecía que era suyo todo lo que tocaba en la vida: Ya que el piso lo presentó como parte de su patrimonio personal.

Antonio tenía que tener mucha mano izquierda para paliar tal situación y que no se diese cuenta Belinda, de que su enamorado huía de su papá para nada.

Estando terminado el verano, en el pueblo Antonio, recibió una misiva del padre de Belinda, el señor Ambrosio, comentando algo de los muebles que tenía que poner en cada habitación; no queriéndoselo decir a su papá Fernando: Ya que él sabía el mucho celo que tenía su papá con el padre de Belinda, el señor Ambrosio. Así que se cayó, yendo para ver a Belinda nada más que llegó a Madrid y poderla sonsacar algo de su pensamiento, sobre los muebles que tendrían que poner en cada habitación del piso.

BELINDA -. Nunca lo he pensado; ya que el piso no está terminado y hasta que yo no vea su composición métrica y dónde están las alcobas, así como el salón de la casa y la cocina; no pensaré en nada, para no fallar.

ANTONIO -. Tú has visto el plano arquitectónico del piso.

BELINDA -. Una cosa es ver el plano de arquitectura y otra cosa es, ver el piso ya terminado. La mente se hace más a una composición más detallada del piso y de dónde se puede poner tal o cual mueble.

Tenía razón Belinda; ver un piso real y bien terminado, no es verle en un dibujo hecho, con forma de plano, en un estudio de arquitectura, por muy bien que esté confeccionado ese plano.

Desde luego a Belinda no la decía nada ese plano que presentó el jefe de obra a Belinda, al señor Ambrosio y al mismo Antonio. De modo, que se cayó Antonio no diciendo nada de la carta que había recibido de su papá a Belinda.

En pocos días llegó Fernando a la pensión de su hijo Antonio con unos planos bajo el brazo; para que este, Antonio, viese cómo se estaba construyendo, no solamente el piso sino también el edificio entero.

ANTONIO -. Sí, papá; pero yo quiero saber: ¿Cuándo se va ha terminar las obras?.

FERNANDO -. Dentro de cuatro meses.

ANTONIO -. ¡UF!.

A mucho plazo le fiaba su papá a Antonio la terminación de aquel edificio y con el la entrega de la llave del piso.

Antonio se echó para atrás como asustado; pues ya había dicho a su chica, que en este mismo año podrían vivir juntos en su preciosa morada. ¿Cómo iría a recibir aquella noticia su chica?; pues él no lo sabía.

Teniendo recelos para decírselo a Belinda: Que faltaba cuatro meses para terminar el piso.

Muy bien no recibiría la noticia Belinda, de que todavía tenían que esperar cuatro meses más; y eso que fuese verdad, pues las palabras dadas al pie de obra se las llevaba el viento.

Cuando supo Belinda que tenían que esperar cuatro meses más, la cambió el color de la cara y hasta no se podía sostener por sí sola.

BELINDA -. ¡Qué me dices!. Este año no podemos vivir en nuestro piso.

ANTONIO -. ¿No digas?.

BELINDA -. Claro que digo. No piensas que, aún terminando, dentro de cuatro meses, le tenemos que retocar un poco lo que no nos guste del piso y estudiar los muebles que tenemos que poner en cada estancia de sus compartimentos.

Desde luego Antonio no se enteraba de muchas cosas; pues era para él demasiado: Nunca se había visto, en tales faenas y menos comprando un

piso corre que te corre, así de repente.

La hizo ver a Belinda, Antonio, que él no había ido a firmar las escrituras y a ver qué clase de pisos se irían a edificar en aquel lugar tan prestigioso; por lo tanto, no sabía nada de sus estructuras, de su manera detallada de construcción, de su forma que iba a quedar aquella bonita comunidad: Una vez que se habitase por completo. ¡Vamos!; no sabía nada de nada, por eso preguntaba todo.

Mirándole Belinda con cara de circunstancias; al saber que su novio no sabía nada; pero que nada, del piso. Se la sobrecogió el corazón, cuando se dio cuenta que su padre no le había enterado, absolutamente, de nada.

Antonio no supo lo que había hecho; pues al siguiente día tenía allí al papá de Belinda, pidiéndole al enamorado de su hija, que le acompañase para ver los planos y el detalle de dónde irían las alcobas con el resto del piso.

ANTONIO -. Mire usted, señor Ambrosio: Eso quien lo lleva es mi papá y no se encuentra aquí en estos momentos.

AMBROSIO -. ¡AH!, sí.

Dando el señor Ambrosio media vuelta salió de la pensión de Antonio, con un desaire y un desplante.

A poco tiempo llamaron al timbre de la pensión, siendo Felisa y Mateo, que llegaban a Madrid para revisión, según ellos; lo único, que Antonio no sabía qué clase de revisión se hacía el señor Mateo. Pero con todo y eso, los acompañó al hospital donde le hacían las revisiones al señor Mateo; quedándose solo Antonio con la señora Felisa.

Aprovechó Antonio la soledad en la que se habían quedado, la señora Felisa y él, para preguntarla por la enfermedad de su marido.

ANTONIO -. Usted perdone, señora Felisa: ¿Me permite una pregunta?.

FELISA -. Sí hijo: Dímelas.

ANTONIO -. ¿Qué enfermedad tiene su marido?, el señor Mateo.

Felisa se quedó un poco pensativa; como si fuese a decirle otra enfermedad, que su marido no tenía: Pero al momento se la vio en la cara un signo de aprobación.

FELISA -. Mi marido Mateo, tiene cáncer de próstata. Pero tiene una sola cruz.

Al parecer, habían cogido a tiempo el cáncer de su marido; así que la señora Felisa estaba convencida de que se curaría, no teniendo secuelas de dicha enfermedad.

Como aquel día, no pudo asistir a clase en la facultad; por la tarde llegó Belinda donde estaba Antonio, muy compungida y como muy azarosa: Al no saber qué estaba pasando con el señor Mateo.

Al verla de esta manera Antonio, se fue hacia ella para calmarla los nervios, maltrechos por algo que ella creía había hecho mal y no era así.

ANTONIO -. Cálmate, Belinda; tú no has hecho nada malo.

BELIINDA -. Quedarte solo esta mañana en el hospital: ¿Te parece poco?.

Antonio la miró con cara de sentimientos amorosos, por el detalle que tenía en esa gestión, no hecha por ella, ni achacada a ella.

La calmó con un beso en las mejillas; salvaguardando las distancias, entre ellos y la señora Felisa. Y al verlos de esta manera, la señora Felisa se salió de la sala de espera del hospital; para no interrumpir en el sentimiento amoroso, entre Antonio y Belinda.

Pero Antonio salió detrás de ella, para que la señora Felisa volviera, una vez más a la sala de espera; por si los médicos dijeran algo de su marido Mateo.

Así, como a las cinco de la tarde, se presentó el doctor, para informar a la señora Felisa de los adelantos que hacía su marido Mateo, con su enfermedad. Yéndose al pueblo ese mismo día: Queriendo Antonio que

durmiesen en la pensión y por la mañana temprano se fuesen al pueblo, no consiguiendo este joven lo que proponía al matrimonio.

Al verle triste, Belinda, a Antonio, le habló del verdadero pensamiento, que tenían sus paisanos del pueblo.

BELINA -. No te preocupes, hijo; son así las personas de tu pueblo.

ANTONIO -. ¿Cómo son?.

BELINDA -. Con un solo pensamiento.

Antonio le picó la curiosidad por saber cómo eran las personas de su pueblo; pero cuando en pocas palabras se lo dijo Belinda, se conformó con esa explicación, bien detallada.

Para despedirse los dos enamorados; yéndose Belinda a su pensión, para quedarse Antonio en la suya.

No hay dos sin tres; pues al siguiente día llegaron a la pensión Catalina y Cristóbal; ya que a este hombre no se le quitaba la tos, y estaba cogiendo afonía en la voz.

ANTONIO -. Tía Catalina: ¿Cómo ustedes por aquí?.

CATALINA -. A tío Cristóbal, no se le quita la tos: Y vas a ver cuando habla, ¡ya verás!.

Sí, observó una afonía en la voz de su tío Cristóbal el joven; así que otra vez no asistió a clase, en la facultad Antonio: Pero esta vez llegó Belinda a tiempo; sorprendiéndose mucho su chico.

Al preguntarla Antonio cómo se había enterado ella, Belinda; esta joven le dijo a su chico, -. Como a ti se te olvida llamarme, la encargué, a la señora de la pensión, que me llamase a la mía; siempre que pasase algo, respecto a tu persona -.

Quedándose Antonio muy sorprendido por aquella respuesta, que había hecho Belinda.

Ni Antonio, ni Belinda habían asistido a clase de la facultad; siendo una clase importante para ellos; ya que de ella dependería el examen que hiciesen a los dos días.

Entre apuntes y copiar lo de otro condiscípulo, pasaron toda la tarde y la mitad de la noche sin conciliar el sueño para nada.

Durmiendo, a la siguiente tarde, toda la segunda mitad del día para tomar las fuerzas que les faltaban a esos dos jóvenes estudiantes y así poder aprobar el examen, que tendría lugar al día siguiente en la facultad.

Muy alegres no salieron, ninguno de los dos, del examen; pues sin faltarles poner en cada pregunta algo: Lo podían haber hecho mejor, ya que los conceptos metidos en el cerebro eran pocos; por no decir, los mínimos.

Pero cuando salieron las notas, sí habían aprobado; por lo menos eso, un aprobado les había dado el señor catedrático a cada uno de ellos.

Si esto siguiese así, no podrían pedir ningún préstamo al banco; ya que tenían que presentar las notas adquiridas durante el curso actual. Obligándose los dos a estudiar con ahínco las asignaturas que menos nota habían sacado.

Y si por lo menos, les dejasen estudiar, eso sería un milagro; pues a los dos días llegó a la pensión donde se alojaba Antonio, el señor Mariano; mostrando una excusa de estar en Madrid, por motivos de su actividad empresarial de la construcción.

Había llegado a la Capitalísima Ciudad para una entrevista de trabajo, como él decía; pero en realidad era, para firmar un contrato suculento para sus intereses económicos. Parte del Rascacielos no estaba terminado y lo quería hacer él con sus operarios de la construcción.

Por la tarde llegó el señor Mariano, como mustio y ojeroso; ya que le habían suspendido el estudio que él traía entre las manos.

Un oficial de primera, había hecho un croquis de lo que debería ser aquella construcción; no entendiéndolo los arquitectos del edificio en cuestión.

El señor Mariano, se fue al pueblo aquella misma tarde y menos mal que los dieron tiempo para estudiar Belinda y Antonio; pues el curso estaba ya muy adelantado.

No tanto adelanto se veía en la construcción del piso; pues el bloque, se le veía como parado. Comunicándose Antonio a su padre Fernando,

este llegó una mañana a Madrid, para consultar en la oficina de la empresa: ¿Qué era lo que pasaba con la edificación del bloque?.

Alegaron los señores jurista de la actividad empresarial de construcción, que era cosa momentánea; pues habían ocupado un terreno que no les pertenecía, por presentarles el Excelentísimo Ayuntamiento un plano de antes de vender una parte el dueño, anterior, esos terrenos: Siendo un fallo de forma, que se solventaría lo más inmediato posible.

¡Más inmediato posible!: Eso dijeron los juristas y estábamos terminando el curso y allí no se movía ni un solo ladrillo; comenzando cuando ya estábamos de veraneo, otra vez más, las obras del bloque donde se construía el piso. Mejor dicho, el piso del papá de Antonio, el señor Fernando. Teniendo que marchar, desde el pueblo a Madrid, y eso que hacía dos días que había llegado Antonio a esa urbe tan bella y bonita, para saber la verdad de cómo iba la construcción del bloque.

Allí no había otra explicación, más la que los daban en la oficina de la empresa: -. Tengan paciencia, que ya estamos trabajando en el bloque de viviendas -. Así, que a la siguiente mañana volvieron Antonio y su papá, Fernando, al pueblo con buen recado.

Parecía que era un trasiego ir y venir, de las personas del pueblo; pues a los pocos días llegó a la pensión el señor Mariano con otro proyecto nuevo; para concursar con el.

No los había visto el señor Mariano a los jóvenes enamorados; pero ellos sí se percataron que estaba en la pensión, cuando comenzó a llamar fuertemente a la patrona.

MARIANO -. ¡¡¡PILAR!!!: No tengo toallas.

Así era como se llamaba la señora de la pensión. Pilar: respondiendo algo, muy bueno Belinda, a ese vozarrón como había dado el señor Mariano a la señora Pilar. Y en voz baja lo comentó con Antonio.

BELINDA -. ¡Vaya educación!. Haz visto como la ha llamado a la señora Pilar.

ANTONIO -. Sí, hija. Es así el señor Mariano: ¡Qué le vamos hacer!.

No había más que hablar; pues estaba clara la definición que le había dado Belinda al señor Mariano. Subiéndosele los colores a Antonio, por tener que expresarse de esa manera, referente a una persona de su mismo pueblo.

Para no tener fricción con el señor Mariano, no quiso salir a saludarle Antonio; por lo menos hasta que se fuese a su pensión Belinda, no fuese a ser que le corrigiese su chica y le sentase mal a ese hombre.

Mientras estaba merendando Antonio, llegó el señor Mariano, sentándose en la mesa sin decir una sola palabra; solamente saludó al joven, con una prepotencia enorme; debido a que él iba con su proyecto en las manos, sintiéndose alguien entre las personas de la construcción.

Pero cuando llegó a la pensión, ese mismo día por la noche; ya venía con los ánimos más aplacados; pues según él, no debió haber venido a Madrid, sino a su capital de provincia, admitiéndole como invitado al concurso de la construcción.

Pero eso sí: Había quedado el tercero, sin premio alguno; solamente había recibido una mención por su construcción, que era el formar arcos abiertos y firmes. Si hubiesen sido en arcos, según explicaba él, no se necesitaba reforzar el arco en cada lado, con sendas ballestas de hierro.

Por la mañana temprano se fue al pueblo el señor Mariano; quedándose Antonio y Belinda más tranquilos, al no tener que oír, en la pensión, esas voces dadas por aquel señor de su pueblo tan desordenada y con tan poco miramiento hacia la señora Pilar.

Y como siempre se celebraba “el paso del ecuador”; un descanso de tres días, para que los estudiantes fuesen en excursión a un lugar de encuentros, más bien mariano.

Casi al final del curso, se fueron algunos condiscípulos en sendos autobuses de excursión; aprovechando Antonio para ir a ver cómo se encontraban sus papás, y cómo estaba siendo el desarrollo del pueblo.

Que al decir verdad, el paso del ecuador, se hacía en tercer curso, a la mitad de carrera; pero como al siguiente curso, el Ministerio había cambiando algunas asignaturas, siendo bastante fuerte este curso, decidieron celebrarlo al final del curso segundo dicho evento.

El pueblo se encontraba como lo había dejado Antonio meses más tardes y la mentalización de sus personas se encontraban estancadas; por no haber alguien que las despertase; pero ya se había ideado algo, que poco a poco fueron pensando con mentalización más moderna: Pues entre la televisión en negro y la radio, se veía a las personas del pueblo pensar de otra forma diferente como lo hacían antaño.

Pero los hechos eran los de ogaño; ¡vamos!, lo mismo que antaño. Ya que llegó Cristóbal a casa de Mariano con una sola pretensión; que le edificase unas habitaciones donde había tenido la zahúrda, ya que los guarros se los había llevado a un cobertizo afuera del pueblo, en un terreno de su propiedad. Y entre los guarros y las palomas que tenía en esa pequeña granja; además de ovejas, conejos y cuatro burros: Las personas del pueblo no dejaban protestar por las innumerables palomas que tenía; que tanto daño estaban haciendo en los tejados de las casas y hasta en las mismas naves que tenían todos ellos, ya fuesen dentro del pueblo o circundando aquella urbe.

Cristóbal no pudo hacer otra cosa, más que pedir a las personas del pueblo que comiesen palomas, que era tanto como decir: Se abre la veda de

las palomas en el palomar de Cristóbal.

Al presentarle el presupuesto Mariano a Cristóbal, las voces se oyeron hasta en el otro pueblo; ya que lo que Cristóbal había leído en una nota de un papel, que había dado Mariano; algo así, como “las cuentas del Gran Capitán”. ¡Igual!, igual eran esas cuentas; pues también tenía un apartado de pérdidas y gastos en el material: Contando picos, palas, azadones, rastrillos y un sin fin de material de mano, que se necesitaba para dicha obra.

Al enterare el pueblo del presupuesto que había presentado Mariano a Cristóbal, en unos cuarenta metros cuadrados, se conmocionaron todas las personas.

Algunos hombres del pueblo achacaban a la mentalidad moderna, otros a que había subido los jornales y el material de construcción, apuntando otro algo, que ya se sabía.

PAISANO -. ¿No queríais modernismo?; pues ¡ahí! Lo tenéis.

De este modo se retrajeron muchos habitantes del pueblo a llamar a un albañil para que le hiciese algo en su casa; comenzando hacerlo ellos, mal o bien. No había normas, no había leyes, ni arquitecto alguno en el pueblo; así que cada uno se prefabricaron su pequeña vivienda como pudo, sirviéndolos de morada hasta el día de la fecha: No presentando grietas en

sus bóvedas, ni deterioro en sus pilares. Poco a poco se hacían maestros de albañilería, sin estudios algunos.

Comenzando a verse, unas viviendas de una sola planta, y algunas con un doblado o buhardilla. Desde aquellos años se comenzaron a ver en el pueblo casas muy aparentes, como para que vivan en ellas una “familia numerosa”, que era lo que todas o casi todas las familias tenían a su cargo; una prole de hijos: Poniéndolos pronto a trabajar, tuviesen o no catorce años.

Ese demográfico abultamiento de personas en el pueblo, dio ocasión a no saber quién era de quién; pues al no poder alimentar a todos sus hijos, se los dejaban a los hermanos o hermanas. Y así tenían que preguntar, las personas del pueblo a los más jóvenes -. ¿Tú, de quién eres? -.

Pero eso sí, los niños iban descalzo en tiempos pasados; pues en los presentes, ya tenían todos, unos zapatos o unas sandalias: Por lo menos, unas zapatillas. Pudiendo jugar al fútbol entre ellos, en la era de trilla del pueblo; teniendo tres eras el pueblo de Antonio.

Tiempo de competiciones: Crearon una forma de revancha, como si fuese una competición, entre los chicos de las tres eras: Unas veces ganaban unos y otras veces ganaba el más humilde.

Todos los Domingos eran Sagrados, tanto como para el culto religioso; asistiendo todo el pueblo a Misa Mayor, a las doce de la mañana

y por la tarde se formaron peñas entre los más amigos, viendo el fútbol que echaban en la televisión en blanco y negro: No había otra televisión.

Siendo de lo más confortable los domingos, por ver fútbol por la tarde, sentados los más amigos en una mesa camilla, comiéndose unas pipas; que era lo que más abundaba: Ya que hasta llegar a las palomitas tardaron dos años más, teniéndolas que comprar en las “tiendecillas” del pueblo.

Para que la televisión se cogiera en la mayoría de los pueblos, más recónditos, cambiaron la manera de emisión de ondas; y así se vía mejor aquella televisión tan alegre y tan bullanguera, como ninguna.

Las fiestas las hacían entre todos, pues cada uno aportaba lo que tenía; tanto de dinero, como alguna cosa que sirviese para tapar el polvo a la Virgen en su peregrinar por el campo, hasta la ermita.

¡Qué tres días!, madre; que tres días pasó en su pueblo Antonio, de lo más agradable posible y eso que había llegado solo, sin su novia Belinda.

Se juntaba con Rafael y Asunción; viendo en esta pareja un grado de culpabilidad, en cuando Rafael la mandaba a Asunción lo que tenía que hacer y esta joven obedecía a su mandato.

En aquellos años las mujeres obedecían ciegamente a los hombres, por tomarlo dicho acto tan normal: Se pasaban toda la vida cocinando, planchando y hasta remendando la ropa de su familia.

Como Antonio se encontraba en otro medio de vida, más sofisticado para la mujer; aquel trato dado por los hombres no le gustaba; ya que él tenía otra manera de tratar a su novia. Para él eran igual los dos, su novia y él. Comprendiendo, que los hombres lo hacían por un sistema instintivo, sin darse cuenta del trato tan vejatorio que imponían a las mujeres. Y eso, ya venía desde la edad media y hasta de los seres primitivos del globo terráqueo. Saltando a la mente, el preguntarse: ¿Quién era el culpable? . . . No se sabía quién pecaba de listo, o se pasaba de la raya; ya que era un acto sin haberlo pensado; siendo tan normal del Mundo, que la mujer obedeciera al hombre ciegamente.

Pero como Rafael, le vio con cara de circunstancias; este joven se dio cuenta de que aquello no debía ser, sonrojándosele la cara y poniéndosela como un pimiento morrón.

Pues aquello surtió efecto en el trato de Rafael a Asunción; ya que antes de volver a Madrid Antonio, Rafael pidió “por favor”, que le cosiera un botón de la camisa a Asunción, quedándose esta chica mirándole a los ojos; para ver si aquello, que había dicho Rafael, era verdad.

¡Por ahí!; por ahí iban ya los tratos de unos y otros: Poco a poco se iba adecuando las formas de aquellos tratos de los hombres a las mujeres, con sentimientos más afables y moderados.

Y en Madrid, Antonio fue a la facultad para poder ver a Belinda, su chica, que le estaba esperando con una especie de tensión metida en su

Alma; por no haberla dicho nada sobre su marcha a ella.

Alegó Antonio, que como se fue sin decir nada; él creyó que Belinda no quería ir esta vez al pueblo de su chico; quedándose la chica con cara de sorpresa, al decirle a Antonio que ella no se había enterado de esa marcha: Refutándola Antonio su argumento; ya que se lo dijo, por lo menos dos veces.

BELINDA -. ¿Tú crees?.

ANTONIO -. Claro que creo: Te dije dos veces, que me iba al pueblo, esperando que tú me dijese algo al respecto.

Todo quedó en eso: Que Antonio la dijo a Belinda el deseo de marchar al pueblo y Belinda encerrada en su creces, de no haber oído nada sobre ese tema.

Pero como los jóvenes se querían, allí no pasó nada de nada; siguiendo todo como estaba. Hasta se refortaleció ese cariño que ellos se tenían en su ferviente amor e idolatrada vida.

Lo único, que no veía al papá de Belinda llegar a la pensión donde vivía Antonio con su hija, para charlar un rato, entre ambos.

No queriendo decir nada a Belinda, para que esta chica no se preocupase del asunto: De que su papá no había vuelto a la pensión de

Antonio, ni hacía el afán de buscarle por las calles; desde el día que el joven le dijo: “Eso quien lo lleva es mi papá”.

Disimulaba: Disimulaba mucho Antonio, delante de Belinda y hasta ponía cara de Santo; para que esta chica no pensase en nada, sobre todo en la ausencia de su papá.

Ya se encontraban en las postrimerías de finales de curso, el segundo año de carrera: Y como las notas trimestrales y semestrales eran buenas, se auguraba el paso de ese curso, con excelentes notas.

Hasta un día, se presentó Antonio con una medalla de oro y su cadena para el cuello; no pudiendo ser otra, que la Virgen de la Paloma. Y para celebrarlo, llamaron al papá de Belinda, por intersección de Antonio.

Pasaban ya diez minutos de la hora en que había quedado para juntarse en un café - bar los cuatro, y los papás de Belinda no acudían a la cita. Era más; que a los veinte minutos de demasía, miró el reloj Antonio teniendo un palpito, de que los papás de Belinda no llegarían a donde se encontraban ellos.

No sabían si pedir la cena, o esperar un poco más tomándose otra copa en honor de Antonio, al portarse de aquella manera con los papás de la chica.

Al mirar hacia la puerta, Antonio, vio entrando en aquel local a los papás de Belinda, con mucho sigilo y mayor sobrecojimiento, metido en su Alma el señor Ambrosio.

Los saludos fueron cordiales por parte de la mamá de Belinda; pero por parte de su papá, fueron fríos y pensadas las palabras, una a una: Como si en ello fuese la posible esperanza de saber cómo irían, de aquí en adelante, la amistad entre ellos, Antonio y Ambrosio.

No que se pudiese cortar el aire entre los dos hombres; pero sí se los veían como retenidos en sus palabras: Midiendo bien lo que se iban a decir; sobretodo el papá de Belinda, el señor Ambrosio.

La mamá de la chica de Antonio, se dio cuenta de cómo estaban los ánimos con su marido; así que cortó ese hado de silencio, diciendo: -. Me alegra estar entre vosotros, entre mis hijos-.

Antonio alargó el brazo, como queriendo alcanzar las manos de la señora Sofía, pero en ese momento puso la botella de vino, el papá de Belinda, entre los brazos de Antonio y las manos de Sofía; abortando ese hecho afectivo entre yerno y suegra.

La mamá de Belinda, la señora Sofía hizo que aquella velada fuese maravillosa; tanto con su sonrisa, como con su encanto personal de saber estar en sociedad.

Hasta el mismo padre de Belinda, el señor Ambrosio se fue de aquel establecimiento con un grado más de ánimo, metido en su cuerpo; pues a parte de haberse tomado él solo la botella de vino, ya que estaba nervioso, se atrevió a decir algo así, como: -. Mañana nos veremos -. Queriendo decir, que los visitaría a los dos jóvenes al día siguiente; para ver cómo los

iba a ellos, en sus relaciones de noviazgo.

Desde luego cumplió su palabra; pues a hora temprana se encontraba en las puertas de la facultad: Donde irían, Belinda y Antonio, para recoger sus cosas personales; ya que hasta el comienzo del tercer curso no las irían hacer falta.

Quedándose anhelada Belinda, cuando vio a su papá esperarla en la puerta de la facultad.

Sí, se vio envidiada por todas sus condiscípula, al saberse querida por su papá.

BELINDA -. ¡Papá!. . . Qué bien que te veo.

Adelantándose hacia el papá, Belinda, le besó en la frente; para después mirar hacía todas las partes de aquella calle, viendo allí a sus condiscípulas mirarla con cara de querer ser ellos, las que tuvieran a su padre allí.

Al comprobar el papá de Belinda, que todo estaba en orden entre los dos jóvenes, se despidió de ellos dando media vuelta para desaparecer su figura paterna al retorcer una esquina.

BELINDA -. ¿No es maravilloso, mi papá?.

ANTONIO -. Sí, que lo es.

Antonio contestó rápido, como no queriendo que su chica esperase contestación por su parte, dando señales de que a su novio no le gustaba nada su padre.

Al salir de las gestiones que fueron hacer en la facultad, se los vieron a los dos cogidos de la mano; como buenos enamorados y buenas personas decentes.

En un Café - Bar, se tomaron un buen desayuno lo dos enamorados; pues Antonio quería hablar con su chica, sobre la marcha al pueblo de este: Para poder saber, si Belinda se iba con él; o por lo menos, se iría unos días, si no todo el verano.

Belinda quedó en irse con Antonio a su pueblo; no quitando, que hubiese un lapso de tiempo, para ir a ver sus papás y saber cómo se encontraban.

¡Verano!. Bochorno y sudores por todo lo alto; pero con innumerables fiestas y eventos de abolengos, que tanto bien causan a las personas, en su evasión cotidiana de las cosas y de los hechos.

No los dieron tiempo, a los dos pimpollos, a descansar del mucho estudio como habían tenido aquel año; pues a los dos días de estar en el pueblo, llegaron a la casa de Antonio, Rafael y Asunción, con la pretensión de querer ir a un pueblo cercano, no distando más de catorce kilómetros de su querido pueblo.

ASUNCIÓN -. Sí, Belinda; Antonio conoce muy bien esa fiesta que se celebra en ese pueblo tan maravilloso. Y cerca de la sierra, en donde hay unos serpenteantes chorros de agua circundando toda la sierra. ¡Es maravilloso!

Antonio la dijo a Belinda-. Que por ver eso solo, valía la pena marchar a ese lugar de ensueño -.

He aquí nuestros queridos y buenos amigos, disfrutando de las fiestas del pueblo cercano al suyo. Llegando por la mañana a esa pequeña urbe, sin otros contratiempos, que no fuesen divertirse de lo lindo.

Lo primero que hicieron, sí: Lo primero que hicieron, fue buscar a Belinda, pues se había perdido de ellos por la gran concentración de personas que había en el real de la feria.

Antonio se le veía muy nervioso, como si esperase que hubiese pasado algo malo a su chica; y tal vez, eso era sin fundamento alguno, pues entre tantas personas, se perdía la persona más espabilada del Mundo.

Vueltas tras vueltas dieron los tres amigos, encontrando a unos jóvenes conocidos de ellos; preguntándolos por Belinda y uno de ellos dio paradero de dónde la había visto.

Sí, Belinda se encontraba cerca de la caseta de tiros; no queriendo moverse de allí, estando como petrificada: Pues sabía, que era mejor estarse

quieta en un sitio, que no comenzar a recorrer lugares sin ton ni son.

ANTONIO -. ¡Qué susto me has dado!.

BELINDA -. No es para tanto.

ANTONIO -. ¿Cómo que no?. ¡Claro que sí!.

Belinda se estaba dando cuenta lo mucho que la quería su novio; pues estuvo unos minutos perdida, a causa de tantas personas como había en el real de la feria de aquel pueblo, y Antonio no le cabía la pellica encima; como se suele decir en el argot popular.

Le echó los brazos por encima, Belinda a Antonio, en señal de agradecimiento; pero cuando vio llegar hacia ellos a los padres de Juana, quitó el brazo del hombro de Antonio rápidamente. Así no sufrirían este matrimonio tanto, al verlos juntos paseando en el real de la feria.

Cuando llegó Felisa donde se encontraba Antonio, llegaba ya secándose las lágrimas con un pañuelo; haciendo otro tanto el joven, que irrumpió a llorar a mares, no teniendo consuelo alguno por parte de todas las personas de la concurrencia.

Cuando abrió los ojos Antonio, vio a lo lejos a su condiscípulo Enrique; mirándole muy fijamente y como con ganas de decirle algo.

Poco a poco se fue separando Antonio de sus amigos más fieles, para dirigirse donde se encontraba su condiscípulo Enrique y así poder saber qué

era lo que le tenía que decir este chico, con tanta presura.

Pues claro que ponía todo su empeño por decirle algo a Antonio su condiscípulo Enrique; pues nada más que Antonio se acercó a él, en vez de saludarle le indicó algo, que le cayó como un jarro de agua fría a Antonio.

ENRIQUE -. Llévate a Belinda para casa, pero cuanto antes: Te lo digo yo.

Así lo hizo Antonio, quedándose en la feria sus amigos de la infancia y los que podían haber sido sus suegros. Sí; porque un par de mozalbetes, se acercaron a la pareja formada por Rafael y Asunción malmetiéndolos: Ya que aquellos mozalbetes creyeron, que se trataba de la pareja formada por Antonio y Belinda. Y menos mal que salió al quite Mariano, el padre de Rafael; porque si no, allí hubiese habido que contar y no cosas buenas.

Al saber aquello Antonio, supo el por qué de aquella confianza que le había hecho su condiscípulo Enrique la noche anterior, en el real de la feria en el pueblo de al lado suyo.

Enrique estaba valiendo más que el oro para Antonio: Se veía que era un amigo de verdad, muy fiel y muy preocupado por el bienestar de Antonio; pues estaba siempre al quite, teniendo cuidado de que no le pasase nada malo a su condiscípulo Antonio.

Tanto era así, que dio qué pensar a Antonio; huyéndole desde aquellos hechos: Pues una persona no está atenta a otra si no hay por medio

alguna cosa que los une a ellos.

Así quedó todo; pues Antonio no volvió a ver a su condiscípulo Enrique, por más que le buscaba en secreto; entrándole unas ganas locas de volver a Madrid, aunque no fuese más que para pagar tasas de inscripción en el nuevo curso, el tercero.

Pues claro que sí: Si se fue a Madrid con el dinero en el bolsillo, dado por su padre Fernando. Y lo primero que hizo, fue buscar a Enrique; anunciándole otro condiscípulo suyo, que ese chico se encontraba en su pueblo, más bien a quinientos kilómetros de donde ellas estaban.

Antonio pensó, enseguida, que ya tendría tiempo de hablar con él y expresarle sus agradecimientos; pues al recordar, que aquella encerrona era preparada para él: Aquello le irritaba todo su cuerpo.

Volvió una vez más a su pueblo, no encontrando en él a Belinda; pues había aprovechado para visitar a sus papás en las cercanías de Madrid; ya que tenían su pisito bien preparado aquellas personas mayores, los señores: Sofía y Ambrosio.

Se veía que Belinda tenía ganas de ver a sus papás, ya que llegó al pueblo a los cinco días de su marcha; cargada con buenos quesos y buenas butifarras para su degustación en aquel pueblo de los padres de Antonio. Llegando con alegría y con cariño a la casa de Fernando.

Cuando se levantaron los habitantes del pueblo de Antonio, supieron la huída que habían hecho Cristóbal y Felisa; pues no habían dormido en su

casa cada uno, aquella noche.

Se conmocionó todo el pueblo al saber que aquellas personas, adultas y algunos hasta con hijo, pudiesen haber hecho tal cosa, a la desesperada; pues mejor hubiese sido hablarlo antes con sus respectivos cónyuges.

Nadie daba crédito a lo que oía; por eso fueron algunos a las puertas de aquellas personas, que habían perdido el juicio, una noche de pasión desenfrenada; no creyéndose nada, la autoridad competente, al saber que merodeaban por aquellos contornos malhechores de muy mala calaña.

La pesquisa que hizo la gloriosa benemérita, dio como resultado el saber dónde se encontraban dichos malhechores. Y en un operativo bien pensado, lograron entrar, por sorpresa, en la casa de campo que ocupaban aquellos hombres de corte facinerosas.

Un guardia, se había hecho pasar por un mendigo que vivía al amparo de lo que le pudiesen ofrecer, como comida, alrededor de la casa, y cuando solamente había uno solo de ellos en aquel cobertizo del campo, entraron sin esperarlo el señor que estaba adentro de la casa.

Enterándose todo el pueblo lo que querían haber hecho con los dos amigos, Felisa y Cristóbal; no sin antes haber ido Catalina a casa de Fernando para hablar con su primo. Alegando el desamparo que había creado aquel hecho insólito para ella.

Hasta las personas del pueblo paraban, a su paso, a la hija de Cristóbal; preguntándola las causas que habían llevado a los dos amigos

hacer aquello; no pudiendo contestar nada Asunción, porque nada sabía, al respecto, de aquella estampida de su madre y del señor Cristóbal.

Calmándose los ánimos de los vecinos del pueblo, cuando supieron que la guardia civil los había encontrado en una casa de campo, no muy lejos del pueblo.

Sabiendo todo el mundo las causas de aquella desaparición de los dos amigos, Felisa y Cristóbal.

Estaba claro: Aquellos malhechores los habían retenido a los dos amigos, en contra de su voluntad para pedir un rescate por ellos a la familia de ambos.

Ni rescate, ni nada; ya que los habían encontrado antes las fuerzas de seguridad para las personas.

Al cruzarse, con cada uno de ellos, algunas personas les hablaban con agrado y simpatía, diciéndoles; -. Estaba preocupada por ti, Felisa -. Siendo la que más había hablado de Felisa en el tiempo que estuvieron retenidos por los malhechores.

Pero con todo y eso, todavía no se creía alguna persona, que aquello hubiese sido como se había contado en el pueblo; teniendo su opinión en contra de lo que se había difundido entre persona y persona de aquel hermoso pueblo.

Pues cada persona de aquel pueblo, sugería lo que a ella le venía a la cabeza, sin taparse por nada del mundo.

Poco a poco se fueron calmando los nervios y aplacando los ánimos de los habitantes del pueblo; al ver aquellos dos amigos, tan tranquilos y con la misma amistad que antes; viéndose que allí no había pasado nada.

FELISA -. ¡Jesús!, hijo; de la que me he salvado.

MATEO -. Sí, hija; porque no dejaban hablar todos de ti.

Así se expresaba el matrimonio, formado por Felisa y Mateo, cuando se vieron solos en su casa. Embelesados al saber que por Felisa iban a pedir un rescate: ¡Vaya información!, que habían tenido aquellos hombres maleantes; si aquella familia a penas tenían para vivir ellos.

Al preguntarles las fuerzas del orden, por las causas que había llevado a los malhechores a cometer aquel atropello en la persona de Felisa; ella misma abordó los préstamos que los había hecho Fernando para llevar a Mateo a un buen doctor en la Capital de la Nación.

Sí; porque los habitantes del pueblo, no habían visto otra cosa mas que el ir y venir a Mateo para Madrid, gastándose un buen dinero. Y para ellos, eso solamente sobraba para acometer ese acto de bandolerismo.

Cuando llegó al pueblo Belinda, ya que había ido para ver a sus papás, y al enterarse de lo sucedido fue para visitar a su amiga Asunción a su casa y con ella a su madre, Catalina. Entre sollozos y lágrimas se terminó el tiempo que estuvo Belinda hablando con ellas dos, Asunción y

Felisa. Para despedirse de ellas con palabras amables y de consuelo.

BELINDA -, Antonio: ¿Es seguro este pueblo?.

ANTONIO -. Tan seguro: Nunca ha habido nada de lo que se ha dado en estas fechas.

Belinda frunció el ceño; como no teniéndolo nada consigo: ¡Vamos!; que no se creía eso. Viéndola Antonio dudar de la realidad, que él mismo la decía sobre el pueblo.

Fernando se salvó, porque Felisa, Mateo y Cristóbal no decían nada a nadie, sobre la procedencia del dinero que llevaba Mateo, cada vez que iba al doctor.

Visitándole su prima Catalina una y otra vez, para ver si Fernando hablaba algo sobre su marido; pero como Fernando era listo, este no decía ni una sola palabra de Cristóbal: Quedándose enteramente confortada Felisa, al ver aquel rasismo que tenía su primo Fernando con respecto hablar algo de Cristóbal. Entre la suavidad de su primo para no hablar nada de Cristóbal y las palabras de consuelo que la decía este, salió Catalina de casa de su primo con otro carácter más alegre y dicharachero.

Entre las ocurrencias de su primo y estar ella predispuestas a creerse lo que decía Fernando, nadie la paraba por la calle a la prima Catalina; creyéndose cobijada por un manto de estrellas del mismo Cielo.

Parecía; como si Belinda quisiera saber más sobre aquel asunto, que incumbió a Felisa y a Cristóbal. Pero poco a poco se fue calmando sus ánimos para indagar en el proceso de retención que tuvieron lo dos amigos.

Empezó a sentirse Belinda feliz entre aquellas personas, que también la trataban: Visitando, por su cuenta; unas veces a Catalina, con motivo de ver a su amiga Asunción y otras veces a Felisa, como así a Angelines que nada tenía que ver en el paso cotidiano de cada uno de ellos.

Y por ello; un día se fue a visitar a Angelines, con motivo de que esta señora la dijese algo más que ella supiese. ¡Y claro que la dijo!: La informó, que la señora Felisa no era de mucho fiar: Ya que más joven, hacía frente a hombres casados.

Aquello que la dijo la señora Angelines a Belinda, anonadó a la chica; pensando en una y en mil cosas a la vez; dando rienda suelta a su pobres pensamientos. Y después de tomarse un café con la señora Angelines, en la casa de esta, la joven se fue a casa de Antonio con el Alma en vilo por no saber ni lo que decir ni lo que hacer.

Cuando la vio entrar en casa Antonio a Belinda, se imaginó a quien había ido para visitarla aquella misma mañana. Y sin esperar explicación alguna, Antonio rompió el silencio, que se había hecho, entre él y su amada.

ANTONIO -. ¿Qué te ha dicho la señora Angelines?.

Pero como Belinda no era persona que echase mentira alguna, le indicó lo que ella se había enterado en la casa de aquella señora.

BELINDA -. Poca cosa. Hemos hablado poco. . .

ANTONIO -. Pero sí, lo suficiente; como para que tú llegues a casa con la cara desencajada.

Belinda se echó para atrás, como queriendo esquivar aquella hora de desatino para ella. Pero no obstante, contestó.

BELINDA -. ¿La ha pasado algo con su marido?.

ANTONIO -. Tal vez fue imaginaciones; pues nunca hemos observado nada fuera de lo normal.

Antonio quiso quitar hierro al asunto que Angelines la había entrado en la cabeza de su chica momentos antes de llegar a casa de este. No volviéndola hablar más sobre aquel tema; sacando otra clase de conversación más agradable para ella.

Cortó la conversación tomando aire en sus pulmones, para saber cómo la iba a decir una cosa; pero como Belinda era lista, vio a su chico atragantado por no saberla decir lo que él tenía en mente para que su chica

se enterase de una cosa, que él guardaba celosamente.

BELINDA -. ¡Anda!; dímelo ya.

Antonio quiso levantarse del sillón, donde estaba sentado, faltándole las fuerzas, para caer sobre aquel mueble rápidamente.

Con esfuerzo enorme, comenzó hablándola a Belinda del tercer curso que irían hacer en la facultad, dentro de poco.

Belinda escuchaba atentamente y le miraba con unos ojos muy abiertos, esperando que su chico dijese algo al respecto.

ANTONIO -. Me he enterado hoy.

BELINDA -. ¡Por Dios!, Antonio. . .Dime pronto de qué te has enterado.

ANTONIO -. Que dentro de un mes empiezan las clases.

Con esos ojos de lince como tenía de vez en cuando Belinda, miraba a Antonio no queriéndole decir nada; pero como tardaba este joven decirle algo, le invitó a que siguiese hablando.

BELINDA -. No es eso solo lo que me tienes que decir, ¿Verdad?.

ANTONIO -. ¡Verdad!.

BELINDA -. Dime qué es.

Después de dar un suspiro y tomar una bocanada de aire en los pulmones, se atrevió a decirle el quid de la cuestión.

ANTONIO -. Querida; al próximo mes estaremos en nuestra casa.

BELINDA -. ¿Quién te lo ha dicho?.

ANTONIO -. Mi papá.

Al decirle aquello Antonio, de que había sido su papá el que le había hablado del piso de Madrid, Belinda se quedó muy conforme. No admitiendo dilación al tema; pues lo daba por hecho.

Belinda dio una carrera para encaramarse en el cuello de Antonio, abrazándole y besándole mucho, y como estaban de frente se miraban a la cara, pasando por los ojos, para poder saber qué pensaba cada uno de los dos.

¡Pensar!, como pensar, Antonio no pensaba mucho; pero lo que era Belinda se veía que su cabeza la daba vueltas y vueltas por lo mucho que pensaba en lo que Antonio la había dicho. . .?. . . Pensando que tal vez faltaba un algo a la casa. ¡Vamos!: Que tenía alguna pega.

BELINDA -. Y el pero. . .¿Cual es?.

ANTONIO -. Hace falta amueblar la casa.

BELINDA -. ¿Y qué?.

ANTONIO -. Mi papá se encarga de ello.

Doble sorpresa para Belinda; pues al saber que se estaba amueblando el piso, llamó a su papá con idea de que fuese al piso para ver cómo estaba quedando los muebles: Si coincidían cada uno con su lugar elegido; pues la decoración de un piso era primordial para las personas que irían habitar su morada.

No tardó el padre de Belinda llamarla por teléfono, embelesado por lo bien que estaba quedando el piso; hasta se atrevió a decirle una cosa, sin contar con las demás personas.

AMBROSIO -. Te cambio el piso.

Ahí se dio cuenta de cómo estaba el papá de Belinda; pues este chico lo estaba oyendo, moviendo la cabeza de un lado al otro de su cuerpo: Sabiendo que el día de mañana iría a tener roces con el padre de su chica, por lo mal amueblada que tenía la cabeza este.

No tardando el encontronazo con el padre de Belinda; al pedir la llave él, Ambrosio, para cambiar algunos muebles: Unos de sitios y otros comprados nuevos.

Pero, ¡UF!; cuando lo vio el papá de Antonio aquellos muebles tan oscuros y con tan poco gusto. Montó en cólera y si no llega a ser por la

presencia de Belinda, allí se hubiese formado El Dos de Mayo. Y máxime, cuando no habían sido cambiados los muebles en el mismo local dónde los había adquirido el papá de Antonio; sino que había comprado muebles nuevos, regalando los que ya se habían puesto.

FERNANDO -. ¿Y ahora qué hago?; si ha regalado, ese señor, los muebles que nosotros habíamos comprado, para poner otros a su gusto.

CRISTINA -. Tranquilízate, hijo; que te va a dar algo.

Lo malo era, que aquella conversación lo estaban oyendo Belinda y Antonio; pues no habían hecho más que entrar en casa. Creyendo los papás de Antonio que se encontraban solos.

Queriendo ir a Madrid Fernando, con la sola idea de hablar con el portero; para ver si este tenía la llave en su poder, y cuando se la enseñó el portero del bloque, el papá de Antonio se conformó: Diciéndole a aquel señor, que nunca más dejase las llaves al señor Ambrosio. . .No diciendo nada más; aunque tenía ganas, el papá de Antonio, de explayarse delante del señor portero del bloque de viviendas.

Tardaron tres días llegar al pueblo los papás de Antonio, pues también había ido su mamá Cristina; para agenciar otros muebles y embellecer el piso.

Pero como Belinda se había ido a dormir en casa de Asunción, la

tuvo que llamar Antonio con carácter de urgencia para que viese a sus papás y así poder contactar con ellos los muebles que habían comprado por segunda vez. No gustando nada a Belinda que no se le hiciese caso a su papá; costando mucho convencerla, de que su padre no había consultado con nadie para cambiar los muebles.

BELINDA -. Pero eso se habla.

ANTONIO -. Tú misma lo has dicho; se habla.

No se quedó conforme Belinda con aquella explicación; pero se conformó por querer mucho a Antonio. Sintiendo este chico una congoja en todo su cuerpo que no podía vivir; al comprobar lo mucho que le quería su chica.

La vida siguió y siguió igual que siempre, excepto una complicación que tuvieron con un chico del pueblo; ya que se había prendado de Belinda, siguiéndola a todas los sitios donde iba ella sola.

Así, que tuvo que salir Antonio con Belinda a todos los lugares donde esta chica iba; teniendo cuidado de que no se arrimase el chico, que estaba prendado de Belinda.

Era un sin vivir: Pues a ese esfuerzo que estaba haciendo Antonio se sumaba al de Belinda; ya que tenía que salir de casa mirando para todas las partes de la calle.

El verano parecía que no quería terminar su estación de estío; por lo tanto quedaba algunos días, para que marchasen a Madrid los dos estudiantes y así poder vivir en su nuevo piso.

Pero todavía había un evento primordial para el pueblo: Ir de caldereta a una capilla que había a unos tres kilómetros del pueblo, venerándose allí a un Santo.

Desde luego fueron de excursión a la capilla, Antonio y Belinda, juntos con sus dos amigos, Asunción y Rafael; estando estos chicos informados sobre el joven del pueblo, enamorado de Belinda y hasta embelesado.

Nunca estuvo sola Belinda; pues cuando Rafael y Antonio se separaban de ellas, Asunción y Belinda permanecían unidas. No consiguiendo aquel joven acercarse a la chica para nada.

Con todo y eso, consiguieron pasar un día agradable los amigos de la infancia, volviendo al pueblo un tanto cansados por el calor soportado en ese mismo día que estuvieron cobijándose debajo de árboles.

Para culminar con un buen sabor de boca; se fueron a la capital de una provincia cercana, pasando por la casa de Belinda; ya que estaba cerca de la carretera.

La casa de Belinda era un caserón antiguo y señorial; construido en otro siglo; en donde las familias de abolengo se podían permitir aquellas construcciones costosísimas para sus bolsillos.

Lo único malo, que encontraron en la casa de Belinda, fue una gotera en el segundo piso; debido que se habían corrido algunas tejas, por el mucho viento que había habido hacía unos días.

No se quisieron ir, sin contactar con un albañil, y al explicarle la situación, sin pensarlo subió al tejado poniendo bien aquellas tejas.

A penas tardaron hacer todo eso; pues en tres horas lo tenía hecho el albañil. Y como ellos habían salido del pueblo por la mañana temprano, llegaron pronto para poder ver un buen teatro, que se estrenaba en aquella capital de provincia. Lo único malo fue, que la merienda la tuvieron que hacer a base de bocadillos en un bar de carretera.

Cuando terminó de montarse el teatro, que por cierto, fue estupenda aquella obra, los dio repelús salir a la carretera a altas horas de la madrugada; durmiendo en el coche todo el resto de la noche.

Llegaron al pueblo de Antonio, con un cansancio enorme y a poco de llegar, Belinda se fue a casa de Asunción para acostarse ellas, otro tanto hicieron los chicos, en sus respectivas casas.

Por la mediodía, le llamó a Antonio su mamá, Cristina; para que fuese a por las chicas y el chico y así poder merendar en casa todos ellos. Cosa que hizo Antonio de buena gana.

Estando en plena merienda llamó la señora Cristina a Belinda para que la ayudase a traer el postre a la mesa donde estaban degustando aquella succulenta comida.

Como entró antes la señora Cristina en la cocina, la dejó Belinda que estuviese un rato a solas, dicha señora; pues ella había recogido una fotografía del suelo de un bebé.

Le echó una mirada penetrante, Belinda a la fotografía del bebé; queriendo percibir en ella a alguien ya conocido. Pero como la señora Cristina se pondría impacientar, si ella no entraba pronto, decidió ir con la fotografía en las manos, para no dar sospecha alguna a la mamá de Antonio.

BELINDA -. Tenga usted, Cristina: Se la ha caído esta fotografía y parece ser que es de Antonio.

La señora Cristina no contestó nada; un mutismo impresionante guardaba tras de sí aquella buena señora. Pero eso sí: Cogió aquella fotografía con mucha rapidez, llevándosela hacia el pecho con motivo de limpiarla; pero a Belinda no la quedó duda, que ese gesto era de guardar en su centro esa fotografía de un bebé, que ella no sabía muy bien de quién se trataba. Y eso, que la estaba tomando parecer con alguna persona que ella había visto hace poco.

Volvieron con el postre, la señora Cristina y Belinda; ambas con sendas manos ocupadas por flanes, peras, naranjas, melocotones, uvas, sandías y melones; pero eso sí, tuvieron que dar dos viajes para acarrear

todo ese postre que se ha dicho.

Belinda entró en el fregadero todos los platos, cuchillos, tenedores, cucharas y vasos, no sin antes haberlos limpiado con jabón y esponja; y terminando pronto se fue a sentar al lado de Antonio, ya que los amigos se habían marchado a su casa.

Comenzó hablándole de lo que la había sucedido, mientras iba con su mamá a la cocina; no sabiendo nada de aquella fotografía Antonio. Y como la perspicacia femenina es mucha, le indujo a su chico que se la pidiese a su mamá; pues al parecer era de él cuando a penas tenía unos meses.

Así lo hizo Antonio, una vez que su mamá Cristina se sentó frente a ellos viendo el televisor en blanco y negro.

ANTONIO -. Mamá. Ha visto Belinda una fotografía de cuando yo era un bebé: ¿Por qué no me la enseñas?.

La mamá de Antonio no contestó, se limitaba a mirar para la televisión, que estaba presentando el tiempo, el señor de siempre: Medina.

A la ausencia de un sí o un no; siguió reclamando la fotografía Antonio, teniendo que contestar algo la señora Cristina.

CRISTINA -. Hijo. Estoy cansada; no hagas que me levante.

ANTONIO -. Está bien, mamá.

Para Antonio estaría bien; pero lo que era para Belinda, ya no estaba también como decía su chico: Que ella quería ver la fotografía, una vez más, y delante de Antonio. Así sabría su chico, si era él o se trataba de otro chico de ese mismo pueblo, o tal vez un pariente suyo.

Estaba terminando el verano y con el las vacaciones de ese mismo estío en el pueblo de Antonio. Ya el calor no era tan agobiante, como lo había sido el mes pasado: Pues a las tres de la tarde llegaba a marcar el termómetro veintiocho grados, en aquel pueblo al amparo de macizos, y árboles leñosos. A parte, que cerca del pueblo, serpenteaba un río de aguas mansas y cristalinas; pero eso sí, aguas muy frías.

Terminaba el verano, sin haberse enterado Belinda de quién era esa fotografía; yéndose a sentar en un banco que había en las traseras de la casa, para pensar que allí no sucedía nada de extraordinario.

Hasta que una conversación, sostenida entre hombre y mujer, la avivó el ánimo: Escuchando mejor lo que se hablaba detrás de unas matas que había allí cerca.

¡Te quiero!: Una voz de hombre, ya conocida por Belinda, decía que la quería a una mujer, que tal vez se encontraba allí mismo. ¡Y claro que se encontraba allí mismo!; siendo la voz de Felisa, que rechazaba su invitación de plano. -. No me cuentes, que me muero de risa -. Así le

hablaba la señora Felisa a Mariano, el marido de Angelines. Que a parte, esta señora había dicho la verdad, un día a Belinda en su misma casa.

Bien lo estaba comprobando Belinda, por lo poco que oyó en aquella conversación que sostenía Mariano con Felisa. Aunque esta señora, Felisa, no quería saber nada con Mariano; parecía como si ya se la hubiese jugado otra vez este señor a dicha señora. ¡OH!, LA, LA: Monsieur.

En estos momentos, la entró ganas a Belinda de no quererse irse del pueblo, y hablando con Antonio para que atrasase la marcha a la Capitalísima Ciudad.

BELINDA-. Antonio; ¿No será la apertura de curso?, como otras veces nos ha ocurrido.

ANTONIO -. La apertura de curso ha sido ya; hace unos días.

No dijo más Antonio y levantándose de su asiento, se fue a sentar frente a la ventana, para ver pasar las personas por la calle.

Y como aquel curso era primordial, por lo fuerte de sus asignaturas; se fueron a Madrid, para contactar con los discípulos, por si podían enterarse de algo en cuestión que ellos no supiesen, como así agenciar los libros que los haría falta en ese curso.

Como estaban los pintores en el piso, se fueron cada uno a su pensión hasta que terminasen estos operarios; llevando a las patronas para

que viesen el piso.

La señora Pilar, la patrona de Antonio, iba con cara compungida, al ver que se iba de su pensión Antonio: Un joven que no la había dado quehacer ninguno; portándose de maravillas con ella.

Las gustó mucho el piso, que había comprado el padre de Antonio, el señor Fernando; felicitando, cada una de esas señoras, a Antonio por dicha adquisición.

Una semana duraron los pintores en el piso de Antonio, cerca de la misma Puerta de Hierro, lugar de abolengo. Tuvieron aviso, al cabo de la semana, de que ya podían ocupar el piso Antonio y Belinda.

Pero como la intuición era mucha, Antonio arengó a Belinda para que fuesen, una tarde, a ver el piso y saber cómo estaba después de haberlo pintado de nuevo; pues la pintura que tenía de primera no le había gustado nada al padre de Belinda. Contactando con el padre de Antonio, el cual accedió a que se pintase como decía el señor Ambrosio.

Nada más que entraron en el piso, tuvieron que abrir las ventanas para que saliese el olor a pintura que había allí dentro; viendo, con pesadez que no se podía vivir en el durante algunos días, y así lo hicieron.

Al cabo de cuatro días, Antonio y Belinda, se mudaron a su piso nuevo, llevándose la maleta de ambas pensiones. Y como asustados, sin saber qué era eso de vivir juntos los dos jóvenes; se sentaron en un sofá, que había cerca de la ventana, para poder pensar cómo harían para llevarse

bien en la convivencia. Pero otro escollo se tuvo, una vez que abrieron la puerta de la alcoba, quedándose parada Belinda.

Antonio comprendió, muy bien, a su chica; queriendo aplacarla los ánimos con palabras agradables para ella.

ANTONIO -. ¿Qué te pasa?, Belinda.

BELINDA -. Es la primera vez. . .?. . . En plan familiar.

ANTONNIO -. No te preocupes, querida. Yo también es la primera vez.

BELINDA -. No digo eso. Digo, que es la primera vez.

ANTONIO -. Si, ya. También te digo, que yo es la primera vez que me acuesto con una mujer, como compañero suyo de vida.

BELINDA -. Tú ves a la farmacia de abajo, ya que he visto existe una, para comprarte unos profilácticos.

Antonio se quedó pensativo, sin saber qué decir, ni qué hacer; hasta que tuvo un momento de respuesta para lo que dijo Belinda. Se puso la chaqueta, y antes que cerrase la farmacia bajó para agenciarse unos profilácticos de látex; para que su chica se quedase tranquila.

Llegó con ellos en las manos, inspeccionándolos Belinda; para ver cómo eran; ya que no tenía ni idea de cómo eran dichos profilácticos.

Cenaron algo, no mucho; pues la inquietud que tenía metida en su cuerpo, cada uno de ellos, era enorme. Ninguno de los dos, se habían

acostado, en plan familiar; como no fuese una vez en una Nación.

Poco a poco fueron abriendo el embozo de la cama, para sacar los pijamas debajo de la almohada: Mirándose mucho el uno al otro: Parecía como si los diesen vergüenza de acostarse juntos. No pudiendo más Belinda, por el mucho agobio que tenía dentro de su Alma, diciéndole algunas palabras de aliento a su chico, Antonio.

BELINDA -. No me hagas daño.

ANTONIO -. No te preocupes, que yo te quiero para toda la vida; no para un rato de placer. Tú lo debes haber comprobado.

Aquellas palabras que dijo Antonio a su chica la calmó el súbito de adrenalina, que tenía en aquellos momentos Belinda.

Terminado el acto, Belinda, besaba mucho a Antonio; como si quisiera darle las gracias por lo bien que se había portado con ella, en esa hora fatídica que una mujer tiene, al tiempo de recibir por primera vez.

Es una hora fatal para la mujer, que recibe por primera vez; ya que no sabe cómo va a resultar aquello; si rasgada o amada.

Amada parecía a Belinda y a Antonio, que estaba siendo la señora Felisa; cuando vieron en la Capitalísima Ciudad a dicha señora, seguida muy de cerca por el señor Mariano.

¡ERAN TIEMPOS MODERNOS!; eran otros tiempos, en la que la decencia y el pundonor, se guardaban en un cofre, para no volverlos a sacar jamás. ¡Era todo tan sencillo!, que se había perdido la vergüenza y la honra de algunas personas, en su moral y en su ética: Las habían tirado por el inodoro. Y menos mal, que las Iglesias se veían llenas de feligreses y devotas personas, rezando y pidiendo por sus iguales en la Tierra.

A eso se unió una noticia que dieron en la televisión, de que pronto se abriría otra cadena; pero esta vez en color. La segunda cadena.

A Belinda se le ocurrió una idea primordial, con respecto a la señora Felisa: Hacerse la encontradiza con ella, para abortar la idea que llevaba el señor Mariano en la cabeza, y así se hizo. Yendo ella sola, para saludar a la señora Felisa e invitarla para que viese el piso, quedándose a parte Antonio, no haciéndose el encontradizo para nada.

Pero cuando vio Antonio, que se podía ir la señora Felisa de con Belinda, salió al quite, yendo a donde se encontraban estas dos mujeres; saludando muy amable Antonio a la señora Felisa, para indicarle algo que ella no se acordaba.

ANTONIO -. Está usted, señora Felisa, a punto de perder el autobús; pues sale dentro de media hora.

FELISA -. No: Si no me voy a ir al pueblo hasta la tarde.

ANTONIO -. ¡No señora!; que se va a ir dentro de media hora a su pueblo, con su marido Mateo: Hombre bueno donde los haya.

Como aquello se lo dijo Antonio con cara destemplada, lo cogió esta Señora, Felisa, como un ruego bien hecho a favor de su marido Mateo: Agachado la cabeza, dicha señora, para iniciar el camino de la parada de los autobuses en aquella gran Ciudad; en donde todo se esconde y nada se ve a la simple luz del día.

Pues claro que se fue, la señora Felisa al pueblo, saliendo a la hora señalada el autobús para hacer su recorrido, por la geografía de aquella deliciosa Nación, donde vivían ellos.

Ahora quedaba hacer una cosa: Buscar a Mariano para que pusiera los morrillos del coche mirando hacia el pueblo; y así se hizo, por parte de Antonio: Pues entre convencido el señor Mariano unas veces, y casi hostigado otras, se marchó con rumbo al pueblo.

Después de asistir a la primera clase, se fueron derecho los dos enamorados a su piso; sonando el teléfono; nada más que entraron en el hogar divino, de ellos dos, Belinda y Antonio.

Aunque estuviesen las personas a varios kilómetros, sabían de quien se trataba aquella voz tan atronadora, como la que tenía en ese momento el papá de Antonio, el señor Fernando.

Un rapapolvo se ganó Antonio, por teléfono a cargo de su papá, el señor Fernando, callándose su hijo Antonio; para que su papá no supiese las causas que le infundió hacer aquel acto de valor, en la persona del señor Mariano: Pues le salió las fuerzas de lo más interior de su cuerpo. Y como las madres son muy vívales, momentos después le llamó Cristina.

La mamá de Antonio se había enterado, por las voces que pegaba su marido, Fernando, de lo que le decía a su hijo, Antonio, por teléfono; así que no pudo por menos, que llamarle.

CRISTINA -. ¿Qué te pasaba con papá?, hace poco, por teléfono.

ANTONIO -. Poca cosa, mamá. Que fuimos al quite con la señora Felisa el otro día por las calles de Madrid.

CRISTINA -. ¡Y eso!: ¿Explícamelo?, hijo.

Antonio la detalló los pormenores de lo que había pasado el otro día en las calles madrileñas; al ver Belinda y Antonio seguir de cerca al señor Mariano a la señora Felisa. Urdiendo un ardid que surtió efecto; para que la señora Felisa se volviese, otra vez, al pueblo, sin catar el dulce, como se dice. Sintiendo Antonio, que por poco se cae su mamá Cristina al oír aquella confesión hecha por su hijo.

Soltó de inmediato el teléfono la señora Cristina; no sabiendo ni dónde estaba, ni lo que iba hacer en aquella hora de desesperación, como la

había entrado al oír decir a su hijo Antonio, lo que él la había explicado.

Estando en este devaneo la señora Cristina, llamaron a la puerta muy repentinamente; yendo abrir esta señora, viendo en el quicio de la puerta al señor secretario del Excelentísimo Ayuntamiento y al juez de paz.

La señora Cristina los invitó para que entrasen en su casa, pero no consintieron estos señores entrar, más para allá del pasillo de la casa del señor Fernando. Y al preguntarla estos señores, por los hijos que había tenido en su matrimonio, se desmayó la señora Cristina, pidiendo dichos señores al médico del pueblo, que asistiese a dicha señora. Yéndose a su lugar de trabajo el secretario del Excelentísimo Ayuntamiento y el juez de paz, sin haber podido obtener confirmación alguna de aquella señora.

No; la señora Cristina no pudo dar la certificación de cuantos hijos había tenido en su matrimonio, por no haber podido soportar aquella pregunta.

En unos días volvieron los dos señores, que la habían visitado días anteriores; haciéndola la misma pregunta, pero esta vez si dio fe la señora Cristina de los hijos que había tenido en su matrimonio, con el señor Fernando; cuadrando el estadillo que llevaba en las manos el señor secretario del Excelentísimo Ayuntamiento, y pidiéndola el señor juez de paz que formalizase dicha situación cuanto antes.

En vez de decírselo a su marido, la señora Cristina se cayó, para no dar qué hablar y para que su marido no tuviese una alzada repentina de

tensión.

FERNANDO -. ¿Parece, que te pasa algo?.

CRISTINA -. No; a mí, no. . .?. . .¿Por qué me dices eso?.

FERNANDO -. Yo: Por nada.

Así quedó todo, tal y como estaba antes; pero su marido no se quedó tan conforme con la explicación que le dio su mujer Cristina. Y haciendo que se entraba en su despacho, este, Fernando; llamó a su hijo, Antonio, a Madrid: Conformándole su hijo, cuando le notó nervioso perdido a su papá.

Pero como Cristina no se la aplacaban los nervios, un día alegó Fernando tener que ir a Madrid para ver cómo estaban los chicos en el piso, desistiendo ir su mujer con él. Bien sabía Fernando, que su mujer no estaba en perfectas condiciones, como para marchar a Madrid en esos días.

Cuando llegaron Belinda y Antonio de la facultad, vieron allí al papá de este, el señor Fernando; alegrándose mucho Antonio por ver a su papá en el piso.

ANTONIO -. Qué bien, que te veo aquí.

FERNANDO -. No por mucho tiempo; ya que me voy esta misma mañana al pueblo. Tu madre no está para dejarla sola.

ANTONIO -. ¿Qué pasa a mamá?.

FERNANDO -. No, nada. A tu madre la da sensaciones si llega la noche y se ve sola en casa; nada más es eso.

Una vez que comprobó el estado de la casa y se cercioró de que sus hijos estaban bien, Fernando, volvió otra vez al pueblo.

Al siguiente día, por la mañana, llegó llamando al llamador de la puerta el cura párroco del pueblo; queriendo saber algo de aquel matrimonio. Y como las personas que pasaban por la calle vieron, a través de los cristales de las ventanas del salón, que el cura estaba tomando una taza de café, con unas perrunillas; todos ellos afirmaron algo, que estaba, ya, en el ambiente de aquellos habitantes del pueblo.

VECINO -. ¿Míralos?; están juntos todos ellos.

VECINA -. A los ricos, todo el mundo se arrima a ellos.

Así pensaban las personas del pueblo; no faltándolas la razón, para pensar de esa manera. Pero en esta ocasión se confundían todos ellos; pues aquella visita, que había hecho el párroco del pueblo a aquella familia era por causas diferentes a aquello que pensaba el pueblo.

Pero como le vieron al cura salir risueño de aquella casa: Para todos los del pueblo, la cosa estaba hecha. Ya habían formalizado la amistad aquella familia, Fernando y Cristina, con el párroco del pueblo.

Aunque aquella familia se los veía opulentas; no chocaba nada con la mentalización de las personas del pueblo, ya que ayudaban al que lo necesitaba, siendo parte solidaria de las penalidades de algunas casas. ¡Vamos!; que se los tenían como si fuesen de ellos, a esa familia: Y al decir de ellos, no es en el sentido peyorativo; más bien era en un sentido de amistad, pura y firme, en todo el concepto de la palabra.

Mientras tanto, en Madrid, se preparaban Antonio y Belinda para marchar al pueblo; cada uno con su familia y así poder celebrar las fiestas que llegaban en esa época del año.

Navidad, sí era el tiempo de Navidad y recogimiento personal de los creyentes; como para estar juntos con la familia aquella noche: Nochebuena. Y así celebraron la cena de aquella noche; antes de haber ido a la Misa del Gallo, a las doce de la noche.

Aquel vaho etílico le estaba jugando una mala pasada al señor Fernando; ya que algunas veces, se quería dormir en el banco de la Iglesia: Producido por un culito de una bebida, no así; porque hubiese bebido una cantidad de alcohol suficientemente, como para encontrarse mareado.

A la salida del templo, se despejó Fernando un poco, al darle el aire en la frente y al sentir ese frescor que llegaba de la montaña.

Al llegar a casa, le habló su mujer a Fernando; haciéndole ver lo mal que lo había pasado ella, al verle de esa manera: Mareado.

CRISTINA -. ¡Qué barbaridad!.

FERNANDO -. Ya sé, que vas a decir. No es eso, mujer. . .No he bebido tanto, como para el estado en que me encontraba en la Iglesia.

CRISTINA -. ¡Hala!: Si ahora te bebes una botella de agua, tú solito. Ya ves cómo te encuentras.

No obstante, Fernando se quedó viendo la televisión, con su familia; pues estaban echando una representación del Belén, en aquellos legendarios tiempos. Y así, como a las cuatro de la madrugada se fueron todos ellos a la cama, para poder descansar unas horas en ella.

Cuando Antonio pasaba por el pasillo, vio a su mamá rezando a la imagen de una Virgen, que tenían en una cómoda allí puesta. De tal manera la rezaba, que parecía la pidiese algo imposible de obtener ella sola; pero como Antonio ya tenía sueño, no permaneció en aquel sitio mucho tiempo más, yéndose a su habitación para conciliar el sueño.

Cuando se levantó Antonio, ya que fue el primero, percibió como unas gotitas que habían resbalado de la imagen de aquella Virgen, desfigurando un poco la pintura de su manto.

Aquel joven se fue, a la cocina para prepararse él solo el desayuno, con el corazón encogido por el mucho agobio que tenía en su cuerpo metido; al ver tan contrista a su mamá rezando la noche anterior delante de aquella imagen de la Virgen.

Sí, su mamá se levantó con la cara angustiada y pesarosa, por algo que ella presentía; y presentía ese algo, con una aflicción personal a ella.

Se la veía esa angustia, que una persona tiene en su Alma; cuando presiente que ha hecho alguna cosa mal o ha provocado un efecto malo ante la sociedad: Cosa que Antonio no creía fuese el caso de su mamá. Una mujer creyente y buena a la vez.

Día de Navidad, veinticinco de Diciembre de aquel dichoso año; en donde las incidencias se sucedían de un día a otro. Y para no perder el paso, de aquellas incidencias, por la mañana temprano hubo un revuelo entre las personas del pueblo; ya que había corrido la voz, de que Mariano acosaba a la señora Felisa, huyendo esta señora de él: No queriendo saber nada con el señor Mariano.

Así se escribía la historia en aquel pueblo, en donde nada había sucedido y nada se creía que sucediese en muchos años; pero tal vez, esos años habían llegado para quedarse: Los años de una nueva era; tanto de pensar como de hacer.

Para más INRI llegó Belinda de ver a sus papás, en su pueblo, con una injuriosa noticia, que era totalmente difamatoria para la persona que la sufre.

Belinda se veía muy sofocada, como si la fuese a dar algo; por la noticia tan malvada que ella sabía: Queriéndosela sacar Antonio como si fuese el tapón de una botella, con sacacorchos.

La preguntaba, la preguntaba por tal o cual cosa, no queriendo dar su brazo a torcer; para que Antonio no se enterase de esa nefasta noticia, hacia una personas querida por su chico.

¡Y ahí que ver!, los rodeos que dio Antonio al preguntarla a Belinda por aquella infamadora noticia; quedándose el chico con ganas de que su chica le dijese algo, o por lo menos, le indicase sus consecuencias.

ANTONIO -. ¿Esa noticia, incumbe a algún habitante del pueblo?.

BELINDA -. No. Y no preguntes más: ¡Mira que te va a pesar!, si acaso logras saber qué es lo que yo guardo.

¿Qué guardaría Belinda dentro de sí?, para no podérselo decir a Antonio. ¿Sería tan grave aquella noticia?, que le cambiaría a Antonio la manera de pensar y hasta de hacer.

Pues sí: Sí le causaría un dolor insoportable, dentro de su ser; que nunca olvidaría. Enterándose días más tarde de aquella dolorosa noticia; cuando Belinda estaba hablando con Felisa a solas. Y como Antonio tenía suma confianza en aquella casa; había entrado sin llamar, ya que dicha señora podía haber sido su querida suegra. Tan al punto entró Antonio en la casa de la señora Felisa; que comenzó a oír decir a Belinda algo que él mismo rechazaba de plano.

FELISA -. Te veo muy pensativa, Belinda

BELINDA -. No es para menos.

FELISA -. ¿Dime?.

BELINDA -. Han criticado a la patrona de Antonio; diciendo que ha abierto en la pensión un burdel. ¡Vamos!: Que se ha hecho una Madame, en perfectas condiciones.

Se tuvo que agarrar a la cómoda del pasillo Antonio, porque se caía al suelo, sin conocimiento. Y con todo y eso se cayó redondo en las baldosas del pasillo de la señora Felisa.

Cuando corrieron las dos mujeres para levantarlo del suelo, este ya se había levantado; alegando que había tropezado con la pata de la cómoda, cayéndose redondo al suelo. Pero la procesión iba por dentro; ya que él sabía, que aquella señora no era capaz de hacer una cosa semejante.

Antonio estuvo toda aquella tarde como irritado, nervioso perdido; conociendo muy bien el carácter que tiene la señora Pilar y las creencias que sostenía, de las enseñanzas de los sacerdotes.

Al siguiente día, alegó Antonio tener que ir a Madrid; para recoger unos apuntes, que se había dejado en el piso, alegando Belinda que ella se quedaría con sus papás en el pueblo.

¡Qué va!: Antonio donde fue era a la pensión donde había estado pernoctando durante algunos años, encontrando todo igual que la había

dejado; pero con una cierta timidez y vergüenza en la cara de la señora Pilar. Resistiendo allí mucho tiempo Antonio, para ver si sucedía algo fuera de lo normal: No sucediendo nada, que no fuese el percibir pasar las horas, dentro de la pensión. Hasta le tuvo que sacar, la señora pilar un baso de café, con unas pastas; así como a las cinco de la tarde. Y al no ver nada Antonio, se levantó de la silla, donde estaba con la señora Pilar cerca de la mesa del comedor, alegando tenerse que marchar al pueblo.

Igual que siempre, se despidió Antonio de la señora Pilar con sendos besos en las mejillas; para bajar las escaleras, de dos en dos, sin haber cogido el ascensor, por la gran alegría que derrochaba todo su cuerpo.

Y al saber que aquella calumnia, que la habían levantado a la señora Pilar, no era cierta; salió con rumbo a su pueblo, llegando a el al comenzar la noche.

Belinda, que se la sabía todas, le preguntó a su chico, por el viaje tan acelerado que había hecho en ese día.

BELINDA -. ¡Qué!: ¿Has encontrado algo en tu pensión?.

ANTONIO -. Allí se respira, fe, religiosidad y una paz que da gusto vivir en la pensión. No he encontrado nada de nada: tranquilízate.

Así se expresaba Antonio delante de Belinda, que le escuchaba sin pestañear; para saber algo de la pensión de la señora Pilar. Y al saber, que

habían abierto otra pensión, cerca de la pensión de la señora Pilar: Supo las verdaderas causas de aquella infamia.

Belinda y Antonio mostraban pesadez dentro de sí; siendo preguntado el joven por su padre, Fernando; por las causas que le acongojaba y tal vez, a Belinda, este chico explicó a su papá todo lo que había visto en su pensión y todo lo que él sabía por boca de Belinda. Volviendo la cabeza Fernando hacia esa chica.

Ahora la tocaba a Belinda hablar; para que los papás de Antonio se enterasen bien de lo que pasaba con la pensión de la señora Pilar y con ella misma: Quedándose los papás de Antonio como quien ve visiones, sin saber qué decir al respecto de aquel asunto, que los había traído su hijo Antonio; hasta que reaccionó Fernando, para expresar una idea.

FERNANDO -. ¿Hay muchos huéspedes en la pensión?.

La mirada de Belinda se dirigió hacia Antonio, para mirarle, también, sus papás con mucho interés de saber la pura verdad.

ANTONIO -. ¡Qué va!: Ninguno.

El papá de Antonio comenzó moviendo la cabeza de arriba a bajo, como si pensase alguna cosa favorable para la señora Pilar, y consultando

con su mujer Cristina, en un rincón aparte de aquel salón; parecía que afirmaba lo que su marido Fernando decía.

Fernando la cogió de un brazo a su mujer Cristina, llevándosela, otra vez, a donde habían estado ellos antes, o sea: Cerca de donde se encontraban sentados en ambos sillones, Belinda y Antonio.

Los jóvenes esperaban con ansiedad, que el papá de Antonio dijese algo sobre la señora Pilar. ¡Y claro que lo dijo!.

FERNANDO -. Debíamos ir a por la señora Pilar, para que pasase con nosotros estas fiestas: Es malo que dicha señora se vea sola en el día tan señalado, como es la noche, de Nochevieja.

Antonio y Belinda dieron un salto de donde estaban sentados, dando un ¡hurra!; totalmente de emoción, al saber la idea que tenía Fernando: Marchar a Madrid para traer al pueblo a la señora Pilar, para que pasase los días que sus hijos tenían de vacaciones, hasta después de Reyes.

¡Qué día! Y ¡qué noche!; con tanto ir y venir de compras por la Capital de la provincia: Donde había buenos comercios y mejores majares en sus mostradores puestos para que los agenciasen las personas que llegaban a dichos establecimientos. Y ya en el pueblo. . .

PILAR -. ¡Qué barbaridad!. Tanta comida como en una pensión.

Así se expresaba la señora Pilar, quedándose las demás personas que había en la casa mirándola fijamente; para observar mejor sus impulsos, pues eran unos ánimos descontrolados, al ver tanta comida y tanto cariño como veía en aquella casa.

FERNANDO -. Nosotros, también la queremos.

Sin esperarlo la señora Pilar, dijo aquello al padre de Antonio, el señor Fernando, con voz temblona; que como acongojada y sin saber qué decir, bajó la cabeza como avergonzada, por haber dicho aquello de, “Tanta comida”.

Entre plato y plato, entre postre y postre, entre brindis y alegría, la cena duró hasta las dos y cuarto de la noche; habiendo empezado a cenar a las doce de la noche.

Y hasta algún que otro baile se echó la señora Pilar al oír tocar una jota de su tierra; no quedándose conforme con eso, que también cantó un cantar que se da mucho en aquellos montes y sierras cerca de su pueblo.

Al otro día, por la mañana temprano no había quién se levantase, pues había comenzando la retreta, así como a las cinco de la madrugada. Y sin toque, ni sonido alguno; se fueron levantando, poco a poco, todos los habitantes de la casa, como si oyeran diana, al día siguiente.

Estando en pleno desayuno sonó el teléfono, siendo para la señora Pilar y nada más que le cogió se cayó mareada al suelo; alguna noticia mala la dijeron en aquel momento; yendo Fernando al teléfono, para coger el auricular y saber quién era la persona que estaba al otro lado del teléfono.

Una voz femenina, le comunicó a Fernando, que el hijo de la señora Pilar había fallecido, a causa de un accidente de carretera. No estando enterados ningunos de la casa, que tuviese un hijo la señora Pilar.

Sin falta ninguna, se fueron a Madrid con la señora Pilar, comprándole un billete de avión Fernando, con rumbo a otra Nación. Quedándose en la pensión todos ellos; para dar sensación de normalidad en aquel establecimiento de acogida.

Antes que llegase la señora Pilar a su casa, Fernando había ido al periódico y a la radio para poner sendos anuncios, que sirviesen como reclamo a los posibles huéspedes de la pensión tan maravillosa, como era la de la señora Pilar.

Al tercer día de estancia, como huéspedes en la pensión de la señora Pilar, fue preguntada la señora Cristina por el rumbo escogido de dicha pensión; respondiendo esta a las mil maravillas y clasificando la pensión, como de primores y elevando la bondad y el buen quehacer de su patrona.

Aquellas personas que preguntaron tal cosa, se fueron contrariados; por lo bien que hablaba un huésped de la pensión, de la patrona y de la estancia en la pensión.

Poco a poco fueron llegando los huéspedes. Y cosa curiosa; pues esos huéspedes eran fijos en la pensión, al trabajar cerca de aquella calle y de aquel número. De tal manera, que cuando la familia de Antonio quisieron irse al pueblo, ya había en la pensión tres huéspedes. Y mientras salía de la pensión los papás de Antonio y este, llegaron cinco turistas extranjeros. Quedándose enteramente satisfechos, por la buena labor que había hecho Fernando, al publicitar el alojamiento de dicha pensión.

Al llegar a casa, en el pueblo, la señora Cristina llamó por teléfono a la señora Pilar, anunciándola que ya habían llegado al pueblo, más bien a su casa de ellos.

Al oírla la señora Pilar, se deshizo en alabanzas hacia ella y su marido; por la buena idea que habían tenido al publicitar su pensión, en la radio y en el periódico; pues hacía un momento que lo había oído en la radio: Pareciéndola un bonito anuncio de alojamiento en su pensión.

Como la vida sigue; siguió también en el pueblo de los padres de Antonio, con algún que otro llevar y traer chismes y enredos, de un lugar a otro.

Una de esas habladurías, fue la que se instaló en casa de los padres de Antonio; con tanto ir y venir, del secretario, el juez de paz, el cura y hasta el comandante del puesto de la Guardia Civil. No sabiendo los habitantes del pueblo a qué era debido tanto ajetreo, como estaba habiendo en aquella casa de Fernando.

Como su hijo Antonio los había anunciado por teléfono que llegaría al pueblo el viernes, para pasar el fin de semana con los papás: Estos se sobrecogieron, por miedo a que se enterase su hijo Antonio de aquellas habladurías de las personas del pueblo. Pero cuando el jueves por la noche, les anunció su hijo Antonio que no podía ir para verlos, respiraron profundamente sus papás; al saberse relegado de tal peso: Pues de lo contrario se lo tendrían que contar a su hijo.

Sí, tendrían que contar a su hijo lo que estaba pasando en su casa, con tatas idas y venidas de aquellos señores. Y una vez más se salvaron de tal afrenta.

Se veía, que cada persona es un mundo a parte; muy diferentes los unos de los otros: Ya que nadie sabía toda la vida de su vecino, por más que indagase.

Nadie sabía nada; pero Antonio sí lo sabía, ya que se saludó un día en la calle Atocha, que eran donde coincidían todas las personas que llegan de pueblos cercanos a Madrid.

No se pudieron callar aquellas personas, procedentes del pueblo de Antonio; pero eso sí, lo único que le enteraron al joven, fue del trasiego de gentes que iban y venían a su casa.

Al comunicárselo a Belinda, esta frunció el ceño; como queriendo saber las causas de ese ir y venir de personas a su casa en el pueblo. Pero no le dijo nada a su chico, por si acaso no fuese lo que ella pensaba: Y lo

que pensaba era en la fotografía de aquel bebé que un día había visto en casa de sus papás de Antonio.

Si eso que ella sospechaba fuese verdad, sería una verdadera bomba para el pueblo. También lo sería para Antonio; por eso no le quería decir nada al respecto. Dejándolo pasar; ya que se sabría la verdad por su mismo peso: Y para que Antonio no sospechase, le hizo una caricia en la cara, como dándole la prioridad a él.

Un día le estaba esperando a Antonio su condiscípulo Enrique, en la puerta de la facultad, con la sola idea de alertarle de un hecho insólito para él.

ENRIQUE -. Antonio, estamos de enhorabuena; pues ha trasladado Álvaro su matrícula a otra universidad en otra plaza.

ANTONIO -. Gracias por darme esta noticia.

Como lo estaba oyendo Belinda, la chocó que aquel condiscípulo dijese, “Estamos”. Era mucha amistad la que tenía él con Antonio, según creía.

Antonio quedó con Enrique, para tomarse un café al siguiente día por la tarde; ya que era sábado y podía salir a pasear Belinda y Antonio: Y así convidar a su condiscípulo Enrique, que tan bien se estaba portando con él.

El sábado llegó y con él la salida de todos los estudiantes, para evadirse de tantos estudios y tantos problemas, como tenían en sus estados particulares.

Enrique llegó a la terraza de la Cafetería, donde le dijo Antonio, muy bien vestido: Lucía todas sus galas principales, pues se veía que llevaba un buen traje. Y después de saludar, muy amablemente, Enrique, a los dos enamorados; se sentó junto a ellos: Dándolos un palique de verborrea, que fluían las palabras por su boca, como si fuesen una catarata.

Estando en estas fluctuaciones de sí ó si no; se acercó a ellos un hombre de mediana edad, exigiéndolos que le diesen dinero. No lo pedía, pues en sus palabras se podía percibir, que lo exigía.

Y cómo a Antonio le sentó mal, le instó a aquel hombre que se marchase por dónde había llegado: Así, llana y sencillamente.

HOMBRE -. No me marcho de aquí, hasta que me des algo de dinero.

ANTONIO -. Mire usted, así no se pide dinero. Usted perdone.

Antonio fue correcto en su tratamiento, no así aquel hombre que cada vez se le veía con más genio en la cara. Y sin esperarlo le dio un golpe en la cabeza a Antonio, tirándole por los suelos, y como el gesto que hizo aquel hombre era comenzar a darle patadas a Antonio estando en el suelo:

Furioso Enrique se levantó de su silla, donde estaba sentado, para ir ayudar a Antonio, alertándole Belinda de que tuviese cuidado; pues iba de frente a aquel hombre, descuidado del todo. Y por segunda vez le advirtió Belinda, que tuviese cuidado; ya que aquel hombre era de armas tomadas.

BELINDA -. ¡Cuidado!, Enrique. Yo sacaré de ahí a Antonio, tú escápate de ese hombre.

ENRIQUE -. Hay que sacarle de donde está Antonio tumbado, sea como sea.

BELINDA -. Yo lo haré.

ENRIQUE -. No; le sacaré yo.

BELINDA -. ¿Por qué?.

ENRIQUE -. Porque es mi hermano.

Al decir aquello Enrique, le miraba Antonio con cara de sorpresa, y como había elevado su cabeza, se le veía unos ojos grandes y misteriosos. Yendo al quite Belinda, al decir unas palabras.

BELINDA -. ¡Bueno!: Si ahora os llamáis todos hermanos, bueno va.

ENRIQUE -. No. Es que es mi hermano de verdad.

Hasta aquel hombre dejó de atosigar a Antonio, marchándose sin ninguna clase de contemplación, ni sin decir adiós; quedándose los enamorados sin saber qué decir. Se levantó del suelo Antonio e hicieron ademán de quererse marchar de aquel lugar, Belinda y Antonio. Cogiéndole de un brazo Enrique a Antonio, e invitándole para que se sentara, y así lo hizo Antonio; pues se sentó cerca de Enrique.

ENRIQUE -. Quiero que escuches la verdadera historia que pasó conmigo. . . .?. . .En unas cuantas palabras se reduce la historia: Los papás no tenían dinero, ni apenas comida.

Antes eran muy pobres; viviendo en una casa, que parecía una chavola; así que no tuvieron más remedio que dejarme con un matrimonio que se pudiese hacer cargo de mí.

ANTONIO -. ¿Así de sencillo?.

ENRIQUE -. Y tan sencillo; pues aquel matrimonio, que por error habían llegado al pueblo, al no haber señalización alguna en la carretera, pasaron la noche a la luz de la Luena: Al no haber pensión, ni hoteles en el pueblo. Y entre habla y lloro, supieron de las penalidades de nuestros queridos papás.

ANTONIO -. ¿Qué sencillo?. Que sencillo es todo esto, para creerlo de veras.

ENRIQUE -. Pues, créetelo.

Sí se lo creyó Antonio, por la procedencia de donde venía esa noticia, tan estrambótica para él. Quedando marchar al pueblo en el primer puente que hubiese para contactar con sus papás y su condiscípulo hasta ahora, Rafael.

Mientras tanto, en el pueblo se seguía con la pejiquera de que allí pasaba algo muy gordo; al ver aquellas personas ir y venir de una parte a otra, al personal de Excelentísimo Ayuntamiento, del juzgado de guardia, de los guardias y del mismo párroco del pueblo.

Mientras el pueblo se desvanecía en una nube oscura, por querer saber algo más; allí no había quién supiese algo más.

Aquel secreto estaba herméticamente tan cerrado, que era difícil que alguien se enterase de alguna cosa; que no fuese el saber de ese trasiego de personal a la casa de Fernando.

Un día llamaron al llamador de la puerta de Fernando, siendo Felisa y Mateo; con la simple idea de que Fernando le prestase, otra vez, dinero para poder irse Mateo a Madrid para hacerse unas pruebas, otra vez de lo mismo: La próstata.

Como vio Cristina, que Felisa estaba muy apurada, queriendo por derecho a su marido; le habló a Fernando para que prestase ese dinero a Felisa, y así poder curar a su marido Mateo.

Yéndose de inmediato los dos, Felisa y Mateo, a Madrid; pasando por la pensión que estaba antes Antonio y pernoctando en ella. Por la mañana temprano se dispusieron a marchar hacia la clínica para que le hiciesen unos análisis a Mateo.

Viéndolos muy apurados la señora de la pensión, Pilar; y como sabía que eran amigos de Antonio y del mismo pueblo, los dio el teléfono de este joven y su dirección: Para que los pudiese ayudar Antonio, en lo que pudiese. Y por supuesto, mucho no le podía ayudar Antonio en la consulta del doctor; pero el papá de Belinda, sí le podía ayudar y mucho, ya que era el hermano del doctor que iban a visitar, Felisa y Mateo.

Mientras esperaban al padre de Belinda, para que los llevase a la clínica, supieron que Mateo no tenía una cruz en su enfermedad, tenía dos.

Tal vez había entendido Antonio mal, aquel día que visitaban, por vez primera al doctor, Felisa y Mateo.

A Mateo le tenían que volver a dar “quimio”, como en su tiempo le dieron; teniendo que pernoctar en Madrid, o ir del pueblo a la gran Ciudad, muy temprano para visitar al doctor.

Antonio le ofreció su piso, para que este señor pernoctase en el y en su compañía y en la de Belinda; chica ya conocida por el señor Mateo.

Un día que había salido el señor Mateo, estando Belinda, visitando a sus padres en Majadahonda, se quedó a solas Antonio con la señora Felisa;

aprovechando la ocasión, para hablarla con fe, esperanza y caridad, además con una mano puesta en el corazón.

ANTONIO -. Señora Felisa, la puedo hablar con sinceridad.

FELISA -. Ya sé lo que me vas a decir, Antonio. Nadie me ha comprendido.

ANTONIO -. Yo sí, señora Felisa. La he comprendido.

Comenzó hablándola Antonio de algunos pasajes de la Biblia, “de el que esté libre de pecado”. . . y al parecer nadie la tiró una sola piedra. Prosiguiendo su relato, del hijo pródigo, de las buenas obras hechas por Cristo, duplicando los panes y los peces, y otras tantas enseñanzas que se da en las Sagradas Escrituras.

Diciéndola, que todo eso la valía como lección de enseñanza, al saber que un arrepentimiento hace camino y mueve montaña. Que Dios perdona, una y mil veces las culpas que tengan las personas, si se arrepienten, con un acto de contrición.

Y que si, creen algunas personas que son más buenas que otras lo tienen que demostrar, y que si se duplican los panes y los peces, es por causas nobles.

Diciéndola, que él sabía seguía siendo buena la señora Felisa; aunque las personas del pueblo digan otra cosa: -. Aquí no ha pasado nada de nada

-. ¿Se entera usted?. Y como no se sabe muy bien dónde está el camino de la verdad y de la luz, hay que pedir ayuda a quién se la pueda a usted dar -.

FELISA -. ¿Quién?, hijo.

ANTONIO -. El Sacerdote que tenemos como cura párroco en el pueblo; ese, ese es el único que la puede indicar el camino a seguir; quitándola ese peso que usted tiene encima de su Alma. Esa mordaza que la asfixia y no la deja defenderse delante de las personas del pueblo.

¡Si usted no ha hecho nada!; por Dios: Hágame el favor de visitar al cura del pueblo, una vez que esté usted en el; ya verá como ve la vida de otra manera. . .Y hasta el mismo cura la verá también. Ya la digo: Haga caso y se sentirá otra persona.

Así lo hizo la señora Felisa; pues nada más que llegó al pueblo e hizo la comida, se dirigió hacia la casa del señor cura.

En Madrid, idearon una argucia para que la madre de Antonio conociera por sí sola a su hijo Enrique; siendo que este chico se debía presentar en casa de los papás de Antonio, con la misma fotografía, que había visto Belinda, colgada al cuello, y preguntando por Antonio.

Como había tres días de fiestas, se fueron al pueblo de Antonio los tres jóvenes. Antonio, Belinda y Enrique. Quedándose en el coche, Belinda

y Antonio; hasta que Enrique desvelase a su mamá la verdadera identidad que tenía él.

Temblándole las piernas, Enrique se dirigió a casa de la señora Cristina, que fue la que abrió la puerta; viendo un joven delante de ella. Y como Enrique llevaba la fotografía de cuando era un bebé, colgada al cuello; cayéndole por el pecho: La señora Cristina miró a la fotografía, reconociéndola de inmediato; ya que era imposible no reconocer aquella fotografía. Había en ella un jarrón encima de una mesita, con un pañito hecho por la señora Cristina.

No pudo decir nada la señora Cristina; pues dando un suspiro, se cayó al suelo, sin poderla haber ayudado su hijo Enrique a su mamá.

Antonio abrió la puerta del coche de inmediato, saliendo raudo hacia la casa de sus papás, su casa. Y levantando del suelo a su mamá, la tumbó en el sofá del salón, para que descansase.

Allí se encontraban los tres, Belinda, Antonio y Enrique, abanicándola a la señora Cristina para que entrase en sí.

ANTONIO -. ¡Mamá!, mamá.

ENRIQUE -. Por Dios, mamá; dinos algo.

Aquello sí que lo oyó la señora Cristina, que incorporándose del sofá, miraba a su hijo Enrique, con una cara de alegría incorregible.

Levantándose, al pronto que Enrique se fue hacia su mamá para poderla abrazar y besar con el cariño de un hijo, al que no ve su mamá desde hace ya muchos años.

CRISTINA -. Mari Carmen.

ENRIQUE -. Mi mamá.

CRISTINA -. Pablo.

ENRIQUE -. Mi papá.

CRISTRINA -. (Dando una gran voz) -. ¡¡¡HIJO!!!.

Así, con esa voz tan enorme, como dio la señora Cristina en aquella ocasión; se reveló la verdadera identidad de su hijo Enrique.

Viéndolos abrazados su hijo Antonio y hasta su papá Fernando, que había entrado aquel preciso momento en casa.

Alegrías de unos y felicitaciones de otros; ya que los padres biológicos de este chico habían perdido el domicilio social de los padres adoptivos de Enrique, al cambiarse de provincia y hasta de Ciudad varias veces, por motivos de trabajo.

Ahora sí que habían regularizado el sistema de paternidad, referente a aquel chico, que era un encanto de persona y una cabeza bien amueblada, como se suele decir.

Volvieron a Madrid, para seguir con sus estudios los tres jóvenes; sabiéndose ya como hijo de la señora Cristina y del señor Fernando, Enrique.

Antonio se mostraba más esquivo con Enrique; pues otras veces era más abierto con este chico, en los esporádicos encuentros que ellos tuvieron, en la facultad.

Se veía, que la “piquiña” era mucha en la persona de Antonio: Aquel chico quería verse como único en casa, y ahora ya eran dos.

Relaciones: Relaciones entre los padres adoptivos y los padres biológicos de Enrique, se cumplimentó a modo y manera: Con todo el boato del Mundo y con toda la corrección debida; para que ninguna de las dos partes se quedase con un sabor de boca malo: Todo lo contrario, pues los padres adoptivos de Enrique, se fueron con un sabor de boca dulce y tierno, de casa de los padres biológicos de Enrique. Escribiéndose y llamándose por teléfono con mucha frecuencia; para afianzar bien los lazos de amistad que los unían, a las dos familias.

Poco tiempo duraron sin verse los papás de Antonio y Enrique; pues marcharon a Madrid para ver a sus hijos: estando ya, Enrique, viviendo con Antonio en el piso de su papá, en aquella grandiosa y bonita Ciudad.

Un día se presentó un policía local, para que le presentase Antonio la compraventa del piso; y como no la tenía, le invitó para que la buscase.

ANTONIO -. ¿Qué pasa?, señor policía.

POLICÍA -. Perdona usted. Yo no sé nada: Me limito a entregarles a ustedes el justificante de la cita y nada más.

Siendo totalmente verdad, que aquel policía no sabía nada de lo que él iba entregando a cada asignado por el impreso; así, que no le preguntase alguien por lo que trataba aquel impreso, que no: No podía decir nada al respecto.

Siendo cosa rara, que el impreso viniese a nombre de él y no de su papá, Fernando. Y al preguntar en el Excmo. Ayuntamiento; otro tanto de lo mismo fue la explicación que le dio el señor funcionario, que le estaba asistiendo: No sabía nada de nada.

Al llegar a casa, le informó Enrique; que fuese al registro de la propiedad, arengándole este, si acaso había firmado Antonio algún papel, en la compra-venta.

Afirmativo: Antonio había firmado varios impresos en la compra-venta del piso; siendo achacado a él la propiedad de aquel piso. Así lo confirmó el registro de la propiedad privada, reseñando que tenía una cláusula adicional; no pudiéndole decir nada más de aquella cláusula.

No sabiendo, si dicha cláusula era constructiva ó destructiva: Si era beneficiosa para los intereses del sujeto pasivo o por el contrario, iba en contra de sus intereses.

No pudiendo dormir Antonio en aquella noche tan aciaga para él; pues ni los pensamientos los retenía en la memoria; ya que solo pensaba, si le trajese funestas consecuencias, el ser titular del piso.

Por otra parte, su papá no iba a jugarle una mala pasada; como para que no pudiese salir de ella. Y con esa conformidad, se pudo dormir un par de horas, en aquella noche, de delirio profundo para él.

A la mañana siguiente, ya veía la vida con otro grado de simpatía: Menos agresiva para él y para Belinda, que era parte activa del piso por ser su pareja emocional. No la cogería la Ley por su totalidad, al ser pareja de hecho; pero el día de mañana, cuando se casasen: Sería su pareja de derecho.

¡A la facultad!; que ya era hora, y a no volver a pensar más en las consecuencias que pudiese haber, con la escritura del piso.

Pronto pudo ver, que una obligación, era asistir a las juntas ordinarias, para elegir nuevo secretario, tesorero y presidente.

Al que le tocaba, era alguna parte activa de aquella comunidad de propietarios de fincas. Y cosa curiosa, que a él le tocó ser secretario; para que fuese aprendiendo a ser presidente.

No quedó ahí todo; pues cuando se le informó, por parte del presidente, que no podía ausentarse del piso; por tener que ir él a asistir la enfermedad de su madre, lo vio totalmente un engorro para él.

En el pueblo todo iba igual que antes, si no hubiera sido por la huida del señor Mariano, que había desaparecido del pueblo; no sabiendo su mujer Angelines dónde se encontraba su marido.

Para saber de tal despropósito, se fueron los tres, Belinda, Enrique y Antonio, al pueblo para pasar el fin de semana, juntos con sus papás.

Nada más saludaron a los papás, éstos los informaron a los tres de las andanzas del señor Mariano. Y como, “el Mundo es un pañuelo”; le había visto una persona del pueblo, en una Ciudad al norte de la Nación. No pudiendo decir nada más; pues dicho señor iba solo por la calle.

Hasta se había trasladado a la Ciudad, donde le habían visto al señor Mariano, no consiguiéndole ver su mujer Angelines; por más fotografías que enseñaba a los transeúntes en las vías públicas.

Pero una vez, que enseñó la fotografía a un caballero que se cruzó con ella; este caballero cogiendo la fotografía, la preguntó a la señora Angelines, si ella tenía deseos de dar con el verdadero paradero de su marido, Mariano.

Afirmando la respuesta la señora Angelines, la siguió diciendo aquel caballero, que si quería ir al cuartelillo; que él mismo la acompañaba: No dudando nada la señora Angelines ser acompañada por aquel caballero al cuartelillo, si eso valía la pena, para encontrar a su marido, Mariano en la faz de la Tierra.

Estando entrando en el cuartelillo, vio que el guardia de la puerta se cuadró delante del caballero, que la estaba llevando a dicho centro, para poder saber algo de su marido. Y ya adentro del cuartelillo, oyó a un guardia llamarle al caballero con una nominación particular -. Mi Teniente, hay formado un operativo -. Se refería a la banda donde se había encuadrado Mariano, como traficante de estupefacientes; pues quería ser rico cuanto antes.

No solamente, quería ser rico por el plan de la rapidez; que también quería formar una recopilación de mujeres: Pues ya estaba con otra señora y no era la suya.

Un furgón de atestados seguido por otro mayor, paró en el patio del cuartelillo; saliendo del segundo furgón el marido de la señora Angelines, como asustado y diciendo algo así -. Quiero a un abogado -.

La señora Angelines no se pudo quedar callada, abriendo la boca para decirle algo al señor Mariano, que no le gustó.

ANGELINES -. Un abogado te voy a dar yo.

Miró para atrás el señor Mariano, viendo allí a su mujer, Angelines, Que mirándole con cara seria, le hostigaba para que dejase aquello y volviese a su casa.

Al ver aquello los guardias que estaban en el patio de cocheras, la separaron de su marido a la señora Angelines. Y mientras tanto el teniente, que había estado callado hasta ese preciso momento, la habló a dicha señora.

TENIENTE -. ¡Señora!: No complique usted más las cosas.

GUARDÍA -. Ha estado quitando el polvo a su marido, esta señora, con todo el amor del Mundo.

TENIENTE -. ¿Todos ustedes lo han visto de esa manera?.

GUARDIAS -. Sí, mi teniente.

TENIENTE -. No hablemos más.

Como no tenía ninguna carga judicial el señor Mariano, no entró en confinamiento; ya que no le habían cogido con ninguna sustancia alucinógena encima. Pero la multa, por mala conducta, no hubo quién se la quitase; ya que según el señor Juez, se saliese de esos pasos el señor Mariano, que tan graves consecuencias acarrear.

El señor Mariano, no hizo ninguna entrada triunfar en el pueblo; pues a parte de ser tachado, como mafioso, era un pedante.

Este señor se fue a vivir a una casa de campo, que tenía a las afueras del pueblo; diciendo las personas, que ya tenía nueva compañera, siendo

verdad, que se veía entrar y salir, mucho, a una mujer en la casa que él vivía, de una nave sola.

La señora Cristina tuvo una visita, que era la señora Angelines; con motivo de que la pudiese aconsejar si recogía a su marido o le dejaba en la casa de campo, viviendo con otra señora, que no era ella.

No sabía qué contestar la señora Cristina; no podía contestar, por no saber las causas que le habían inducido a vivir, al señor Mariano, en dicha casa, en vez de con su mujer, Angelines. A parte, que por mucho que hubiese hecho a su mujer, el señor Mariano, debían vivir, según la Ley, los dos juntos.

Diciéndola ella, la señora Cristina, que la hablaba como una persona del pueblo; no como con palabras espirituales, por enlazarse la Ley con la moral y la ética.

Sí; era difícil aconsejar, en aquellos años, a ninguna persona del pueblo, como no fuese con la Ley en las manos y no con enseñanzas de ética y moral.

Una vez más la dirigió la señora Cristina a la señora Angelines al Sacerdote del pueblo; pues él sabía muy bien qué la tenía que decir e inculcar en su conciencia, para no incumplir las normas humanas y los preceptos divinos. Así, que se fue derecha a la casa de don Anastasio, el cura del pueblo, para ser aconsejada por el cura párroco.

Desde luego el consejo que la dio, fue que se llevase a su marido a casa y después le consiguiese inculcar los valores espirituales, que tanto bien hace a las personas.

Así lo hizo la señora Angelines, yendo a la casa de campo, cogiendo allí a la señora que vivía con él, con Mariano. Y nada más entrar en aquella casa, nave; se la vio a la señora Angelines muy encrespada. Y abriendo las manos y cerrándolas, la expresaba a la mujer, que vivía con su marido; que se fuese de allí, más que corriendo.

ANGELINES -. ¡Mira!, ¡mira!; mira. Huye de mi vista, que no sé qué te voy hacer.

Así ahuyentó de la casa de campo, a la señora que vivía con su marido; llevándose a este, una vez que se repuso de aquel alboroto, a la casa de ambos.

Alegrándose todos los amigos, de siempre, por el feliz desarrollo que había tenido aquel desencuentro, entre la señora Angelines y su marido, el señor Mariano.

Rafael había escrito a su amigo de la infancia, anunciándole los hechos; no fuese a ser que se enterase por una tercera persona malamente. Recibiendo, a vuelta de correos, una misiva de Antonio de lo más cordial y lo más agradable posible; ya que le aplacaba los nervios y le invitaba a que

rezase por su papá; para que le pudiesen llevar, aquellas oraciones por el buen camino de la esperanza humana, al comprender mejor, las enseñanzas de Cristo.

Antonio no quiso perder aquella ocasión, una vez que habían terminado las clases en la facultad aquel viernes, yéndose a su pueblo y así pasar el fin de semana junto a su amigo de la infancia, Rafael.

Una vez que le había confortado Antonio a su amigo Rafael, este le pidió el favor de llevar a su chica a una consulta de un doctor, muy afamado en aquellos pueblos, a una Ciudad cercana.

Y para que no hubiese malos entendidos, Antonio fue a visitar a la madre de Asunción, su tía; contándole los deseos que tenía Rafael sobre el mal que la aquejaba a su novia, Asunción.

Por la mañana temprano, salieron los tres, Catalina, Asunción y Antonio, rumbo a una Ciudad, para que la pudiese auscultar uno de los mejores doctores, según ellos.

Como en aquellos parajes, casi nadie se trasladaba de un lugar a otra, para ir a la consulta de un doctor, nadie sabía la cuota que cobraban los doctores, en casos que no estuviesen igualados a ellos. Siendo una iguala, un pago adicional, que se daba al doctor para que este, en caso que tuviese que auscultar a esa persona no la tuviese que pedir más dinero.

Por cuando, al no saber cuanto dinero tenía que dar al doctor, la madre de Asunción, esta señora no llevaba lo suficiente.

Así que dio el resto Antonio, para cubrir la cuenta de aquella consulta.

Cuando volvieron al pueblo con los resultados, vieron que no eran tan malos como creyeron ellos; pero observó Antonio que su amigo Rafael se encontraba hundido en su moral; al pensar que su padre se había juntado con otra señora, que no era su madre. Minándole los deseos de estudiar; pues estaba sumido en una oposición de maestros nacionales, en aquel año; ya que había terminado los dos cursos para dicha carrera, teniendo que hacer oposiciones para ocupar plaza.

Como parecía que todo se había solucionado en casa de la señora Angelines, Antonio se quedó más tranquilo; teniendo que recibir al siguiente día a Mateo en el piso de Madrid, por motivos de ir a tomar la “Quimio”; durando dos días en el piso, debido a que le tuvieron que hacer pruebas nuevas, quedando que se las irían a mandar al pueblo el resultado.

Tan cerca estaba el verano, que ya no había tiempo para estudiar lo que no se ha estudiado, siendo el caso de otros condiscípulos de Antonio; pues por la parte de este: Había estudiado todas las asignaturas, con sumo ahínco y constancia.

Mientras conducía su coche por aquellas carreteras tan estrechas, como había antes, Antonio iba atento a la vía; no queriendo dirigir la mirada para ninguna parte de aquellos campos, tan verdes y con un prado envidiable.

Pensaba no tener contratiempo, pero lo tuvo; lo tuvo en un trayecto de vía estrecha, en donde unos ocalito enormes estrangulaban la carretera: Viendo un coche volcado en aquel punto kilométrico de la carretera.

Se bajó de su coche, para ir a socorrer a los viajeros del coche, viendo una sola persona metida en el coche; no pudiendo salir, por encontrarse atrapado, entre hierros.

Eso sí: Menos mal que la guardia civil de carretera pasaba con mucha frecuencia por todas las carreteras de la Nación y todos los sitios. No iba a ser menos, aquella carretera; pues nada más había visto Antonio, que aquel señor, lo único que le pasaba, era estar atrapado en un amasijo de hierros.

No lo esperaba; pero tuvo un requerimiento judicial, para que asistiese en un día dado y en una hora puesta en el impreso de ese mismo requerimiento.

¡Problemas!: Ya tenía problemas Antonio, sin haberlo buscado, ya que se lo encontró sin él querer. Y no solamente eso; que hubo juicio, testificando Antonio cómo lo había encontrado y de qué manera, tanto el coche, como a la personas que estaba atrapada dentro del coche. Y menos mal que todavía se acordaba bien, dando las mismas explicaciones que dio a la Guardia Civil en el día de la fecha, en que sucedió el accidente del vehículo siniestrado.

No tuvo problema alguno Antonio, por dar todas las características

que había visto en aquel día, de autos en los tribunales.

Al siguiente día se levantó tarde, así como a las nueve de la mañana, para ser verano; sin poderse ir a dar un paseo por el campo, como estaba acostumbrado. Y, ¡OH!, sorpresa: Se encontraban allí los padres adoptivos de Enrique con este joven.

No le hizo mucha gracia a Antonio ver allí, a los padres adoptivos de Enrique; sino ver a ese joven, apuesto y gallardo. Malo que tuviese envidia un hermano a otro; y era, que Enrique tenía mejor figura que Antonio.

Como Belinda había llegado el día después de haberlo visitado los padres adoptivos, y estando allí esto; se dio cuenta del recelo que guardaba su chico, en su Alma, con su mismo hermano.

Aprovechando un momento que le cogió a solas Belinda a Antonio, para hablarle de lo que ella estaba percibiendo en su persona; y era que guardaba un poco de rencor, para con su hermano, Antonio.

Le había dicho un poco, por no decirle mucho; ya que entonces sería hundirle más en sus pensamientos maltrechos hacia su hermano Enrique, y máxime, cuando vio que su mamá Cristina le preparaba una tostada con manteca de cerdo y azúcar a su hermano; esperando él que le hiciese otra tostada, lo mismo que había hecho para su hermano Enrique.

Su mamá Cristina, no hizo ninguna tostada a Antonio, quedándole un recelo en toda su Alma que le estaba asfixiando. Y al cabo de un tiempo, cuando supo que mamá Cristina no le haría la tostada, se levantó del sillón,

donde estaba sentado, para irse a la calle de paseo él solo.

Sin rumbo, ni dirección inició el paseo por las calles de su pueblo; hasta llegar a una nave, donde había unas ovejas y una pastora. La pastora era conocida por la familia de Antonio; pues ya había llevado a su casa algunos quesos bien hechos.

Se saludaron y comenzaron una charla de cómo se tiene que cuidar a las ovejas, para que den buena leche para hacer los maravillosos y sabrosos quesos de toda esa comarca. Dos pueblos hermanados dentro de una comunidad: unidos por los montes Carpetanos. En donde el aire es fresco y las noches húmedas.

También eran frescachonas las chicas, en aquella tierra, “Tierra del buen yantar”. Aquellas chicas lozanas por sí misma, como si la naturaleza en esos páramos se hiciesen personas.

Antonio veía que aquella chica se agachaba mucho, interesada en enseñarle el manejo de las ovejas; hasta el punto que la vio una ropa interior muy sudada.

Antonio hizo por despedirse de ella; pero tanto era el afán de aquella chica y la alegría por enseñar, enseñar algo; que no pudo, por menos, que quedarse donde estaba Antonio, oyéndola las explicaciones que le daba aquella chica sobre la leche, para que no se cortase: Al tiempo que se agachaba, teniendo una blusa holgada, dejándole percibir sus grandes bustos.

Antonio tenía la cabeza encorchada por el retraimiento tan enorme que estaba haciendo, a la vez que permanecía impasible, como podía, a tales investida de aquella chica, que al parecer no veía lo que le estaba pasando al joven: no dejándole salir de allí, hasta que se le secó la ropa, calzoncillos y pantalones.

JULIA -. ¡Hay que ver!, ¡hay que ver!. . . ¡Hay que ver!.

Solamente decía aquello la chica, avergonzada de no tener delante a un hombre de su talla, como ella se expresaba.

JULIA -. ¿Y cómo te ha pasado esto?.

ANTONIO -. No lo sé.

JULIA -. ¡Cómo no lo vas a saber!.

Las expresiones eran muchas y los gestos más, aquellos que hacía la chica; en señal de estar como aturdida, por tenerle que lavar los pantalones y los calzoncillos.

Sin esperarlo Antonio, en un momento que parecía se calmaban los ánimos, le dijo la chica algo a Antonio, que nunca olvidará.

JULIA -. ¿Tú sabes lo que es el albero?.

ANTONIO -. La arena de la plaza de toros.

JULIA -. Allí se tiran los toreros para rematar bien la faena.

Antonio no quería oír hablar más a aquella chica; saliendo de aquel establo, en una nave, como si algo le hubiese picado.

De esta manera logró Antonio secar el pantalón al máximo; así que al llegar a casa lo llevaba seco, pero se vía que el pantalón se había mojado.

BELINDA -. ¡AY!, que ver. ¿Cómo vienes así?.

ANTONIA -. Me he caído en el río, al dar un paseo por su orilla.

Menos mal que Julia, que así se llamaba la chica, no le había planchado los pantalones; porque, entonces no podría haber dicho que se había caído en el río.

Cuando se fue a cambiar de pantalones, Antonio, se dio cuenta que en un pernil tenía un poco de su sustancia; de modo, que lo lavó como pudo, para que no se notase nada aquel espectro de desecho. Entregándola los pantalones un poco más tarde; cuando él los vio totalmente secos.

Dándoselo a su chica, más tarde, para que lo lavase bien y lo planchase; quedando el pantalón como nuevo. No queriendo volver a pasar por la nave donde estaba Julia con las ovejas: Ni siquiera quería un queso, como le había dicho aquella chica.

Un día de verano, llamó Anselmo al llamador de la puerta de Fernando, preguntando por Antonio, estando este en el patio y habiendo oído la conversación; sospechando el joven, que algún problema le traía ese hombre, que un día fue hasta ratero.

Entró en casa de Fernando el señor Anselmo, yendo hasta el patio; que era una especie de elogio a la edad antigua: Entre figuras y estatuas, se componían todos sus pasillos, que iban a dar a un pozo con tapa.

ANSELMO -. Vengo a pedirte un favor, Antonio.

ANTONIO -. Usted dirá. Señor Anselmo.

ANSELMO -. Que hables con alguien de la universidad; ya que hay unas plazas de conservación en dicho centro.

ANTONIO -. La facultad donde yo voy a imponerme en los estudios está muy lejos de la secretaría; que es dónde se puede recabar información.

ANSELMO -. Pues sí. Recaba dicha información de la secretaría: Te lo agradezco.

ANTONIO -. Así lo haré. Pero que coste, que la ventanilla de secretaría tiene un horario muy malo para mis intereses en los estudios.

Se despidió aquel señor de Antonio y de sus papás, saliendo de casa como si fuese un amigo de la familia. Con toda prepotencia de la vida, sin mirar para atrás, y sin decir una sola palabra.

Belinda anunció a Antonio, que iría ella a Madrid, por motivos de dar una vuelta al piso y recoger unos apuntes, que los había dejado a un discípulo; trayendo ella las bases que la Universidad ha dado para presentarse a esas pocas plazas.

Así lo hizo Belinda, quedándose solo Antonio y sin saber dónde ir, con los días tan agradables que estaban haciendo en aquella época estival. Y lo mejor, era levantarse temprano para salir a dar un paseo.

A la siguiente mañana, se levantó Antonio cuando a penas se veía; pues la brisa que da en la cara, hace reflexionar a las personas y alzar la vista al Cielo, dando las gracias al Altísimo por tales medidas de alivio y descanso para la persona humana.

Algunas veces iba pensando Antonio en Belinda, otras veces iba sin pensar en nada; hasta que encontró un banco puesto por el Excmo. Ayuntamiento para que se sentasen las personas que paseaban por aquellos lugares de ensueño.

Antonio no se había fijado dónde se había sentado: Cerca de Julia; pues ni las ovejas balaban, por la hora tempranera de aquel día.

Una tos cortada, le hizo sentir a Antonio, que se encontraba cerca de otra persona, en aquella mañana; nublada y amenazando agua. Antonio miró para donde él había oído toser, viendo allí a la chica que le invitó bajar al albero, para torear. Y lo más gracioso, fue que la chica se había creído que se había sentado allí Antonio por ella.

Antonio recibió un espasmo, levantándose rápidamente de aquel sitio; sujetándole Julia de un brazo para que se volviese a sentar de nuevo, al lado de ella.

La chica seguía igual, enseñando todas las formas que tenía en su cuerpo, pero con una picardía sin igual; parecía que lo hacía sin ganas algunas: Más bien, para desvelar el sentido de Antonio sobre su persona.

Aquella chica no era mala, pues Antonio sabía que había sido amiga de su novia Juana, que en paz descansa. Teniendo la chica un solo pensamiento en su cerebro metida: Llegar altar Mayor, pura y limpia; para poderse casar de blanco.

JULIA -. ¿Qué querías hacer?: Salir corriendo, nada más que me has visto. No comprendes que si haces la carrera; la mejor compañera que puedes tener es a mí. Tú con tu carrera y yo con las ovejas haciendo quesos de insuperable sabor.

¿Qué crees?, que se gana poco con este oficio: No te lo creas; pues yo vivo de primores, si no fuera por tener que cuidar del rebaño, en todo el significado de esa extensa palabra.

ANTONNIO -. No esperaba nunca que me hablastes de esta manera, Julia; pues a parte, tienes que saber que quiero a Belinda. Y mi idea es casarme con ella.

JULIA -. Eso se puede cortar en cinco minutos; ya sabes, en cinco minutos.

Señalando a un montón de paja que había allí mismo; quería decir, que esos cinco minutos habían llegado para ellos en aquel momento: En el momento, que removiesen esa paja tirada al suelo.

ANTONIO -. ¡Qué manera!.

JULIA -. No te entiendo.

ANTONIO -. ¡Qué manera!, de traer un hijo al Mundo.

Julia se puso colorada; pero ni tan siquiera azuzó al perro a las ovejas, pues se estaban metiendo por un terreno sembrado. Las ovejas hicieron lo que quisieron y Julia quería hacer de Antonio un pelele a su modo y manera.

Atrajo hacia así mismo Julia a Antonio, y casi echándose encima de él, le instigaba para que se desnudase. Menos mal que sonó una moto, de un hombre, que todas las mañanas pasaba por allí a la misma hora. Desistiendo Julia de sus intereses particulares y económicos; no queriendo decirse, que Julia no quisiera a Antonio: Le tenía que apreciar por lo menos; ya que había sido amiga de su novia Juana.

Por la mañana siguiente llegó Belinda al pueblo, con las bases de la participación de las plazas que había, como personal de mantenimiento, siendo funestas para el señor Anselmo.

Al enterarse este señor, de que pedían el certificado de buena conducta, exclamó.

ANSELMO -. No dejan vivir a nadie. Si una persona está rehabilitada; ¿por qué tiene que enseñar el certificado de buena conducta?. A parte que yo no tengo que hacer pruebas de fuerzas, ni dejar que nadie sepa si yo estoy herniado.

Así se expresaba el señor Anselmo, en casa del señor Fernando, al saber las bases de la convocatoria, para presentarse a las plazas que había, para ocupar un puesto como personal de mantenimiento en la facultad.

Nada más irse el señor Anselmo de la casa del señor Fernando, llamó a la puerta, una señora preguntando por la señorita Belinda; saliendo esta para ver qué quería aquella señora de ella.

MATILDE -. Tenga usted cuidado.

Así empezaba a hablarla aquella señora, Matilde, siendo la confidente de Belinda; ya que al parecer, se encontraba detrás de los jóvenes la otra mañana: Oyendo todo lo que hablaban entre ellos. Yendo a comunicárselo a la chica de Antonio sin falta de tiempo, para que no volviese hacerse tales encuentros.

Nada más que se fue aquella señora, Belinda llamó a Antonio, con una sola idea.

BELINDA -. Antonio, haz la maleta; que nos vamos a Madrid con toda la presura del Mundo.

Quedándose Antonio como descolocado, sin saber a qué venía tal decisión, por parte de Belinda. Aquello no era de recibo; pues estaban a la mitad del verano, y ya se quería ir la chica de Antonio a Madrid; se veía que era por algo dicha decisión.

Tal vez tendría que ver algo la presencia, en la casa de los papás de Antonio, de la señora Matilde; y así se lo hizo saber Belinda a su chico, alertándole que se diese prisa para volver a Madrid. Y así poder agenciarse los libros del cuarto año y poderlos dar un repaso a todos ellos: Yendo con los conocimientos más firmes al comenzar el curso nuevo; no creyéndoselo, para nada, Antonio aquella explicación. Pero, como Antonio quería saber las verdaderas causas de quererse ir tan rápidamente Belinda a la Capital de la Nación, Antonio no dudó en marcharse a la Capitalísima Ciudad.

Madrid en un verano no se ve mucho movimiento por las calles, pues en un mes de Agosto, todas las personas se encuentran de permiso en sus empresas o en los servicios oficiales.

No sabía Antonio, qué hacían allí; si no estaba abierta la ventanilla de la Universidad para formalizar ninguna clase de impresos y de documentos oficiales.

En cuanto a los teatros, apenas se montaban cosas nuevas, al igual que los cines, dándose ya películas en color, queriendo decir en pantallas panorámicas y más tarde cinemascope.

Aunque los adelantos en los cines eran muchos y muy variados; en aquellos veranos, aunque con gran asistencia turística en la Capital, se guardaban los cines poner en las pantallas, las mejores películas, para el comienzo de otoño; allá por los días que vuelven los estudiantes a Madrid y la Ciudad se pone de colores, con tantas luces por las noches, que parecía el mismo día; no teniendo que envidiar, para nada, las noches a los días, en las calles madrileñas.

Eran días de paz y sosiego en toda la Ciudad; pues si se sentaba una persona en una terraza del centro de la Capital, sabía que iba a estar casi sola, al no encontrar con quién poder hablar; como no sea, que esa persona fuese bilingüe.

Pero eso sí, cobrando la consumación tan cara, como si fuesen turísticas aquellas calles, al cien por cien; siendo que se veía un grupo de turistas extranjeros de vez en cuando. Y hasta un corte de helado, que pidieses en un kiosco en alguna calle, te cobraban lo suyo; por estar en permanente estado de turismo nacional.

Antonio, cansado y aburrido de estar en Madrid, habló con su chica; para que recapacitase y volviesen al pueblo, una vez más, pues en la Capital de la Nación, no era agradable estar a solas.

BELINDA -. Para que te pida matrimonio Julia: ¡Muy bien!

Comprendiendo, enseguida, Antonio que su chica estaba totalmente enterada, de la conversación que tuvieron Julia y él; aunque para decir verdad, él no había visto a nadie cerca de ellos: Aunque sí había estaba cerca de ellos Matilde.

Belinda le informó de todo lo que aquella señora la había dicho, el día que ella le trajo a la capitalina ciudad, sin remedio alguno para Antonio.

Y sin remedio alguno para Belinda, un día se dio un caso extremo; pues se cruzó, en plena acera, Antonio con Julia. La chica se quedó parada, para que Antonio lo hiciese también; pero en vez de quedarse quieto el joven en la acera, apretó el paso para no querer saber nada de Julia.

Pero como Julia le seguía los pasos, muy cerca; a la vez que le iba hablando; Antonio, no pudo por menos que pararse y saber qué quería decirle la chica.

Poca cosa, le quería decir aquella chica a Antonio; solamente le cogió del brazo sentándole en un banco de la calle, para que la oyera este chico.

Y después de coger aliento y aire en sus pulmones, se atrevió hablarle Julia a Antonio, con el corazón en las manos y desaliento en sí misma.

Se veía el desánimo que tenía la chica dentro de su Alma; pues estaba decaída, totalmente, en moral: Faltándola hasta el aliento, por no tener aire en los pulmones.

JULIA -. Se ve que tú no eres de esos chicos, que nada más enseñarle la muleta entra al trapo, no; para nada.

Pero con buena postura y buenas formas, te hablaré con el corazón en las manos, como se suele decir. Empezando una conversación amena y fluida, para que te enteres de cómo estoy por ti, y hasta por tus huesos.

Creendo que tú no sabes cómo soy yo y cómo estoy físicamente, proporcionada: Aunque ya me has visto la mayoría de mi cuerpo. . .

Antonio la cortó la conversación a Julia, con idea de que no siguiese contándole más sobre su grata y bonita persona, según ella.

ANTONIO -. No es eso, Julia. En este Mundo hay que tener una ética y una moral activa y bien formada. Yo estoy comprometido con Belinda; queriéndola con todas mis fuerzas, no pudiendo hacer caso a tus pretensiones: Por otra parte que soy hombre de creencias y de fe. . .

JULIA -. Sí, fe. Eso es lo que hay que tener en esta hora de desaliento para mí y mi cariño que profeso yo por ti.

Tú no sabes si te daría placer o nos llevaríamos bien los dos juntos; por lo tanto se debía probar dichas cosas.

Mira, yo vengo para expandir mi empresa y poder vender mis quesos por todo el territorio nacional. Podíamos saber algo de nosotros dos. . .?. . .Quero decir, que teníamos que tener relaciones carnales a la vez que sentimentales.

Antonio dio un salto, levantándose del banco rápidamente; como si le hubiese picado algún aguijón en los glúteos intermedios.

ANTONIO -. ¿Cómo?.

JULIA -. Pero eso sí. Si tenemos relaciones carnales; cada vez que lo necesite, tienes que ser tú quien me aplaque esas ansias. No he sido nunca mala mujer, no lo boy a ser ahora. ¿No te parece?: Yo no sirvo para eso.

Antonio la miraba a la cara con una expresión de asombro; por oírla decir aquello a Julia: Que se quería acostar con él. . .Y sobretodo, toda la vida. No podía consentir acostarse con Julia; una vez que había sido la amiga preferente de su ex novia Juana. Y sobretodo, cuando pensaba en su novia, que tanto la había querido en vida.

A la vez que la miraba hablándola a Julia, Antonio la miraba a los muslos; pues se los enseñaba, sentada en el banco, a Antonio. Pensando este que estaba rechazando un caramelo delicioso ofrecido por aquella chica, tan enamorada de él.

Aquella mirada que la echaba Antonio a Julia, la había cazado esta Chica; cogiéndole las manos al joven para ponérselas encima de los muslos , percibiendo una descarga emocional de Antonio hacia su persona.

Se levantó Antonio y comenzó el camino hacia su casa; pero como iba con un grado de emoción insuperable, le preguntó su chica por tales expresiones en la cara.

ANTONIO -. Alegre que vengo.

No sabía Belinda si tomar aquella contestación como válida; pues en su cara se veía una expresión, como de estar en otra parte, en otro sitio y no en su casa.

Viendo aquello, Belinda accedió a marchar, otra vez, al pueblo de Antonio, y al llegar a esa población, Antonio fue parado por la misma señora, que había informado a su chica.

ANTONIO -. ¿Qué quiere usted?, señora.

MATILDE -. Poca cosa.

ANTONIO -. Dígamela usted.

MATILDE -. La familia de Julia echa el mal de ojos.

Cosa que no creía, para nada, Antonio; pero que le dio ganas de saber más sobre la familia de Julia, sin que esta chica se enterase, ni tampoco Belinda.

Pero dónde ir para enterarse Antonio de quién era la familia de Julia, si a penas había hablado con ella; por vivir en otro barrio más alejado al suyo. ¡Vamos!: Que eran personas más humildes.

Cosa que se daba mucho en los pueblos; pese a que tenían cerca la Capital de la Nación. Y ahora que se nombra a la capital de la Nación; es tanto como nombrar a un primo de Julia, que vivía en la capitalísima ciudad.

Le entró un interés enormes a Antonio por ir a Madrid y contactar con ese chico, que no podía estar en casa; favoreciéndole una carta que había recibido de una agencia de información, a la que estaba suscrito.

Tenía, Antonio, toda la suerte del Mundo; pues al día siguiente se fue a Madrid, con la sola idea de pagar la tasa de la facultad: Llevando el dinero de él y de Belinda, portando en la cartera el carnet de identidad de su chica.

Lo primero que hizo fue montar en el tranvía, que existía, hacia la ventanilla de la Universidad, pagando la tasa de la facultad.

Más tarde se fue a un lugar de recreo, en donde existían billares, futbolines e infinidad de máquinas, para que las personas lo pasasen bien; existiendo más jóvenes que mayores.

El primo de Julia estaba tirando dardos a una diana; pues, según él, era experto en ello.

¡Una apuesta!; una apuesta se echó Antonio con el primo de Julia, entabando conversación sobre el pueblo y las personas. Al seguir la conversación con el primo de Julia, quiso conocerle, pero a través de la pastora; que era la que vendía los quesos, tan ricos, a sus papás.

Al seguir hablando con aquel chico, Ramiro que así se llamaba ese joven, profundizaron más en la conversación sobre la familia de Julia y terminaron hablando de ella misma.

RAMIRO -. Pues sí, Antonio: Nosotros no te conocemos mucho, por no decirte nada, y no te ofendas.

ANTONIO -. No; si no me ofendo.

Siguieron hablando aquellos jóvenes de Julia; diciéndole el primo, que ganaba mucho y que tenía la vida resuelta. Que el hombre que se casase con ella ganaría lo suyo. Pero al decir eso, hizo un inciso en la conversación; como pensando en algo que él sabía y no lo quería decir. Haciéndole gestos Antonio con las manos para que continuase.

Continuando hablando aquel chico, de los padres de Julia; diciéndole a Antonio: que no sabía cual de los dos hacía mal de ojos, pues a su parecer eran los dos a la vez.

Al decirle eso Ramiro, Antonio se sobrecogió; pero enseguida siguió con la misma conversación, diciéndole Antonio que no creía en nada de eso, pero sí creía en algo fuera de lo normal, siempre que la persona humana se relacione con algún ser no material.

RAMIRO -. ¡Con un fantasma!.

ANTONIO -. ¡Shh!

Antonio le mandaba callar a Ramiro, o por lo menos que no hablase fuerte; para que no se enterase nadie. Pero como Ramiro había cogido carrendilla en la conversación, siguió diciendo algo que no le gustó nada a Antonio.

Al parecer, los padres de Julia iban algunas noches a un monte donde hacía invocación a alguien fuera de lo normal, y lo normal era que se hubiese callado ese chico y no hablase de esa manera de sus tíos.

Antonio volvió al pueblo, callándose lo que él sabía, por boca de Ramiro, el primo de Julia.

Antonio se calló; pero era propicia aquella noche de nubes y luna, para que los padres de Julia saliesen hacia el monte.

Como Antonio sabia cual monte era, ya que se lo había dicho Ramiro, no tardó mucho dar con aquella prominencia de terreno, elevándose a las alturas. Y sí, allí se encontraban los padres de Julia con los brazos hacia arriba y otras veces hacia el centro; como si señalasen a alguien que Antonio no veía.

Antonio no dejaba mirar al reloj, como haciéndosele tarde; alegrándose cuando vio que aquellas personas se alejaban de allí. Subiendo Antonio al promontorio, viendo que unos palos dividían ese terreno y en el medio existía un círculo de piedras. Y al entrar en aquel círculo, notó como una sacudida que algo le subía por todo su cuerpo, no siendo material, más bien una corriente de algo, que él no podía saber qué era.

Aquella noche tuvo un sueño Antonio. . .Un sueño. . . Un sueño, que no le dejó bien su Espíritu atormentado por aquel encuentro que tuvo en el promontorio de aquel monte.

Levantándose por la mañana temprano con otra cara diferente a la de todos los días; pues la tenía blanca con irradiaciones amarillas. Y sobretodo un poco mareado.

A los papás de Antonio no le gustaban nada el color de la cara que tenía su hijo Antonio; pero era, que a Belinda tampoco la gustaba aquel color, tan blanquecino, con el que se había levantado su chico; pidiendo a Antonio que fuese al médico, por si le pasaba algo: Ya que cogido a tiempo era mucho mejor.

Se negó ir al médico Antonio, alegando que esperaría al siguiente día y según se viese iría al médico o no.

Pues no, no hizo falta ir al médico; ya que Antonio se levantó, al siguiente día bien: Con ánimo de ir para dar un paseo al río y así disfrutar de la naturaleza, que por aquellos contornos era estupenda.

No pudo ir para dar un paseo cerca del río; ya que había llegado un primo de su papá desde tierras lejanas, con la idea de hacerlos una visita, alargándose la visita hasta horas de la tarde: Ya que el primo de su papá, había merendado en casa; pero antes de marcharse, la instó a Belinda para que me llevase a un Sacerdote, que vivía en Madrid, en una parroquia o en un convento.

Algo quiso decir aquel señor; pues Belinda se quedó pensativa, mirándole a la cara a su chico, con mucho interés por saber qué le pasaba a Antonio. Y como no podía saberlo por ella misma; al siguiente día se fueron los dos, Belinda y Antonio, a Madrid, para visitar al Sacerdote que dijo el primo de su papá.

El Sacerdote no le encontró, a simple vista nada; no queriéndole hacer sufrir el impacto de un ritual, ya que él no veía causas externas para tales prácticas de echar a un brujo de su cuerpo.

Así se expresaba aquel Sacerdote, que además tenía que pedir permiso al señor Obispo de la diócesis. Y cosa rara, para los dos enamorados; pues el Sacerdote había nombrado a un brujo.

Sí; después de saber los hechos, el Sacerdote supo que había sido las consecuencias de un brujo, todo lo que le pasaba a Antonio. Marchándose de allí, Belinda y Antonio, tomando agua bendita, antes de salir de la Iglesia; según dijo aquel Sacerdote.

No conducía Antonio el coche, lo conducía Belinda; ya que el joven se encontraba un poco mareado; pero antes de llegar al pueblo, ya iba mejor el novio de Belinda, no percibiendo nada el resto del día.

Belinda no quiso salir con Antonio, el resto del día; para que no le viesen las personas del pueblo un poco mareado; pero que al decir verdad, aquel joven se encontraba como si no le hubiese pasado nada.

En un descuido de Belinda y de sus papás, Antonio salió afuera de la casa, para dar un paseo por el campo; viendo allí a Julia, que tal vez le estaba esperando.

Antonio quiso dar un rodeo para no encontrarse con Julia, pero esta chica le cerró el paso; ya que se sabía todos los caminos y veredas de aquellos contornos.

JULIA -. Espera, Antonio. Yo no tengo nada que ver con mis padres.

La chica lo decía, como si tuviese el corazón en las manos, y pensando mucho en Antonio: Con ese interés que una persona dice una cosa con toda la fe del Mundo.

Antonio se paró en firme, mirándola a la cara; como si creyese que Julia no tenía nada que ver con lo que hacían sus padres en el monte que tenía enfrente de él, en ese preciso momento de charlas con aquella chica.

ANTONIO -. Quítate delante; me vuelvo al pueblo.

De esta manera Antonio llegó a las primeras casas del pueblo y dirigiéndose hacia su casa, llegó al tiempo que estaba poniendo Belinda unos aperitivos.

BELINDA -. Antonio, ¿qué haces dando paseos?; te lo vas a perder los aperitivos de hoy.

ANTONIO -. No me los pierdo; porque estoy aquí, ahora mismo.

Sentándose Antonio en una silla, en la cocina, esperó a que le diese el refresco, con unas porciones de embutidos, como quesos hechos en el pueblo, así como un trozo de jamón, curado en la buhardilla de la casa.

Un poco alegre, más de costumbre, se le vio a Antonio aquella mañana soleada y de alegría en la casa del señor Fernando.

Alzó su copa Antonio brindando por la felicidad de todos los de la casa, sin saber que su novia Belinda, había brindado antes por todos ellos; para que se los diese bien la vida en común.

La alegría se le veía a Antonio en la cara; por haberse escapado de aquella chica, que le atosigaba y le seguía todos sus pasos, nada más que salía de su casa.

Antonio miraba mucho aquel día a Belinda; como queriéndola decir, que la quería mucho: Pero su chica cazó la indirecta que la tiraba su chico, con tantas miradas a su persona.

Belinda se fue a sentar cerca de Antonio, y en un momento que se quedaron solos, le abordó la idea maldita que tenía ella en su cabeza.

BELINDA -. ¿Ya has visto a esa chica?.

ANTONIO -. Sí: Pero no te preocupes. Ha sido positivo el encuentro.

BELINDA -. ¿Cómo?.

ANTONIO -. Quiero decir: Que ha surtido efecto para no volver a oírla nunca más.

Belinda se quedó pensativa a la vez que le miraba a su chico; pensando en algo que ella ya sabía.

BELINDA -. Te da miedo el brujo.

No sabiendo Belinda que a Antonio no le daba miedo nada; y a la pretensión de querer saber aquella chica si a su chico le daba miedo el

padre de Julia, este movía la cabeza en señal de negación y de poderío de fuerza.

Quedándose tranquila la chica de Antonio, al ver aquel estado de ánimo fuerte y valeroso. Sabiendo que en él tenía a un hombre valiente, al que nada le asustaba.

Belinda esperó a la noche para invitar un refresco en una terraza de un bar, en una calle allí cercana. Y cuando se sentaron toda la familia en una mesa, se acercó Julia ofreciéndolos unos quesos suculentos, con buen gusto.

Antonio se quedó cortado, sin saber qué decir, al igual que Belinda que miraba al papá de su chico con mucho interés, para ver lo que él decía; pero como el señor Fernando no decía nada, Belinda comenzó a mirar a la señora Cristina. Y al ver que la señora Cristina, tampoco respondía; abrió la boca esta chica para pedirle un queso para ella.

JULIA -. Cállese, señorita: Estoy hablando con los señores.

Una afrenta recibió Belinda por parte de Julia: Sí, una bofetada moral recibió la novia de Antonio, delante de todas las personas que asistían en aquella hora, sentadas en las mesas que tenía aquel bar. No decayéndose su ánimo al suelo, ni mucho menos, al decir algo que la elevó la moral a las nubes.

BELINDA -. Tiene usted razón, señorita. Que conteste antes mí querida, suegra.

Al oír aquello Julia, se la puso una cara de rabia; como reteniendo nervios para no liarla, y así supo la pastora, que la mamá de Antonio quería tres quesos y Belinda la pidió uno, para ella.

No se había dado cuenta Belinda que “su querida suegra”, la estaba mirando mucho, con ojos de buena fe y con cariño; por eso que había dicho a la pastora. Sin saber la tirantez que había entre las dos chicas, a consecuencia de quererse llevar, cada una, a su hijo Antonio.

Por su parte, Antonio se le había cortado hasta la respiración; sin saber tan siquiera lo que decir, ni lo que contar en esa hora tan funesta para él. Si abría la boca para emitir alguna palabra, se podía hasta enredar las formas de decirlas; pues tal vez confundiría algunas palabras, que la etimología no fuese la correcta para indicar lo que él deseaba decir.

Poco tiempo duraron allí la familia de Fernando; ya que se fueron a su casa, con la sola idea de que no volviese, otra vez, la pastora con los quesos; sería mejor que los llevase a su casa de ellos.

Desde luego que los llevó: Llevó cuatro quesos al día siguiente, a la casa de los papás de Antonio, saliendo la señora Cristina y Belinda a recibir a la pastora.

Viendo la mamá de Antonio la tirantez tan enorme que había, entre la pastora y la novia de su hijo Antonio; dándose cuenta, que las dos chicas querían a su hijo.

Cuando se fue la pastora, dio media vuelta la señora Cristina diciendo -. Es buena chica -. No sabiendo lo que quería decir esta señora, pues Belinda; se quedó muy seria. Y cuando volvió la cabeza la señora Cristina y al verla tan seria a Belinda, la dijo -.Tú también eres buena chica-.

Aquella noche no pudo dormir nada Belinda; pues ya se acostaba en casa del señor Fernando, el padre de Antonio; habiendo dejado la casa de la señora Catalina, ya que se había acostado en esta casa, por vivir allí su amiga Asunción.

Por la mañana siguiente se levantó Belinda con unas ojeras enormes; viéndoselas la señora Cristina, sabiendo muy bien que era, posiblemente, por lo que el día anterior dijo de Julia al marcharse de su casa.

La señora Cristina la cogió de los hombros a Belinda atrayéndola hacia así, dándole sendos besos para que se calmase y se sintiese la mejor de las mujeres y la nuera más querida del Mundo.

Belinda, que era lista, supo por qué hizo aquello la señora Cristina, arrimándose cada vez más a dicha señora, hasta el punto que la propinó un beso, que a la señora Cristina la supo a poco. Llegando las dos mujeres, cogidas por los hombros hasta la cocina.

Antonio la guardó la vuelta a su mamá, Cristina, para hablarla del piropo que tiró el día anterior a Julia, sin apenas decir muchas palabras.

ANTONIO -. ¿Por qué dijiste a Belinda, que Julia era buena chica?.

CRISTINA -. ¿No lo comprendes?, hijo.

ANTONIO -. Pues no. No lo comprendo.

CRISTINA -. Así sabrá Belinda, que tienes otras chicas detrás de ti. No ves que Belinda está estudiando y terminará su carrera; pues es lista. Nadie puede decir, si os iréis a casar o no. Así la entrarán más ganas de casarse contigo.

La madre de Antonio, Cristina; llevaba buena idea, si no conociera a la chica de su hijo: Porque Belinda estaba enamorada de Antonio y este de Belinda.

Al parecer; todo quedó en aguas de borrajas, según la madre de Antonio: Pero no, pues Belinda no olvidaba ese piropo que tiró a Julia, cuando ya se había ido de su casa. Y menos mal que no lo oyó esa chica; porque si no se hubiese puesto engreída de sí misma.

Poco a poco se la fue pasando a Belinda ese berrinche, que tenía ella metida en sus tripas; pues parecían que la pegaban bocados, por el dolor tan enorme que había recibido, al oír decir aquello a la señora Cristina. Totalmente olvidado quedó, que aquella noche salieron para cenar.

Degustando una buena ración de una cosa y de otra, pasaron una velada agradable los padres de Antonio y este con su novia. Hasta descorcharon una buena botella de un buen vino, para brindar por ellos y por la vida misma.

Yéndose a casa, alegres y dicharacheros como ningunos de aquellos comensales que estaban en aquel local de comidas.

Pero la alegría duró poco, cuando el papá de Antonio se levantó con una gripe monumental, y eso que era verano. No sabiendo dónde había cogido el señor Fernando esa gripe. Teniendo que llamar al médico, que acudió lo más pronto posible, fumándose un cigarro; pues no le soltaba por nada del Mundo.

CRISTINA -. Don Manuel: No deja usted el cigarro. ¿Le gusta fumar?.

D. MANUEL -. No señora, Cristina; es para espantar a los virus, así no cogeré yo la gripe. Estoy obligado hacerlo en estas ocasiones.

Poca epidemiología se sabía en aquellos tiempos; cuando el doctor se expresaba de esa manera. Tal vez aquello fuese verdad, él lo sabía.

Con un volante médico le mandó al señor Fernando a urgencias en el hospital de aquella provincia. Y menos mal, que aquellos médicos no fumaban, pero le curaron al señor Fernando antes que terminase el verano; que era cuando se iban, Belinda y Antonio a Madrid.

Hubo tiempo, para celebrar que el papá de Antonio se había puesto bueno de su gripe veraniega; yendo de excursión a un nevero que había allí cerca.

También fue con ellos Enrique, que había llegado el día anterior para ver cómo se encontraba su papá biológico; celebrándolo mucho sus papás por tenerle con ellos.

Por aquel tiempo, se alojaron en un hotel, en plena sierra, que estaba bastante aceptable; pues ya comenzaba el boom de los turistas del extranjero: Llenando todo los lugres de recreo aquellos turistas, procedente de otras Naciones.

Pero como el verano estaba dando fin, nos tuvimos que ir al pueblo para hacer las maletas y prepararnos en nuestros estudios. Con todo y eso, al siguiente día nos llegó Catalina diciéndonos que su hija, Asunción, había aprobado las oposiciones a maestra nacional, al igual que el hijo de la señora Angelines, Rafael.

Más tarde supimos que a Rafael le habían dado plaza en un pueblo, no muy lejos del suyo; pero ya no estaba en su pueblo. Y aquellas carreteras. . .No eran de fiar mucho; así que alquiló una casa de aquel pueblo, como huésped. Habiéndose quedado Asunción en su mismo pueblo, por haberse aplicado plazas en el.

En la víspera de la marcha de los jóvenes estudiantes, se acercó un señor del pueblo diciéndole a Antonio algo que a él le chocó mucho, por la

manera de decirlo -. Ellos han terminado la carrera, pero vosotros no. ¿Sois más torpes? -.

Antonio no contestó a aquella indirecta tirada por aquel señor, con tan pocas luces; marchándose a Madrid los tres estudiantes, Enrique, Belinda y Antonio.

Cuarto curso de carrera; ya era el cuarto curso, el que iba hacer los jóvenes estudiantes, no queriendo perder ni un solo día de estudios y de asistir a las clases en la facultad.

Todo era, un ir y venir del piso a la facultad y de la facultad al piso; sin pararse para nada con otros condiscípulos suyos, ni tomarse un refresco en algún establecimiento de bebidas.

Como Belinda y Antonio tenían clases particulares, hacía la comida Enrique al salir de la facultad y esperando a que llegasen sus dos hermanos al piso, para intercambiar opiniones del día en cuestión.

Un día llegó diciendo Belinda, que había visto en la capitalísima Ciudad, al señor Mariano; pero esta vez iba solo. Quedándose muy pensativo Antonio por aquel hecho.

Con tanto pesar en su corazón se había quedado Antonio; que quería saber las causas de estar el señor Mariano en Madrid. Así que le escribió a su hijo Rafael para ver cómo se encontraba él y cómo le iba la vida en aquel pueblo; no hablándole nada de sus padres.

A vuelta de CORREOS, le escribió Rafael a Antonio, contándole lo

que él hacía en el pueblo, y a dónde iba en horas de descanso. Pero al final de la misiva, le dijo algo que ya sospechaba Antonio. Su padre había abandonado a su madre, sin querer saber nada de ellos dos, de él y de su madre.

Aquella noticia le afectó mucho a Antonio; entrándole deseos de saber qué hacía en Madrid y por dónde se movía el señor Mariano. Pero no tenía medio alguno para saber dónde se alojaba el señor Mariano; no tirando la toalla, como se suele decir, e investigando mucho por todos los contornos de aquella Capital.

Los días pasaban, no olvidando los estudios; pero tampoco olvidaba Antonio seguir buscando al padre de Rafael: Un buen amigo donde los haya.

Aprovechó un viernes por la tarde, que Antonio tuvo que ir al pueblo; ya que su papá había recaído con la enfermedad que había tenido el pasado verano.

ANTONIO -. ¿Qué pasa?, mamá. ¿Cómo está papá de la gripe?.

CRISTINA -. No es gripe, es pulmonía, y parece que le está afectando a los dos pulmones.

Antonio llamó, por teléfono a Belinda contándole la verdad, pues él tenía deseos de quedarse con su papá unos días; no sin antes aconsejarla

que tomase apuntes de lo que explicase el señor catedrático, y así lo hizo su chica.

Admirándose mucho Antonio cuando llegó a Madrid; pues Belinda le había cogido unos apuntes que con solo echarlos un vistazo se le quedaban a uno en la cabeza.

Cuando estuvieron a solas, Belinda y Antonio, este joven la colmaba de besos, por lo bien que le había cogido su chica los apuntes.

BELINDA -. Ten cuidado, Antonio; no vaya a ser que nos vea tu hermano Enrique.

ANTONIO -. Cuando se mete en su cuarto para estudiar, no sale de el durante dos horas: ¡Bien lo sabes tú!

Pues claro que sabía Belinda lo estudioso que era Enrique; pero para decir verdad, también estudiaba mucho Antonio, aunque era un poco más rezagado en adquirir conocimientos: Tenía que repasar mucho las lecciones.

Al siguiente día tocaba prácticas, pero no donde las hacían siempre: Esta vez tenía que ser VIS a VIS, con los enfermos. Y cosa curiosa; pues estas prácticas las comenzaban hacer en quinto de carrera y no siempre, pero he aquí, que por vez primera se los abrió un mundo diferente, no esperado por ahora. Vieron lo difícil que era la auscultación a un paciente:

Pues a parte de que hay infinidad de enfermedades, creyendo algunos estudiantes que todas eran igual. Pues si se portasen así con sus pacientes, ¡irían apañados éstos!.

Pero eso si; los señores catedráticos los informaron, muy bien, de cual era la primera premisa que debían saber. . .Y en realidad la supieron todos los estudiantes de ese curso. Resultando que había alguna fórmula para saber qué clase de enfermedad tenía el paciente: Ahora sí era más fácil saber lo que la pasaba a una persona.

Un día tuvo que ir, Antonio, con un condiscípulo suyo a una localidad cercana a Madrid, para obtener de ese discípulo unos apuntes, que eran un croquis de todas las venas y por qué canal en los huesos se metían.

Fue muy amable el condiscípulo de Antonio, al darle tales apuntes; pues estaban muy bien detallados; despidiéndose este de su condiscípulo para salir a la calle todo él ufano y contento.

No había dado más de veinte pasos, cuando vio al señor Marino detrás de un mostrador en un local de bebidas, corriendo a una cabina telefónica para llamar a su amigo Rafael; pues no sabían en su casa dónde estaría el señor Mariano. Pero como la primera cabina telefónica la faltaba el auricular, se marchó a otra, que estaba a unos trescientos metros de aquel local, anunciado a su amigo la ubicación exacta de dónde se encontraba su padre; dándole las señas de la calle, número y cómo se llamaba el local.

Con la conciencia bien clara y sabiendo que había obrado bien, tomó un autobús para llegar a su piso, antes que Belinda.

Cuando llegó Antonio al piso, ya estaba allí Belinda y Enrique, con el guiso de aquella merienda hecha; que al parecer estaba muy sabrosa.

¡Qué alboroto!, se formó al siguiente día, cuando llegó Rafael con su madre, la señora Angelines; pues querían llamar a la guardia civil para que le llevasen esposado al pueblo al señor Mariano, por incumplir con su deber de ser marido y padre.

ANTONIO -. No señora, aquí se llama a la policía; por estar dentro del casco urbano de un municipio nacional.

Cogió el teléfono la señora Angelines, con deseos de llamar a la policía, quitándoselo de las manos Antonio; con idea de que no enredase más la madeja, como se estaba enredando ya, sin llamar a la policía.

La alertó; que lo primero se debía hacer, era ir ella y su hijo a la población donde le había dicho Antonio, que estaba su padre: Pues ya sabía Rafael la calle y el número, así como se llama el local. Pero cuando fue invitado Antonio, para que los acompañase este; el chico declinó la invitación, no queriendo ir con ellos, para seguir teniendo buena amistad con el señor Mariano.

Como tardaban llegar a la pensión, la señora Angelines y su amigo de la infancia, Rafael; Antonio no sabía qué hacer, ni qué pensar de aquella tardanza: Ya que habían ido en grado súbito de ánimos.

Antonio se fue a su piso, para poder estar con su chica y poder degustar la merienda con ella; aunque la señora le había invitado para que comiese Antonio en la pensión.

Comieron, hablaron y hasta oyeron el parte en la radio; para seguir hablando en la sobremesa, tomando un café insuperable. Pero como la señora de la pensión, Pilar, no llamaba, llamó Antonio; diciéndole la señora pilar, que madre e hijo se encontraban en la comisaría de la policía de aquel pueblo, dónde ellos habían ido. Queriendo ir con Antonio la misma patrona, la señora Pilar; no dejándola marchar Antonio a la comisaría de policía de aquel pueblo, cercano a Madrid.

Dando notas y señas, Antonio de que conocía a los dos incautados por la policía; como así, también enseñando el carné de identidad para demostrar que era él mismo y no un impostor.

Salieron de la comisaría los tres, muy serios y cabizbajos; no pensando en nada, ni tan siquiera en coger un autobús para que los llevaran al centro de Madrid. Hasta que por fin, miró para atrás Antonio, viendo llegar el autobús que se dirigía a Madrid, echando una carrera, para llegar a la parada de autobuses en aquella calle.

Ya en la pensión, les informó la patrona de que se había recibido una llamada de teléfono desde su pueblo, siendo el marido de la señora Angelines, anunciando que se encontraba en el pueblo.

Todo estaba en dos horas, cuando llegasen madre e hijo a su pueblo, para poder hablar con su marido la señora Angelines y saber qué le había pasado al señor Mariano, su hijo Rafael.

Alegó el señor Mariano, que estaba trabajando para llevar dinero a su casa, y así poder subsistir su familia y él; por no tener medios de subsistencia el señor Mariano en el pueblo, no convención mucho a la policía, ni al señor abogado. Y antes que pasase a mayores, el señor Mariano asumió su culpa, yéndose al pueblo: Marchándose por la carretera adoquinada de las siete herraduras, hoy llamada de las siete revueltas.

El señor Mariano dejó el ambiente turístico, para seguir viviendo con su mujer, Angelines, y ver de vez en cuando a su hijo Rafael, con la novia de este, Asunción. El señor Mariano, volvió a coger las mulas y el arado, para hacer la sementera más tarde en las fincas que este tenía, cerca del pueblo.

Al papá de Fernando le había tocado la lotería, un buen pellizco por lo que se podía ver; ya que compró un coche nuevo; dando parte a sus hijos, para que se pudiesen pagar el primer curso de la especialidad, guardándolo estos en una cuenta de ahorro en un banco, para cuando llegase la ocasión de hacer huso de aquel dinero.

Sin saber cómo; se habían enterado en el pueblo del dinero que le había tocado al señor Fernando, llamando a la puerta la señora Felisa, y como habían sido medio comadres, se la recibió en dicha casa con los brazos abiertos.

Desde luego, salió la señora Felisa de la casa de Fernando, con una sonrisa picarona; al poder comprobar que su petición se había hecho efectiva: Pues no iba a decir el señor Fernando algo en contra de la señora Felisa, la madre de Juana, que en paz descansa.

Hasta la providencia llegó a casa de su prima Catalina; ya que su marido Cristóbal tenía un coche bastante viejo, que tal vez le dejaría, un día, en medio de la carretera tirado al señor Cristóbal.

Fernando sabía que ya tenía que tener cuidado para no despilfarrar tanto dinero; no podía ir dando dinero a todo conocido por él; como no fuese que le hiciese bastante falta.

Estando echando cuentas el señor Fernando, llamó a la puerta la pastora, Julia; pidiendo un pequeño préstamo, para obtener una máquina para prensar el queso joven y sacarle toda la leche que le sobraba.

Pues sí: La máquina prensora la tenía en unos días Julia en la nave, donde ella hacía el queso tan sabroso y mantecoso como nunca habían probado los habitantes del pueblo.

Algo se fraguaba entre las personas del pueblo; pues no dejaban ir de un lugar a otro, de una parte a la otra parte con recaditos y notas. Querían

que se supiese lo que se estaba maquinando entre esas personas del pueblo. No se ocultaban las unas de las otras: Era más, que se vio en algunas de aquellas notas puestas una cantidad de dinero, que era lo que la tocaba a las personas que tenía, en su poder, aquella nota.

En una plaza pequeña, más bien una plazoleta, se pusieron: Farolillos, guirnaldas y serpentinas colgando de unas cuerdas, que sujetaban todo ese cachivache de adorno.

Hasta que se empezó a construir un escenario en una parte de la plaza, y estando montando el escenario, pasó por allí el señor Fernando preguntando las causas que habían llevado a los habitantes de aquella plaza para organizar todo aquello.

VECINO -. Es la fiesta del barrio.

Así se expresaba un vecino de la plaza, diciendo el señor Fernando que -. Está muy bien. ¡Seguir!, seguir. Y dando media vuelta se marchó como vino: Sin correr y a cada paso que daba, parecía que iba pensando.

A los dos días recibió una nota el señor Fernando, de la comisión de festejos del Excelentísimo Ayuntamiento, para que asistiese a la fiesta de aquel barrio.

Sería barrio; pero allí se encontraban todas las personas del pueblo: Mayores, medianas y pequeñas. Comenzando a sonar una música, como de

algo superior, como si la música anunciase un hecho primordial para la historia.

En aquel momento se anunció al pregonero, que se encargaría de homenajear a una persona del pueblo, no diciendo a quién.

Pero cuando subió a la tarima el señor pregonero, todas las personas del pueblo comenzaron a mirar al señor Fernando con cara de alegría y de bondad.

Este, al ver que todas las personas le miraban; se quiso levantar y salir corriendo: pues el señor Fernando no era persona de agasajo.

No había terminado el señor pregonero de ensalzar las virtudes y los honores hechos a la persona del señor Fernando; cuando este estaba ya llorando a mares, como se suele decir.

Le caían unos lagrimones, al señor Fernando, que era digno de verlos; pues no era por algún dolor que se le hubiese presentado en aquel día, ni por algo malo que él recordase: Era más bien; porque el señor Fernando no era persona que le gustasen mucho las alabanzas.

Esa congoja que se le produjo en su pecho, le estaba asfixiando por momento; dándose cuenta el médico del pueblo, que le desabrochó el botón de la camisa y le desajustó el nudo de la corbata. Presentando mejor semblante el señor Fernando; llorando allí todos los seres del pueblo: Hasta lloraba su esposa, la señora Cristina y su nuera Belinda y si me apuran, tengo que decir, que también lloraba su hijo Antonio. Quedándose Enrique

mirando mucho a la figura del señor Fernando; mordiéndose los labios y moviendo la cabeza de arriba abajo, como dando su veredicto de que aquello era verdad. Para darle, luego, un abrazo que al señor Fernando le supo a poco.

Ni su señora Cristina, ni su hijo Antonio; ni tan siquiera su nuera Belinda, se habían movido de donde se encontraban sentadas, por tener los nervios ateridos, como encorchados, al ver que todo el pueblo vitoreaba al señor Fernando y le alababan con vítores de grandeza para él.

SR. ALCALDE -. Ya ves lo que ha dicho el secretario del Excelentísimo Ayuntamiento de ti.

Dándole una palmadita en las espaldas se fue el señor Alcalde de aquella plaza, quedándose las personas del pueblo, con el señor Fernando.

Al señor Fernando no le dejaban marchar a su casa las personas del pueblo, querían tenerle cerca de ellos; como si fuese un trofeo ganado en todas sus vidas.

El aprecio que le tenían las personas del pueblo era mucho; pero así, como a una hora prudencial le acompañaron a su casa infinidad de personas, para darle las felicitaciones por aquel día tan bello y agradable para él.

Cuando leyó su hijo Antonio el periódico, fue diciéndoselo a todas las personas que se cruzaban con él, y como había salido en el periódico de la provincia, el homenaje que todo el pueblo había hecho al señor Fernando: Antonio fue a enseñárselo a la patrona, la señora Pilar; gustándola mucho aquel acto encandilando a su padre, para que se diese cuenta de lo bien que se había portado con ellos.

El señor Fernando tenía talla, marcando clase y señorío allá por donde iba, respetándole todas las personas del pueblo; hasta el punto que solamente encontraba él jornaleros para que labrasen sus tierras.

¡Qué bonita iba!; sí iba preciosa un día Belinda, con una bata de seda, ajustada a su piel, de tal manera que la exaltaba las formas, haciéndola aún más bella.

Antonio no quería que se quitase la bata que llevaba puesta ese día, y antes de llegar al piso la invitó una cena fría en una terraza que había cerca de su piso; y aunque ya iba haciendo un poco de relente, Antonio no notaba nada de frescor en la frente, todo lo contrario.

Antonio se acordó de Enrique, llamándole por una cabina telefónica, para que no los esperase a cenar aquella noche a ellos dos, a Belinda y a él.

Pero nadie cogía, en su piso el teléfono; poniéndose un poco nerviosos Antonio por aquel contratiempo. Pidiendo a Belinda que se quedase un rato sola, para ver él lo que pasaba en su piso.

No tardó llegar Antonio donde se encontraba Belinda, diciéndola a su chica -. No hay nadie en el piso -. Y al oír decir aquello a su chico, esta chica se puso, también, nerviosa.

Degustaron aquella cena fría como si tuviesen prisa, mucha prisa: Yéndose al piso Antonio y Belinda cuanto antes; para saber de Enrique, o por lo menos dónde había estado.

¡Estado!; no estuvo en ninguna parte que ellos dos pensaban, solamente fue que al sacar un pañuelo una señora y acercándose a sus fosas nasales, Enrique se quedó totalmente dormido o como manejado por aquella señora.

Poco tiempo duró en manos de aquella señora Enrique; pues al saber quién era, le dieron largas sus secuestradores; ya que la habían dicho a la señora, que Enrique era otro chico, otro joven de un matrimonio acaudalado, y hasta que no contactaron la noticia, pasaron cuatro horas nefastas para Enrique.

Así, como a las cuatro de la madrugada, llegó al piso Enrique, con una cara de ido totalmente; como si no supiera dónde se encontraba.

ANTONIO -.Pues ya estaba yo a punto de llamar a la policía.

ENRIQUE -. ¡Anda!, anda. ¡Qué bárbaro!.

ANTONIO -. ¡AH!: Pero ya sabes donde te encuentras.

ENRIQUE -. Sí: Con mi familia, en el piso de Madrid.

Ya daba señas y direcciones Enrique; pues se encontraba, si no bien, con los conocimientos en regla.

Para que Enrique no fuese solo a la facultad, por la mañana temprano le acompañaron Belinda y Antonio, así como a la salida de la facultad; no dejándole solo para nada.

Aquella situación se normalizó en el piso de Antonio, siguiendo la vida tal y como había sido, antes de aquel amago de secuestro de Enrique; y para ver si se encontraba bien del todo este joven, se fueron a ver un teatro, que era una preciosidad.

A la salida del teatro, decidió Antonio ir andando a casa; para ver la capacidad de resistencia que tenía Enrique, comprobando que era bastante y que aquel chico, su hermano, estaba en plenas formas de resistencia física.

Mientras tanto en el pueblo, la amistad que hizo Julia, la pastora, con los papás de Antonio era mucha; hasta el punto que un día, cuando llevó un queso, encargado, a la casa del señor Fernando la invitaron a merendar con ellos.

La mamá de Antonio no hacía más que mirar, mucho, a Julia; como queriendo percibir el grado de amistad o cariño que tenía esta chica con su hijo.

Nada más que empezó hablar Julia, ya sabía la señora Cristina que esa chica estaba enamorada de su hijo Antonio; que no era solamente amistad, lo que tenía Julia hacia su hijo, era más bien cariño.

Para rematar las sospechas de la señora Cristina, la dieron a beber un vinillo de la tierra, diciéndola que era bueno tomar vino durante las comidas; poniéndose a tope de alegre Julia en aquella merienda, delante de los papás de Antonio. No quedando sospecha alguna, a la mamá del joven, que esa chica estaba enamorada de su hijo Antonio.

La retuvieron en casa, durante un par de horas, dándole un café bastante cargado; para que se la pasase el efecto del tanino que la habían dado durante la merienda a Julia: Pues aquel vino se subía a la cabeza con dos vasos que se tomase una persona.

Cuando se quedaron solos, los papás de Antonio, hablaron entre ellos; diciéndole su mujer al señor Fernando algo, que este hombre nunca olvidó.

CRISTINA -. Esta chica, Julia; está enamorada de nuestro hijo Antonio.

FERNANDO -. Ya lo he sospechado yo.

Así se expresaba aquel matrimonio, con respecto a Julia y a su hijo Antonio: Sopesando las posibilidades de salir triunfante en aquella unión, siempre y cuando, las circunstancias fuesen favorables a los dos jóvenes;

pues no todos lo años viene de frente la suerte echada en la demanda de quesos.

CRISTINA -. Pues parece que va bien, con los quesos.

FERNANDO -. Hasta está ampliando, esta chica, maquinarias.

Así se expresaba el matrimonio en su casa solariega, al echar cuentas del grado positivo que tendría formalizar aquella unión, entre los chicos.

Pero de repente, se quedó pensativa la señora Cristina; como si algo pasase por su cabeza: Aludiendo, de que si a su hijo Antonio no le gustaba esta chica, no debían inducirle a que la cortejase; pues ya tenía a otra buena chica a su lado, Belinda.

Estaban en estas dilucidaciones, cuando sonó el llamador de la puerta, yendo abrir el señor Fernando en persona, ya que había hecho un signo, con la mano, al personal doméstico para que no abriese aquella chica, que tenían en su casa como doméstica.

En el quicio de la puerta estaba Julia, con otro queso en las manos, y esta vez venía a regalárselo a los papás de Antonio. Y aunque el señor Fernando no hacía nada porque entrase esta chica en casa, ella se hizo un hueco entre el señor Fernando y el marco de la puerta, entrando en casa para volver a saludar a la señora Cristina.

La señora Cristina alegó que tenía el cuerpo revuelto, y como eran ya horas avanzadas de la tarde, Julia decidió hacerla un caldito a la mamá de Antonio; sentándola de maravillas.

CRISTINA -. Hija, ¿Cómo lo has hecho?.

Al decir eso de “hija”, la señora Cristina, se la vio inflar el pecho a Julia; pues aquella palabra la sentó de maravilla en su sensorio común. Explicando los ingredientes que había echado para formar ese caldo, en la sopa del puchero. Ganándose la confianza de los papás de Antonio.

Así, como entrada la noche se fue Julia de la casa del señor Fernando, con el deber cumplido y la conciencia tranquila; al saber que había obrado bien con los papás de Antonio.

Como llegaba la Navidad, los papás de Antonio esperaban que su hijo llegase pronto a casa; pero una llamada telefónica los alertó de que no podían llegar antes del día veintidós; ya que tenían prácticas, a las que debían asistir todos ellos: Sus dos hijos, y Belinda.

El tiempo corría a favor de Julia en la casa del señor Fernando; pero cuando llegaron, Antonio y Belinda; la balanza caía hacia el lado de aquella chica mona y esbelta. Ya que aquella chica, limpiaba la casa mejor que nadie, y hacía los guisos con una pizca de detalle.

No sabiendo, quién la habría dicho se portase de aquella manera con los papás de Antonio; pero cuando oyó la madre de Antonio hablar a la señora Matilde con Belinda: Todo estaba explicado de antemano; ya que las sospechas que tenía la señora Cristina, era de la señora Matilde.

La casa estaba brillante; pues entre una y otra chica, la tenían más limpia que el oro. Brillaba como el jaspe, sin ser mármol; ni tan siquiera alguna parte de las habitaciones de aquella casa.

Buena confidente era Matilde para Belinda, la novia de Antonio; pues todos los días la decía los pasos que había dado Julia y con quién había hablado.

No teniendo una cena agradable en Nochebuena Belinda, al saber que Julia estaba completamente enamorada de Antonio. Hasta los mariscos, como los crustáceos y los moluscos se la atragantaban; pues a penas sabía comerlos, llenando el plato de su carne fresca.

No solamente se dio cuenta Antonio de lo nervios que tenía su chica; también se dieron cuenta los papás de este chico, que con gran sabiduría la supieron inculcar en el cuerpo y hasta en el cerebro, la fe y ese estado de creencias, bien asistidas por la mano de Dios.

Refortaleciendo su Espíritu, maltrecho por saber que Julia rondaba a Antonio siempre que él llegaba al pueblo. Y por si fuese poco, en Navidad, a primera hora se presentó Julia con un queso en las manos, para que lo degustasen Antonio y Belinda.

Belinda no quiso probar nada de aquel queso rico y fresco, como había llevado a casa del señor Fernando la pastora. . . Como decía la chica de Antonio.

Y máxime, cuando se dijo; que tal vez ese queso lo había tenido metido en el frigorífico más de dos meses; pues ya sí había neveras, según se decía en aquellos tiempos, ahora frigoríficos.

Posiblemente sería lo que decían los papás de Antonio; ya que por algunas partes del queso se notaban un tanto duras. Quedando el queso fuera de la nevera, para que cogiese la forma y el sabor característico, de un queso hecho en forma artesanal.

La mamá de Antonio, llamó a Belinda con mucha premura; ya que esta chica estaba poniendo una cara de angustia que por poco se cae al suelo desmayada.

CRISTINA -. Belinda, hija: ¿Si no quieres el queso, lo regalamos?.

Menos mal, que la mamá de Antonio no dijo, lo tiramos; por ser muy devota y tener tanta fe en su Alma metida, que en aquella casa no se tiraba comida alguna.

En aquellos años no había bancos de alimentos, por parte del gobierno, ni caritas ínter parroquial, ni ONG alguna; pero sí había unos corazones nobles, como ningunos, en todos los pueblos: Llevando a los

más necesitados, parte de los alimentos que se tenían en las casas más solariegas de aquellos pueblos.

Viéndose a la señora Cristina y a Belinda, rodeados por el personal doméstico, antes criados, por las calles del pueblo; repartiendo los alimentos que sobraban en su casa: Que por otra parte; allí no sobraba comida alguna, pero tenían la suficiente capacidad caritativa, como para regalar los alimentos que compraban para tal fin.

La bondad y la religiosidad de aquellas Almas buenas y caritativas, se desprendían de parte de sus alimentos para que en aquellos días comiesen las personas más necesitadas.

Acudiendo a la palabra de Cristo, todos los creyentes en esa fe; como si fuesen uno solo: No haciendo alarde de lo que habían regalado, ni decir a nadie a quién había sido, ni la cantidad que había sido. De esta manera cumplían con la palabra de Cristo.

Mientras había personas que no decían lo que habían regalado, ni cantidad alguna; otras personas se acopiaban de las pertenencias de las otras personas, en cuanto se descuidaban.

Pues aquella misma noche, había entrado algunas personas en la despensa de otra, haciendo acopio de los manjares que tenía guardados en dicho medio; como así de vino, aceite, jabón, dulces hechos en forma artesanal, como un buen número de panes, que tenía esa familia, en una

artesa y tapados con mantas para que no se pusieran duros. Quedando una nota, hecha a base de letras de un periódico diciendo. “Muchas gracias”.

Como los que entraron en la bodega de los señores, eran jóvenes, no pensaban mucho en las consecuencias que acarrea tales hechos; de modo, que los más mayores, los que tenían dieciocho años fueron a prevención y el resto recibieron una reprimenda de sus padres: pero todos los padres de aquellos chicos, tuvieron que pagar, la parte proporcional que los correspondían. Aunque hubo algunos padres, que protestaron, al decirles sus hijos, que ellos no habían tocado alimento alguno.

No haciendo de menos a la justicia, el señor Fernando tuvo que aceptar tales dineros por aquel allanamiento de morada sin permiso.

Sí, porque la casa donde entraron los chicos fue en la del señor Fernando, al saber que hacía alarde de riqueza su mujer Cristina; yendo a repartir alimentos, con los domésticos de su casa, de puerta en puerta.

Alegando el señor juez de paz, - que eso era una invitación, para que cogiesen de su casa, los alimentos que la hacían falta a otras personas. Que aquello que había hecho la señora Cristina, era como ir tocando una campanilla, para que vieses lo caritativa que era -. Así se expresaba el señor juez de paz de aquel pueblo, por las demandas interpuesta, por parte de algunos padres.

Belinda no sabía a dónde meterse; así que le habló a Antonio, con el corazón en las manos y con la mente puesta en el honor y en el deber.

BELINDA -. Antonio; este año, no esperamos a que pase Reyes.

ANTONIO -. ¿No hay Reyes?.

BELINDA -. Ya nos lo han dado.

Antonio cazó aquella indirecta, que le había lanzado Belinda; agachando la cabeza, para afirmar positivamente lo que le había dicho su chica.

Belinda era una chica correcta y muy refinada, no solamente en sus hechos, también en el trato hacia las personas; así que ella quería se portasen con su persona, como ella se portaba con las otras personas.

Nada más que pasó el fin de año, se marcharon a Madrid Belinda y Antonio, quedándose en el pueblo Enrique, que ya había asumido quien eran sus padres biológicos.

Nada más llegar al piso, tuvieron una llamada telefónica de la señora Pilar; pidiéndolos por favor, que la llevaran a su pueblo de inmediato; pues tenía que llamar a un albañil, según la habían informado una vecina suya del pueblo.

Llegaron al pueblo de la señora Pilar al tiempo que se estaba cayendo, una parte del tejado de su casa; por falta de mantenimiento, ya que no lo había recorrido desde hacía ya bastantes años.

La señora Pilar demostró inquietud por retenerlos en su pueblo a Belinda y a Antonio; no siendo ese el caso. Pues como dijo Antonio -. Nosotros permaneceremos con usted, todo el tiempo que haga falta -.

Explicándola el plan que traían los dos jóvenes de Madrid, sin haber comenzado las clases en la facultad; pues quedaban unos días para reiniciar dichas clases.

Una vez que la señora Pilar subsanó el escollo que la había llevado a la casa de su pueblo, se volvieron a Madrid con el deber hecho.

Como, ni Belinda ni Antonio, sabían lo que hacer en los días que faltaban para la apertura de las clases en la facultad, decidieron irse unos días a la montaña. Recopilando el dinero que tenían los dos, no llegaban a cubrir los tres días de estancia, en un hotel.

Viendo quebrado su proyecto, para irse a la montaña y disfrutar de la naturaleza como nunca lo habían hecho: quedándose en Madrid, visitando escaparates y paseando por sus calles, que estaba preciosas en aquel año.

En unos de esos paseos, se encontraron a Julia; que había llegado a la Capital de la Nación, según decía ella, pidiendo permiso para ampliar la potencia eléctrica; ya que se había metido en industria.

Según los contó a los dos enamorados, Belinda y Antonio, la quesería la iba a las mil maravillas; pues dentro de poco lograría sacar sus quesos fuera de la comarca, a otras regiones en la Nación. Teniendo ya tres empleados a su cargo; y habiendo engrandado la nave.

Para Antonio, aquello le sonaba a milonga, o tal vez se estaba tirando un bolero delante de aquellos dos jóvenes, que nada sabían de lo que era una quesería.

Y para estar con ellos más tiempo, los invitó a merendar en un buen restaurante, según ella. Y al llegar a una gran vía, el menú era un catering; ya que tenían que elegir ellos el plato, y esperar un tiempo sentados en una mesa, como comensales. Pudiendo elegir la planta de arriba o la de abajo.

Los tres se quedaron en la planta de abajo, al ver que había sitio en ella; esperando un buen tiempo para que los sirviese la merienda.

De esta manera, aprovecho Julia para hablar con sus amigos; sobretodo uno de la infancia. Y ¡AY! que ver cómo le quería. Con toda su Alma y todo sus sentidos.

La conversación fue fluida; mientras Belinda cazaba lo que quería decirle esta chica a Antonio, y antes de tomarse el café, una vez que habían terminado la consumición de la merienda en aquel local, expresó Belinda su opinión más particular.

BELINDA-. Bueno: Tenemos que marcharnos, el deber no llama.

A dicha propuesta se adelantó Julia, diciéndolos que deseaba acompañarlos, en aquella hora inesperada para ella; ya que los había visto sin esperarlo.

Antonio la echó un brazo, por encima a Belinda, apretándola sus carnes, en señal de que aceptase. Y como su chica era lista, aceptó, de buenas ganas, que Julia los acompañases.

No sabía Belinda lo que iba hacer su chico, o la idea que este tenía metida en la cabeza; pero cuando vio que Antonio se dirigía hacia la boca del metro, calmó su Espíritu tan afligido por la presencia de esa chica.

Antonio anunció, que tenían que hacer trasbordo en Sol, y así fue: Y en uno de tantos pasillos como había perdieron a Julia de vista, volviéndose en el primer metro que llegó, otra vez a su destino. Los facilitó aquella huía de Julia, que era hora punta; estando la estación de Sol completamente abarrotada de personas, así como todas las direcciones que ponía, de trecho en trecho, como destino.

Estando en el piso, sin querer abrir ninguna ventana; para que no se supiese que estaban dentro del piso ellos dos; pasando una tarde de estrés y de mucha presión cerebrar, al no hacer ruido alguno, y no hablando fuerte.

Cansados de oír la radio, en una habitación alejada de la entrada al piso, se fueron a la cama, sin rumbo fijo: Sin pensar nada, ni hacer nada.

Al siguiente día no salieron del piso; pues ya tenía que saber dónde vivían Belinda y Antonio aquella chica, Julia. Y para comprobarlo, miraron a través de las persianas, no viendo a la chica pasear por frente de su piso.

Aquello los tranquilizó un poco, el no ver a Julia en la calle esperándolos a que saliesen de su piso; pues tal vez se había cansado y se

había marchado a su pueblo.

Pero, ¡qué va!; así, como a las dos horas, volvió a mirar Belinda por las ventanas del piso, viendo a Julia recostada a una farola de la calle. Parecía como si estuviese esperando a alguien, y así era; pues los esperaba a ellos, en vez de a un señor que paró con un coche a su lado, invitándola a que montase en el vehículo.

Al parecer la dio vergüenza yéndose de allí a paso ligero, y tal vez con la sola idea de volver a su pueblo, donde sabían muy bien quien era ella.

Aquella tarde no pudieron estarse encerrados en el piso, Belinda y Antonio; saliendo de paseo para estirar las piernas. Y por lo bien que lo habían hecho, Antonio convidó un helado a Belinda.

La chica de Antonio le propinó un beso en la cara, en plena calle, quedándole avergonzada a Antonio, por aquel hecho. Pero satisfecho del deber cumplido; pues él quería a su chica y estaba enamorado de ella.

Si la anterior noche, se fueron a la cama sin pensar en nada y sin hacer nada; aquella noche sí lo hicieron. . .Y hasta se asustaron.

BELINDA -. Antonio: ¡el profiláctico!.

Antonio tuvo que dar marcha atrás y reducir formas; para no quedarse en un estado, no muy agradable para ellos. Y levantándose con

todos los nervios en punta, pegaba golpes a la pared, por el exceso de flujo sanguíneo que echaba en aquella separación personal.

BELINDA -. ¡Mira!, ¡Mira!; que las alegrías no son buenas. No se piensa en nada.

ANTONIO -. Perdona, Belinda; así ha sido.

Se levantó, también Belinda, para hacer un poco de café y tomárselo con una perrunilla. Y como esta chica se encontraba bastante nerviosa, se fue a la terraza para tomar el aire fresco que llegaba desde la sierra de Guadarrama.

Antonio se fue a por ella; ya que esta chica no sabía, muy bien, lo que hacía. Pues aquella noche estaba haciendo un aire frío que cortaba el cutis enseguida.

En la cara no la pasó nada a Belinda, pero sí tuvo que ir a por una barra de cacao para dárselo en los labios; ya que se los había abierto aquel frío insoportable de la noche anterior.

Antonio la tenía que hablar a Belinda; para conformarla y para que se diese cuenta, que a la única mujer que él quería, era a ella. Con otra salvedad, que estaba enamorada de ella.

ANTONIO -. Me debes querer y no poco.

BELINDA -. ¿Por qué dices eso?.

ANTONIO -. Una mujer enamorada, nunca siente celos por otra mujer; se cree la única mujer de su hombre.

Belinda bajó la cabeza como avergonzada, por haber dudado de su chico, un joven apuesto y galante; con una cabeza bien amueblada. Antonio era ese chico que quería a Belinda: Y no estaba dispuesto a perderla por otra mujer, por atractiva que fuese ella o por dinero que tuviese.

Así se lo hizo saber Antonio a su chica: Que ella era atractiva y esbelta, con cuerpo enjuto y con gallardía noble; con trato exquisito y nobleza en su cuerpo metida.

Además de otros piropos tirados al viento, como hizo Antonio aquella noche, estando solos en la habitación los dos. Y para cerrar con un broche romántico, puso el tocadiscos, hoy el disco duro en el video; para enamorarla más y hacer que nunca olvidase aquella noche de amor y de relajación personal, entre ellos dos.

Por la mañana temprano veía Belinda la vida de otra manera; más alegre y más feliz para ella; ya que su hombre la quería con todas sus fuerzas de su corazón y con todos sus cinco sentidos. Donde la escarcha no rompía la roca por más gotas que cayera de la flor de alelí amarilla: Significando fidelidad completa por parte de la persona que quiere a otra.

No pudo seguir almorzando Belinda, al oír decirla esas palabras a Antonio. Se levantó y se fue a la ventana, mirando a la calle como con ganas de ver a alguien, que ya conocía ella.

Su fortaleza de pensamiento, la hacía más noble y más atractiva; todavía más que era ella. Esa chica de ojos azules y mirada serena, ese Ángel de criatura encantadora y bonachona.

Saliendo los dos cogidos de la mano, y mirándose de frente, como diciendo: Te amo, te quiero. Sellando esa mirada con un beso de amor tierno y sincero: Un beso, al que ninguno de los dos olvidaría por mucho tiempo.

Pero estando Belinda y Antonio en este éxtasis, vieron llegar a Enrique con la maleta: Venía del pueblo, con la mirada puesta en ellos.

Sus parabienes de uno, su sonrisa de la otra, su te he echado de menos, querido hermano. Todo era unos galimatías monótonos y de amistad perfecta entre ellos, dentro de la confusión de hermanos.

Unos vocablos echados al viento, significando lo bien que se llevan entre ellos. . .Unas palabras de trecho en trecho; pero que eran el reflejo de cómo estaba dicha relación entre ellos.

Transformándose esas palabras en forma de galimatías, al no ser entendidas muy bien.

Pero lo único que entendían esos jóvenes, era la amistad y el llevarse bien, los unos con lo otros.

Mientras, en el pueblo de Antonio, la vida trascurría placenteramente sin grandes acontecimientos; hasta que un día hallaron la ropa interior de una señora colgada de una rama de árbol. Aquella ropa se sabía de quien era; pues la tendía viéndose en la calle: No había otra ropa interior igual que esa en el pueblo.

Se achacó que se había caído del tendedero, donde la tenía la señora Angelines; cogiendo un rebote el señor Mariano, que se le notaba en la cara y hasta en los mismos hechos.

Oyéndose las voces a varios metros, un día que el señor Mariano acompañaba a la señora Angelines; teniendo que tomar carta en el asunto, el señor cura párroco del pueblo, Don Anastasio. Visitando al matrimonio en su misma casa.

Y entre “hijos”, Cristo enseña, y entre creencias y no creencias; se marchó Don Anastasio convencido de que aquel matrimonio, se iría a llevar bien.

No se sabe lo que les dijo el cura párroco al matrimonio; pero surtió efecto las palabras que les dijo, en la casa de ellos: Llevándose a las mil maravillas.

El señor Mariano se había recogido en casa con su mujer, Angelines, no queriendo salir sin ella a la calle. Y hasta la había comprado un precioso regalo, llevándolo en la muñeca: Una preciosidad de pulsera, que era la envidia de todo el pueblo.

No se conformó, solamente con eso el señor Mariano, pues a los pocos días se la vio a la señora Angelines con un reloj de una marca afamada.

Siendo al parecer, que el señor cura párroco, Don Anastasio los había confesado en la misma casa a ambos, Angelines y Mariano; habiendo oído, parte de la confesión de la señora Angelines el señor Mariano: Sabiendo totalmente lo que había pasado con la ropa interior de su querida mujer.

El pueblo se quedó conforme, con lo que había dicho en confesión la señora Angelines, no volviendo hablar nada sobre aquel asunto: La ropa, según intuía el pueblo, la había tirado el aire a la calle y nada más.

Pero cuando la señora Angelines entró en la casa del señor Fernando, la abordó la señora Cristina, con palabras religiosas; para que esta mujer dijese la verdad.

La verdad fue dicha por parte de la señora Angelines a la señora Cristina; diciéndola, que había sido ella la que había tirado la ropa interior a la calle, para dar un escarmiento a su marido Mariano.

Poniéndose muy nerviosa la señora Cristina; que con palabras de consuelo y con enseñanzas de Cristo, la hizo ver el mal que había causado al señor Mariano en su ser y en su manera de pensar.

Ahora sería ella la que tendría que desliar aquella madeja, que se había enredado, de tal manera; que tenía a su marido, el señor Mariano, como marioneta a su cargo.

Al señor Mariano se le debía dar su puesto en la casa, restituyéndole el honor de esposo y padre; pues su hijo no debía ver humillado, como persona, a su padre.

Para eso, un día que hubo un circo en el pueblo, fue la señora Angelines con el señor Mariano muy comedidamente con él, para presencial aquel espectáculo.

La señora Angelines se mostraba muy mimosa con su marido Mariano, sentada en su butaca; no dejando ver parte del circo a los señores que tenían atrás de ellos. Pidiéndoles perdón, una vez que se habían percatado de aquella incidencia, que estaban provocando ellos. Y para quedar a bien, con aquellos señores, no volvió hacer carantoñas, la señora Angelines al señor Mariano.

El pueblo se mostraba complaciente con el matrimonio de Angelines y Mariano; pues no habían dado qué hablar en mucho tiempo: Sus hechos y sus cosas, estaban en orden.

Pero como la providencia era mucha, salvó un día de algo malo a la señora Felisa, no dejándola caerse por un precipicio que había en un camino, cuando estaba dando un paseo, por uno de aquellos montes.

Medio calló y no calló; pues se quedó en una gran piedra que asomaba en una cornisa del monte; teniendo que rescatarla unos agricultores con una soga, echada para que ella se la atase a la cintura.

De todo eso, se habían enterado en Madrid los tres jóvenes estudiantes; que al parecer, y al no haber pasado nada, se distraían con aquellas noticias dadas desde su casa.

Aquel curso se estaba pasando demasiado rápido; pues a una noticia se sucedía otra, a un hecho llegaba otro hecho. Y de esta manera, entre estudio y estudio, se iba pasando los días, sin darse cuenta de ello, los jóvenes estudiantes.

En aquel medio, donde vivían los estudiantes, no había muchos contratiempos; pero comentaban los que llegaban del pueblo, pasándose las horas hablando de esos hechos, en forma de chascarrillos al no haber pasado nada malo a nadie de sus protagonistas.

Y al punto estuvieron de ser ellos la comidilla del pueblo; un día de lluvia y barro, en una calle madrileña, ya que Enrique se calló al suelo de muy malas maneras, con las piernas extendidas; parecía que se había partido en dos: Llevándole al hospital para que le pudiesen ayudar.

Mientras tanto, el señor Mariano fue al despacho parroquial, para hablar con Don Anastasio; ya que tenía alguna duda, en un sacramento.

MARIANO -. Padre, no sé con qué carácter nos confesó usted, Don Anastasio.

DON ANASTASIO -. ¿A qué fui yo a vuestra casa?.

MARINAO -. Angelines y yo teníamos pulmonía.

DON ANASTASIO -. ¿Estabais en peligro?.

MARIANO -. Sí, Don Anastasio.

DON ANASTASIO -. Siempre que el enfermo, en peligro de muerte, pueda decir sus culpas al sacerdote, se requiere este sacramento como tal; si acaso no puede hablar, ni sabe dónde está esa persona que está enferma, se la da la extremaunción. Pero eso si: Tenéis que confesar en la Iglesia, en el confesionario.

Al señor Mariano, no le entraba en la cabeza, que se pudiese hacer una confesión fuera de la Iglesia; que era donde le tenía asignado tal Sacramento de la penitencia el señor obispo de la diócesis a don Anastasio.

Yéndose a su casa todo él cabizbajo; pensando que ahora, tendrían que volver a confesar sus culpas en el confesionario de la Iglesia.

Eso no le cuadraba mucho al señor Mariano; pues era creyente, pero no devoto. Cumplía pocas prácticas de su religión, y eso de tener que confesar delante de todos, en la Iglesia, ¡eso para él!, era demasiado.

Por qué poco se agobiaban las personas, en los pueblos en aquellos años: Con solamente saber, que tenía que hacer lo que los demás, confesar.

Madrid, donde estaban los estudiantes, terminando el curso; y expresamente, en aquella hora, que retomamos la redacción con los jóvenes; se veían muy apurados, por falta de no tener dinero alguno, para comprarse cosas de primera necesidad: Como alimentos.

El sistema monetario de los tres jóvenes estaba en declive; no pudiendo comer lo necesario aquellos chicos para estabilizarse en los estudios. Y aunque todos ellos, retenían en la memoria dichas lecciones: La mente debilitada no puede retener mucho, en tan poco tiempo; si no se la fortalece.

Lo fuerte del curso ya había pasado, estando en las prácticas finales; obteniendo buenas notas los tres, Belinda, Enrique y Antonio; pero había que escribir algo, para cerrar el broche de ese curso tan fuerte y difícil, como había sido: En general todos son difíciles.

Bien ganadas tenían las vacaciones, sin saber que los papás de Belinda habían reservado un apartamento en una costa. En un edificio enorme, con otros más pequeños, hoy llamados bungalow.

Como Enrique los estaba felicitando y casi despidiendo, el papá de Belinda, le retuvo allí mismo; para que le hiciese caso, diciéndole algo así, como que para él también tenía hecha su reserva en los apartamentos.

AMBROSIO -. ¿No sois tres?.

ENRIQUE -. Sí, señor Ambrosio; somos tres.

AMBORSIO -. Pues tú, pide permiso a tus padres adoptivos para venirte con nosotros, que los padres biológicos sí te dan ese permiso.

Se quedó pensativo Enrique y a la pregunta de qué venía eso;

Contestó, que él quería pasar unos días de veraneo con sus padres. Y al decir aquello Enrique, recapacitó para nombrar, también, a sus padres biológicos. Poniéndosele la cara colorada por la vergüenza que sintió delante de su hermano Antonio.

Se veía que Enrique, todavía no estaba muy familiarizado con sus padres biológicos; por haber vivido siempre con sus padres de adopción, que era a los que quería él.

Y sí; sin haberlo pensado, al terminar el curso, y sin falta de tiempo; ya que los chicos tenían que ver a sus papás cuanto antes, se fueron a la playa unos días, para disfrutar de aquel ambiente tan fiestero y tan alegre: Viendo a tantas personas, ir y venir de un lugar a otro.

En cuanto a la playa: Eso era harina de otro costal, pues no se podía pasar al agua, sin tropezar con alguna persona, que estuviese tumbada en la arena en ese día, que ellos querían bañarse en el mar.

Además, hubo alguna fricción entre unas personas, que se encontraban en aquella playa; ya que Enrique había pisado la tortilla a una de ellas, quedándola sin merienda.

Sacó Enrique dinero, sin saber de dónde; dándoselo a aquel señor, que se había quedado sin comida alguna, para que se comprase algún alimento en uno de tantos bares, como había en aquella playa.

Haciendo un gesto banal aquel señor, por la dificultad que tenían para agenciarse comidas en aquellos restaurantes.

SEÑOR -. ¿Y dónde?: Si nadie te hace caso, si no te sientas, en su terraza para merendar. ¿Y cuando se va a sentar uno?; si todos lo asientos están ocupados, por lo menos un par de horas.

Tenía razón aquel señor; pero como todo tiene solución, aquella incidencia tuvo solución: Teniendo ya algo que contar los estudiantes, cuando se juntasen en el pueblo de Antonio. Adornándolo con algún chascarro, en particular.

En pocos días se vio solo Antonio en la casa de sus papás, en su casa; pues había llegado sin ninguno de sus queridos seres de Madrid, las personas que más amaba él, Belinda y Enrique.

A Antonio le daba reparos salir solo, por eso buscaba a sus amigos, Asunción y Rafael; lo que pasaba, era que sus amigos se encontraban de vacaciones, ellos juntos, en una sierra de allí cercana.

A los tres días se presentaron sus amigos, recibéndolos con mucho agrado y simpatía; ya que por lo menos tenía con quien salir Antonio: Yéndose con ellos, aquella noche a una terraza del pueblo para pasar una graciosa velada, hablando de sus cosas. Y cuando estaban en lo mejor de la conversación; recordando sus años jóvenes, en el pueblo. Corriendo por las calles y yendo a la orilla del río para pescar peces, con un palo de caña, cogido en aquella orilla, y como anzuelo, un alambre sujetando una

langosta. Entonces se acercó un conocido de todos ellos, saludando a Rafa y a Asunción, dándole a Antonio las buenas noches. Y una vez, que aquel conocido de ellos, se cansó de hablar; se dirigió a Antonio diciéndole algo así como.

AMIGO -. Tú, ¡macho!: ¿Cuándo vas a terminar la carrera?.

ANTONIO -. Cuando termine de estudiar los cursos que me faltan.

AMIGO -. Pégate un batacazo en el suelo.

Antonio le despidió con toda la amabilidad del Mundo, mirando para atrás aquel joven, con cara desencajada; al ver cómo se portaba su amigo Antonio con él.

Como aquello lo habían oído todas las personas que se encontraban sentadas en las mesas; algunas se atrevieron a preguntarle, qué estudiaba, contestándolas a todas con respeto y simpatía.

Pero como Antonio, solamente se limitó abrir la boca para expresar su alegría personal, con aquellas personas; no diciendo lo que estudiaba. Lo tuvo que decir Julia, que estaba sentada detrás de ellos, en una mesa.

JULIA -. Antonio estudia medicina. Siendo una carrera de muchos cursos y de muchos estudios.

Con un ¡AH!, abriendo la boca, contestaron todas las personas que oyeron lo que había dicho Julia.

Antonio no se había percatado de la presencia de Julia; así que se le engarrotaron los nervios, al hacer tanta fuerza para que no la invitase a la mesa, ni Rafa ni Asunción.

Pero he aquí, que como Asunción era amiga de Julia enseguida la invitó a que se uniera con ellos en la misma mesa, de aquella preciosa terraza de verano.

Julia no lo dudó, y cogiendo una silla se fue a sentar cerca de Antonio, poniéndole un antebrazo encima de una pierna; para cada vez que hablaba apoyarse en Antonio, como si ya fuesen grandes amigos.

Tanto era así, que una persona le dijo a Antonio, una vez que decidieron marcharse cada uno a su casa, -. Tiene una buena actividad, y muy floreciente; siendo, a la vez guapa y simpática esta chica.-

Tierra trágame; no sabía Antonio dónde meterse y qué camino elegir para salir corriendo de allí enseguida. Ya que le estaban mirando todas las personas que había sentadas en la terraza de aquella calle; diciendo alguna de ellas: Qué vergonzoso es este chico. Otras se expresaban con más vehemencia al oír decir aquello, hacia el joven, diciendo: Está bien educado.

A la siguiente noche fueron a por Antonio, Asunción y Enrique, mostrándose remiso este joven para salir a la terraza, no con ellos, por algo

que no quería se repitiese. Y como sus amigos eran listos, le propusieron dar un paseo por las afueras del pueblo, para que le diese el aire.

Y el aire le dio, cuando llegó Belinda a su casa, con presura de verle y estar con él, en aquellos días de calor y de descanso personal. Ya que él no la esperaba hasta, por lo menos cinco días más tarde. Y al ver como recogido, a su chico; contestó, enseguida la chica.

BELINDA -. Tus papás, han invitado a los míos; para que estén la mayoría del tiempo en tu casa, este verano.

Pero cual sería la sorpresa, cuando llegó Enrique con sus padres a casa de sus papás, con maletas y hasta con trajes nuevos.

Sí era verdad, que la casa de los papás de Antonio, era una casona enorme, con planta baja y primer piso: Existiendo varias habitaciones, en cada planta de la casa. Por supuesto, aquel verano iba a tener muchas movidas a causa que había bastantes personas en la casa.

La primera movida se dio, cuando el señor Ambrosio se cayó en el río, haciéndose un esguince en el tobillo; y con el tobillo vendado, andaba con muletas prestada por Julia; ya que esta chica tenía que usar muleta de vez en cuando, debido al esfuerzo tan enorme que hacía al dirigir el ganado de una parte a otra.

No gustándola nada a Belinda, que la pastora le hubiese prestado sus muletas a su papá; pero como era acto de una buena relación, dentro de la sociedad, esta la dio las gracias a Julia.

No pudiendo salir su papá, aquellas noches interminables en las terrazas de aquel pueblo; quedándose con él su hija Belinda, para asistirle en todo lo que se podía.

Cuando ya estuvo mejor el papá de Belinda, salió a una terraza, para tomar el fresco, según él. Y al preguntarle el barman, qué quería, este señor dijo, que nada. Para responder, enseguida, Belinda con un -. Tráigale usted un refresco -.

Explicando Belinda a su papá, que era obligado a tomar algo; una vez que la persona se sienta en una silla, siendo signo de querer consumir lo que le ofreciera la carta del bar.

Fue una velada agradable y bien llevada entre familia, como estaban siendo las tres familias juntas.

Sin distinguirse las unas con respecto a las otras y sin hacer acto de alarde, al pedir consumiciones, todos ellos.

Como Julia se había hecho daño en un pie, fue a casa del señor Fernando, para pedirle las muletas; ya que no podía dar ningún paso sin ellas. Encontrando allí, a Antonio, que fue el que abrió la puerta; saliendo Belinda a su encuentro y separando a su chico de Julia, la recibió con buenos modales, pero con cara seria.

Nada más marcharse esa chica de la casa del señor Fernando, llegó alegando el señor Ambrosio de tener deseos de ir a los pueblos de al lado de dónde él estaba; para secundar su idea Belinda, haciendo a Antonio que abogase por dicha excursión de unos días.

De esta manera empezó una ruta de un par de días, por los pueblos más cercanos al suyo; siendo unos días para no olvidarlos, y para sentirse confortable en aquellos páramos de árboles y riveras de los ríos pequeños inconfundibles, en las tierras cercanas a su pueblo; ya que no podíamos estar cerca de una ribera del mar.

Llegaron a un pueblo, en que apartándose por una carretera estrecha se llegaba a unas villas, bonitas y preciosas; haciéndolo de esta manera; esperando al autobús, montándose en el y al llegar a la primera villa se bajaron todos los componentes del grupo, con idea de visitar esa villa y sus alrededores.

Aunque la villa tenía poco que ver, como no fuese su iglesia; que era digna de estudios, y así costaba en los libros de arte. También visitaron una fuente hecha del mismo tiempo que la iglesia; con el mismo estilo y gusto a la vista de los turistas.

Comenzaron a bajar un camino que se perdía en el valle; encontrando una gran diferencias de árboles y matas en aquellos parajes. Pero como iban abstraídos por tales bellezas en la naturaleza, no echaron de menos al señor Ambrosio, que no iba entre aquel grupo.

La señora Sofía comenzó a ponerse nerviosa, siguiéndola Belinda al no ver a su padre entre el grupo de turistas que iban bajando el valle.

Otra vez para arriba; con idea de saber si el señor Ambrosio se había rezagado en el camino, o tal vez estuviese quieto en la plaza de la villa, que habían visitado hacía un momento.

Ni una, ni otra; ni en el camino vieron al señor Ambrosio, ni en la plaza de la villa estaba dicho señor; y eso que preguntaron por él a los habitantes de aquella villa, a toda persona que veían en su camino.

Pero como lo estaba oyendo un joven, que al parecer era disminuido; abortó la idea, de que él le había visto seguir en el autobús su recorrido.

ANTONIO -. ¿Cuánto tiempo hace que salió el autobús de esta villa?.

BELINDA -. Así, como diez minutos.

ANTONIO -. No habrá llegado a la siguiente villa; pues no se puede correr mucho por esta carretera.

CRISTINA -. No; no te preocupes, que ni el autobús corre: Es muy viejo.

Verdaderamente: El autobús era viejo y destartado; así que pidió permiso a una persona de la villa para llamar a la pedanía de la siguiente villa; pidiendo el favor que bajasen del autobús al señor Ambrosio. Y como un señor de aquella villa tenía un motocarro, lograron llegar los dos, el

conductor y Antonio a la segunda villa; trayendo de vuelta al señor Ambrosio.

Antonio llegaba a la primera villa montado en el montacargas y con el conductor llegaba el señor Ambrosio, cosidos como caja de sardinas prensadas; que era lo que se daba por aquellos lugares.

Tuvieron suerte; pues era la única villa que tenía un bar en una de sus calles, de las diecisiete que había. Y otra vez, se lo tuvo que decir aquel chico, que les indicó haber visto, dentro del autobús al señor Ambrosio.

La idea estaba echada; pues contrataron una comida copiosa, para las tres de la tarde; diciéndolos la cantinera: -. ¡AH!: No señor. Este bar cierra a las tres -. Sabiendo que era para que comiese la señora cantinera y su familia; abriendo a las cuatro para que pudiesen echar la partida los hombres de la villa. Bueno; en general, no se cerraba, por si algún hombre llegaba a aquel establecimiento, con deseos de esperar a los demás hombres para echar la partida. Ya que donde merendaba, la señora cantinera y su familia, daba a la sala del bar; viéndose desde allí todo el local y hasta la calle, por los ventanales, que tenía el bar.

No se perdieron, el grupo de amigos de casualidad; pues seguían los caminos al azar. Allí no había distinción alguna de caminos; el que más limpio estaba, ese seguían el grupo de excursionistas.

Preguntando a los huertanos por el camino que llevaba a la villa, y entre innumerables huertas y bellas vistas; tanto de fauna y flora, llegaron

el grupo de excursionistas a la villa y de allí al bar, donde los estaba esperando la señora cantinera para merendar, con una suculenta caldereta, y una ensalada de lechuga, pimiento, tomate, zanahoria, cebolla; acompañada de unos higos suculentos y unas frutas del terreno buenísimas, así como fresones.

FERNANDO -. Tiene usted, señora, una cocina muy variable.

CANTINERA -. Pues en la siguiente villa, van a contemplar ustedes toda la variedad de árboles que se dan en las dos provincias.

Efectivamente: Cuando iban llegando a la villa, comenzaron a ver: Encinas, la sabina Albar, pino piñero, el rebollo, pino resinoso o negro, el pino Albar, el acebo, el chopo, el pino resinoso, y otros árboles; que daban una visión formidable a la vista. Allí se concentraba toda clase de árboles que se dan en aquellas provincias, más septentrionales de la Nación.

Lo malo de todo eso, era que la villa tenía tres calles, sin ninguna clase de dónde merendar en aquel día; pero como en las talegas, ahora mochilas, llevaban todos unas buenas viandas, se pararon a merendar en un riachuelo, debajo de una encina; teniendo un agua fresca y buenísima en aquel riachuelo, que corría por aquellos contornos: Unas veces haciendo meandros y otras saltando las piedras que se encontraba en su camino, en forma de cascada.

Con la tripa llena y el semblante terso, se levantaron de allí, todo el grupo; con idea de llegar a la pequeña villa, para montarse en el autobús, a su debida hora, que los llevase a una población con más servicios de hostelería. Sabiendo, todos ellos, que no verían tanta flora como hasta ahora habían visto, en su paso, por aquellas cañadas y collados; así como montes y cerros.

Adiós a las aves y animales que habían visto en aquellas tierras de abundante agua y vegetación; como era el águila imperial, buitre negro, lobo ibérico, gallipato, gato montés, nutria, rata de agua, zorro, lamprehuela, cabra montesa y el jabalí.

Claro que llegaron; llegaron a un pueblo afamado y sublime como ninguno, para de allí irse a la capital de aquella provincia y de allí coger un autobús hasta el pueblo del señor Fernando.

Quisieron pasar tres días y estuvieron de expedición cinco, disparándose el poco presupuesto que llevaban todos ellos.

Al llegar a casa del señor Fernando, presentaban todos una cara de cansancio; pues no había que olvidar, que la mayoría de los excursionistas eran personas adultas, por no decir, que algunas un poco mayores.

No salieron en aquel día a una terraza, para tener una bella velada; pues hasta el siguiente día no se levantaron todos de sus camas. Viendo en el salón de la casa, un buen almuerzo: Queso, jamón, salchichón, tostadas, rebanadas. Juntadas con manteca de cerdo natural y con un poco de azúcar;

así como unos tarros de mermeladas hechas a base de artesanía, de membrillo y melocotón. Como también, unos jarros de zumos naturales de naranjas.

Aquel almuerzo, estaba tan bien preparado y puesto a la vista; que pocos hosteleros lo hacían igual, con sus servilletas a cada lado de los platos y sus cubiertos bien colocados.

Al ver aquello Belinda, se figuró quien había sido la incauta que había puesto aquello en la mesa del salón, para que almorzaran todos ellos.

Antonio, que llegaba alegre al salón, se retuvo al ver la cara de Belinda; pues parecía la Virgen de las Angustias. Y sin pensarlo la dijo algo, que no olvidará su chica por muchos años que viva.

ANTONIO -. ¡Anda!, Belinda. No te preocupes, que tú eres mi preferida: Mi luz y mi guía.

Al oír aquello Belinda, por boca de su chico; se abalanzó a el, rodeándole con su brazos el cuello. Pero pensando en una cosa, que no se la quitaba de la cabeza.

¿Quién habría sido la persona que había puesto tantos manjares en la mesa?, si no se habían levantado ellos de la cama.

BELINDA -. Antonio: ¿Quién ha puesto el almuerzo en esta mesa?.

ANTONIO -. Debe haber sido, Julia; que tiene una llave de casa.

BELINDA -. Y; ¿entra cuando quiere?, esa chica.

Belinda no recibió contestación alguna por parte de Antonio; pero se echó para atrás, como asustada y con rabia en su corazón, al saber que Julia entraba en casa del señor Fernando, siempre que ella quería, con su propia llave.

Pero como su mamá de Antonio había oído la conversación, sostenida entre su hijo Antonio y su chica, intervino esta al final de la conversación; para aclarar algunas cosas.

CRISTINA -. Sí, hija. Julia tiene la llave de mi casa, desde hace mucho tiempo; pues era amiga de los amigos de mi hijo Antonio. Estando siempre juntos y llevándose muy bien.

BELINDA -. ¿Y?.

CRISTINA -. Y para que nosotros no nos tuviésemos que levantar tan temprano, ella nos traía, todos los días el desayuno.

Así se aclaraba el misterio de que Julia entrase en casa del señor Fernando, como si fuese la suya. Pues al parecer, era una chica servicial y modosita, según la mamá de Antonio.

Entrándola unas ganas locas a Belinda, de que se quedase dicha chica, con sus modos y sus maneras de ser. Pero al pensar en Antonio, se retuvo, no queriendo hacer algo, que después se arrepintiese.

Explicándola el papá de Antonio, que la dejaban cierta cantidad de dinero, para que comprarse los desayunos; pero no todos los días; más bien en días excepcionales, como el corriente.

FERNANDO -. Al parecer, hoy ha tenido que poner esa chica dinero.

CRISTINA -. Sí; así lo he pensado yo. Habrá que dejarla más dinero.

Al oír hablar de esta manera a los papás de Antonio, se conformó un poco Belinda; pues la palabra de los papás de Antonio era oro de ley para ella.

Al pensar, que lo hacían sin maldad y sin idea alguna dejar dinero a Julia para que los ayude en días que por cualquier circunstancias no se pueden levantar pronto; eso no era causa de ponerse celosa ella: Pensando de otra manera a la que había estado pensando hasta hace poco tiempo, en la casa del señor Fernando. Belinda apartó su nerviosismo y se puso a considerar los hechos, como cosa banal.

Belinda dejó de ver a Julia como una enemiga directa: La veía como a una chica que no se daba cuenta, del estado de situación en que se encontraba, con respecto a ella.

Desde aquel momento, Belinda se apoyaba en todo con Julia; pues la creía como una sirvienta, hoy doméstica, de la casa del señor Fernando: Quitándola esa idea, de la cabeza, la señora Cristina.

CRISTINA -. No hija. Esa chica Julia, es amiga de la casa y nos aprecia mucho; es así, que parece que nos sirve; no siendo doméstica para nada, ya que ella lo hace de corazón dichos hechos.

BELINDA -. Entendido, mamá.

Al tratarla de esa manera, Belinda, a la señora Cristina, y al apodararla con apelativo tan noble, como mamá; a la señora Cristina se la ablandaron las fibras del corazón, teniendo que hacer un inciso en su conversación, para mirarla a Belinda y más tarde propiciarla un beso en las mejillas; haciéndola tambalear a la chica, que por poco se cae al suelo.

Poco a poco se la iba quitando a Belinda, esa pelusilla que cada joven tiene, cuando se ve con otra chica en la casa de su chico.

Ya no sentía envidia de Julia; es más, lo veía con suma normalidad, lo que estaba pasando con ella en esa casa. Y a la vez Julia, estaba desistiendo de querer enamorar a Antonio.

Este joven no era partidario, de que le enamorase otra chica, más que Belinda, y esta chica se dejaba querer, por Antonio, hasta la saciedad, viéndolo Julia a simple vista.

Para comprobar estos hechos, un día llamó Belinda a Julia, con la sola idea de querer pasear con ella por las calles del pueblo; y al llegar Julia a la casa del señor Fernando, lo primero que dijo a Belinda fue:

JULIA -. Mejor, nos sentaremos en una terraza, para tomarnos un refresco.

Sentándose en una terraza aquella noche de calor y bochorno, ya que estaban a primero de Agosto, en aquellas latitudes. Por lo tanto, se pospuso el paseo, por una velada al aire libre; viéndolo todas las personas del pueblo.

Aquella misma noche, sellaron una unión fatídica, entre Belinda y Julia; ya que el pueblo sabía lo mucho que Julia quería a Antonio, y en un descuido. . .?. . .

Pasaban las noches, pasaban los días, empezando hacer los papás de Belinda y los padres adoptivos de Rafael, con este mismo, las maletas; para marcharse, cada uno, a su casa. Ya que dentro de unos días iría a empezar el nuevo curso: El quinto curso; un curso de lo más difícil que había; así, que no podrían moverse de Madrid mucho los jóvenes, a consecuencia de sus estudios. Más bien las prácticas.

Belinda y Antonio se fueron unos días antes, de lo previsto, a Madrid para ver si el gestor había hecho bien la matrícula de aquel año; ya que era lo más importante, para ellos, en estas fechas.

¡Una póliza!; una póliza de no se sabía cuanto dinero, le faltaba a Antonio para que su matrícula fuese normalizada, en cuanto se pusiera el timbre con el dinero que dijo el señor secretario de la Universidad; pues tuvieron que esperarle para que llegase a secretaría, ya que estaba en rectoría.

¿Qué hacer?: Coger el autobús o el tranvía hasta donde había un estanco en el Arco de Triunfo. Antonio decidió ir a pie; ya que según él, llegaría antes que los medios de transporte.

Y, ¡claro!: Corriendo de esa manera, nadie le daba alcance; ya que la ventanilla de la Universidad se cerraría en tres cuartos de horas.

No sabiendo Belinda, como lo hizo, pero lo hizo; llegó Antonio cinco minutos antes del cierre de aquella ventanilla. Pegando aquel señor, en el impreso la póliza, siendo admitida la matriculación de Antonio en el quinto curso; que aunque se diga en ventanilla; del quinto curso para adelante, se formalizaba la matrícula dentro de la sección administrativa, cerca de la ventanilla.

A la apertura de curso fue solamente Belinda; pues Antonio no pudo ir por tener que agenciarse un ajuar correcto para tal curso, dando una excusa Enrique de tener que ir a secretaría de la universidad.

Alegando que era algo personad de él, no dejando, de esta manera, que le acompañase Antonio: Su hermano.

Quedándose Antonio pensativo, por no poderle acompañar; no solamente a él, también no acompañó a Belinda para presenciar la apertura de curso, con algunos discursos.

Aprovechando Antonio, para hacer lo que había alegado a Belinda: Comprar ropa, para reponer la vestimenta, así como calzado; ya que le habían dado sus papás dinero para hacerlo.

Cuando estaba comprando ropa interior, una mano amiga, le presentaba unas camisetas de felpa, para el invierno.

JULIA -. Esta, Antonio; esta es la mejor, para el frío que hace en Madrid; pues baja de la sierra de Guadarrama un aire que te corta el cutis.

Antonio se le vio claro echarse para atrás, con lo nervios ateridos por el esfuerzo tan enorme que estaba haciendo para no salir corriendo de aquel local.

Antonio cogió tres camisetas de felpa y varios calzoncillos, así como una docena de calcetines y otra de pañuelos; saliendo a la calle, seguido por Julia.

JULIA -. ¿Qué te pasa?, Antonio. Pareces que estás nervioso.

ANTONIO -. ¿Y si nos ve Belinda juntos?.

JULIA -. ¡Anda!. ¿No son tiempos modernos?.

Comentándole Julia, que un chico puede ir con una chica que no sea su novia, siempre que vayan en perfecto orden. Y en perfecto orden iban los dos, a más de un metro, el uno del otro.

Pero a llegar a un número de un portal, se quedó mirando Julia al letrero, que ponía pensión en la fachada del edificio; no queriéndose mover Julia de allí, para nada.

ANTONIO -. ¿Qué haces?, Julia.

JULIA -. Mira, pone pensión.

ANTONIO -. Ya lo veo.

Y como Antonio siguió su camino, Julia le tuvo que seguir, por aquella calle de Madrid. Volviéndose hacia la chica, Antonio, una vez que pensó saber qué quiso decir Julia.

ANTONIO -. ¡Oye!, Julia: ¿Qué quisiste decir, con que allí había una pensión?.

JULIA -. No. . . ¡Nada!.

ANTONIO -. ¡UY!, ¡uy!, ¡uy!.

JULIA -. Nada de ¡uy!.

Sí, eso: ¡UY!; pues hasta Julia la salió el color rosa de su cara, bajando la cabeza, para no dar señales de haber querido algo, que Antonio no la podía dar, por honradez y fidelidad a Belinda.

Como Julia no se marchaba de su lado; Antonio comenzó a ponerse nervioso; preguntándola algo a Julia.

ANTONIO -. Comprendo que habrás venido a Madrid para ultimar algún impreso, que te haga falta, o para comprar alguna cosa, que te sirva para la quesería.

JULIA -. Lo has clavado.

ANTONIO -. Pues, comprendo que nos tenemos que despedir aquí; en esta calle, donde estamos.

JULIA -. ¡AH!, no. Me tengo que ir contigo a tu piso; pues todavía me queda visitar un negociado, en el ministerio de industria, mañana temprano.

ANTONIO -. ¿Y? . . . ? . . .

JULIA -. Tengo que pernoctar en tu piso; pues no tengo otra manera, para recogerme esta noche, bajo techo.

Antonio, nada más que habló Julia de esa manera, pensó en dejarla algo de dinero; para que se fuese a un hostel y pudiese pernoctar, aquella misma noche en un establecimiento hostelero.

Desistiendo, de nuevo, Julia al ofrecimiento que la hacia Antonio; para que se fuese a un hostel y poder dormir aquella noche en sus dependencias.

Siguiéndole Julia a Antonio muy de cerca: No queriendo presentar a Belinda aquella chica; pues tal vez se pondría esta chica muy nerviosa.

Viendo en Belinda, cuando llegó Antonio con Julia, que su novia no se ponía nerviosa, para nada. Era más; que en un alarde de amistad, la invitó ir aquella misma tarde a tomar solas algo en una de aquellas terrazas insuperables y maravillosas.

Parecía mentira; pero sí, sí se fueron solas Belinda y Julia para tomar el pulso a las calles de Madrid, como se suele decir, y para disfrutar de sus noches: De las veladas que los madrileños pasaban a la luz de la Luna, sentados en una silla, cerca de una mesa; donde el barman les había servido un buen refresco, con una comanda.

Antonio no se quería acostar, acostándose Enrique antes; para dejar a su hermano Antonio todo el camino hacía el cariño de Belinda. Pero cuando llegó su novia, esta no le hacia caso alguno, ni le miraba como otras veces, cuando llegaba a casa besando a Antonio con todo su corazón y todo su cariño del Mundo.

Y máxime, cuando vio Belinda, que Julia se portaba como si estuviese en su casa: Y al tiempo de irse a la cama, le preguntó algo a su chico, Belinda, que le molestó mucho.

BELINDA -. ¿Dónde va a dormir Julia?: Contigo o conmigo.

ANTONIO -. Eso es una pregunta capciosa.

BELINDA -. Si te parece ingeniosa la pregunta: Dime tú, ¿dónde dormirá Julia?.

Antonio se dio media vuelta, no contestando nada; ya que todavía existía una habitación sin ser ocupada. Y para que Julia supiese donde iba a dormir, abrió la puerta donde no había nadie acostado.

Al ver aquel acto, que hizo Antonio; Belinda se fue al cuarto de lavanderías, sacando de un armario sábanas limpias y almohada nueva.

Pero como Julia, parecía que quería charlar un tiempo con ellos dos, sacó Belinda un almohadón, sentándose los tres en un sofá; teniendo una charla amena aquella noche.

Julia se mostró una persona amena; no queriendo decir nada, que se entendiese mal, al respecto. Pero como Belinda se la veía como inquieta, Julia la calmó con unas palabras, directas a ella.

JULIA -. No, Belinda; no debes preocuparte por mí.

BELINDA -. Si no estoy preocupada.

JULIA -. Yo no he venido para quitar novios a ninguna chica. Quiero que confíes en mí.

BELINDA -. Empecé a confiar en ti; pero esto me ha desarbolado.

JULIA -. Pues si te ha desmantelado, lo siento. Yo he venido para decirte, que estoy enamorada, como una loca, de tu novio; pero sé respetar.

BELINDA -. Pero sabes esperar, también.

JULIA -. Por Dios, Belinda; hazme caso. No quiero nada de nadie: Solamente decirte la verdad, para que veas que te respeto, en cuanto respeto a Antonio.

Belinda bajó la cabeza, como quedándose pensativa; sin responder nada a aquellas insinuaciones que la decía Julia. Haciéndola esta chica gestos con la mano, para que expresase sus más profundos sentimientos.

Poco a poco fue alzando la vista Belinda, mirando a Julia con cara de no creerse nada; pero sus sentimientos la decían; tenía que creer a Julia, por haberse expresado de esa manera tan noble y tan gallarda, para con su persona.

La mañana llegó, sin haberlo pensado; llevando Antonio al autobús a Julia; ya que esta chica no había traído su coche, con idea de que no la viesen sacar el coche y supiesen dónde iba ella.

Con mucha idea, Antonio la hizo bajar unas paradas antes del autobús urbano a Julia, para poder hablar con ella y saber qué la había traído a Madrid, el día anterior; ya que Antonio sospechaba, que no había sido por las causas que dicha chica le dijo.

ANTONIO -. Has venido, solamente, para expresarte clara y concisamente con Belinda: ¿Verdad?.

JULIA -. Verdad. Pues como tú comprenderás, que si tengo que agilizar un impreso, lo tendré que hacer en la Capital de nuestro pueblo.

Paso a paso, Antonio se iba enterando de algo más, que Julia no le dijo el día anterior. Y cuando Julia miraba las estampillas que había en la fachada de las puertas de los edificios, Antonio se puso nervioso.

ANTONIO -. No mires las estampillas de los edificios que nos cruzamos. Deja eso.

JULIA -. Tengo una edad, y puede que me salga algún bulto malo. La vida lo exige.

ANTONIO -. ¡Olvidalo!.

JULIA -. Pues si no es contigo, no es con nadie. Y me parece que voy a sucumbir.

ANTONIO -. ¿Tú sabes?. Te entrarían muchos deseos de estar conmigo: Y ya ves que no podemos.

Llegaron a la estación de autobuses, comprando Julia su billete; preparándose esta chica para montar en el autobús, que la llevase al pueblo.

Pero cuando ya parecía que iba a montar en el autobús, le dio media vuelta a Antonio, propinándole un beso en la boca, que por lo menos duró unos segundos. Y eso, porque Antonio hizo por desembarazarse de Julia; que si no están allí hasta ahora.

Cuando se iba el autobús, se despidieron con la mano, Antonio y Julia; tirándole un beso, con la boca, desde la ventanilla del autobús, Julia a Antonio.

Cuando vio Antonio, que el autobús se había alejado de aquel sitio, se dio media vuelta, para irse a su piso, viendo en la entrada de los autobuses a Belinda muy seria. Iniciando el camino hacia ella; pero antes iba pensando qué la diría a su novia, para conformarla.

Al llegar Antonio a donde estaba Belinda, este la quiso dar un beso de amor, retirando la cara aquella chica, en señal de no aceptar aquel beso, que llegaba, a ella, envenenado.

Belinda llegó al piso sin haber hablado nada con Antonio; pero lo primero que hizo, fue sacar unas sábanas para que se acostase Antonio en el sofá del salón.

Así como a las tres de la noche, se levantó Enrique al lavabo viendo tumbado a su hermano Antonio en el sofá, durmiendo como una marmota.

Antonio abrió los ojos para ver qué pasaba en el salón de la casa, viendo a su hermano Enrique mirándole muy serio, pero sin decirle nada; a la vez que le hacía señas con el dedo índice, como que se aguantase.

Enrique se arrimó más a Antonio con idea de hablarle; pero este chico no hizo nada por escucharle, dándose media vuelta para seguir durmiendo.

ENRIQUE -. ¡Esto te hace ahora!; más adelante, ya veremos qué es lo que te hace.

Se volvió Antonio hacia su hermano, mirándole con cara de circunstancias, añadiendo a lo que él había dicho algo insospechable.

ANTONIO -. No por mucho tiempo; pues si otra chica me quiere mejor, me iré con ella.

ENRIQUE -. Antonio, desengáñate; ahora dices eso, pero mañana dirás otra cosa, mucho más diferente a las palabras que acabas de pronunciar.

ANTONIO -. ¡Ya veremos!.

Dando media vuelta, hacía Antonio ademán de quererse dormir de nuevo; pero la verdad era que no podía conciliar el sueño, por los nervios tan irritados como era los que él tenía.

Todo se volvió a quedar como estaba: Abiertas todas las puertas, para que corriese el aire y las dependencias a oscuras. Levantándose Antonio para irse al cuarto de Belinda.

¡UF!, Belinda cuando le notó en la habitación; se levantó de súbito, como queriendo que Antonio se volviese al sofá, donde ella le había preparado una cama de circunstancias.

Antonio se sentó en los pies de la cama, cogiéndola las manos a Belinda, con idea de hablarla, para que se calmase su ser en un completo compendio de amores y de amistad fraterna hacia él.

Antonio sentía a Belinda temblar mucho, como si la pasase algo malo a su chica; incitándole esta para que hablase Antonio.

BELINDA -. Habla algo; di algo, por lo menos.

ANTONIO -. ¿Qué quieres que te diga?: Si estás haciendo una montaña con los pocos granos de arena que tienes para saber defenderte.

BELINDA -. ¡Está muy bien!; si además voy a tenerte que pedir perdón.

ANTONIO -. No digo yo eso. Pero sí digo, que deberíamos ir al pueblo el sábado, para hablar con don Anastasio; pues ese cura sabe mucho y es muy listo.

BELINDA -. ¡Hombre!: Me gusta la idea. Pero ya no te puedes echar para atrás, sabes.

Antonio no sabía ni lo que había dicho; de modo, que el sábado fueron al pueblo, con la sola idea de hablar con el cura párroco del problema, tan enorme, que tenían con Julia.

El sacerdote los escuchaba atentamente, sin pestañear; al ver el cariz que tenía lo que esa pareja de enamorados decía.

En general, el sacerdote no hablaba mucho, a penas dijo nada, al ver el aspecto maligno del problema que tenía Antonio con aquella chica. Y todavía se quedó, el sacerdote, más deprimido, cuando rezagándose de Belinda, le habló Antonio muy serio, del problema de intimidad que quería Julia con él. Viéndosele al sacerdote santiguarse.

Belinda y Antonio salieron del despacho parroquial, como si se hubiesen confesado: Soltando lastres por todas las partes de sus cuerpos.

Una losa enorme se les había quitado de encima de sus personas; al hacer partícipe, al sacerdote de su problema, con Julia. Yéndose a la casa de los papás de Antonio, alegrándose mucho su papá Fernando y sospechando más, su mamá Cristina.

Le invitó su mamá a Antonio, para que la ayudase a traer bandejas de la cocina, por el desayuno; ya que irían a desayunar en el jardín, debajo de un fresno. Pero cuando llegaron mamá e hijo a la cocina, esta señora se paró, diciéndole algo a su hijo.

CRISTINA -. Hijo, la verdad: ¿A qué habéis venido?.

ANTONIO -. Mamá; ¡por Dios!, ya te lo contaré cuando estemos a solas.

Todo quedó ahí: Que se lo contaría su hijo Antonio a ella, cuando

estuviesen a solas ellos. Y a solas estuvieron mamá e hijo, al siguiente día; cuando Belinda estaba distraída, hablando con el papá de Antonio, el señor Fernando.

La mamá de Antonio se echaba las manos a la cabeza, una vez que supo el por qué de la llegada de su hijo ese mismo sábado. No daba crédito alguno a lo que la estaba contando su hijo; pero como era un chico bien educado y bien enseñado, la señora Cristina, se inclinaba más para creer a su hijo, aunque aquello fuese un despropósito de enmienda.

Para la señora Cristina, su hijo la estaba contando un despropósito de todo lo que una persona no debe hacer; pero como ella sabía que su hijo era noble y sincero, le estaba creyendo.

CRISTINA -. No te preocupes, hijo; yo sabré hacer el bien y no el mal: Si eso es verdad y te creo: Aquí está tu mamá para deshacer estruendo. . . ?. . . Desde luego es una barahúnda.

ANTONIO -. Sí, mamá: Un desorden y de los mayúsculos.

Se fueron Belinda y Antonio a Madrid para seguir sus estudios; pero como la señora Cristina y la señora Felisa se trataban, todavía, de comadres, se contaban las unas a las otras las cosas. Y ¡UY!, cuando se enteró la señora Felisa de la verdad sobre Julia. Se la encrespó los nervios a la señora Felisa, notándolo la señora Cristina.

CRITINA -. ¡A ver qué vas hacer!.

FELISA -. ¡Lo haré!. Lo haré por la memoria de mi hija Juana, que en paz descanse; pero también lo haré por tu hijo Antonio.

Claro que lo hizo, lo hizo desde luego: Se presentó en la quesería con genio y coraje, a la vez, diciéndola a Julia, con buenas palabras; que dejase en paz a su yerno, asustándose todos los que estaban en la quesería.

Alegando, más tarde, la señora Felisa, que Antonio era una bella persona; no mereciéndose ser tratado de aquella manera, como ella, Julia, le había tratado hasta ahora.

JULIA -. Muy bien; señora Felisa. La haré caso, y dejaré en paz a su yerno, como usted dice.

FELISA -. Yo no he dicho eso.

JULIA -. ¡AH!, que no.

La señora Felisa agachando la cabeza salió de la quesería más ligera que una paja; al darse cuenta del fallo tan enorme que había cometido; pues llevaba en la cabeza la memoria de su hija: Estando siempre presente su hija, para ella, en todos los actos de su vida. Así la salió, de que la señora Felisa, se creía, todavía, que era la suegra de Antonio.

Se fue la señora Felisa ligera de la quosería; pero con los nervios de punta, al saber que Julia, no es que rondase a Antonio: Estaba atosigándole en sus menesteres, en los estudios y hasta en la forma de ser.

El pueblo, cuando se enteró de tal bronca; echada por parte de la señora Felisa a Julia, se estremeció de miedo y sintió el dolor de esta familia muy dentro de su Alma.

Julia, en vez de amedrentarse; se creció en sus deseos más mundanos, dentro de su corazón con respecto a Antonio.

No tenía ni día ni noche, buscaba a Antonio allí donde él estuviese; comprometiéndole en sus relaciones, con respecto a Belinda. Ya que esta chica consiguió ver la pura realidad de aquella forma mal dada, con respecto a Julia; al seguir a Antonio completamente enamorada de ella.

Pues lo que había entre Julia y Antonio, era una representación mal entendida por parte de dicha chica; al no poder retener sus impulsos ante Antonio, para callarse y no hacer una pantomima de su vida. Era una mímica mal expresada.

En Madrid, los estudiantes decidieron no salir ni los sábados; ya que era un curso muy difícil y con asignaturas, que había que entenderlas muy bien. Y para ello se debía estudiar, por la mañana, por la tarde y por la noche; teniendo un instructor de estudio, que lo explicasen, bien, aquellas materias asignadas por el Ministerio.

Como había comprobado, muy bien, Belinda que Antonio no tenía

que ver con la chica del pueblo, le había perdonado lo que él pudo haber hecho y no lo hizo.

De esta manera se estudiaba perfectamente en aquel piso; donde los estudiantes se sentían felices como ningunos: Pues entre ir a la facultad, a las prácticas y al piso, se pasaba el tiempo, sin pensar en otra cosa, que no fuese estudiar, si era más; estaban los tres en el piso y no se veían, como no fuese a la hora de tomar algún bocado.

Sí, no se veían, porque Belinda se había cambiado a otra habitación, donde se quedó Julia una noche.

Daban las tres y las cuatro de la madrugada, y todavía tenían luz esas habitaciones; saliendo de vez en cuando Belinda para pedir a Antonio un bolígrafo o un lápiz y poder seguir con sus apuntes.

Por la mañana temprano se levantaban todos, desayunando en el piso; para no perder el tiempo en la cafetería. Y lavados y limpios se iban a la facultad, estudiando, todavía, en el camino.

Antonio recordaba al amigo de la infancia, que le preguntaba todos los veranos, si no terminaba la carrera.

Llegó Semana Santa asistiendo a los oficios en una Iglesia que hay allí cerca, relativamente; pues de ir al pueblo, nada de nada.

Queriendo asistir a una procesión afamada, se fueron al Madrid señorial y castizo, en una calle que había unos soportales y allí vieron aquella procesión, que tanto los habían hablado a ellos.

Y como aquella tarde - noche se encontraban cerca de Luís Candela, entraron en unos mesones, para disfrutar un poco de sus mismas juventudes; sintiendo una mano amiga, que le tocaba la espalda a Antonio.

Antonio miró para atrás, viendo allí mismo y de pie a Julia, guardándole la vuelta, y mirando Belinda con sumo interés a la chica.

Pero como no hay una sin dos, vieron entrar, en ese preciso momento, al padre de Rafael, el señor Mariano, que iba acompañado de una señora, al parecer de Cuchilleros.

Si causó un impacto enorme Julia; más impacto causó el señor Mariano, al presentarse allí con aquella señora, que al parecer sería de cerca del Arco de Cuchilleros. No se confundieron los jóvenes, pues era aquella señora cerca de allí.

Mariano se puso muy serio al ver con los jóvenes estudiantes, a Julia; dándole una arenga de lo más fuerte que se había oído en la faz de la Tierra. Quedándose Julia como anonadada: Sí, totalmente derrotada por las palabras que había dicho el señor Mariano, terminando diciendo este señor a Julia con una imposición.

MARIANO -. Mañana te vienes conmigo al pueblo, sin falta alguna. . . ; me oyes Julia.

JULIA -. Le oigo a usted, señor Mariano.

Desde luego, aquella mañana no se la vio a Julia rondar la puerta de entrada; seguro que se había ido con el señor Mariano al pueblo. Quedándose más conformes Belinda y Antonio, al saber que se la había llevado el señor Mariano a Julia para el pueblo.

Era crucial aquella clase que iban a dar en la facultad, para entender mejor dos clases ya dadas, con sus prácticas médicas. Y ya, sin nervios ni agobio alguno; entendieron mejor lo que el señor catedrático les decía; abriendo unos ojos descomunales, al comprender mejor las dos últimas clases, con sus prácticas.

Al salir de la facultad, hablaban los tres estudiantes, de aquella clase, impartida por el señor catedrático. Y cosa curiosa: Aquel doctor había exployado mejor que nunca sus explicaciones.

Con el deber cumplido y la enseñanza hecha, se fueron los tres, Belinda, Enrique y Antonio al piso, para poder tomar algún bocado y recuperarse de tantos estudios como estaban haciendo.

Aunque era ya finales de curso; tuvieron que asistir los tres jóvenes a una intervención quirúrgica en un hospital, para que viesen cómo se hacía la unión de los huesos rotos.

Pues al decir verdad; ese mismo año, intercalaban las prácticas con ir al hospital para ver, en vivo, alguna intervención quirúrgica, pero estas últimas los menos.

Los dos meses que quedaban de curso, los tenían que aprovechar los

jóvenes estudiantes muy bien; como nunca lo habían hecho, por ser unas explicaciones, que se debían atender correctamente.

Por más que estudiaron, ese curso no fueron las notas tan buenas como los otros; pues era un curso muy difícil, a parte que no habían tenido apoyo alguno, como los otros cursos, que daban clases particulares con algún profesor que se prestan a tales menesteres.

Desde luego, fue la primera nota que los habían dado; pero siempre esa primera nota, indica el camino de cómo iban a ir las otras notas del resto de asignaturas.

Para ver y creer, es la experiencia; ya que el curso terminaba con notas más bajas que los otros cursos inferiores.

ENRIQUE -. Creímos. . .

ANTONIO -. No hay que creer nada. Tuvimos que dar clases particulares y nada más.

BELINDA -. No habrá que creer; pero menos lamentarse cuando se ha terminado el curso.

ANTONIO -. Nos bajará un poco nuestro baremo, estas notas que hemos sacado en este curso.

Antonio tenía razón; pues los iba a bajar, un poco como dijo este, esas notas que habían sacado durante el curso.

Refiriéndose Antonio, que sería un poco, nada más; ya que los otros cursos habían destacado como ningunos de sus discípulos: Teniendo todavía el mayor baremo, cada uno de esos tres estudiantes, Belinda, Enrique y Antonio.

Un tanto decepcionados, cada uno se fue a su casa, con sus papás; llegando Antonio al pueblo al siguiente día de haber recibido las notas, y de haberse despedido el rectorado de ellos, de todos sus alumnos.

Caso curioso; pues hacía que estaba en el pueblo Antonio cinco días y Julia no daba señales de querer andar a su alrededor. Aunque Antonio se guardaba de ese hecho insólito, para Julia.

Pero lo más insólito para Antonio, era que Belinda no llegaba de su pueblo; llamando al teléfono de Majadahonda: No contestando ninguna persona de aquel piso; comprendiendo enseguida Antonio, que estarían en el pueblo de sus papás, no teniendo teléfono alguno, ya que le habían dado de baja el que existía en aquella casa.

No le quedaba a Antonio, más que esperar a que Belinda diese señales de vida o llegase a su pueblo en fechas próximas.

Otros tres días más, estuvo Antonio sin Belinda y sin saber qué la pasaba o dónde estaría su novia. Ahora sí, que se puso nervioso perdido Antonio; al no saber nada de su chica.

Al cabo de los once días, llamaron al llamador de la puerta, repetidamente, yendo abrir la doméstica, encargada de tales menesteres.

¡OH!, visión excelente; pues los papás de Belinda, se encontraban en el umbral de la puerta del señor Fernando, o sea; en el pueblo de Antonio, acompañado de su hija, Belinda.

Antes de entrar en la casa del señor Fernando, se le veía al señor Ambrosio con un pie escayolado. Comprendiendo enseguida Antonio por qué su chica no le había podido mandar un mensaje por el teléfono.

Si alguien de la casa se creía que todo quedaba ahí, se confundía; pues a los dos días llegaron los papás de Enrique, a la casa del señor Fernando, con su hijo de acogida.

Casa solariega, casa veraniega donde las haya; la del señor Fernando, el papá de Antonio, pues estaban demasiados en ella: Se había llenado de personas aquella casa.

No obstante, Antonio se acordaba de Julia; sin poder decir nada de esa chica, para que Belinda no se molestase al oír nombrar a Julia por su misma boca.

Una mañana temprano, ya no pudo más Antonio, saliendo solo al río para dar un paseo por su orilla: No viendo seguirle a Julia para nada, y pensativo y cabizbajo se fue al pueblo, con una sola idea: Que alguien le hablase de aquella chica, que le dijese qué hacía, dónde estaba o si acaso se había ido del pueblo.

Pero al parecer no se había ido del pueblo; ya que un operario suyo había llevado un queso de cuatro kilos a la casa de sus papás.

Siendo raro, que Julia no hubiese llevado, en persona, aquel queso tan sabroso y sublime, una vez probado.

Pero la misma familia de Antonio, le facilitó el por qué de la ausencia de Julia; ya que decía su papá, el señor Fernando a su mamá, la señora Cristina, el por qué de la causa de no haber llevado en propia mano Julia aquel queso.

FERNANDO -. Cristina, sabes: Julia se encuentra un poco indispuesta; pero que está así hace ya tres meses.

CRISTINA -. Ya decía yo, que no venía por aquí.

De esa manera se expresaban los papás de Antonio, oyéndolo este joven, lo que sus papás decían de Julia: Lo que no comprendía bien, su hijo, era que estuviese indispuesta hacía ya tres meses. Los meses que hacía se vino de Madrid, trayéndola el señor Mariano.

Pensó, si a caso se la viese unos moratones de algunos guantazos por parte de aquel hombre; pero como sus papás no llegaron hablar de tal manera, Antonio se le hacía los sesos agua de tanto pensar: Qué la podría estar pasando a Julia, para estar indispuesta tanto tiempo.

Corría ya el cuarto mes sin ver a Julia el joven Antonio; hasta que un día se atrevió a pasar por la quesería, viéndola a esta chica con una tripita formidable.

Antonio se le decayó el Alma hasta el suelo; no sabiendo lo que decir, ni lo que hacer. Comprendiendo por qué no salía Julia de su casa; ya que tenía un Espíritu afable y dicharachero.

Pero como Julia había sido la amiga de Juana, que en paz descanse, sentía algo por ella. Por lo menos, sentía un afecto de amigos de la infancia y unos deseos, de que eso que él había visto no fuese lo que en sí representa.

Como Antonio era listo, se calló; no diciendo nada al respecto, para que nadie sospechase de su afecto hacia Julia.

Antonio veía que Belinda estaba muy callada, y como calmado su ser, su Espíritu y con los ánimos elevados. Pero a la que no podía confundir Antonio, era a su propia mamá; que llamándole un día, a parte, cuando vio que estaban a solas los dos, mamá e hijo. Para hablarle claramente a su hijo Antonio.

CRISTINA -. Te noto muy serio. . . ¿Es que ya lo sabes?.

ANTONIO -. Sí, mamá.

Antonio no podía decir otra cosa; tenía que sobresalir por encima del pensamiento de su mamá, para que esta señora le dijese la verdad sobre Julia. Y cogiendo aire en los pulmones, la mamá de Antonio, se dispuso a decirle la verdad sobre aquella chica.

CRISTINA -. Sí ya lo sabes, es porque lo has visto: Pero no me callaré.

Julia está embarazada.

ANTONIO -. ¡UF!.

La mamá de Antonio le vio a este como titubeando, como si se fuese a caer al suelo: Temblando como un junco y sin saber qué decir, ni lo que hacer.

De momento tuvo una reacción espontánea de desánimo y de odio hacia el que había cometido tal fechoría con Julia; preguntándole su mamá, si sabía él quién podría haber sido.

ANTONIO -. No lo sé, mamá. Solamente sé, que la última vez que vi a Julia, hace cuatro meses, se la trajo el señor Mariano al pueblo, como con signos imperativos.

CRISTINA -. Pero si es la amiga de la infancia de su hijo Rafael.

ANTONIO -. Ya lo ves, mamá.

La mamá de Antonio no quiso seguir hablando más de Julia, refiriéndose a aquel hecho brutal, que se había cometido contra su persona. Dando media vuelta, para irse a la cocinas y mandar hacer la merienda del día.

Como la señora Cristina era trabajadora, comenzó ella misma a preparar dicha merienda: Una comida ligera y que entrase bien a todos ellos, un arroz blanco, con algunas salchichas y una ensalada hecha a base de tomate, zanahorias, pimiento, cebolla, pepino; acompañada de unos higos de la tierra y unas uvas frescas. Y todo ello, rociado con un vino de aquella Tierra, de personas del buen quehacer y bastantes buenas gentes.

Pero como ni la madre ni su hijo se había quedado a gusto, con solamente decir quién era el presunto autor de aquel hecho; llamaron al señor Mariano, para que diese una respuesta, y así saber de quién era ese bebé que tendría Julia.

Aunque se esperaba en la casa del señor Fernando, que no llegase a ella el señor Mariano y en contra de lo que se pensaba, al siguiente día llamaron al llamador de la puerta, estando allí el señor Mariano.

A Antonio se le encrespó los nervios al ver en su casa al señor Mariano, tan conforme de él mismo; sin sospechar lo que se le venía encima a él mismo.

En vez de pasarle al salón, le recibieron en el pasillo de la casa, cerrando la puerta, para que nadie los oyera hablar sobre Julia.

CRISTINA -. ¿Quién es el padre de la criatura?.

MARIANO -. No entiendo.

ANTONIO -. Si es usted el padre de Rafael, amigo de la infancia de Julia.

MARIANO -. Sigo sin entender.

En un impulso de rabia incontrolada, le siguió hablando Antonio, al padre de Rafael; con voz de aplomo y semblante terso. Con esa madurez, que ya había alcanzado Antonio al correr de su vida.

ANTONIO -. Necesito saber, si usted es el padre del bebé de Julia.

El señor Marino, bajó la cabeza como aturdido por las circunstancias de aquel interrogatorio, como estaban haciéndole madre e hijo; dando hincapié a Antonio para proseguir con sus preguntas.

ANTONIO -. ¿Qué pasó, con Julia, amiga de la infancia de su hijo Rafael?: Dígame, por Dios.

El señor Mariano se echó mano a la cabeza, como avergonzado y arrepentido de sus actos malos, que cometió, camino del pueblo con Julia; aquella joven alegre y simpática a la vez. Pero que la había sesgado la vida, en un acto impropio de una persona creyente.

MARIANO -. Yo. . . Yo. . .?. . .Fui yo. Espero que ustedes me sepan perdonar, mi apto indecente.

Antonio se abalanzó a Mariano, cogiéndole de la solapa de su chaqueta, con idea de vapulearle; conteniéndose acto seguido, al pensar que sería mejor dejarle en paz, que formar trifulca con aquel señor, desconsiderado y maltrecho en su vida.

ANTONIO -. Es mejor dejarle a usted, Mariano. Siga usted con su vida, que se agobiará pronto, en todos los actos que haga: No le vendrán nada bien.

MARIANO -. Perdónenme.

CRISTINA -. Ahora salga de mi casa y no vuelva usted, más, a pisar en ella.

El señor Mariano salió de la casa del señor Fernando, triste y avergonzado; por el acto impropio de una persona civilizada, que cometió con aquella joven, de mirada alegre y de simpatía en su cuerpo, siempre metida. Habiéndola quedado, triste y como si ella hubiese sido la culpable de todo lo que se le achacaba al señor Mariano, por las personas de aquel pueblo; llano y sincero.

Estaba ya terminando el verano, y los jóvenes estudiantes se preparaban para irse a la Metrópolis de aquella Nación, para seguir con sus estudios. El último año de carrera.

Cuando a Antonio, se le ocurrió dar un paseo por las calles de su pueblo, pasando por la quesería: Viendo allí a Julia, con su tripita de cuatro meses. Y es, que a esa chica, se la notaba más que a otras mujeres.

Julia se percató de la presencia de Antonio, parándole al joven, al decirle algo que a él le llenó su Espíritu de hombre creyente.

JULIA -. Antonio, que te he visto. No pases a la ligera y entra en la quesería: Mírame de frente.

Todos sus operarios enmudecieron en aquel momento; no sabiendo lo que decir, ni lo que contar: Solamente Julia era la que lleva la batuta del habla con Antonio; pues sus operarios permanecían avergonzados y muy serios.

Antonio al llegar a donde se encontraba Julia, la miró muy serio a su tripa, como queriendo saber si ella era gustosa tener aquella criatura.

ANTONIO -. Te miro de frente, Julia.

JULIA -. ¿Y no te gusta nada?, lo que estás viendo.

ANTONIO -. Pero que nada.

Antonio y Julia se abrazaron en aquel momento de agobio y

decadencia en su moral y en el Espíritu de aquella chica. Mirando todos los operarios de la quesería, para ver cómo se desarrollaba aquel encuentro, de esos dos jóvenes.

Terminando aquel encuentro, con las manos de Antonio recorriéndola los glúteos intermedios, para subir las manos a las espaldas de Julia y como hacerla un masaje en ellas.

Se veía, que aquellos chicos se querían; pero no podía Antonio romper su palabra dada a Belinda, por un sentimiento amoroso, quizás mal entendido. Aunque para decir verdad; ya era tarde en aquel cariño, que se daba, entre Julia y Antonio.

Saliendo Antonio muy serio de la quesería; quedándose más seria Julia, por no haber alcanzado la meta de hacerse novia con Antonio.

Una vez que se había ido Antonio de la quesería, se comenzaron a oír unas voces enormes, de una mujer despechada con un hombre.

Ese enfado que tuviera aquella mujer con aquel hombre, era un enfado morrocotudo, de Felisa hacia el señor Mariano: Por el hecho tan horroroso de haberla esforzado, camino al pueblo.

FELISA -. Pero si puede ser tu hija: ¿Es que no lo comprendes?.

Sí lo comprendía el señor Mariano; pero para él, era todo igual; debido al carácter tan nefasto que tenía ese señor.

Eso era la verdadera razón de haber hecho, el señor Mariano, todo lo que había querido con Julia, camino del pueblo. El carácter que él tenía dentro de sí; no pudiéndolo echar fuera de él: Aquello era más fuerte que sus fuerzas, se pegaba como lapa a él.

No solamente le regañó la señora Felisa, al señor Mariano, una vez que ya lo había hecho en otra ocasión; si no, que la señora Angelines le paró, en medio de la calle, exhortándole, al señor Mariano, para que pidiese perdón delante de todas las gentes de su pueblo. Acto que llevó al señor cura, para visitar, en su casa, al señor Mariano y al comandante del puesto, de la guardia civil, a tomar cartas en el asunto: Por inmoralidad y prevaricación de hechos.

Y así unidos, los dos estamentos sociales de la Sociedad, abogaron los dos juntos, cura y comandante del puesto de los guardias, que Mariano hiciese unos Ejercicios Espirituales, recluso en un monasterio durante un mes.

No estando muy conforme el comandante del puesto de los guardias; por tener dos faltas graves con la Sociedad; teniendo que pagar sus culpas por ello.

En casa del señor Fernando, y viendo que el verano se terminaba, se reunieron todas las familias alrededor de los estudiantes; estando estos como asustados por tal decisión. No sabían, qué les irían a decir sus papás a ellos, ni de qué se trataba.

FERNANDO -. No, no os asustéis, que no es cosa del otro Mundo lo que vamos a tratar con vosotros.

Comenzando una plática onerosa, entre papás e hijos; no dando creencias a esa propuesta tan gravosa, como los papás los insinuaban.

MARI CARMEN -. Nosotros no tenemos tanto activo, como para que nuestro hijo estudie una especialidad.

PABLO-. Podemos vender la casa, que tenemos en el pueblo, con el pequeño piso de nuestra propiedad nos sobra.

El señor Fernando, mirando a los papás de Belinda, dijo algo a todos, que los quedó con el corazón helado.

FERNANDO -. Yo aportaré el dinero, que haga falta en la especialidad de mis hijos.

AMBROSIO -. Es mucho dinero para nosotros; pues mi hija Belinda, no podrá especializarse en lo que a ella la gusta.

FERNANDO -. Hay que oírme bien. He dicho mis hijos, Antonio, Belinda y Enrique. Los ayudaré en todo lo que haga falta, hasta la saciedad; emplearé todo el dinero necesario para que los tres hijos míos, hagan su

especialidad, sin término alguno. Ya que lo he estudiado mucho y tengo lo necesario, no solamente para que mis hijos hagan su especialidad; si no para comprar un edificio que sirva de clínica para ellos.

SOFÍA -. ¿Y qué?.

FERNANDO -. Pues para ello, cada uno hará una especialidad. A Antonio se le da bien las venas y el corazón, a Belinda la Neurología y a Enrique explorar los huesos a fondo: Faltando un cirujano en general; teniendo la clínica completa, con dos o tres enfermeras y algún auxiliar de clínica.

MARI CARMEN -. ¡Ahí va!.

FERNANDO-. Sí, me gastaré todo mi dinero en mis hijos. Les daré todos mis dineros en vida: ¿Para qué lo quiero yo?.

Sabiendo que la especialidad, como poco, eran tres años. Lo peor era la tesina; que algunos estudiantes han tardado otros tres años en tiempo completo o cinco en tiempo parcial.

ANTONIO -. Papá.

FERNANDO -. Dime, hijo.

ANTONIO -. Pon a tiempo parcial, para hacer la tesis; aunque se vería anticuado el edificio de la clínica.

Tenía razón el hijo de Fernando, Antonio; ya que primero había que

coger un plan de estudios para tal medio; no sabiendo cuando lo podrían coger; y en caso favorable, sería prematuro hacerlo a tiempo completo.

Salieron los tres estudiantes de aquella reunión, como chicos con un bizcoche en la puerta de la escuela: Alegres y vivarachos, como ningunos de los otros jóvenes, que estudiaban con ellos.

Hablando entre ellos, diciéndose los unos a los otros; que con hacer una especialidad, ya estaba bien. No teniendo otras aspiraciones de saber, más que el comenzar a trabajar cuanto antes.

Pero lo que se empeñaba el señor Fernando, eso se hacía de inmediato, no poniendo pegas a nada de lo que él decía.

Volviendo a Madrid los tres estudiantes, Belinda, Antonio y Enrique; para reanudar su carrera en el sexto y último curso de Medicina. Pero al llegar a la ventanilla de administración de la universidad, supieron que aquel curso se alargaría un poco más que lo normal; al haber cambiado el plan de algunas asignaturas ya dadas.

Aquellos mozos, no estaban conformes al plan del gobierno; ya que se debía haber dicho de antemano.

Y una mañana temprano se vieron reuniones en el paraninfo de la universidad, protestando por aquel plan del gobierno, dado con nocturnidad y alevosía; según decían los estudiantes del último curso en la facultad de medicina.

No hicieron nada aquellos mozos, reuniéndose entre ellos para que derogasen el decreto dado, para cambiar de asignaturas.

Lo cierto era, que el curso empezó con las asignaturas que el Ministerio había implantado.

Y para más INRI, los estudiantes tenían que ajustarse a unas numerosas prácticas de anatomías en la sala de disección; compaginándolas con la asistencia a las aulas, para oír al señor catedrático en sus explicaciones de cátedra.

Sí; parecía una mofa todo ello, al tratar a los estudiantes como a máquinas mecánicas: pidiéndolos más que ellos podían.

Aquel año, seguía siendo como el año anterior: De la facultad al piso y viceversa: Con el gravamen, que tenían que asistir a algunas operaciones en vivo, en el hospital; para aprender aquellas técnicas.

El presupuesto que se habían formado los mozos, se los estaban haciendo cortos; pues tenían que gastar más dinero que otros años, en los autobuses del Excelentísimo Ayuntamiento, o en el tranvía. Así, como merendar fuera del piso; donde tenían toda clase de avituallamientos de comidas, los tres estudiantes.

Por lo tanto, presupuesto roto. No pudiendo hacer frente los padres adoptivos de Enrique, a tal contrariedad, en el presupuesto. Antonio habló con su papá, sobre una posible asignación a su hermano Enrique; para que pudiese hacer frente a tantos gastos, como tenía en ese curso.

Un día que estaban estudiando los tres jóvenes, sonó el timbre del piso, en Madrid; identificándose la persona que llamaba por Julia.

Quedándose Belinda sin saber qué decir, ni qué hacer; pues aquella mujer, no debía llamar, nunca más, ha dicho piso: Pero con todo y eso lo hacía.

Julia venía pidiendo un favor a Antonio y a Belinda; y sin mirarse, estos dos, contestaron “si” faltándoles el tiempo para hacerlo. Al saber que dicho favor, era para acompañarla a Julia al médico especialista.

Parecía que el embarazo no la venía bien; además, el feto se había dado la vuelta y según rayos, tenía dada una vuelta al cuello, con el cordón umbilical. Queriendo que se quedase en vigilancia, por lo menos un día; para ver si se seguía moviendo el feto.

Pero como era consulta particular, Antonio pidió dinero a su papá, Fernando; al saber que Julia no había llevado tanto dinero en su monedero. Y por un giro telegráfico, recibió, aquella misma tarde el dinero Julia, admitiendo que se la concediese una habitación en aquel centro sanitario.

Sabiendo muy bien, Belinda y Antonio; que perderían día y medio de estudios, por asistir a Julia en su dolencia, cerca de la cama del hospital, donde había ingresado esta mujer. Al siguiente día, por la tarde, se fue Julia al pueblo en el autobús de línea; llegando a hora de oscurecer; pero con todo y eso, ya la estaba esperando la señora Cristina, por si la tenía que ayudar en algún menester de su vida.

La única carencia que presentaba Julia, era de ubicación; pues aquella mujer, se encontraba sola y con un problema sanitario, que no era para que estuviese sola.

Pues cuando Julia inició el camino de su casa, la retuvo la señora Cristina, cogiéndola de un brazo, para decirla algo que la llegó al corazón.

CRISTINA -. No, hija. Tú te vienes con Fernando y conmigo, a mi casa: No puedes estar sola con ese problema de salud para el feto.

JULIA -. ¿Se lo ha dicho, Antonio?.

CRISTINA -. Sí, nos ha llamado por teléfono; para que te viniésemos a recoger, cuando llegases en el autobús de línea.

A Julia se la vio caer dos lágrimas de los ojos, pensando en Antonio: Pues nunca más le tendría. No le tendría como a marido; pero sí para ayudarla siempre que le necesitase, como en este caso.

Pero era un caso excepcional; ya que a la siguiente mañana, le llamó su mamá a Antonio; pues Julia había pasado una noche de sufrimientos horribles. No tardando llegar Antonio al pueblo; pues su mamá Cristina le llamó por la mañana temprano y por la tarde estaba su hijo en el pueblo, con Belinda.

El propósito de Antonio, era llevarse a Julia a Madrid; para que viviese con ellos, el tiempo que tardaría ponerse bien su embarazo. Eso

creía él; pero al llegar a Madrid, Julia se puso peor, teniéndola que llevar a un hospital: Quedándose ingresada Julia, en observación.

Sin falta de tiempo, Antonio llamó a un catedrático, ginecólogo, que conocía él muy bien; por haberle felicitado, varias veces al sacar notas buenísimas Antonio. Y con otra salvedad: Que dicho catedrático le había regalado a Antonio un libro, que le sirvió de dirección en la vida; hablando mucho ese día, el señor catedrático con Antonio.

Le prometió llegarse al hospital, esa misma noche; para saber cómo se encontraba la mujer embarazada, que abogaba Antonio por ella. Y así, como a las diez y media de la noche, sonó el teléfono, siendo el señor catedrático; anunciándole a Antonio, que por la mañana siguiente irían a operar a Julia para sacarle el bebé, que tenía mal colocado en sus entrañas. A la vez que le decía, una cosa importante para él: Tendrían prácticas en ese mismo hospital.

Medio nervioso y temblando, llegó Antonio para visualizar las prácticas en el hospital. Y como todo se habla, como todo se dice; se dijo que irían a presenciar una cesárea a una mujer joven. Cogiendo la estampilla, que llevaba el celador al cuarto de esa mujer, vio Antonio que se trataba de Julia. No sabiendo lo que hacer, salió como corriendo Antonio para llegar donde estaba el señor catedrático.

Al verle este señor, se quedó extrañado, muy extrañado; pues los alumnos tenía que permanecer en una plataforma, para ver la operación.

CATEDRÁTICO -. ¿Qué hace usted aquí?, Antonio.

ANTONIO -. Doctor, esta chica es de mi pueblo y muy allegada a mí casa.

CATEDRÁTICO -. Pida permiso, para estar en la operación.

Antonio no perdió el tiempo, saliendo como una flecha hacia donde él sabía, muy bien, dónde tenía que pedir permiso, para bajar a la operación.

Sietemesino, siendo un niño muy gracioso y muy risueño. Cogiéndole Belinda, en su regazo, una vez que le llevaban en orientación a la sala de recién nacidos; haciéndole todas clases de gracias y carantoñas, como nunca había visto Antonio.

Antonio se refirió a una enfermera, diciéndola que el bebé había sido sietemesino y que debía recibir cuidados intensivos; llevándosele al bebé a una sala, que había adosada a la sala de nacidos.

ENFERMERA -. Como usted diga, doctor.

Y era que todavía llevaban la bata, Antonio y Belinda por haber asistido a la cesaría del parto. Quedándose Belinda con cara alegre por aquel trato, dado por la enfermera a Antonio.

BELINDA -. Has oído cómo te ha llamado esa enfermera: Doctor.

ANTONIO -. Dentro de unos meses, me tendrá que llamar de esa manera.

BELINDA -. Me refiero, que es la primera vez que te llaman de esta manera.

A los pocos días estaba Julia en el piso de los tres jóvenes, con el niño en los brazos: Con idea de marcharse al pueblo al siguiente día, para poder ver cómo iba la quesería.

ANTONIO -. A propósito de la quesería. No digas, nunca que el niño es de el señor Mariano.

JULIA -. ¿Por qué?.

ANTONIO -. Te sacaría media quesería: No comprendes, que nada más que el niño sepa quién es el padre; con un regalo que le haga y unas carantoñas, se gana el cariño de tu hijo.

JULIA -. Entonces: ¿Quién digo que es su padre?.

ANTONIO -. Que tú no lo quieres decir.

JULIA -. Entonces, sospecharán de ti.

ANTONIO -. De todas maneras, sospecharán de mí.

Belinda abría unos ojo enormes, como no dando crédito a lo que estaba oyendo, por boca de su chico.

BELINDA -. ¡Está muy bien!

JULIA -. ¡Anda!, Belinda; no seas así.

No sabiendo Belinda, de qué manera tenía que ser ella; pues aquella conversación, sostenida por Antonio y Julia, la estaba pareciendo muy familiar.

Julia notó en el sentido que había cogido Belinda la conversación, entre ella y Antonio; dando ya, por cosa hecha su relación primitiva.

Todo quedó ahí, en nada; pues enseguida se formalizó la amistad, otra vez, como nueva: Sin ninguna clase de rencor por las dos partes, la de Belinda y la de Julia.

Al día siguiente, llevaron Belinda y Antonio a Julia para el pueblo; estándola esperando casi todas las personas de aquella urbe rural.

Cosas que pasaban antaño, en los pueblos más humildes: Que sin pensarlo, iban todas las personas, que podían, para recibir la intercepta, con cara de circunstancias.

¡Qué vergüenza!, que pasó Julia al ver a casi todas las personas del pueblo, recibéndola en la puerta de su casa.

Algunas personas la preguntaban por el padre, otras hacían carantoñas al bebé, y entre aquellos arrumacos, le hacían con la boca y la garganta, algo así como: -. ¡Aguo, aguo!; qué guapo el niño -.

Al volverla hacer, de nuevo, la pregunta, de ¿quién era el padre?, Julia se sobrecogió, no queriendo decir nada.

JULIA -. No quiero decir, quién es el padre de mi niño.

MATILDE -. ¿Es el señor Mariano?.

JULIA -. No.

Y a la voz del “no”, todas las personas que estaban allí, se echaron para atrás; comprendiendo, entonces, quien era el padre de la criatura.

MATILDE -. Entonces, no queda otro más que ser Antonio.

JULIA -. No es Antonio. Y no me preguntéis, que no lo quiero decir.

¡UF!; cuando se enteró el señor Mariano, que Julia estaba diciendo que él no era el padre: “Montó pie en polvorilla”, no queriendo saber lo que pasó por su Alma. Ya que aquel señor, vio muy mal, que Julia ocultase al verdadero padre de la criatura.

Pero cuando estuvieron a solas, Matilde y Julia: Dicha señora la alertó de algo, que Julia ya sabía, por boca de Antonio.

MATILDE -. Mientras digas, que no es su padre el señor Mariano; te salvas de algo grande.

JULIA -. ¿Por qué?.

MATILDE -. Ya estaba echando cuentas sobre la quesería: Si aquí pongo eso, si aquí quito lo otro. . . Y así sucesivamente.

Contestando pronto Julia a lo que había dicho Matilde; toda ella exaltada por los nervios, al oír aquello que la estaba diciendo la confidente de Antonio.

JULIA -. Pues no es el señor Mariano: Que lo sepa usted.

Calle arriba: Calle arriba se le vio llegar a la quesería al señor Mariano con los puños cerrados y el semblante terso; como queriendo formar trifulca con la propietaria de la quesería, Julia.

MARIANO -. ¿Qué estás diciendo?: que no soy yo el padre de tu hijo.

JULIA -. Pues no, señor Mariano.

MARIANO -. ¿Y eso?.

JULIA -. Ya estaba yo embarazada, antes que usted me esforzase.

MARIANO -. ¡Mala!; que eres una mujer mala.

JULIA -. No forme usted bulla, que le están oyendo.

Al señor Mariano no le importaba nada que le oyeran todas las

personas del pueblo, pues no pensaba en otra cosa que no fuese la quesería.

El señor Mariano, recibió un requerimiento judicial, para que ingresase en un monasterio para hacer unos Ejercicios Espirituales en un mes. Teniendo que ingresar, quisiera o no quisiera en aquel claustro religioso, donde le impartieron unas charlas, que le llegó a lo más profundo de su ser.

Julia respiraba contenta; pues por lo menos, en un mes no vería al señor Mariano; que la atosigaba, para que dijese, que él era el padre de su hijo.

En Madrid, todos se encontraban muy apurados; pues los estudios eran cada vez más fuertes: Los exigían el máximo a los estudiantes, en su carrera.

Pero en el pueblo, no era diferente todo lo que pasaba en él; ya que las personas, no dejaban hablar del niño de Julia. Estando esta mujer totalmente avergonzada al oír hablar de ella a todos los habitantes de su pueblo.

Parecía que la vida en aquel pueblo era ficticia; no coincidiendo, en nada, a la vida real: En donde la persona se ve querida por otras personas, en donde la gracia de Dios se ve en los hechos de esas personas, devotas y humildes.

Eran tiempos modernos: Creyéndose que se pasaría a otra manera de pensar; más sofisticada y más incomprensible, dentro de la razón humana.

Porque esa razón no daba de sí más, no se veía un atisbo de confianza de una persona a otra, por -. Voy a contar lo que me has dicho -.

Por no creerse el vecino, lo que el otro le dice, por no rezar tú solo, en tu casa, por no leer nada de nadie, por sentirse cada uno; como si no necesitase que otra personas le ayude. Pero eso sí: Cada persona elevaba la vista al Cielo pidiendo, por lo menos pidiendo; que ya eso, era mucho para aquellos tiempos. Al poner a Dios como centro de todas las cosas: Materiales e inmateriales. Fe, esperanza y caridad; las tres virtudes teológicas. Refortalecidas con las virtudes cardinales; prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Todos los signos de la buena religión, se comenzaron a dar en los tiempos modernos; donde las personas hacían más caso a su moral y a su religión, que a cualquiera otra persona, que le pudiese indicar la senda donde podía ir.

Chocando con el parecer de alguna persona, en que su infundíbulo no le regía para pasar a la era moderna; por tener en el encéfalo algunas que otras protuberancias.

¡Era moderna!, llegando a los tiempos actuales, sin otros contratiempos que el saberse hijo de Dios; y no de una persona humana, aunque así fuese.

Julia, en aquellos tiempos de no haberla dejado, para nada, las personas del pueblo; se quería ir de allí a la Capitalísima Ciudad.

Queriendo trasladar en la Gran Urbe su quesería; pero cuando contactó con lo que se iría a gastar, en aquel traslado, decidió quedarse en el pueblo: Ya que tenía su medio de vida y una buena cobertura para exportar sus quesos a todo el territorio nacional.

Cosa que surtió efecto; pues las personas del pueblo vieron ese acto de valentía, como un acto social para darse valer a sí mismo. Llegándola a respetar todas las personas de su pueblo.

Tenía talla y arte Julia; para dar y tomar; más bien dando señales de no inclinar la cabeza para nada, saliendo hacia adelante con su hijo ella sola.

No tardó llegar Antonio al pueblo y cuando le vio, un operario de la quesería, indicaba a Julia algo que ella la llegó al corazón.

OPERARIO -. Señora: Por ahí viene su marido.

Y cómo no; si nada más llegar Antonio a la quesería la dio un beso en las mejillas; cogiendo el carrito del niño, para llevárselo de paseo. Así que el pueblo, y también él, no sabían lo que era Antonio de Julia.

Aunque ya estaba en el pueblo el señor Mariano, este se conformaba con decir, que él era el padre de ese niño.

No resistiendo oír a Julia decirle, una y mil veces, que él no era el padre de su hijo. Yéndose al juzgado para poner una demanda de

paternidad, con respecto al hijo de Julia.

Como el señor Juez había admitido la demanda de paternidad; tenían que hacerse las pruebas Julia y el señor Mariano, con aquella criatura, inocente de lo que estaba pasando a su alrededor.

Pero como Julia, seguía diciendo, que el señor Mariano no era el padre de su hijo; solamente se admitió, por parte del señor Juez, que se la hiciese el señor Mariano y el bebé. Teniendo que esperar, a que el bebé tuviese unos ocho meses; llegando enseguida a dicha edad el bebé.

Como una vecina de Julia, tenía un bebé de dicha edad; sabiendo el grupo sanguíneo de su bebé, que era lo que se fijaban los jueces, en aquel antaño: Se fue directa para hablar con la señora Angelines, la mujer de Mariano, una vez que su marido no se encontraba en su casa. Pidiéndola el grupo sanguíneo de su marido; siendo el O positivo, y como el niño de la vecina era el A positivo, todo cuadraba con los deseos de Julia.

No quedándose conforme el señor Juez, ordenó que se hiciese las pruebas Antonio y como Antonio dio como resultado el B negativo, no coincidiendo con el grupo sanguíneos del bebé, que era el A positivo.

Mientras estaban en la enfermería en la extracción de sangre, Julia decía algo así como.

JULIA -. ¡AY!, mi niño. No me le haga usted daño.

Y como la extracción de sangre se hizo en la capital del pueblo de Antonio, nadie conocía al bebé; pasando por ser el hijo de Julia.

Eran tiempos modernos: No, ¡qué va!; eran los comienzos de los tiempos modernos; por eso se daban aquellas cosas, dependientes de la poca sapiencia que había en los tiempos, que corrían en el pueblo de Antonio. No se había investigado muchas cosas, que ahora no permitirían tal atropello en la ciencia.

Ni el señor Mariano, ni Antonio; según el grupo sanguíneo eran el padre de aquella hermosa criatura: Respirando, aliviada, Julia por tal fallo, en el litigio que habían tenido los dos hombres, con respecto al bebé; ya que no había llegado a ser juicio. Solamente había sido una VIS à VIS, con aquellos dos hombres. Sí. Cara a cara, se resolvió este litigio, entre el señor Mariano y Antonio, un joven que se había hecho, ya, un hombre.

No digamos nada de Belinda; que estaba esperando en la puerta del juzgado, para saber el resultado definitivo del litigio, entre su novio y el señor Mariano.

Antonio salió del juzgado como aturdido, pensando en una y mil cosas a la vez; eran tanto así, que se pasaba de Belinda sin decirla una sola palabra, por no haberla conocido.

BELINDA -. Antonio; que estoy aquí.

Antonio miró, de arriba para bajo, a Belinda; que llevaba puesta una falda de seda y una pamea hermosísima, resguardándose de los rayos solares, ya que estaban muy elevados de temperaturas en aquellos días.

ANTONIO -. Perdona, Belinda; no te había conocido.

Agarrándole del brazo Belinda a Antonio, se le llevó hacia donde tenía aparcado el coche y en pocas horas, estaban en el pueblo, celebrando lo bien que lo habían hecho.

Al verlos llegar, las personas del pueblo, se juntaron todas alrededor de ellos; preguntándolos por el fallo de aquel juicio. . . Y como dichas personas, no sabían que no habían llegado a juicio, Antonio contestó, que ninguno de los dos era el padre de la criatura de Julia.

Así quedó sentado, en el pueblo, que ninguno de los dos, el señor Mariano y Antonio, tenían nada que ver con aquel bebé tan hermoso y simpático, como era el hijo de Julia.

Aplacando el pueblo su interés por saber quien de los dos era el padre del hijo de Julia. Yéndose Belinda y Antonio, otra vez a Madrid, para seguir con sus estudios; pues estaban a finales de curso. Y nada más que llegaron al piso, los anunció Enrique, que había dentro de dos días, examen

de casi todas las asignaturas dadas en aquel año; de muchos estudios y pocas diversiones.

Entre café y café, pasaron la noche los tres estudiantes, en su piso; sin quererse hablar para nada: Solamente estudiaban y estudiaban mucho, repasando todas las asignaturas que había estudiado durante el curso.

Al parecer, era un repaso parcial de todas las asignaturas: Viendo los señores catedráticos el grado de capacidad intelectual que tenían los estudiantes de aquel mismo año.

Llegando el día fatídico, para demostrar la capacidad de retención que tenían cada estudiante. Y así saber a qué especialidad dirigirlos; en caso de que quieran hacer el doctorado de alguna especialidad.

Había sido todo lo contrario que los había anunciado Enrique; pues aquellas pruebas de capacidad intelectivas, no significaban que fuese una prueba de exámenes.

Alegrándose mucho Antonio, por hacer aquellas pruebas; así sabría él, que se le daría mejor, según su rector. Y cuando fue llamado a rectoría, aquel señor le indicó que se le daba bien, las venas y el corazón. Coincidiendo con Belinda y Enrique, en lo que ellos querían doctorarse.

El camino estaba allanado; ahora dependían si ellos supiesen sacar la especialidad, que ellos querían. Y al enterarse de cuanto dinero costaban aquellas especialidades, tuvo un bajón moral Enrique; no sabiendo si su padre biológico tendría tanto dinero, como para que estudiaran todos ellos.

Cuando estuvieron en casa los tres, Antonio aprovechó un momento que Belinda se estaba preparando una ensalada en la cocina, para hablar con su hermano Enrique.

ANTONIO -. Enrique, hermano. . .

Al oír llamarle así Antonio a él, se volvió con cara de bonanza y fraternidad: Escuchándole atentamente, lo que le tenía que decir su hermano Antonio.

ENRIQUE -. Dime, hermano Antonio.

ANTONIO -. Te he visto dudar, por un momento; cuando se nos informó del presupuesto, que debemos tener para hacer una especialidad. Siendo de lo más normal, que se nos informe de todo lo que nosotros hemos estudiado, y lo que cuesta cada especialidad.

ENRIQUE -. Sí, pero no. . .

ANTONIO -. No se hable más. Estudiaremos, cada uno nuestra especialidad elegida por nosotros y corroborada por nuestros catedráticos.

La clausura del curso se hizo a los tres días de saberse en qué se especializarían cada uno de los tres estudiantes, Belinda, Antonio y Enrique.

Como ya sabían cuando irían a empezar las prácticas y la ayuda, en los estudios de especialidad, Antonio se fue unos días al pueblo; para disfrutar de sus papás; al igual que hizo Belinda y Enrique; volviendo en un par de días a Madrid, para no perder la capacidad de estudios, dejando todo el verano sin estudiar.

Los catedráticos, los tenían divididos por grupos de dos y algunos de tres estudiantes; así podrían asistirlos mejor en sus estudios a sus pupilos los señores catedráticos.

Con el catedrático, conocido por Antonio, fue él solo el que iba a dar las clases o las charlas, según viese el profesor; siendo un completo compendio de repasar las asignaturas dadas durante la carrera. Y cuando el señor catedrático vio que Antonio ya estaba para aprender los nuevos entresijos de la especialidad, le lanzó de lleno en la materia de la especialidad más difícil de todas.

Quedando con las tareas tan arduas, como eran aquellos estudios, que comenzaron hacer los tres estudiantes, ya personas adultas: Nos interesaba más saber qué se daba por el pueblo en aquellas fechas.

Siendo tiempos muy difíciles para todas las personas; pues el cambio de la nueva era, presupuestaba, en cada casa unos dineros contables de más, por tener que adquirir los electrodomésticos, como así los nuevos vehículos para trasportarse de un pueblo a otro, como tener que comprar, los

agricultores un tractor para su apañó en las tareas de las tierras de labranzas que ellos poseían.

Eran gastos tras gastos; pues hasta la televisión, se comenzó a ver en color, teniendo que cambiar, los pocos que tenían una en blanco y negro, y los que no la tenían se agenciaron de una televisión, con un préstamo del banco.

Socorrido, muy socorrido era el banco para los cambios que se estaban haciendo; pues hasta los tractores, como los electrodomésticos, la televisión, con alguno que otro utensilio para la casa: Todo, pero que todo, se obtenía gracias a los préstamos del banco.

Tanto era así, que se decía: “Este pueblo, está entrampado”. No teniendo consideración alguna, los habitantes del pueblo, ni recapacitaban en pedir un préstamo al banco; teniendo que pagar ese préstamo durante varios años. Más tarde se daba la compra a plazo; que era igual, pero alargando el tiempo de desembolsos de ese dinero y acortando el valor del capital inicial: Siendo más factibles las compras para las familias.

De tanta venta y compra, brotó, en las personas de los pueblos, ese hado de grandeza, que cada ser tiene en el fondo de su Alma; saliéndole a flote el querer ser único en el pueblo. Para ello, se aprovechaba el denunciar al vecino; a sabiendas de que te iban hacer caso, ya que había una gama de abogados, desimanados por toda la geografía de la Nación.

El pópulos se debatía entre el ser y no ser alguien en su pueblo; siendo personas aducidas por la capacidad adquisitiva que tuviesen.

Un día se descubrió una serie de huertos en las vegas del río; sin haber pedido permiso, ni tener el beneplácito para ello; y como en los tiempos modernos ya había nuevos interventores de carreras, aquellas tierras se tenían que clasificar como de labranzas, no teniendo, algunas dicha clasificación para ello, ya que estaban dentro del casco urbano.

Una controversia había en aquellos tiempos, en el pueblo; pues el casco urbano ocupaba más allá, que el perímetro que tenía el pueblo. Teniendo aquellos huertanos que construir una vivienda en su parcela, diciendo que los productos de la huerta eran para consumo propio. No queriendo ver, si se vendían, esos productos en el pueblo, por ser esos beneficios con los que comía cada familia del pueblo.

Julia, estaba casi instalada en casa del señor Fernando; pues el hijo vivía allí, como si fuese su propia casa; llamándolos a los dos titulares de la casa: Abuelos. No siendo eso solo, que a Antonio, se le escapó una vez; llamándole papá.

Desde entonces, Antonio dejó hacer su colada, trayéndosela a mamá para que le lavasen la ropa en su casa; llegando de viernes a sábado, todos los días finales de semana.

Instalándose de una vez, Julia, en la casa del señor Fernando; pues se la indicó una habitación, para ella y el niño.

El niño; que tenía más juguetes que cualquier otro niño de aquel pueblo, siendo la comidilla de todas las personas, al no comprender ellos, el por qué de acoger a Julia y a su hijo, dentro de la casa, solariega, del señor Fernando, si no era nada suyo.

Tal circunstancia dio hincapié a Julia, para llegar un día a casa del señor Fernando muy agitada; por haber oído lo que se decía en el pueblo, sobre esa convivencia de Julia con aquellos señores.

CRISTINA -. ¡AH!, no hija: Tú no tienes que oír nada de lo que las perronas del pueblo digan sobre tu paradero en mi casa.

Y como lo estaba oyendo el señor Fernando, entró en la conversación, yéndose la señora Cristina para llamar por teléfono a su hijo Antonio.

FERNANDO -. Hay que tener más personalidad, como para no hacer caso a los dichos del pueblo.

JULIA -. ¡Que no!; señor Fernando. Usted no sabe bien lo que dicen en el pueblo, sobre mi estancia en su casa.

FERNANDO -. ¡Digan, lo que digan!.

JULIA -. No es eso: Señor Fernando.

En estos momentos, entró la señora Cristina, en el salón de la casa; que era donde estaban hablando con Julia, para que esta mujer cogiese el teléfono de inmediato, ya que la llamaban, urgentemente por él.

Al coger el teléfono Julia, oyó la voz de Antonio, que la decía algo así, como que se quedase en la casa de sus papás; ya que también era su casa.

Al oír aquello Julia, de que también era su casa; se conformó un poco, pues si no llega a oír aquello, se hubiese ido de aquella casa.

Belinda lo estuvo oyendo, detrás de Antonio, todo lo que la había dicho este por teléfono, aceptando todo por su parte; siendo más, que Belinda la llamó más tarde para darla ánimos a Julia, en su estado moral de desaliento, con respecto a lo que se decía de ella en el pueblo. Alertándola a Julia, para que se quedase en casa de Antonio.

Pero como Julia siguió hablando, se enteró de algo que a ella la encantó mucho; despidiéndose Belinda de aquella mujer hasta el sábado, que deseaba llegar ella, para ver al niño y saber cómo se encontraba Julia.

También se había enterado Antonio de todo lo que habló Belinda con Julia; pareciéndole de lo más normal del mundo; por el sentimiento tan bueno que tenía su chica, con la madre del niño.

No se hicieron esperar los dos, Belinda y Antonio; pues por la tarde, ya se encontraban los dos estudiantes en el pueblo de Antonio: Siendo el recibimiento de los papás de Antonio de lo más cordial y sincero. Pero

cuando la mamá de Antonio no vio entrar, en su casa, a Enrique le llamó la atención a su hijo Antonio.

CRISTINA -. Antonio, hijo. Y tu hermano Enrique: ¿Dónde está?.

ANTONIO -. Se ha quedado estudiando en Madrid; pues tiene muchas prácticas esta semana; a la vez, que muchos estudios sobre la especialidad que él ha escogido.

La mamá de Antonio, la señora Cristina se conformó con lo que la estaba diciendo su hijo. Pues Antonio no era persona que dijese incertidumbre alguna.

Bajando las escaleras de la primera planta Julia, nada más que oyó a sus dos amigos; pues en una de aquellas habitaciones, estaba alojada, con su bebé.

Saliendo a recibirla, nada más que la vio, Belinda; dándole un abrazo y un beso en las mejillas: Conformándose Julia por aquel recibimiento, que la había hecho su amiga; mirando mucho a Antonio, ya que todavía no la había saludado.

Antonio se dio cuenta del gesto que hizo Julia, como esperando algo más de él. Lanzándose a su cuello, para darla un abrazo y un beso en la frente, que la sirviese de saludo.

Todos quedaron alegres y contentos al verse saludados de aquella manera, tan efusiva y con tanto cariño a la vez.

Sí, la cordialidad era mucha y el afecto, que se profesaban, mucho más: Pero lo que Julia quería oír, por boca de Belinda, era las verdaderas causas que la había traído, ese sábado a casa de Antonio.

Aprovechando, una vez que se fueron mamá e hijo para ver el jardín, para hablar entre ellas.

JULIA -. Intuyo las causas que te han traído aquí, Belinda.

BELINDA -. Para decirte una cosa, que por teléfono no te la quería decir.

JULIA -. Tú dirás.

BELINDA -. Te oí, que te saluda muy bien el señor Anselmo, cuando se cruza contigo.

JULIA -. En plan amistoso.

BELINDA-. Sí, eso entendí yo: En plan amistoso, sin pedir nada a cambio.

JULIA -. Así, es.

BELINDA -. Tú regálale un queso.

Al oír aquello Julia se echó para atrás; pues si él, el señor Anselmo no lo toma como un afecto impulsivo hacia él, lo tomarán las personas del pueblo: Pero se quitaría del medio al señor Mariano, que era un escarnio

hacia ella. Se mofaba el señor Mariano de Julia, cada vez que podía, o le preguntaban las personas por dicha mujer.

Julia había comprendido, muy bien a Belinda; ya que el señor Anselmo era mucho más fuerte que el señor Mariano, no teniendo competidor en el pueblo entre los hombres.

Julia dio media vuelta, iniciando las escaleras hacia el primer piso; y antes de subir a la primera planta, se volvió para atrás, mirando a Belinda; para decirle una cosa, que la gustaría a la madre del bebé que lo hiciese su amiga.

JULIA -. Belinda; cando quieras, sube para ver al bebé.

Antonio, que había entrado en aquel momento en el salón de la casa, la alertó a Julia de su prioridad.

ANTONIO -. Ahora iba yo a eso. A darle sendos abrazos y besos a ese bebé: Guapo y hermoso, si esta despierto.

JULIA -. Se le despierta; no te preocupes.

Entre qué guapo el niño y algunas que otras caricias, se pasó el tiempo para que Belinda y Antonio permaneciesen, por más tiempo, en el

pueblo; pues aquella misma tarde tenían que asistir a la consulta de un catedrático, con sus pacientes.

Como Belinda la había tocado a primera ora de la tarde, se quedaron solos Enrique y Antonio en el piso; hablando de sus cosas.

ENRIQUE -. ¿No te has dado cuenta?, de cómo trata Belinda a Julia.

ANTONIO -. Claro que sí, Enrique. Me he dado cuenta, que Belinda está esperando, para que terminemos nuestra especialidad: Bien sabe ella, que no vamos a poder ir, con tanta frecuencia al pueblo. No puede ser tan complaciente una mujer, con otra que sea su competidora.

ENRIQUE -. Hermano Antonio: Ten cuidado con eso.

Enrique le quiso decir a Antonio, que no se descuidase; que en un momento determinado salta la chispa que encienda la mecha. Que estuviese ojo avizor, y no se durmiese en los laureles Antonio.

Entre asistir a unas prácticas u otras, el tiempo los venía corto a los tres estudiantes; máxime, cuando cada uno estudia una especialidad diferente. No sabiendo si computaría el tiempo de verano, para que contase como meses en el primer curso de especialidad.

Miraron los señores catedráticos el Boletín Oficial de Estado; sabiendo que el curso empezaba a primeros de verano, en ese mismo año.

Por supuesto, entraban los meses de verano y otoño, con parte del invierno, como curso oficial.

Hacía ya cuatro meses que no iba Antonio al pueblo, viéndosela una cara de felicidad a Belinda, que no podía ocultarla. Pero Antonio permanecía impassible ante aquellos hechos, bien consumados.

Estando ya en Navidad, sin que se paralizasen las enseñanzas, por parte de los señores catedráticos. Parecían, como si no tuviesen familia ninguna aquellos señores catedráticos.

El caso era: Que Antonio se estaba poniendo nervioso, muy nervioso; achacando aquella inquietud, que él tenía, a que no veía a sus papás desde hacía cuatro meses.

Y con mucha vista y mucho tiento; los papás de Antonio llegaron a Madrid, en vísperas de Nochebuena; para poder cenar con sus hijos, en aquella noche tan recogida y religiosa, como todo creyente tiene en mente.

No le cuadró mucho a Antonio, que sus papás llegasen sin Julia ni el niño; por lo tanto, preguntó por ella a su mamá, una vez que estuvieron solos en el salón del piso.

CRISTINA -. Son días cruciales, para que Julia venda la mayoría de sus quesos, en otros municipios.

ANTONIO -. No sé.

Quedándose serio, muy serio, Antonio al creer que Julia prefería, antes que a él, vender sus quesos. No cuadraba mucho, aquella respuesta que le dio su mamá; pues hasta diciéndosela, la temblaban los mofletes: Cosa que hacía, cuando se ponía nerviosa; se la veían temblar los carrillos.

Antonio hizo como que se lo creía, estando a gusto con todos ellos en el piso de Madrid. Pero cuando estaban en la cena de Nochebuena, no dejaba pensar en Julia y en el niño; ya que no los tenía con él esa noche, tan familiar y tan acogedora, dentro de casa. Y para que todo quedase en un broche de confianza, se levantó Antonio brindando por los presentes.

A Belinda no la llegaba la sangre a la cabeza, por ver a Antonio con gestos obligados y muy torpes; pues hasta la voz le temblaba al decir, ¡brindemos!. Era un brindis un poco obligado, por parte de Antonio; esperando Belinda, que se sentase enseguida su chico, para no hacer el ridículo más espantoso.

Algo pululaba en el aire, que se fueron a costar pronto; pues la sobremesa duró un cuarto de hora. Notándole Belinda, en la cama a Antonio, dar muchas vueltas. La respiración la tenía más agitada, y hasta la mirada como perdida; ya que abrió la luz Belinda, viendo a su chico un poco inquieto. Hasta el punto, que le tuvo que decir Belinda a Antonio, algo que él no olvidará nunca.

BELINDA -. Mañana te levantas pronto y ves a por Julia: Veo que no duermes.

Aquello lo dijo Belinda con una especie de retintín, que parecía zaherir a Antonio su estado de ánimo en esa noche de deseos sentimentales, con respecto a Julia.

Antonio se levantó muy temprano, para poder estudiar; pero los pensamientos no le dejaban retener ninguna idea de aquellos libros; así, que saliendo a la calle, se tomó el desayuno, en una fuente que había en el paseo, que estaba dando Antonio aquella mañana.

Las cafeterías estaban todas cerradas; pues el día de Navidad; las personas se habían acostado tarde, muy tarde. Entre villancicos y cantes de algunas Tierras nobles, se pasaba toda la noche las personas con alegría en su cuerpo metida.

No digamos, que Antonio llevaba alegría en su cuerpo aquella misma mañana; que no, no la llevaba para nada. Solamente pensaba en Belinda, que le había desvelado el sueño. Y por otra parte, pensando en Julia; que se había quedado sola, con el niño en el pueblo.

Aquella agua que tomó Antonio, parecía tener un hado de algún nomo; pues se le elevó el ánimo y hasta el lívido, si se me apura; al verse solo en la calle.

El frío hacía heridas a las personas, por ese aire que bajaba desde la sierra, cercana a Madrid: Teniéndose que comprar, en una farmacia, que estaba abierta, aquella mañana, una barra de cacao, para darse en los labios; pues los llevaba agrietados y echando sangre.

Antonio, en aquella hora maltrecha para sus males, no sabía dónde refugiarse; pensando volver al piso, para saber si se había levantado algún familiar suyo.

Tuvo suerte Antonio; pues al llegar a casa no se habían levantado nadie de su familia, tomándose un zumo de naranja con una magdalena; hecha en forma de artesanía, sin a penas azúcar. Y para arreglar el cuerpo, comenzó hacer gimnasia en el salón de la casa.

De esa manera le cogió Belinda; comprendiendo, que había sido ella el motivo de desvelarse su chico, por hablarle la noche anterior como lo hizo.

BELINDA -. Te has desvelado, ¿verdad?.

ANTONIO -. Pues sí. No he dormido mucho; como habrás podido comprobar tú, esta noche pasada.

BELINDA -. Ya veo que has desayunado.

ANTONIO -. Sí: Hace una hora, un sorbo de agua y hace poco un zumo con una magdalena.

BELINDA -. ¿De dónde has tomado el sorbo de agua?.

ANTONIO -. De una fuente que me he encontrado en mí paseo, en una calle.

BELINDA -. ¡Dios vendito!. Si esa fuente está lejos de donde nosotros vivimos.

Así supo Belinda, que había dado un paseo, antes del amanecer, por las calles madrileñas. No para marcarse un chotis; más bien era, para desechar nervios: Como los que tenía Antonio en aquella hora.

A Belinda se la veía hecha un manojó de nervios; no pudiendo retener sus impulsos por más tiempo: Diciendo algo a Antonio, que no le gustó nada a ese hombre.

BELINDA -. Es muy sencillo. Vete ahora a por Julia y a por el niño.

ANTONIO -. Teniéndote aquí, yo; nada me hace falta. ¿No comprendes que es por tu forma de tratarme?.

BELINDA -. ¿Dime, qué forma de tratarte es esa?.

ANTONIO -. Ahora, que vaya a por Julia y el niño. Esta noche, que me levántase pronto, para ir a por Julia y el niño. Y así sucesivamente. Belinda, ¡por Dios!: Que soy persona, no un mueble; trátame mejor.

Belinda se levantó de donde estaba sentada, esperando para tomar el desayuno; poniéndose el abrigo, saliendo como una fleta a la calle.

Al ver aquello que hizo su chica, Antonio salio también a la calle; para ver por dónde iba Belinda. Y por más prisa que se dio, no logró ver a su chica, en ninguna calle de los alrededores de su bloque; decidiendo Antonio volver a entrar en el piso.

Cuando le vio entrar en el piso, con una cara desencajada Antonio, Enrique le quiso dar fuerzas de alivio para que sobrellevase esa cruz, que a todas las personas nos hace mella en nuestro Espíritu.

ENRIQUE -. Hermano: No te preocupes; esto pasa en los mejores hogares.

ANTONIO -. No sé, si pasa en los mejores hogares; pero lo que es en este, sí que pasa.

No teniendo Antonio consuelo, ni quietud para estar con su ánimo más tranquilo; pues era todo lo contrario, que se encontraba cada hora que pasaba del día, como con más agobio y más inquietud.

Todavía se quedó con más nervios, al no ver a su hermano Enrique en el piso; no sabiendo dónde se había ido, ni qué camino había cogido; agudizándole más esa inquietud en su Alma, cuando llegó la hora de la merienda, no estando en el piso Enrique.

Pero como Belinda había llegado, hacía ya dos horas al piso, se tranquilizó un poco Antonio; al ver esa carita angelical, como era la que tenía su chica.

Así, como a las siete de la tarde, llegó Enrique con el niño de Julia al piso: Siendo el derroche de alegría y bienestar para todos ese niño tan pequeño; pero con tanto saber en sus ojos, ya que los miraba a todos sonriendo y como llamándolos la atención hacía su persona.

Antonio llamó a parte a Enrique; para que le explicase este qué impulso le había dado, para traer el hijo de Julia al piso.

ANTONIO -. Enrique; cómo se te ha ocurrido traer, en estos días, al hijo de Julia con nosotros.

ENRIQUE -. Ya se puede criar con biberón, este niño.

ANTONIO -. ¡Ya lo veo!.

El bebé, no era tan bebé: Estaba muy crecidito; parecía un niño, en vez de un bebé. Dando rienda suelta a su imaginación, Antonio comenzó a buscar, por todas las habitaciones, a Julia; y como no la encontró, se dejó caer en una silla del salón del piso.

Se le acercó Enrique, haciéndole como unos masajes en los hombros; para que Antonio se calmase y se sintiese mejor.

Estando en estos menesteres Enrique con Antonio, se añadió a ellos Belinda, y sentándose en una silla, de frente de Antonio, comenzó hablar a su chico.

BELINDA -. Antonio: He sido yo la que he mandado a Enrique, para que trajese al niño al piso; ya que su madre está muy apurada y no puede asistirle como ella quisiera.

ANTONIO -. ¿Te lo ha dicho Julia?.

BELINDA -. Ayer tarde, por teléfono... fui yo la primera que le cogió.

Recordando Antonio, que Belinda le quería decir algo la tarde anterior; no dejándola hablar para nada, ya que este hombre tenía prisa: Pensando solamente en Julia. En aquella mujer que se quedaba sola en el pueblo, en aquellos días de fraternidad y de recogimiento en todos los hogares.

Siendo verdad, lo que le había dicho su hermano Enrique a Antonio: Que el niño, se podía alimentar con el biberón. Y si se le añadía una papilla, a esa forma de alimentarle, sería un complemento especial para el bebé.

En pocas horas, tenía Antonio todo el piso lleno de tarros de papillas y de leche para biberón; anunciándole Belinda algo.

BELINDA -. Mira, Antonio: En la mesa del centro del salón, hay espacio para poner más tarros de papillas.

Habiéndolo cogido Antonio como un sarcasmo, hecho en forma de retórica, por Belinda hacia su persona.

ANTONIO -. También se pueden poner en el suelo.

Terminando aquella ironía, hecha por Belinda hacia la persona de Antonio, con un beso que le dio su chica, en forma de sellar su amistad con él, al tiempo que le decía lo que le quería.

BELINDA -. ¡Cuánto te quiero!.

ANTONIO -. Pues yo, no te quiero menos.

Así terminó, el rifirrafe, entre Belinda y Antonio; sabiendo cada uno lo que le quería el otro.

Los papás de Antonio llevaron al bebé, a un circo infantil en el retiro, una compañía de marionetas. Parecía que el bebé se alegraba cuando el bueno pegaba al malo.

Le sacaban de paseo todas las tardes, hasta las siete de la tarde; para volver con el bebé al piso y ponerle un cine, nic, que tenía una película pequeña para que se viese dando a una manivela y cuando se cansaba el bebé de ver ese cine, le hacían figuras con las manos a través de las lámparas del salón; para que disfrutase y viviese con ellos una buena vida.

Antes de terminar Navidad, se marcharon los papás de Antonio al pueblo, queriéndose quedar Belinda con el bebé; pero como aquellos señores se fueron de Madrid, más bien del piso; porque iría a ver mucho movimiento con los estudios de los estudiantes. De esta manera, se volvieron a quedar solos los tres estudiantes, Belinda, Antonio y Enrique.

Un día cogió Antonio muy pensativo a Enrique, preguntándole por las causas de ese estado de ánimos, con los que él le había encontrado a su hermano.

ENRIQUE -. Parece mentira; pero es verdad. Estoy pensando en mis padres adoptivos; pero también pienso en mis padres biológicos: Los he cogido cariño, mucho cariño.

Antonio movía la cabeza de arriba a bajo, como indicando que ya lo suponía él; pues lo había visto, cuando los papás habían estado esa Navidad, con ellos, en el piso de Madrid.

No se sabe cómo, pero el curso se pasó sin a penas haberse dado cuenta ellos, todos los tres estudiantes; y era por tanto estudio y el mucho ajetreo que habían traído, desde el San Carlos al piso y del piso al despacho, donde cada uno de ellos recibía las enseñanzas de su especialización.

Si era Junio y ya se había terminado el primer curso o actitud para pasar al segundo curso; habiendo empezado en Octubre el curso.

Anunciándolos los señores catedráticos, que todos los cursos no serian de nueve meses; se terminarían cuando ellos los viesan a los estudiantes con las ideas muy claras.

Y para que no hubiese confusión alguna; Antonio los reunió a los otros dos estudiantes, Belinda y Enrique, dándolos una arenga.

ANTONIO -. Ya lo sabéis. Los cursos se terminarán, cuando los señores catedráticos vean que estamos duchos, nosotros. Y entre otras cosas, os tengo que decir: Sería conveniente, que estuviésemos duchos, en cada curso que queda, por lo menos en doce meses.

ENRIQUE -. Pides tú mucho.

BELINDA -. Antonio lo dice, por el capital que desembolsará papá, en nosotros, al final de nuestra especialización.

Antonio la echó una mirada a Belinda, que se estremeció esta chica; no hablando nada el resto de la tarde, ni por la noche.

Aquel verano no pudo ir al pueblo ninguno de ellos tres; por tener que asistir a infinidad de visualizaciones de operaciones, para su completa enseñanza.

En consecuencia, los papás de los dos estudiantes, Antonio y Enrique llegaron a Madrid para ver a sus hijos; pues los papás de Belinda Vivian en Majadahonda, un municipio cerca de la Capital de la Nación.

Los papás de Antonio se ubicaron en el piso y los papás de Enrique, pernoctaban en la casa que tenían los papás de Belinda, en Majadahonda.

Al decir verdad, no paraban ninguno de los papás en los pisos; siempre estaban visitando edificios, que ellos consideraban trascendental en la historia de la Nación.

Bueno: Eso era lo que creyó Antonio; pues un día llegó el papá de dicho joven, con una compraventa en las manos, de un edificio allí cercano. Y al leer Antonio el promotor de ese contrato, vio que era él; dándole las gracias a su papá por tal deferencia que había tenido con su persona.

El edificio estaba muy bien situado, en una zona residencial; como para no fallar en el intento de abrir una clínica de varias especialidades.

FERNANDO -. Poco a poco se irá adecuando el edificio, que tú has comprado, para que sirva como clínica, en las especialidades que vosotros estáis estudiando.

ANTONIO -. No corras mucho, papá.

FERNANDO -. Te he dicho, que se hará poco a poco; sin prisas algunas: además los decorados de hoy, tal vez se queden anticuados para los decorados de, por lo menos, tres años.

ANTONIO -. Muy bien, papá.

Qué sapiencia tenía el papá de Antonio; pues el segundo año de especialidad, no empezó hasta Marzo del siguiente año; teniendo un presentimiento el señor Fernando, como que tal vez alguno de ellos no pudiese esperar para terminar su especialidad: Y sobretodo una vez que habían recogido su orla, en secretaría de la universidad de Madrid, como doctores en medicina, médicos.

Teniendo un tiempo de relax en el piso los tres, Belinda, Antonio y Enrique; buscándose en la orla para señalarse con el dedo, diciendo algo así, como: -.¡Mira!, ¡mira!: Aquí estás tú y aquí estoy yo -.

Pero como la hora se les quedaba corta, se fueron los tres a prácticas, primero; para más tarde presencial una operación de sus especialidades. Preguntándolos el señor catedrático cómo lo harían ellos.

Era igual, los unos que los otros; el formato que tenían los señores catedráticos era lo mismo: Preguntas hechas al estudiante y enseñanzas a lo vivo, en las operaciones de sus especialidades.

Sin quererse mover de Madrid, los tres estudiantes se afanaban por recibir más y más enseñanzas de aquellos dichos catedráticos de las respectivas facultades en la Universidad de Madrid.

Cuando se fueron los papás de ambos chicos, estos se emplearon fuerte en sus estudios; pese a que ya había terminado la primera etapa o el

primer curso: No teniendo fecha asignada para el comienzo de la segunda etapa ó curso de las especialidades.

No; no tenían asignada ninguna fecha a causa de que aquellos catedráticos se irían al extranjero, para ampliar conocimientos de sus materias.

No empezando la segunda etapa o curso hasta Marzo del siguiente año; estando seguro de que se ajustaría secretaría al programa exigido por la Universidad; aunque al parecer ya iría atrasado, por lo menos tres meses.

El único interés que tenían, por ahora, los estudiantes; es saber cómo iban las obras en el edificio, que serviría como clínica para ejercer ellos sus profesiones.

Un día, se dieron una vuelta alrededor del edificio, y cuando los vio el encargado de obras, los hizo entrar en el edificio; así sabrían cómo iban las obras de la clínica.

Supieron por aquel encargado, que recepción se encontraría en la misma entrada, secretaría en el primer piso, y en el segundo piso las camas para los enfermos; ya que quirófanos estarían en el sótano del edificio.

Al nombrar quirófano el señor encargado de las obras, se estremecieron los tres estudiantes: No sabiendo si ellos podrían hacer alguna operación bien hecha o si estarían completamente enseñados para tal ejercicio de los quirófanos.

Al salir del edificio, dándole las gracias al señor encargado: por haber tenido la deferencia de enseñarles los diferentes apartamentos, que había en la clínica; Antonio, los paró en firmes en un momento determinado.

ANTONIO -. He visto, que habéis dudado un poco, al nombrar el señor encargado de obras a los quirófanos.

BELINDA -. Yo no he dudado.

ENRIQUE -. Pues, yo he dudado un poco.

ANTONIO -. ¿Es que vosotros, no sois capaces de hacer una mínima operación?.

El mutismo dio lo que aquellos dos estudiantes, Belinda y Enrique, podían hacer, en ese mismo momento; si acaso se les presentaba una operación urgente.

Antonio comenzó hacer gestos con las manos y los brazos, señalando al edificio, que serviría de clínica; como que aquel edificio estaría de más, en caso de no atreverse hacer ninguna operación por fácil que fuese. Así, que le dio una idea, para alertar a sus dos condiscípulos de estudios.

ANTONIO -. Si se ve, que el caso es difícil: Se reexpide, al paciente, al Hospital.

¡Muy bien!: Bonita idea. La única solución, para decaer en desconfianzas con los pacientes y el medio más fácil de no obtener ganancias algunas con aquella clínica.

¡Qué verano!: que veranito tuvieron los tres en aquella época estival; en donde ni los animales cruzaban las calles, del calor tan intenso como estaba haciendo aquel año en Madrid.

Menos mal, que recibieron una invitación, cada uno de los estudiantes; pues se casaban, Asunción y Rafael, teniendo que irse al pueblo, en la fecha que los ponía la invitación. Siendo para ellos un escape del mucho estudio y prácticas que estaban teniendo; era un relax de alivio para sus decaídas personas.

Lo primero que hizo Antonio, fue reunir a Belinda y a Julia; con el afán de llegarse al Cementerio local, para ofrecer un ramo de flores en la tumba de Julia.

Al tiempo que lloraba mucho Antonio, delante de esa tumba; asustándose las dos mujeres que había llevado Antonio, aquel día, al Cementerio Municipal.

No pudiendo contener el llanto, ninguna de las dos mujeres; que se debatían en un mar de lágrimas, las dos juntas.

Pero como llegaba la hora de la boda; tenían que tener un tiempo, las mujeres, para vestirse y peinarse: Así que Antonio las llevó al pueblo, más que de prisa, corriendo todo lo que podía con su coche.

La boda, a las doce de la mañana, en la parroquia del pueblo: Celebrada por don Anastasio, el cura párroco de aquella bonita urbe, donde las hubiesen.

En plena celebración de la misa, ya hubo una escaramuza, por parte del señor Mariano, padre del contrayente, Rafael. Creyendo este hombre que le relajaban a un segundo término, en la ceremonia nupcial.

Comenzó hablar alto, a su mujer; la señora Angelines: Que permanecía callada y como asustada, por las voces que estaba dando su marido, el señor Mariano. Quedándose todo en aguas de borrajas.

Pero, ¡AY!, en el banquete de boda; aquello fue para enmarcarlo en un cuadro y colgarlo en un poste de la plaza del pueblo. Pues, el señor Mariano, comenzó a criticar a Julia: Que si tenía que estar en casa, que si no debía haber venido al banquete. . .Y así, unos tras otros improperios hacia esa mujer, Julia.

La cumbre del mal llegó, cuando el señor Anselmo le mandó callar al señor Mariano; levantándose este con el cuchillo de la carne en las manos y espantando a todos los que estaban en aquella mesa. Salieron con rumbo, ni se sabe; pues unos dijeron que tenían deseos de ir al reservado, otros que

salían para tomar el aire, hasta que los sirviesen; pero vamos, la mayoría se dirigieron al sanitario, en plan de escabullirse de aquella trifulca.

El Walter estaba totalmente abarrotado, no cogían ninguna persona más; y menos mal, que se quedó en la mesa el señor Fernando, con el señor Cristóbal, el marido de la prima de Fernando.

Le redujeron entre los dos, Fernando y Cristóbal, al señor Mariano; diciéndole que era la boda de su hijo Rafael, que se retuviese y no se pusiese más nervioso, todavía. Entrando en la conversación don Anastasio diciéndole, que pensase en Cristo, cuando estaba en la cruz, con todo su poderío celestial; pues estaba elevando su voz, al Cielo, diciendo: Padre, perdónalos que no saben lo que hacen. Pasaje, Lucas 23,34.

Con aquella opinión, más bien salmo de la Biblia, al decir un necio; “si no hay Dios”, siendo un salmo 14-1, se tranquilizó el señor Mariano; sentándose en su silla, pidiendo perdón a todas las personas que le oían.

La boda trascurrió, desde ese momento que don Anastasio le dio una lección al señor Mariano de cátedra, con toda la normalidad el Mundo; estando ya casados Asunción y Enrique,

Recordando, días después todos los habitantes del pueblo, la anécdota del señor Mariano; que por poco pega a su consuegro, el señor Cristóbal, en la misma boda de su hija Asunción, con su hijo Rafael.

Sin falta alguna, se fueron a Madrid los tres estudiantes; pues por la tarde tenía, a primera hora Enrique una práctica de disección en la morgue

de la facultad. Y gracias que había depósito de cadáveres; porque años más tarde, no tenían ningún cadáver que estudiar: Se daba muy difícil eso.

Antonio fue para escuchar al señor catedrático, de su fe, con mucho interés y con todo los sentidos abiertos; para recibir aquellas enseñanzas por el catedrático que más confianza tenía en él.

Belinda tenía unas disecciones, a las diez de la noche; saliendo a la una de la facultad, con todo el miedo del mundo: Tranquilizándose, cuando vio a Antonio en la puerta de la facultad, con el coche.

Al llegar al piso, Belinda y Antonio; ya tenía la cena de los dos preparada por Enrique, tapada con otro plato encima del que contenía la cena.

Lanzándose Belinda al plato, con todos los deseos de una mujer, que tiene mucha hambre; mientras Antonio a penas probó bocado. Sorprendiéndole mucho a Antonio, con el ansia que había cenado Belinda a la una de la madrugada; sabiendo que el día anterior habían merendado como lobos en la boda de Asunción y Rafael.

Un poco inquieto se veía Antonio esa misma noche en la cama; pues no podía dormir, al pensar lo mucho que comía Belinda y lo poco que se la notaba.

Belinda había perdido peso, tenía nauseas con dolores abdominales; pero lo que no había perdido era el apetito: Cosa que despistó a Antonio, para hacerla una auscultación perfecta.

Pero cuando se levantaron, Belinda no tenía hambre alguna; no probando nada del desayuno que había preparado su chico, yéndose al hospital sin desayunar. Pero cosa curiosa, que cuando volvió al piso, sobre las tres de la tarde, tampoco probó bocado alguno.

Antonio la dio tregua, para saber si a Belinda la pasase algo y no muy bueno: Terminando la tregua, que la había dado Antonio a su chica cuando llegó la cena; pues se cerró en banda, no queriendo cenar nada de lo que se la había preparado para degustar aquella noche de misterio para Antonio: Pues ya tenía en mente, lo que la pasaba a Belinda, no queriendo este hombre que se acostase Belinda sin hablarla él.

ANTONIO -. Belinda, hija. ¿Qué te pasa?.

BELINDA -. A mí, nada.

Al decir aquello Belinda, miró para Antonio con unas ojeras enormes y con los ojos como colorados; prosiguiendo su chico con la misma conversación, que tenían hasta ahora.

ANTONIO -. Nauseas, diarrea, dolor abdominal y pérdida de apetito: ¿Qué es?. Belinda.

Belinda se quedó pensativa, no sabiendo contestar a esa pregunta que la hizo Antonio; aunque bien sabía ella qué eran esos síntomas. Por lo tanto se atrevió a decir algo, que le sobrecogió el ánimo a Antonio.

BELINDA -. Como habíamos tomado un culito de vino, en la boda de nuestros dos amigos, Asunción y Rafael, nos fuimos Julia y yo a la ribera del río, echando un sorbito de agua del mismo río.

ANTONIO -. ¿Había habido ganado, la mañana anterior cerca del río?.

BELINDA -. Hijo: Había hasta cagalutas de ovejas.

ANTONIO -. No te acuestes. Vayámoslo a urgencia en el hospital.

BELINDA -. ¿Tan pronto se ha presentado la tenia?, la solitaria.

En el hospital la pusieron un tratamiento exhaustivo a Belinda y como lo podía llevar desde el piso, la mandaron a su morada. Pero Belinda, en vez de ponerse mejor, parecía que estaba atrasando echar la tenia afuera.

Un albañil, que tenían en la remodelación de la clínica, le dijo algo a Antonio, que le chocó; pareciéndole algo sorprendente en la materia sanitaria; pues le habló de algo insólito para él.

ALBAÑIL -. Cuezca tabaco y déselo a beber a su compañera.

ANTONIO -. ¿Y si no surte efecto alguno?.

ALBAÑIL -. Entonces, que se lo coma.

Antonio sabía que era un antiparásito externo en los animales la nicotina, así como una sustancia tóxica. No sabiendo si dentro del organismo humano surtiese los mismos efectos que en la piel de un animal.

Los efectos se notaron enseguida; pero no tanto con la misma intensidad, que le dijo aquel albañil: Por lo tanto, decidió dársela, las hojas del tabaco a deglutir, y como esas hojas se digerían muy mal, se las dio para masticar.

Los efectos se notaron más fuertes, que cuando eran en unos sorbitos dados en un baso.

Empezó teniendo arcadas y como mareos: Síntoma de lo que notaba la tenia en el cuerpo de Belinda. Era visible la teniasis por la eliminación de proglótidos, que son unos segmentos de tenia que se echa por las heces fecales.

Era urgente, que Belinda echase esos segmentos de tenia; ya que este gusano suele alcanzar unos treinta y tres metros, viviendo en el organismo humano, unos veinticinco años.

Antonio, no cesó en el empeño; hasta que Belinda no echó el gusano; a parte que se estaba tomando lo que el doctor la prescribió en urgencia, aquella misma noche, en el hospital.

¿Qué la iba a decir?, Antonio a Belinda; si esta mujer no había bebido nunca, y por un afán de congratularse con los amigos del pueblo, se

tomó un culito de vino en un baso corto; sentándola muy mal aquel dedal de vino que había ingerido.

Poco a poco se la vio mejorar a Belinda; teniendo mucho cuidado para ello, su novio Antonio: No dejándola observar, tomándola la tensión arterial, por si eso valiese para algo y la temperatura corporal; dando resultados buenísimos.

No sabía Antonio si los productos que la había recetado, el doctor en el hospital la habían curado a Belinda o había sido el tabaco: Las dos cosas eran tóxicas.

Viendo Antonio, que estaba muy verde, para curar enfermedades; pero muy ducho para auscultarlas. Dándose cuenta, en las prácticas, que lo suyo era la especialidad que estaba haciendo; ya que cuando le preguntaba el señor catedrático daba en la clave, cómo tenía que tratar al paciente.

Y es que: “Cada uno en lo suyo”, sin salirse de ello. Si al terminar la carrera hubiese seguido cerca de un médico experto, habría adquirido sus conocimientos; ahora estaba adquiriendo otros conocimientos de su especialización.

Eso le dio hincapié, para no ir al pueblo; con los conocimientos cogidos con alfileres. De esta manera, no se darían cuenta de las lagunas, que él tenía en curar a sus pacientes: Ya iría más adelante al pueblo.

Iden de iden; pues las navidades las pasaron en Madrid, los estudiantes y los papás de los tres aspirantes a doctores. No teniendo visa, de seguir con el programa o segunda curso en mucho tiempo.

Nada más que el papá de Antonio revisó cómo iban las obras de la clínica, se marcharon al pueblo los papás de este aspirante a doctor; quedándose los hijos solos con sus trabajos.

A Enrique le asignaron un doctor, para que asistiese con él en su consulta todos los días; siendo aquel doctor, lo más simpático que él había visto; pues hasta café le convidaba, algunas veces, cuando se terminaba la consulta de aquel doctor.

Lo mismo de simpático era el doctor, que le habían asignado en su consulta a Antonio, que sabía lo que debía mandar a sus pacientes: Aprendiendo algunas pautas o picardía de aquel doctor; como tener un cajón abierto de la mesilla de la consulta, con un libro que te pudiese informar, para mandar los medicamentos necesarios y justos a sus pacientes. O ir al armario de medicamentos, donde ya tenía él un libro adecuado para prescribir lo que al paciente le hacía falta; puesto que las enfermedades en las personas son muy extensas y no se pueden tener todo en la cabeza.

En aquel periodo de enseñanzas a lo vivo, aprendió Antonio más que en la propia carrera, por así decir; ya que empezó a saber cómo tenía que recibir a los pacientes y cómo tratarlos.

El papá de Antonio compró toda clases de libros a sus hijos, para que supiesen hacer bien la praxis de de sus enfermos, y no fallasen en lo más fundamental de sus prácticas.

El invierno se estaba terminando, y no se seguía con el programa de estudios, en las especializaciones; no sabiendo nadie lo que pasaba. Y lo que pasaba era, que el Ministerio terminaba una etapa, para comenzar otra; sin saber qué materias irían a dar los especialistas.

Y allá, sobre Junio; oyeron las primeras explicaciones, sobre las materias que le correspondían estudiar a aquellos tres estudiosos. Sin saber cuanto tiempo iría a durar aquel periodo de pruebas y de estudios para ellos.

Un día, en el piso hicieron una sobremesa una vez que terminaron de cenar en el salón, los tres estudiantes, de sus materias exigidas.

BELINADA -. Lo que más me fastidia, es no saber cuanto tiempo durará este periodo de enseñanza para nosotros.

Antonio se puso un poco nervioso, contestando enseguida con una misiva: No gustando nada ese mensaje a Belinda.

ANTONIO -. No corras mucho; deja que aprendamos la praxis y la farmacología de nuestras especialidades.

BELINDA -. Me molesta mucho, no saber cuantos meses tendremos en esta época del segundo curso.

ANTONIO -. ¿Tú sabes bien lo que tienes que recetar a tus pacientes?.

BELINDA -. Yo. . .

ENRIQUE -. Pues eso. Lo que quiere decir Antonio; que no corramos y aprendamos mejor saber recetar a nuestros pacientes.

Belinda miró a Antonio, con cara de querer saber más sobre aquella cuestión; siendo la cuestión, que estaban poco duchos en la farmacología de los compuestos, para saber la composición que se debe dar a cada uno de los enfermos en un recetario.

Pero con el tiempo, se iban dando cuenta de todas esas artimañas, de un buen doctor en medicina; al correr el tiempo, en una consulta de un doctor afamado, cada uno de ellos.

No solamente le decía el doctor a Antonio, lo que tenía que mandar en cada caso; si no cuantos gramos tiene que mandar en esa enfermedad: Si era preeminente o no era tan activa, como para darle un gramo de sustancia al paciente; con algo menos le bastaría.

Teniendo Antonio razón, cuando la dijo a Belinda, que no corriese mucho. Dándose, también cuenta Belinda; que gracias a no correr, estaban aprendiendo las técnicas de los estudios que habían hecho. Para honra de la medicina y el bienestar de los enfermos.

Llegaban ya, los dos años sin ir al pueblo ninguno de ellos, Belinda, Antonio y Rafael. Y aunque se acordaban mucho, mucho más se acordaban; cada día que amanecía, ir para aprender, bien, sus prácticas con los enfermos.

Aquel año, las visitas a los hospitales se multiplicaron cada vez más, y más prácticas en todos los sentidos; parecía que querían los catedráticos que aprendiesen todo enseguida, para salir a la efectividad de sus respectivas especialidades.

Llegando el principio de otoño sin darse cuenta ninguno de ellos; y era más, que llegó Navidad, sin apenas saber que estaban en ella. Si no hubiese sido por los villancicos que oían en la televisión y en algún comercial: Se cree, que no se hubiesen dado cuenta, en la estación que estaban; y eso que hacía bastante frío.

Se encontraban en plena enseñanza de sus especialidades: Con los pies fríos y la cabeza caliente, del mucho estudio que tenían y del ajetreo de ir y venir, de una parte a otra.

Como todo pasa, pasó las Navidades, estando ya en Semana Santa, cuando acudió el papá de Antonio para parar las obras de la posible clínica.

ANTONIO -. ¿Por qué eso?, papá.

FERNANDO -. No comprendes, hijo; que si terminamos la clínica en pocos días, estará obsoleta dentro de dos años.

ANTONIO -. ¡Dos años!.

Echándose las manos a la cabeza Antonio, al oír aquello que había dicho su papá, Fernando. No sabiendo su hijo, si aquello lo decía su papá en serio, o era una manera peyorativa de hablar en ese mismo momento.

Esa idea desfavorable de hablar del señor Fernando, le estaba poniendo los nervios ateridos, a Antonio, por pensar en lo largo que se lo había puesto, la terminación; tanto de la especialidad, como de terminar la clínica.

Creían que se quedaban tranquilos, cuando se fue el señor Fernando al pueblo; empeñados, solamente, por sus estudios. Pero un día recibieron correspondencia epistolar por CORREOS, Antonio y Enrique; para que pidiesen otra prórroga en el servicio militar, o se presentasen en capitán general, para ser alférez de complemento.

Ahora entendió a su papá Antonio; cuando le dijo, que le quedaría dos años para ejercer su especialidad, como cardiólogo. Se refería a eso; a que tenía que servir a la patria, con honradez y predisposición, para jurar fidelidad a la bandera.

Un comandante los recibió a los dos, Antonio y Enrique; anunciando a un sargento, que los llevase avituallamiento y los diese la marmita, con parte de los cubiertos, para después llevarlos a equipamiento; así como una manta, pero el traje tendría que comprárselo ellos.

Una vez equipado, fueron requeridos a capitania general, reexpidiéndolos a comandancia, en la calle Mayor.

Dos días vistieron de granito, con el uniforme de alférez de complemento; ya que al tercer día los dejaron seguir en su especialidad, dentro de las prácticas, con las enseñanzas de los catedráticos en los hospitales o en una morgue que encontrasen en todo Madrid.

El mejor tratado, era Antonio, en la sala de disección; pues solamente tenía que andar en el tórax de los cadáveres, viendo venas, por donde entraban y salían; como así, el ventrículo derecho e izquierdo y la posición del notocordio, con las diferentes válvulas mitra, tricúspide, pulmonar y aórtica, con sus enfermedades y su posible operación, de cada una de ellas. Estaba dando un compendio de todo lo estudiado hasta ahora.

Pero nunca olvidando que eran alférez de complemento, los dos soldados. Tanto era así, que se los requirió para jurar bandera, en su mismo reemplazo.

Ahora sí que sí: Estando todos los papás de, Belinda, Antonio y Enrique; agregándose Julia a la comitiva, para presenciar la jura de bandera de los dos hermanos, asistiendo a un desfile militar.

Y como oficiales en el ejército de la Nación, comieron en el cuartel todos juntos, una buena comida; hecha en los fogones del comedor de tropa de aquel cuartel. Hasta el coronel quiso dar una arenga a sus soldados, en esa hora de honor y caballerosidad hacía la bandera de la Nación.

Dejando decir algo al alférez que quisiera hablar en aquella ocasión: Levantándose uno, con la boca llena de comida y la barbilla del mosto, tan buenísimo, como era el que estaban tomando.

Todo emocionado, echó una perorata de enaltecimiento a la bandera y a la patria; siendo bastante aplaudido por todos los compañeros y hasta por el mando de los soldados, en aquella ocasión. Había sido Enrique, el que se expresó con boca de Ángel y con un sentido primordial de tener metido en las venas, el deber para con la patria.

A la salida del cuartel, le estaba esperando a Enrique una joven: Bella y simpática; recibéndole con un beso de amor y de cariño, que los conmovió ha todo el que lo había visto. Pues por megafonía, por los altavoces puestos; tanto en el recinto del cuartel, como en las afueras del mismo, se había oído, lo que había dicho Enrique.

Dándolos el rombo, para que se lo pusieran en la solapa de la chaqueta, no pudiendo quitárselo hasta cumplimentar el servicio militar; pues desde aquel momento, eran caballeros del ejército español.

Así que se veían con el rombo puesto y visible; significando, que si se los necesitaban allí que estaban ellos: Sirviendo a la Patria.

Poco a poco fueron participando en alguna que otra operación; al pie de quirófano. Poniendo todos sus sentidos Antonio, igual que Belinda y Enrique: Aunque el curso o prácticas no terminase, pues se estaba alargando mucho ese año.

Catorce meses inconfundibles para todos ellos; pareciendo que era todo lo que iban hacer en sus vidas: Hasta que por fin, en Agosto dieron por terminadas las segundas práctica o curso. Enlazando con el tercer curso inmediatamente; ya que el programa lo exigía.

Sin tener un tiempo de relax, los jóvenes estudiantes se vieron embaucados para seguir sus estudios finales de sus especialidades. Habiéndoles dado a Antonio y Enrique, la cartilla militar; como fin a encuadrar las fuerzas armadas en un tiempo prudencial. Les dieron “La Verde”; según decían los mozos licenciados del servicio militar, refiriéndose a la cartilla militar.

Ya, exentos del servicio militar; se veían con más capacidad de movimientos: Pues no llevaban la insignia de estar en el servicio militar, ni el rombo, que les decían a qué cuerpo pertenecían ellos.

Aunque para decir verdad, Antonio echaba de menos servir a la patria, con orgullo y dignidad; así, como con cariño a la bandera y con ella a la Nación española.

ENRIQUE -. Sí, ¡hombre!. Si quieres, reengánchate.

Como lo estaba oyendo Belinda, Antonio dio un signo de equivocación, delante de Enrique y su chica.

ANTONIO -. No lo hago, por esta. (Señalando a Belinda).

Al tiempo que señalaba a su chica; para que esta lo oyera, y supiese lo mucho que él la quería. No esperando Antonio ninguna contestación de parte de Belinda. Y cuando su chica abrió la boca, Antonio se quedó como helado.

BELINDA -. Por mí, no dejes de hacerlo. Si quieres reengánchate en el ejército; yo iré a dónde estés tú. . ?. . .Si es por mí, tú no sufras y haz lo que te apetezca.

Al tiempo que Antonio hacía un gesto con las manos, de no querer saber nada sobre ese asunto, tan bonito para él; pero tan duro para Belinda, que la harían moverse por la piel de toro, siempre que le trasladasen de destino.

La vida siguió igual que siempre para los futuros especialistas en medicina. Teniendo que asistir a infinidad de operaciones; pero ahora en el mismo quirófano.

A lo primero daban la instrumentación al cirujano de turno; para más tarde con la anastomosis de los órganos o venas; solapándoles los unos con los otros. Más tarde desarrollaron un hidrogel capaz de soldar los músculos; un pegamento.

No teniendo, ni día, ni noche para descansar, Belinda, Antonio y Enrique; puesto que el programa terminaba en pocos meses, y con el, el dinero asignado a una parte pequeña de la Universidad para enseñar bien al médico que se quería especializar en alguna práctica de la medicina.

Una mañana, cuando Belinda se quiso ir hacer unas prácticas fuera de Madrid; salió pronto aquel día, volviendo con una carta en las manos, que la había echado CORREOS, el día anterior, sin haber abierto el buzón hasta esa misma mañana.

La carta se la dio a Antonio, Belinda; para que la dijese qué era su contenido; y antes de leerla: Antonio la hizo una pregunta.

ANTONIO -. ¿Tú has pertenecido a la Sección Femenina?.

BELINDA -. Lo mismo que a ti te apuntaron a Falange española.

ANTONIO -. O sea: Que no.

La requerían para hacer una especie de servicios en lo que fue la Sección Femenina; durante unos meses; ya que como se había visto, no lo había hecho. Aunque con la muerte del Jefe de Estado, había desaparecido, rápidamente la Sección Femenina.

Aconsejándola algo Antonio, que surtió efecto; y sin pensarlo allá que se fue para hablar con la persona que su chico la dijo.

ANTONIO -. Ves al claustro de profesores y pide permiso para hablar con El señor catedrático instructor de tu especialidad.

Una semana se quedó Antonio sin ver a Belinda; y cuando la vio, venía con un vestido todo blanco, hasta los tobillos y un pañuelo a la cabeza, con su distintivo personal suyo.

Tres días con cinco noches; pues a la secta, ya estaban juntos, Antonio y Belinda en el piso de Madrid y en su alcoba.

Moderno, sí señor; muy modernos eran aquellos tiempos, que estaban haciendo las personas que vivían en aquella época. Nadie les dijo nada; pero ellos sí estaban formando a la sociedad a modo y manera; para que pareciese otra cosa, diferente hasta ahora.

Con su distintivo se fue Belinda, a la llegada de aquel día para obtener conocimientos, múltiples, de su especialización; ya que ese día tuvo que viajar hasta la capital de una provincia cercana a Madrid.

Por la noche, llegó Belinda cansada, muy cansada y sin ganas de cenar; pues no probó bocado alguno, por el agobio que traía en su Alma metida.

Los sábados y los domingos, tenía que ir Belinda para hacer una especie de servicio social: Ayudando a una persona mayor, asistiendo a algún comedor abierto para los necesitados o estando cerca de una mesa, en el día del Domund el último domingo de Octubre.

Poco; por qué poco no la coge a Belinda licenciada en dichos menesteres; pues a finales del mismo mes se licenció Belinda; habiendo cumplido con la Sección Femenina, y con ella, servir a su Nación que es España.

ANTONIO -. Belinda: ¡Enhorabuena!.

BELINDA -. Gracias, Antonio.

Como Belinda había llegado cansada, muy cansada, de las prácticas recibidas en una capital de provincia, cercana de Madrid; Antonio decidió irse a dormir a un sofá, que había en el salón del piso, siendo tan confortable como la cama.

Al punto de estar Antonio durmiéndose, se acercó Enrique a él, para poder hablar con su hermano un tiempo corto, debido a la hora tan avanzada de la noche, como era la que había dado el carillón del salón.

Antonio, se percató, que su hermano quería hablar algo con él; y antes que Enrique comenzase a decirle todo aquello que él quería se enterase su hermano: Antonio se adelantó en la conversación.

ANTONIO -. Cuéntame. ¿Quién es esa chica?; con la que tú sales.

ENRIQUE -. Te diré, una vez más; que es una chica buena, decente, religiosa y muy creyente. Y para más decir, anestesista de profesión. Una

chica que habla muy bien de ti: La has caído fenomenal. ¿Quieres saber algo más de ella?

ANTONIO -. Con eso, que sepa, me vale. Pero también necesito saber, a título personal, si tú la quieres.

ENRIQUE -. Mucho, no poco: La quiero mucho. ¡AH!, y se llama Amparo.

ANTONIO -. ¡Basta!, basta; con eso que sepa me vale.

Iba corriendo el sexto mes, del tercer periodo en los estudios de especialidad, en aquellos, ya doctores en medicina, cuando se los notificó que para el próximo mes obtendrían el doctorado en sus especialidades.

Aquella misma noche, en el piso de estudiantes se formó una pequeña fiesta; al amparo de haber recibido la noticia, que desde finales del siguiente mes, serían especialistas en la materia escogida por ellos.

No solamente fueron para ver cómo iban las obras de la clínica; donde ejercerían, a partir de dos meses sus especialidades. Y al entrar en la clínica todos ellos, al que más conmovido se veía, era a Antonio; sobretodo, cuando visitó, en el sótano, los quirófanos: Pues ya no tendría una mano experta, que le ayudase algo en las prácticas de su especialidad.

Las prácticas dejarían de existir, en el mismo momento, que Antonio entrase en la sala de quirófano, vestido como cirujano. Sería pura realidad; intentando salvar una vida, de la persona que estaba tumbada en el

quirófano y sedada. Tranquilizándose, cuando pensó en Amparo, la novia de Enrique, la anestesista: Pues aquella chica le ayudaría.

No sabiendo él, Antonio, si a Belinda y a Enrique los pasaría lo mismo que a él: Pues no se tenía de pie para nada, le temblaban las piernas, al pensar que se vería solo en el quirófano, delante de su paciente.

Llegando el siguiente mes y con él los días finales, así que habría una pequeña fiesta de despedidas, en las clases y en las prácticas de cada una de las especialidades elegidas.

Pero antes habló Antonio con su hermano Enrique y con su novia, Belinda; para que supiesen lo que él tenía metida en la mente.

ANTONIO -. Por favor: No marcharos pronto, para acostaros.

ENRIQUE -. Como tú quieras, Antonio.

ANTONIO -. ¡Bien!.

Antonio comenzó diciéndolos, que la clínica tenía algunas decadencias en cuanto al servicio de enfermería; ya que tenía una buena sala dedicada a ella, a la enfermería. Y para ello, tendrían que buscar a un buen enfermero, que supiese los manejos de la instrumentación nueva; no solamente, en la extracción de sangre, si no en preparar esa sangre para mandarla a un laboratorio de pruebas.

Pensando que había un hueco en otras especialidades; como psiquiatría, la otorrinolaringólogo u otorrino, como así cualquier otro especialista.

Quedando en que más cuenta traía, era el otorrinolaringólogo; pues había muchas personas enfermas en esa especialidad.

Y para ello se tenía que contactar con algún especialista en la materia, el día de la pequeña fiesta, que se iba a realizar dentro de tres días.

ANTONIO -. Si os acordáis de alguna otra especialidad en auge, me lo decís.

BELINDA -. ¿No te parece que eso sería mejor, cuando se viese el perfecto desarrollo de la clínica?.

ANTONIO -. Es mi idea. Pero hay que ir contactando con el especialista que deseemos; para tener algún compañero pendiente de la clínica.

Era una buena medida, para perfilar los puestos de trabajo que iba a tener aquella clínica; pero se tenía que contar con los metros cuadrado que tenía la clínica, así como la sala de visita, las consultas y otras innumerables propiedades de la clínica.

El oxígeno se puso en un patio exterior que tenía la clínica, adosado a ella; pensando acortar la habitación, tan enorme, que había dedicada a quirófano: Pero una voz experta, nos dijo que eso en otra ocasión; cuando

se viese necesario para hacerse. Siendo esa voz, la del catedrático, que tantas veces ayudó a Antonio en sus prácticas.

En la pequeña merienda, que se hizo para la despedida de todos nosotros, se oyó a una condiscípula, ahora compañera, de que necesitaba un ginecólogo; habiéndonos olvidado añadir esa especialidad en nuestra clínica. Aunque en tiempos pasados, sí habíamos hablado de ginecología.

Y aprovechando los quirófanos, sería mejor contratar a un ginecólogo con buen hacer en su práctica.

Como la clínica no estaba aún terminada del todo, Antonio se fue a su pueblo para estar con sus papás unos días; yéndose Belinda a Majadahonda y Rafael al pueblo de sus papás adoptivos.

Nada más que Antonio llegó a casa, las voces de su mamá se oían por todo el pueblo; ya que su hijo no anunció la llegada de este a casa, saliendo su papá para recibirle en el salón de la casa.

Entre estoy bien y me agrada de veros, papás. Entre un abrazo y otro se terminaron los saludos en aquella familia; yéndose Antonio a la planta primera para saludar al niño de Julia.

Pedro, que así se llamaba aquel niño, bajó los primeros cuatro peldaños de la escalera, diciendo: -. Papá, papá -. A pulmón lleno. Pero no menos prisa se dio Julia, para salir a saludar a Antonio.

Julia salió corriendo de su habitación, no dándose cuenta que comenzaban los peldaños de la escalera; cayendo de bruces sobre Antonio,

que la cogió al vuelo. Y así, con ese cuadro, que estaban haciendo Julia y Antonio, se arrimó a ellos el niño, Pedro. Queriéndole coger Antonio al niño, para que no se cayese por las escaleras; de tal manera, que la levantó la bata a Julia, viéndosela todos los muslos al descubierto.

El niño, que estaba muy crecido, bajó al salón, para salir al patio de la casa y jugar un tiempo en el, con un carrito artesanal, hecho por un carpintero; donde había una cuerda, que tirándose de ella iba el carro para donde el niño quería.

Y con tanto ardor y efusividad le saludó Julia a Antonio, que una vez se quedaron solos en la primera planta, pasó lo que pasó. Por tener Julia unas carnes bien hechas y ya de una mujer perfecta.

JULIA -. No se puede decir, que no.

Fueron las primeras palabras que pronunció Julia después de amarse con todos los deseos del Mundo.

ANTONIO -. ¿Qué no se puede decir?, Julia.

JULIA -. No se puede decir, que no seas mi marido.

Aquella mujer, hecha y derecha, con ojos castaños y pelo moreno, le miraba a Antonio sin apartar la vista de él; como dándole las gracias, por

aquel saludo también hecho.

Bajando los dos las escaleras, agarrados a la cintura; sin darse cuenta de cómo estaban bajando, hasta llegar al salón de la casa, que se soltaron el uno del otro.

Antonio se fue a su cuarto, sentándose en una descalzadota y poniéndose las manos en la cabeza, en señal de decirse: - ¿Qué he hecho? -. Pensando, a la velocidad del rayo, que Belinda no tendría que venir a la casa de sus papás; pues se daría cuenta, del color tan bonito y el brillo tan acentuado, que la había salido a Julia en la cara.

Aprovechando un momento, que Antonio se quedó solo en casa; llamando a su hermano Enrique, para que retuviese a Belinda en Madrid, con cualquier excusa: Por ejemplo, yendo a la clínica, los dos días que restaban para llegar este al piso de la Gran Ciudad.

Así lo hizo Enrique; pues con alguna que otra excusa, no la dejó marchar al pueblo de Antonio a Belinda, para que saludase a sus papás, con promesas de que los papás de Antonio vendrían en pocas fechas a Madrid, y así lo vería ella.

El objetivo estaba cumplido: Pero, ¡OH!; cuando llegó Antonio al piso, estando allí su hermano Enrique.

ENRIQUE -. ¿Qué has hecho?; querido hermano, Antonio.

Fueron las primeras palabras que pronunció Enrique a su hermano Antonio, con un soniquete, como de reproche de mal gusto y peor intención en sus palabras, dichas al bies.

Sí, porque sus intenciones se habían sesgado, en un mar de desaliento y de desilusión, con respecto a su hermano Antonio. Porque sin decirle Antonio nada; ya se lo había imaginado Enrique lo que su hermano había hecho en esos tres días, que había estado en el pueblo.

Al siguiente día tuvieron notificación por parte de la inspección de sanidad, que se les haría una visita. Librándose, por tener a mano las bombonas de oxígeno; ya que Enrique había abierto la puerta de entrada al patio, donde estaban las bombonas de oxígeno. Dando visto bueno a los quirófanos y al medio de anestesia.

Pasaron de recepción, subiendo a secretaría y de allí a la plantas de estancias de los pacientes; volviendo, otra vez más a secretaría y con ella a las diferentes consultas que había en aquella clínica; no pudiendo denominarla solamente cómo clínica, al tener infinidad de especialidades.

Más bien, sería un hospital clínico; necesitando algún personal más a su cuidado: En enfermería, en rayos, en ayudantes de quirófanos y lo que es más, en cuidados intensivos de los pacientes: Asignando al grupo de monjitas que se encargan de los pacientes. Sí o sí; se tendría que abrir aquella clínica como hospital clínico. Teniendo que tributar más al fisco;

con la sobre carga económica, que necesitaban algún contable para la llevanza de los libros contables.

Más personal, más gastos: Y todavía no habían comenzado las consultas en aquella clínica.

Para evadirse, un poco de tanto agobio y nerviosismo, como el que traía Antonio, en aquellos días, se marchó al pueblo, con sus papás. Llegando al pronto, que Pedro, el hijo de Julia, había adquirido el sarampión; muy dado en aquellas latitudes, debido a circunstancias externas. Al aspirar fluidos infectados por el virus, se contagió Pedro, teniendo manchas Koplid dentro de la boca. Llamando al médico de cabecera, el doctor don Manuel; mandándole para la fiebre alguna medicina que no contuviese ácido acetilsalicílico, con mucho reposo.

Estando en estas zozobras de incertidumbre, sobre la enfermedad que tenía Pedro, le llegó Ramiro, el primo de Julia, a la casa de Antonio; con idea de hablar con este sobre su prima.

ANTONIO -. ¿Tú me dirás?.

RAMIRO -. Sí, Antonio: Te digo, que Julia te tiene como marido, desde hace ya bastantes años; y así lo comprenden todos los habitantes del pueblo.

ANTONIO -. Ya lo sabía.

RAMIRO -. ¿Qué vas hacer?.

ANTONIO -. Muy sencillo. Cuando venga Belinda al pueblo, para ver a mis papás, tú la entretienes a Julia en la quesería: Que no salga de allí, para nada.

RAMIRO -. ¡UY!, ¡uy!. ¡Entendido!.

Bastante le dijo Antonio a Ramiro; como para no entenderle lo que le quiso decir Antonio a él. La idea, tirada a Ramiro estaba bastante clara, como para no comprender, bien, lo que Antonio le quiso decir.

Ramiro comprendió, que ya habían tenido relaciones íntimas su prima y Antonio; siendo posible que esta mujer, sin hablar una sola palabra, se lo trasmitiese a Belinda ese concepto.

Pero como Antonio se dio cuenta que el primo de Julia había comprendido hasta qué grado de culpabilidad había entre ellos dos, Julia y él mismo; se adelantó al primo de esta mujer, yendo a casa una vez que Julia se encontraba aquella primera noche de estancia en su casa de Antonio.

Subió la escalera, una vez que vio luz en el primer piso; abriendo la puerta sin haber llamado, encontrando a Julia en salto de cama. Al verle entrar en su habitación, Julia se abalanzó hacia Antonio, con unas fuerzas inmensurables y con un amor profundo.

Apartándola Antonio de su lado, para decirla unas palabras que hirieron su corazón de mujer enamorada.

ANTONIO -. No, Julia. No sigamos con estos propósitos de querernos y amarnos, con tantos deseos como hasta ahora.

JULIA -. ¿Qué me quieres decir?.

ANTONIO -. Que cuando venga Belinda al pueblo, para ver a mis papás tú no debes demostrar sentimientos por mí, ni expresar, con gestos que ya hemos intimidado. Hazlo, por favor.

Haciendo gestos con las manos, de no querer saber nada sobre Belinda, Julia se expresaba con firmeza en ese mismo momento, que Antonio la suplicaba; no dijese, ni hiciese algún gestos, como para que su chica comprendiese, que habían intimidado. Y con lágrimas en los ojos, se expresaba Julia delante de Antonio.

JULIA -. No te preocupes: Que si tú lo quieres así, así será.

Antonio se adelantó hacia donde estaba Julia, para cogerla de la barbilla y hacerla una caricia; pero Julia, al ver que Antonio la acariciaba, se lanzó hacia él, con fuerza súbita, asestándole un beso en los labios de amor y de esperanza.

Estaba visto: Aquella mujer, le quería mucho a Antonio, y esperaba todo el tiempo que fuese necesario para ser suya.

ANTONIO -. No te olvides de lo que te he dicho. Confió en ti.

Y dando media vuelta salió Antonio de la habitación de Julia. Dándose cuenta Antonio, que su mamá Cristina había oído la conversación que había sostenido este con Julia, en la habitación de esta mujer; una vez que estuvo en el salón de la casa: Pues todavía se estaban moviendo las cortinas que había en la ventana que daba al patio.

A la mañana siguiente, Antonio desayunó con sus papás, sin expresar nerviosismo alguno; pero como la intuición era mucha, Antonio se quedó en el comedor de la casa leyendo la prensa.

Al verle allí su mamá, se fue con él, para saber lo que este la tenía que decir, con respecto de Julia.

CRISTINA -. ¿No me tienes que decir nada?.

ANTONIO -. No quiero que Belinda se quede a solas con Julia en ningún solo momento.

CRISTINOA -. ¡¡¡Hijo!!!.

La mamá de Antonio había comprendido lo que la había querido decir su hijo, y con un gesto de las manos y un vocablo seco; le conformó a Antonio.

Eran ya muchas personas que sabían las relaciones tan íntimas, que habían tenido Julia y Antonio; como para que todas ellas se callasen y no abriesen la boca para nada.

Pues con todo y eso; Antonio no lo hizo tan mal como él creía, pues la unión de aquellas personas, la quitó a Belinda de saber algo malo, sobre Julia y Antonio: En qué amorío andaban los dos. Puesto que Belinda llegó al día siguiente, por la mañana; estando a la media hora de llegar hablando con Julia en su cuarto.

Bajaron las escaleras, hacia el salón de la casa, muy confortablemente, como si allí no pasase nada de nada; anunciando Julia, que su primo Ramiro, la reclamaba en la quesería: Ya que en un par de días tendrían que hacer limpieza en todas las salas de la quesería, necesitándola a ella también.

Y sin haber venido a casa Julia; Antonio y Belinda se dispusieron a marchar a Madrid, por haberlos llamado Enrique.

Un problema, sobre los anuncios que se tendrían que poner en los periódicos y la televisión, era la causa de tener que volver rápidamente, Belinda y Antonio a Madrid.

El eslogan no les cuadraba mucho, con lo que ellos querían anunciar: Ya que a una forma sanitaria, no era para anunciarla con un señor a caballo; pero como los señores que habían estudiado, se les tiene que hacer caso, allí que iba a caballo el señor con su lanza. Siendo aquella LANZA, como

un dedo que te llevaba al sitio, y el caballo, como un escudo protector de la verdad y del bien quehacer.

Teniendo ya todo aprobado para la apertura de aquella clínica, abrieron un tres de marzo del siguiente año, a la terminación de su especialidad, que fue en Junio.

Pensando, que mucho se había corrido para la apertura de aquella clínica; no creyendo que nadie los había echado una mano.

En cuanto a los pacientes; nadie llegó pidiendo consulta en ninguna especialidad de las que tenían abiertas, no de las que iban abrir. Decayendo sus ánimos hasta el suelo; pero lo que era, al siguiente día, todo trascurría por el mismo camino. Al tercer día, llegó un señor pidiendo hora para el doctor traumatólogo.

Por fin tuvieron, cada uno de ellos pacientes al correr los siete días abiertos la clínica. . .Y así, poco apoco, se fueron cubriendo los asientos, que tenían, en cada especialización, como recibidor.

Llegó la hora fatídica para Belinda, pidiendo favor a Antonio, para que la asistiese a su primera operación; después de haber mandado unas pruebas a un señor, sin detallar cuales eran dichas pruebas.

Antonio veía, que Belinda estaba un poco nerviosa; pues se quería poner los guantes, antes de lavarse las manos. Viendo Antonio un cráneo abierto por primera vez.

Nerviosa o no nerviosa, Belinda sacó hacia delante aquella operación; ingresándole en planta al paciente; siendo el primer paciente que tenían en una habitación.

Antonio pensaba mucho, cuando él tuviese que abrir el corazón; si supiese hacerlo: No sabiendo que a los tres días tuvo su primera operación, en los quirófanos de la clínica.

Pero como Antonio no pensó en nada, nada se tiene que contar sobre la intervención quirúrgica que hizo Antonio a una señora, y no de edad.

Cuando salía de quirófano Antonio, se cruzó con Enrique, que iría hacer su primera operación él solo, de una rodilla.

Al estar Antonio en la sala de doctores, pensó en que no había tenido nervios algunos y que la operación había salido bien. Siendo una cosa, que la operación saliese bien, para no responder tan bien el enfermo de la misma.

Entró en aquella sala Belinda, para más tarde hacerlo Enrique, con cara alegre y satisfecha de haber cumplido con la mejor praxis de sus enseñanzas: Hacer lo que habían aprendido, por medio de los señores catedráticos, y lo que los libros decían.

Parecía que sí; que sí podían dejarlos a solas a los tres, que cada uno de ellos se valían por sí mismos.

A la salida de la clínica compró la prensa Antonio, viendo en ella un anuncio de su clínica; comprendiendo el por qué de tantas personas,

pidiendo consultas en ella.

Llamando Antonio a su papá, para saber si era él el que había puesto Aquel anuncio en el periódico. Y sí: Era su papá el promotor de aquel anuncio, tan bien hecho.

Al llegar al piso se lo dijo a los dos doctores, lo que había hecho su papá; comprendiendo Enrique que era lo propio que tenía que hacer este, su papá: Ayudarles a ellos.

Ahora sí estaban preparados para contratar a un ginecólogo, para la clínica; completando el cuadro de médicos por el momento.

Existiendo un deseo en el aire; pues no se había hablado de ello; así que un sábado fueron al pueblo todos ellos: Belinda, Antonio y Enrique, con la sola idea de tratar sobre la boda de Antonio con Belinda.

Pero como también había ido Amparo, la novia de Enrique, se extendió aquella petición para sus otros dos hijos. De esta manera, casaban, los papás de Antonio a los dos hermanos, a la vez.

El doce de Octubre, quedaron en celebrar las bodas los hermanos, recibiendo los parabienes de sus respectivas novias.

No tardaron llegar a casa del señor Fernando, los papás adoptivos de Enrique y los papás de Belinda; para cerrar la fecha que días anteriores se dijeron en esa misma casa, delante de los posibles contrayentes.

Teniendo un tiempo Antonio para hablar con Julia, y calmarla los ánimos tan exaltados, como tenía esa mujer; al saber, que se casaba

Antonio con Belinda. Preguntando Julia, si se casaban en el pueblo o habrían elegido otro lugar, más alejado, a su casa.

ANTONIO -. Por respeto a ti, hemos elegido casarnos en Madrid; para no hacerte de menos.

JULIA -. Muchas gracias por la deferencia, que habéis tenido conmigo.

ANTONIO -. No tengo palabras para expresarme delante de ti.

JULIA -. No lo hagas.

Antonio se dio media vuelta, saliendo de la que sería más ligero que una paja, al verse desligado del compromiso, que tal vez tenía, con Julia. Pero iba acordándose del niño, Pedro. No se le podía quitar de la cabeza a aquella criatura, que con tanto tacto y deseo le llamaba papá a Antonio.

Desde luego que sí: Si fueron invitados los habitantes del pueblo, contratando los autobuses necesario, para que llevasen a Madrid a todas las personas del pueblo que quisieran asistir a la boda y al banquete.

Para terminar a los tres días, asistiendo en la clínica Belinda y Antonio a sus pacientes.

FIN

CRÍTICA DEL AUTOR

Es una obra, que también se puede dar en la vida cotidiana; semejante con cualquier otra vida humana, que haya ido por el mismo camino que los protagonistas.

Sentando bien claro, que es una obra de ficción literaria, invención por parte del autor: No relacionándose con ninguna vida, que pudiese haber existido, paralela a la de los protagonistas de esta novela.

No pasa ningún hecho en la novela, que no sea de un perfil moral; con respecto a la persona humana: Dado, que todo hecho tiene su parte de enseñanza moral.

En aquel tiempo, solamente estaba en el pensamiento de las personas, que vivían en la época que se narra la obra, un sentimiento de querer vivir en tiempos nuevos. Y para ello no se contaba, para nada, con las instituciones del Estado: Con la ética y la moral. Cumpliendo con esa ética y moral, en un sentido peyorativo, para la mente humana.

N. B. (Nótese bien): Se cumple con la normativa que hace la RAE sobre los acentos.